SIR WINSTON S. CHURCHILL

MEMORIAS
LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

# SU HORA MEJOR

PLAZA & JANES S. A. EDITORES

BUENOS AIRES — BARCELONA — MEXICO D. F. — BOGOTA — RIO DE JANEIRO

TITULO ORIGINAL:
THEIR FINEST HOUR

TRADUCCION DE
JUAN G. DE LUACES

TAPAS DECORADAS POR
SIMCIK

© PLAZA & JANES, S. A. Editores, 1965

Las seis partes que componen esta obra fueron publicadas originalmente en inglés con el título común de THE SECOND WORLD WAR

LITOGRAFÍA ROSÉS, Escultor Canet, 6-8-10 - BARCELONA

*Printed in Spain - Impreso en España*
Depósito Legal: B. 3372-65 Registro N.°: 863-65

# PREFACIO

DURANTE el período que abarca este volumen, recayó sobre mí una pesada responsabilidad. Yo era a la vez Primer Ministro, Primer Lord de la Tesorería, Ministro de Defensa y Dirigente de mi grupo político en la Cámara de los Comunes. Después de los primeros cuarenta días de operaciones, quedamos solos. Alemania e Italia, victoriosas, nos atacaban en un duelo a muerte. La Rusia soviética mantenía una neutralidad hostil, y ayudaba en realidad a Hitler. El Japón constituía una incógnita amenazadora. Pero el gabinete inglés de guerra supo regir los asuntos de Su Majestad con vigilancia y fidelidad y, con el apoyo del Imperio y Comunidad Británica de Naciones, logró cumplir todas sus tareas y vencer a todos nuestros enemigos.

WINSTON SPENCER CHURCHILL.

*Chartwell, Westerham, Kent, 1 enero 1949.*

VUELVO a dar las gracias hoy a quienes me ayudaron a componer el anterior volumen de esta obra, es decir, al teniente general sir Henry Pownall, comodora G. R. G. Allen, coronel F. W. Deakin y sir Edward Marsh. Expreso mi reconocimiento también a las muchas otras personas que han leído y comentado estas páginas.

Lord Ismay, así como otros amigos, han continuado prestándome su colaboración.

Quedo muy obligado al gobierno de Su Majestad por el permiso que me ha concedido para reproducir el texto de ciertos documentos oficiales cuyos derechos de propiedad literaria corresponden, en nombre de la Corona, al Interventor de los Servicios de Material de Oficinas de S. M. A petición del gobierno real, y por motivos de seguridad pública, he modificado, parafraseándolos, algunos de los telegramas publicados en el presente tomo. Semejantes cambios no alteran en modo alguno el sentido o esencia de los telegramas susodichos.

## MORALEJA DE ESTA OBRA

*En la Derrota, Altivez*
*En la Guerra, Resolución*
*En la Victoria, Magnanimidad*
*En la Paz, Buena Voluntad*

## TEMA DE ESTE VOLUMEN

*De cómo el pueblo británico sostuvo*
SOLO
*la lucha hasta que*
*los que habían estado medio ciegos,*
*estuvieron medio preparados.*

MEMORIAS DE

# CHURCHILL

## LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

LA CAÍDA DE FRANCIA

SIR WINSTON S. CHURCHILL

# MEMORIAS

# LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

## II. SU HORA MEJOR

### 1. LA CAÍDA DE FRANCIA

EDICIONES ORBIS, S. A.

Título original: *The Second World War (1948-1954)*
*Their finest hour*

Traducción: Juan G. de Luaces

Esta decisiva obra histórica sobre la Segunda Guerra Mundial, escrita por uno de los principales protagonistas de aquel trágico conflicto, fue publicada originalmente en inglés con el título de *The Second World War (La Segunda Guerra Mundial)*. Sin embargo, debido precisamente a ese protagonismo de su autor y al conocimiento directo que éste tuvo de la guerra, a menudo se la conoce también con el título de las *Memorias* de Churchill.

La obra se compone de seis partes, cada una de las cuales tiene su propio título. Y cada una de las seis se divide, a su vez, en dos libros, lo que supone un total de doce libros. Esta colección incluirá los doce libros de la obra, dado su carácter unitario y su gran interés (sólo se han suprimido los apéndices, que alargarían excesivamente la publicación).

Para una mejor comprensión de la estructura de la obra, y para tener una visión global de la misma, se puede consultar el siguiente esquema, que incluye los títulos de las seis partes y los subtítulos de los doce libros. En la columna de la derecha figura además la numeración secundaria que tendrán en el lomo los doce volúmenes en los que la obra aparecerá dividida en esta colección.

**Parte primera: Cómo se fraguó la tormenta**
Libro 1.°: De guerra a guerra ..... *Volumen I*
Libro 2.°: La guerra crepuscular ..... *Volumen II*

**Parte segunda: Su hora mejor**
Libro 1.°: La caída de Francia ..... *Volumen III*
Libro 2.°: Solos ..... *Volumen IV*

**Parte tercera: La gran alianza**
Libro 1.°: Alemania ataca a Rusia ..... *Volumen V*
Libro 2.°: La guerra llega a América ..... *Volumen VI*

**Parte cuarta: El gozne del destino**
Libro 1.°: La embestida japonesa ..... *Volumen VII*
Libro 2.°: África redimida ..... *Volumen VIII*

**Parte quinta: El anillo se cierra**
Libro 1.º: Italia, ganada ..... *Volumen IX*
Libro 2.º: La suprema aventura ..... *Volumen X*

**Parte sexta: Triunfo y tragedia**
Libro 1.º: La marea de la victoria ..... *Volumen XI*
Libro 2.º: El telón de acero ..... *Volumen XII*

# PREFACIO

Durante el período que abarca este volumen, recayó sobre mí una pesada responsabilidad. Yo era a la vez Primer Ministro, Primer Lord de la Tesorería, Ministro de Defensa y Dirigente de mi grupo político en la Cámara de los Comunes. Después de los primeros cuarenta días de operaciones, quedamos solos. Alemania e Italia, victoriosas, nos atacaban en un duelo a muerte. La Rusia soviética mantenía una neutralidad hostil, y ayudaba en realidad a Hitler. El Japón constituía una incógnita amenazadora. Pero el gabinete inglés de guerra supo regir los asuntos de Su Majestad con vigilancia y fidelidad y, con el apoyo del Imperio y Comunidad Británica de Naciones, logró cumplir todas sus tareas y vencer a todos nuestros enemigos.

WINSTON SPENCER CHURCHILL.

Chartwell, Westerham, Kent.
1 enero 1949.

Vuelvo a dar las gracias hoy a quienes me ayudaron a componer el anterior volumen de esta obra, es decir, al teniente general sir Henry Pownall, comodoro G. R. G. Allen, coronel F. W. Deakin y sir Edward Marsh. Expreso mi reconocimiento también a las muchas otras personas que han leído y comentado estas páginas.

Lord Ismay, así como otros amigos, han continuado prestándome su colaboración.

Quedo muy obligado al gobierno de Su Majestad por el permiso que me ha concedido para reproducir el texto de ciertos documentos oficiales cuyos derechos de propiedad literaria corresponden, en nombre de la Corona, al Interventor de los Servicios de Material de Oficinas de S. M. A petición del gobierno real, y por motivos de seguridad pública, he modificado, parafraseándolos, algunos de los telegramas publicados en el presente tomo. Semejantes cambios no alteran en modo alguno el sentido o esencia de los telegramas susodichos.

## MORALEJA DE ESTA OBRA

*En la Derrota, Altivez*
*En la Guerra, Resolución*
*En la Victoria, Magnanimidad*
*En la Paz, Buena Voluntad*

TEMA DE ESTE VOLUMEN

*De cómo el pueblo británico sostuvo*
SOLO
*la lucha hasta que*
*los que habían estado medio ciegos,*
*estuvieron medio preparados.*

## CAPÍTULO PRIMERO

## LA COALICIÓN NACIONAL

*El principio y el fin. — Magnitud del esfuerzo británico en pro de la causa común. — Divisiones que estuvieron en contacto con el enemigo durante la guerra. — Cuadros de honor de los caídos. — La intervención de la Armada Real en la lucha. — Bombas arrojadas desde el aire por americanos e ingleses. — La ayuda americana en municiones multiplicó nuestro esfuerzo de guerra. — Formación del nuevo gabinete. — Lealtad de los conservadores a Chamberlain. — La dirección del grupo conservador en la Cámara de los Comunes. — Los amigos de señalar supuestas heterodoxias, debidamente acallados. — Mi carta a Chamberlain el 11 de mayo. — Una singular experiencia. — Formación de un gobierno en plena batalla. — Nuevos colegas: Clement Attlee, Arthur Greenwood, Archibald Sinclair, Ernest Bevin, Max Beaverbrook. — Un gabinete de guerra reducido. — Etapas en la formación del gobierno (11-15 de mayo). — Una digresión sobre el Poder. — Realidades y apariencias en la nueva dirección de la guerra. — Alteraciones en las responsabilidades de los Ministerios militares. — Se concentra en muy pocas manos la dirección de la guerra. — Mis métodos personales. — Consignas escritas. — El general Ismay. — Mis relaciones con la Comisión de jefes de Estado Mayor. — Sir Edward Bridges. — El Gabinete de Guerra procura difundir confianza y optimismo. — El cargo de Ministro de Defensa. — Su alto personal: Ismay, Hollis, Jacob. — Cinco años sin cambios. — Estabilidad de la Comisión de jefes de Estado Mayor. — Ausencia de modificaciones desde 1941 a 1945, salvo una sustitución determinada por fallecimiento. — Íntima relación personal de políticos y militares en el alto mando. — Correspondencia personal. — Mis relaciones con Roosevelt. — Mi mensaje al Presidente el 15 de mayo. — «Sangre, trabajo, sudor y lágrimas».*

La tormenta, que iba concentrándose y aproximándose lentamente, descargó al fin sobre nosotros. Cuatro o cinco millones de hombres chocaron entre sí en la más implacable de las guerras de que hay memoria. En una semana el frente de Francia, tras el que nos habíamos acostumbrado a permanecer durante los duros años de la guerra anterior y durante el comienzo de la nueva, se vino abajo, y de modo irremediable. En tres semanas, el famosísimo ejército francés se desplomó en derrota y ruina, y el ejército británico fue arrojado al mar, con pérdida de todo su equipo béli-

co. En seis semanas nos hallamos solos y casi desarmados, mientras Alemania e Italia, triunfantes, nos acosaban y mientras toda Europa estaba abierta al poder de Hitler y el Japón se preparaba a intervenir, al otro lado del globo. En medio de tales hechos y de tan sombrías perspectivas comencé a desempeñar mis deberes de Primer Ministro y Ministro de Defensa, y me apliqué a la tarea de formar un gobierno de todos los partidos encargado de dirigir los asuntos de Su Majestad en el interior y el exterior por cuantos procedimientos se juzgaran apropiados al servicio de los intereses nacionales.

Casi exactamente cinco años después, cúpome considerar harto más favorablemente la situación. Italia estaba vencida y Mussolini muerto. El potente ejército alemán se rendía a discreción. Hitler se había suicidado. Además de las inmensas cifras de cautivos que se hallaban en manos de Eisenhower, casi tres millones de soldados alemanes habían sido hechos prisioneros en veinticuatro horas por los mariscales Alexander en Italia y Montgomery en Alemania. Francia, liberada, se alineaba a nuestro lado y revivía. A la vez que nuestros aliados —los dos más poderosos imperios del mundo—, los ingleses nos acercábamos rápidamente al aniquilamiento de la resistencia japonesa. El contraste era notable. El camino seguido durante cinco años había sido duro, peligroso y difícil. Los que murieron en él no dieron sus vidas en vano. Los que lo siguieron hasta el fin pueden decir con orgullo que lo recorrieron con honor.

* * *

Al relatar mi etapa de gobierno y describir lo realizado por el famoso gabinete de coalición nacional, debo ante todo hacer patente la escala y magnitud de la contribución aportada por la Gran Bretaña y su Imperio —más unidos que nunca por el peligro— a la que había de ser causa común de tantos Estados y naciones. No me propongo establecer comparaciones emulativas, ni suscitar inoportunas rivalidades con el mayor de nuestros aliados —los Estados Unidos—, al que debemos inconmensurable y duradera gratitud. Pero es conveniente para todo el mundo de habla inglesa el conocimiento de cuál fue el esfuerzo bélico británico. En la página 27 va impresa una tabla que abarca todo el período de la guerra. Según los datos aducidos, resulta que hasta julio de 1944 Inglaterra y su Imperio mantenían *en contacto* con *el enemigo* un número de divisiones considerablemente superior a las que alineaban los Estados Unidos. En el cuadro general no sólo se incluyen los frentes africanos y europeos, sino también los correspondientes a la guerra asiática contra el Japón. Hasta que, en el otoño de 1944, entraron en acción en Normandía las grandes masas norteamericanas, tuvimos derecho a considerarnos parte igual y a menudo preponderante en todos los frentes, excepto los de Australia y el Pacífico. Lo mismo puede decirse, hasta la fecha citada, respecto a la suma total de las divisiones que actuaban en todos los frentes. Desde julio de 1944, el frente bélico de los Estados Unidos, en lo concerniente a divisiones en contacto con el enemigo, alcanzó un creciente predominio y así continuó, siempre ascendente y triunfante, hasta la victoria final, diez meses después.

## EQUIVALENCIA DE LAS DIVISIONES RESPECTIVAS DE INGLATERRA Y LOS EE.UU. EN CONTACTO DIRECTO CON EL ENEMIGO

| | IMPERIO BRITÁNICO | | | ESTADOS UNIDOS | | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| | *Frente occidental* | *Frente oriental* | *Total* | *Frente occidental* | *Frente oriental* | *Total* |
| Enero 1940 | 5 1/3 | – | 5 1/3 (a) | – | – | – |
| Julio 1940 | 6 | – | 6 | – | – | – |
| Enero 1941 | 10 1/3 | – | 10 1/3 (b) | – | – | – |
| Julio 1941 | 13 | – | 13 (b) | – | – | – |
| Enero 1942 | 7 2/3 | 7 | 14 2/3 | – | 2 2/3 | 2 2/3 (c) |
| Julio 1942 | 10 | 4 2/3 | 14 2/3 | – | 8 1/3 | 8 1/3 |
| Enero 1943 | 10 1/3 | 8 2/3 | 19 | 5 | 10 | 15 |
| Julio 1943 | 16 2/3 | 7 2/3 | 24 1/3 | 10 | 12 1/3 | 22 1/3 |
| Enero 1944 | 11 1/3 | 12 1/3 | 23 2/3 | 6 2/3 | 9 1/3 | 16 |
| Julio 1944 | 22 2/3 | 16 | 38 2/3 | 25 | 17 | 42 |
| Enero 1945 | 30 1/3 | 18 2/3 | 49 | 55 2/3 | 23 1/3 | 79 |

### NOTAS E INDICACIONES

*a*) Cuerpo expedicionario inglés en Francia.

*b*) No incluidas las guerrillas de Abisinia.

*c*) No incluidas las tropas filipinas.

Se considera como divisoria entre los frentes oriental y occidental una línea que, tirada de norte a sur, pasara por Karachi.

No se consideran frentes operativos:

La frontera N.O. de la India, Gibraltar, África Occidental, Islandia, Hawai, Palestina, Irak, Siria (la última sólo se entiende como frente de operaciones el 1 de julio de 1941).

Consideramos Malta como frente activo, así como Alaska desde enero de 1942 hasta julio de 1943.

No se incluyen los contingentes extranjeros (franceses libres, polacos, checos, etcétera).

Otra comparación haré, y es la demostrativa de que el sacrificio británico de vidas superó al de nuestros valerosos aliados. El total británico de muertos y desaparecidos —es decir, de probables muertos— alcanzó a 303.240 hombres de las fuerzas armadas, más 109.000 de los Dominios, India y Colonias, lo que arroja un conjunto de 412.240. No incluyo 60.500 personas civiles muertas en los ataques aéreos al Reino Unido, ni las bajas mortales de marinos mercantes y pescadores, computables en 30.000. Contra esta cifra, los Estados Unidos pueden alegar 322.188 muertos entre ejército, aviación, marina, infantería de marina y fuerzas costeras.[1] Cito estos cuadros de honor en la confianza de que la camaradería santificada por tanta y tan preciosa sangre continuará despertando el respeto e inspirando la conducta del mundo de habla británica.

En el mar, los Estados Unidos soportaron, como era natural, casi todo el peso de la guerra en el Pacífico. Las decisivas batallas que los americanos libraron junto a la isla de Midway, en Guadalcanal y en el Mar de Coral en 1942, les dieron plena iniciativa en aquel vasto espacio oceánico y les permitieron asaltar lo conquistado por los japoneses y más tarde el propio Japón. A la vez, era justo que la armada americana no sostuviese igual carga en el Atlántico y el Mediterráneo. Creo, pues, mi deber establecer, también en esto, los hechos reales. De los 781 sumergibles alemanes y los 85 italianos destruidos en el Mediterráneo, el Atlántico y el Índico, 594 fueron víctimas de la escuadra y aviación británicas, las cuales eliminaron también a todos los acorazados, cruceros y destructores alemanes, además de hundir o capturar toda la flota italiana.

He aquí las pérdidas de submarinos enemigos:

SUBMARINOS PERDIDOS

| *Destruidos por* | *Alemanes* | *Italianos* | *Japoneses* |
|---|---|---|---|
| Fuerzas británicas[2] | 525 | 69 | 9,5 |
| Fuerzas norteamericanas | 174 | 5 | 110,5 |
| Otras, o causas desconocidas | 82 | 11 | 10 |
| TOTALES | 781 | 85 | 130 |

En el aire los Estados Unidos realizaron soberbios esfuerzos para entrar eficazmente en acción, especialmente mediante bombardeos diurnos ejecutados por sus «fortalezas volantes». Ello empezó ya a suceder a raíz de Pearl Harbour. El poderío aéreo americano se ejerció a la vez contra el Japón y, partiendo de las Islas Británicas, contra Alemania.

No obstante, cuando en enero de 1943 celebramos la reunión de Casablanca, ni un solo bombardero americano había arrojado cargas diurnas

1. D. D. Eisenhower: *Cruzada en Europa*, José Janés, editor, pág. 15.

2. Incluimos en los términos «fuerzas británicas» y «fuerzas norteamericanas» otras fuerzas aliadas bajo el control operativo de esas potencias. Cuando se habla de pérdidas fraccionadas, se trata de destrucciones en que participaron las dos naciones principales. Hay muchos casos de hundimientos fraccionables, pero en el caso de los sumergibles alemanes se han sumado separadamente las fracciones, a fin de obtener números enteros.

sobre Alemania. El fruto de los grandes esfuerzos estadounidenses no tardó en advertirse, pero a fines de 1943 el conjunto de bombas descargadas sobre Alemania por los ingleses excedía en la proporción de ocho a uno las arrojadas por los aviones americanos en sus vuelos de día y de noche. La supremacía en los bombardeos no pasó a los Estados Unidos hasta la primavera de 1944.

Tanto en el aire como en tierra y en el mar, llevamos la delantera desde el principio y únicamente en 1944 fuimos alcanzados y rebasados por el tremendo esfuerzo guerrero de los Estados Unidos.

Ha de indicarse que nuestra producción de municiones, a partir del comienzo de la Ley de Préstamo y Arriendo (enero 1941), creció en más de un quinto gracias a la generosidad de los Estados Unidos.

Merced a los materiales y armamentos que ellos nos procuraban, pudimos realizar la guerra *como si fuésemos una nación de cincuenta y ocho millones de almas en vez de no ser más que una de cuarenta y ocho.* También la maravillosa fabricación de buques tipo Liberty permitió que el transporte de municiones fuera mantenido en gran escala a través del Atlántico. Por otra parte, no debemos olvidar las cifras de pérdidas navales por acción enemiga sufridas por todas las naciones durante la guerra. Las cifras son éstas:

| Nacionalidad | Pérdidas en toneladas | % |
|---|---|---|
| Inglaterra | 11.357.000 | 54 |
| Estados Unidos | 3.334.000 | 16 |
| Otras naciones (excepto las sometidas a dominio enemigo) | 6.503.000 | 30 |
| | 21.194.000 | 100 |

El 80 % de estas pérdidas sobrevinieron en el Atlántico septentrional, Mar del Norte y aguas costeras inglesas. Sólo el 5 % de pérdidas se produjeron en el Pacífico.

Menciono todo esto, no para afirmar indebidos derechos, sino para asentar en forma que despierte un respeto merecido la intensa actividad bélica desarrollada por el pueblo de la pequeña isla británica, sobre la que recayó el empuje principal de la guerra.

• • •

Probablemente es más fácil formar gobierno —y sobre todo un gobierno de coalición— en el calor de la lucha que en otros tiempos más pacíficos. El sentido del deber se sobrepone a todo y los personalismos disminuyen. Una vez que hube establecido las principales bases de acuerdo con los dirigentes políticos —debidamente autorizados por sus organismos—, la actitud de todos aquellos con quienes traté fue la de soldados en acción, que aceptan sin discutir los puestos que se les asignan. Tomado el acuerdo de que formaran parte del Gobierno representantes de todos los

partidos, parecióme que ningún egoísmo inspiraba las reacciones de los hombres con quienes tuve que entenderme. Si unos cuantos vacilaron, fue por consideraciones de tipo público. El mérito de este elevado nivel de conducta es atribuible, más que a nadie, a los muchos ministros conservadores y nacional-liberales que hubieron de abandonar sus puestos y renunciar a sus carreras, en numerosos casos para siempre, en un momento de supremo interés y excitación general.

Los conservadores contaban con una mayoría que excedía de 120 puestos a todos los otros partidos de la Cámara reunidos. Su dirigente electo era Chamberlain. Yo comprendía bien que su sustitución por mí había de enojar a muchos, sobre todo después de mis largos años de acerbas críticas y duros reproches a dicho político. Además, la mayoría de los conservadores debían de recordar que casi toda mi vida había transcurrido en choque con ellos, ya que había abandonado el Partido Conservador a causa de la disputa sobre el librecambismo, volviendo a la organización cuando fui ministro de Hacienda. Aceptarme como Primer Ministro era cosa difícil y penosa para no pocos hombres, todos muy honorables.

Por ende, una característica primordial de los conservadores es la lealtad a los jefes escogidos por el partido. Si algunos, en los años precedentes a la guerra, faltaron a sus deberes con la nación, lo hicieron porque se sentían obligados a proceder con lealtad respecto a su jefe. Pero a mí ninguna de esas consideraciones me inquietó. Todas se ahogaron entre el estrépito de los cañones.

Había yo ofrecido, al principio, a Chamberlain la jefatura del partido en la Cámara y el cargo de Lord Presidente. Él aceptó. Mas estas designaciones no se habían hecho públicas. Attlee me informó de que la minoría laborista no funcionaría bien en aquellas condiciones. En una coalición, el director de la mayoría de la Cámara ha de contar con el asenso general. Hícelo así patente a Chamberlain y, de acuerdo con éste, ejercí la dirección de la mayoría de la Cámara hasta febrero de 1942. En ese espacio de tiempo Attlee me secundó en mis funciones, realizando todo el trabajo cotidiano. Ello me evitó actuar como tal dirigente, salvo en contadas y serias ocasiones. La experiencia de Attlee como jefe de la oposición me fue muy valiosa. Pero no pocos conservadores tuvieron la impresión de que su jefe había sido eliminado. No hubo quien no admirara la conducta personal de Chamberlain. Al entrar el 13 de mayo en la Cámara, ya en su nueva situación, todo su partido —la vasta mayoría de los Comunes— se levantó y recibióle con una vehemente demostración de simpatía. En las primeras semanas los aplausos que se me otorgaban a mí partían generalmente de los bancos laboristas. Mas yo tenía la certeza del leal y seguro apoyo de Chamberlain.

Ciertos elementos laboristas y algunas figuras muy capaces y fogosas que no participaban en el nuevo gobierno, exigían una depuración de los «culpables» y de los ministros que habían intervenido en lo de Munich. Ello alcanzaba a aquellos a los que se debía nuestra impreparación militar. Entre los atacados figuraban principalmente lord Halifax, lord Simon y sir Samuel Hoare. Pero no nos hallábamos en ocasión de proscribir a hombres inteligentes, patriotas y muy expertos en los altos cargos. Si los

que criticaban se hubieran impuesto, no menos de la tercera parte de los ministros conservadores hubiesen tenido que dimitir. Puesto que Chamberlain ejercía la jefatura del partido conservador, semejante tendencia hubiese destruido la unidad nacional. Por otra parte, yo no creía que la responsabilidad residiese en un solo bando. La responsabilidad oficial de la impreparación gravitaba sobre el gobierno al que se censuraba, pero la responsabilidad moral estaba mucho más ampliamente difundida. Yo recordaba, y podía citar con todo pormenor, una larga y formidable lista de discursos y votos laboristas y liberales, todos los cuales habían sido desmentidos y anulados por los acontecimientos. Nadie tenía más derecho que yo a pasar una esponja sobre el pretérito. Resistí, pues, a aquellas tendencias disolventes. «Si el presente —dije, pocas semanas después— pretende juzgar el pasado, perderá el futuro.» Este argumento y los apremios del momento acallaron a los buscadores de heterodoxias.

• • •

En la mañana del 11 de mayo envié a Chamberlain este mensaje: «Nadie se muda de casa para un mes.» Mi actitud evitó algunos inconvenientes en aquellas horas críticas. Seguí residiendo en el Almirantazgo, convirtiendo su cuarto de mapas y las excelentes habitaciones del piso bajo en mi puesto de mando provisional. Mencioné a Chamberlain mi plática con Attlee y los progresos hechos en la formación del nuevo gobierno. «Esta noche —le afirmé— espero presentar al rey la lista del Gabinete de Guerra y de los altos cargos militares. La lucha exige urgencia... Como usted y yo vamos a trabajar en estrecho contacto, confío en que no se niegue usted a ocupar sus antiguas habitaciones, que tan bien conocemos ambos, en el número 11.»[1] Añadía:

> No creo que sea necesario reunir ya hoy el Gabinete, puesto que los ejércitos y demás servicios de armas están peleando ya según los planes preestablecidos. No obstante, me agradaría que usted y Edward Halifax vinieran al cuarto de guerra del Almirantazgo a las 12.30 de la mañana, a fin de examinar los mapas y charlar.
>
> Las avanzadas anglo-francesas están ya en la línea Amberes-Namur y hay buenas esperanzas de que tal línea quede fuertemente ocupada por los aliados antes de ser asaltada por el enemigo. Esto, que sería muy importante, puede conseguirse en cuarenta y ocho horas. Los alemanes no han forzado aún el Canal Alberto y se dice que los belgas luchan bien. También los holandeses efectúan una resistencia obstinada.

• • •

Mis experiencias de aquellos primeros días fueron muy originales. Vivíamos en el centro de una batalla que absorbía todos nuestros pensamientos y a propósito de la cual, sin embargo, nada podíamos hacer. A la vez había que formar gobierno, que visitar personas y que ajustar el equi-

1. El 11 de Downing Street, casa usualmente ocupada por el ministro de Hacienda.

librio de los partidos. No recuerdo, ni mis notas me indican, cómo invertí todas aquellas horas. Un ministerio inglés, completo, incluía entonces de sesenta a setenta personalidades, todas las cuales habían de combinarse como las piezas de un rompecabezas, teniendo en cuenta además las exigencias de los tres partidos. No sólo había de entrevistarme con los principales dirigentes, sino con otros muchos elementos menores, pero de mucho talento, que habían de ser designados para importantes tareas. Al formar un gobierno de coalición, el Primer Ministro había de conceder la debida importancia a los deseos de los jefes de los partidos respecto a cuáles de sus elementos habían de recibir los cargos distribuibles. Yo me dejé regir por ese esencial principio. Si algunos que valían más que otros quedaban al margen por consejo de las autoridades de su partido, no me cabía más que lamentarlo. En conjunto, empero, las dificultades fueron pocas.

Clement Attlee resultó para mí un colega muy experto en los asuntos de guerra y los de la Cámara. Nuestras únicas diferencias de opinión se referían a sus principios socialistas, pero no tardaron en anegarse en las exigencias de una guerra que sometía enteramente el individuo al Estado. Los dos actuamos juntos con perfecta naturalidad y confianza durante todo el período de gobierno. Arthur Greenwood fue también un discreto consejero y un amigo esforzado, bueno y útil.

Sir Archibald Sinclair, jefe oficial del partido liberal, hallaba embarazoso aceptar el cargo de ministro del Aire, porque sus correligionarios creían que debía sentarse en el Gabinete de Guerra. Esto contrariaba la tendencia a crear un Gabinete reducido. Propuse, pues, que Sinclair se uniera al Gabinete cuando se discutiesen asuntos de fundamental importancia política o de unión de partidos. Sinclair era amigo mío y había sido mi segundo en el mando cuando yo dirigía el 6.º de Reales Fusileros Escoceses en Ploegsteerte («Plug Street»), en 1916.[1] Personalmente, él ansiaba entrar en la vasta esfera de acción que yo le había reservado. Tras no pocas discusiones, la cuestión se arregló favorablemente. Bevin (con quien yo había entablado conocimiento al principio de la guerra, cuando se trató de mitigar las duras exigencias de pesqueros armados que formulaba el Almirantazgo) tuvo que consultar al Sindicato de Transportes y Trabajadores en general, del que era secretario, antes de poder encargarse del importantísimo ministerio del Trabajo. Ello exigió dos o tres días, que no fueron perdidos. Aquel sindicato, el más numeroso de Inglaterra, accedió por unanimidad a que Bevin entrase en el gobierno y durante cinco años nos apoyó a ultranza.

La mayor dificultad residía en lord Beaverbrook. Yo opinaba que esta persona podía prestarnos valiosos servicios. Como resultado de mi experiencia en la guerra anterior me hallaba resuelto a retirar del ministerio del Aire las cuestiones de fabricación y suministro de aviones, y quería nombrar a Beaverbrook ministro de producción aeronáutica. Él se mostraba reacio a aceptar el cargo y al ministerio del Aire no le complacía verse privado de una rama ministerial tan esencial. Otras resistencias se oponían a la designación de Beaverbrook. Pero yo tenía la certeza de que

1. Véase W. S. Churchill, *Pensamientos y Aventuras*, José Janés, editor, págs. 113 y ss.

nuestra existencia dependía de la producción de aviones y, como necesitaba la vibrante y vital energía de lord Beaverbrook, insistí en su nombramiento.

• • •

Para plegarnos a las opiniones expresadas en el Parlamento y la prensa, teníamos que nombrar un Gabinete de Guerra muy poco numeroso. Empecé, pues, por designar cinco miembros, de los cuales sólo uno —el ministro de Asuntos Exteriores— regía un departamento. Esos miembros eran, desde luego, los más prominentes políticos del día. Para el mejor manejo de las cosas convenía que el ministro de Hacienda y el jefe del partido liberal soliesen hallarse presentes en las reuniones, y con el transcurso del tiempo fue aumentando el número de «miembros permanentes». Pero la responsabilidad recaía, entera, sobre los cinco ministros del Gabinete de Guerra. Ellos eran los únicos que, si perdíamos, debían responder de la derrota con sus cabezas. Los demás podrían ser acusados de imprevisiones departamentales, mas no de la política errónea que siguiera el Estado. Nadie, fuera del Gabinete de Guerra, estaba en condiciones de decir: «Respondo de tal o cual cosa.» La carga política que sobre el Gabinete gravitaba se llevó con toda dignidad, aceptando todas sus implicaciones. Esto evitó a muchas personas no pocas perturbaciones durante los días que de allí a poco iban a venir sobre nosotros.

Anoto las etapas en cuyo curso fue formado el gobierno de coalición nacional, día a día, en tanto que se libraba la gran batalla.

GABINETE DE GUERRA

11 mayo 1940

| | | |
|---|---|---|
| Primer Ministro, Primer Lord de la Tesorería, Ministro de Defensa y dirigente de la Cámara de los Comunes. | *Churchill. | Conservador. |
| Lord Presidente del Consejo. | *Neville Chamberlain. | Conservador. |
| Lord del Sello Privado. | C. R. Attlee. | Laborista. |
| Ministro de Asuntos Extranjeros. | *Lord Halifax. | Conservador. |
| Ministro sin cartera. | Arthur Greenwood. | Laborista. |

MINISTROS CON CATEGORÍA DE MIEMBROS DEL GABINETE

| | | |
|---|---|---|
| Primer Lord del Almirantazgo. | A. V. Alexander. | Laborista. |
| Ministro de la Guerra. | *Anthony Eden. | Conservador. |
| Ministro del Aire. | Sir Archibald Sinclair. | Liberal. |

12 mayo

| | | |
|---|---|---|
| Lord Canciller. | *Sir John Simon (más tarde lord Simon). | Nacional-liberal. |
| Ministro de Hacienda. | *Sir Kingsley Wood. | Conservador. |
| Ministro del Interior y de Seguridad Interior. | *Sir John Anderson. | Sin partido. |
| Ministro de Colonias. | Lord Lloyd. | Conservador. |
| Presidente de la Junta de Comercio. | Sir Andrew Duncan. | Sin partido. |
| Ministro de Suministros. | Herbert Morrison. | Laborista. |
| Ministro de Información. | Alfred Duff Cooper. | Conservador. |

13 mayo

| | | |
|---|---|---|
| Ministro de la India y Birmania. | L. S. Amery. | Conservador. |
| Ministro de Sanidad. | *Malcolm Macdonald. | Nacional-laborista. |
| Ministro de Trabajo y Servicio Nacional. | Ernest Bevin. | Laborista. |
| Ministro de Abastecimientos. | *Lord Woolton. | Sin partido. |

14 mayo

| | | |
|---|---|---|
| Ministro de Dominios y dirigente de la Cámara de los Lores. | *Vizconde Caldecote. | Conservador. |
| Ministro de Escocia. | *Ernest Brown. | Nacional-liberal. |
| Ministro de Producción Aeronáutica. | Lord Beaverbrook. | Conservador. |
| Presidente de la Junta de Educación. | *Herwald Ramsbotham. | Conservador. |
| Ministro de Agricultura. | *Robert Hudson. | Conservador. |
| Ministro de Transportes. | *Sir John Reith. | Sin partido. |
| Ministro de Navegación. | *Ronald Cross. | Conservador. |
| Ministro de Guerra Económica. | Hugh Dalton. | Laborista. |
| Canciller del ducado de Lancaster. | *Lord Hankey. | Sin partido. |

15 mayo

| | | |
|---|---|---|
| Ministro de Pensiones. | *Sir W. J. Womersley. | Conservador. |
| Director General de Correos. | *W. S. Morrison. | Conservador. |
| Pagador General. | Lord Cranborne. | Conservador. |
| Fiscal General. | *Sir Donald Somerwell, K. C. | Conservador. |
| Lord Abogado. | *T. M. Cooper, K. C. | Conservador. |
| Procurador General. | Sir William Jowitt, K. C. | Laborista. |
| Procurador General de Escocia. | *J. S. C. Reid, K. C. | Conservador. |

(Los marcados con * eran miembros del gobierno anterior.)

• • •

Durante mi larga experiencia política habían recaído en mí los más de los grandes puestos del Estado, pero reconozco que el que a la sazón desempeñaba agradábame como ninguno. El poder, cuando con él se quiere señorear al prójimo, es una aspiración vil. Pero en cambio es una bendición en una crisis nacional, cuando quien lo ejerce cree saber mejor que nadie lo que conviene realizar. En cualquier esfera de acción no cabe comparar las facultades del hombre número uno de una situación con los números dos, tres o cuatro. Los deberes y problemas de quienes no ocupan el primer lugar son muy distintos y, en cierto modo, más difíciles. Es siempre una desgracia que el número dos o tres tenga que iniciar un plan o una política predominantes. Porque no sólo ha de considerar las ventajas de sus tendencias, sino la opinión de su jefe; no sólo lo que proceda aconsejar, sino lo que en su posición es discreto que aconseje; no sólo lo que deba hacerse, sino lo que quepa que sea admitido. Por ende, el número dos o tres ha de luchar con los números cuatro, cinco o seis, e incluso con un lejano, pero acaso inteligentísimo, número veinte. La ambición se desliza en todos los ánimos, y no exclusivamente con fines vulgares, sino con miras a la fama. Hay siempre varios puntos de vista que pueden ser acertados y muchos plausibles, En 1915, cuando lo de los Dardanelos, me arruiné e hice fracasar una gran empresa, por mi empeño en imponerla desde una situación secundaria y subordinada. Yerra quien intente tales aventuras. Aquella lección me llegó a lo vivo.

Si se ocupa el supremo poder, todo se simplifica mucho. Un jefe aceptado no tiene más que decidir lo que procede hacer, o al menos decidirse a hacer lo que sea. En torno al número uno se centran enormes lealtades. Si él tropieza, ha de ser sostenido. Si comete errores, han de ser encubiertos. Si duerme, se ha de cuidar de que no se le despierte a capricho. Y, si no vale para nada, ha de sufrir las consecuencias máximas y ser puesto en la picota. Pero esto último no puede acontecer todos los días y mucho menos en los momentos inmediatamente posteriores a la designación del susodicho número uno.

• • •

Los cambios fundamentales en la dirección de la guerra tuvieron más de reales que de aparentes. Decía Napoleón: «Una constitución ha de ser breve y oscura». Los organismos existentes siguieron intactos. No se cambió ninguna personalidad oficial. El Gabinete de Guerra y los jefes de la Comisión de E. M. siguieron reuniéndose como antes. Al atribuirme, con la aprobación del rey, la designación de ministro de Defensa, no produje ningún cambio legal ni constitucional. Tuve la precaución de no definir mis deberes ni derechos. No pedí a la Corona ni al Parlamento poderes especiales. Pero se entendió y aceptó que yo asumiría la dirección general de la guerra, siempre que me apoyasen el Gabinete y la Cámara. El cambio esencial que se produjo fue que me encargué de la supervisión y dirección de los jefes de la Comisión de Estado Mayor, como ministro de

Defensa dotado de facultades indefinidas. Siendo, a la vez, Primer Ministro, tenía los derechos inherentes a tal cargo, incluyendo amplias facultades de selección y remoción de todas las personalidades profesionales y políticas.

Así, y por primera vez, los jefes de la Comisión de E. M. ocuparon su debido lugar en contacto diario y directo con el jefe ejecutivo del gobierno y, de acuerdo con él, asumieron la plena dirección de la guerra y de las fuerzas armadas.

La posición del Primer Lord del Almirantazgo y de los ministros de la Guerra y del Aire quedó decisivamente afectada de hecho, aunque no de forma. Estos ministros no pertenecían al Gabinete de Guerra, ni asistían a las reuniones de los jefes de la C. de E. M. Seguían siendo enteramente responsables de sus departamentos, pero rápida y casi imperceptiblemente dejaron de encargarse de la formación de planes estratégicos y de la dirección diaria de las operaciones. Éstas se disponían por acuerdo de la C. de E. M., que actuaba bajo las órdenes directas del Primer Ministro y ministro de Defensa, con la autorización, por tanto, del Gabinete de Guerra. Los tres ministros militares, todos amigos míos y por mí elegidos para tan difíciles cargos, actuaban sin someterse a ceremonia alguna. Organizaban y administraban las fuerzas armadas, siempre en crecimiento, y ayudaban a la causa en cuanto podían, según el modo sencillo y práctico usual en Inglaterra. Disponían de plenos informes por su calidad de miembros de la Comisión de Defensa y por la facilidad con que podían llegar a mí. Sus subordinados profesionales —los jefes de Estado Mayor— lo discutían todo con ellos y les trataban con el mayor respeto. Pero existía una dirección integral de la guerra, a la que esos ministros se sometían lealmente. Nunca se presentó ocasión de que su autoridad fuese abrogada o desafiada. Cualquiera que perteneciese a nuestro círculo podía expresar su opinión libremente; pero pronto la dirección real de la guerra se concentró en muy pocas manos y lo que tan difícil parecía se convirtió en fácil (no incluyendo en lo fácil a Hitler). A pesar de la turbulencia de los sucesos y a despecho de los muchos desastres que sufrimos, el mecanismo funcionó casi automáticamente. Vivíamos en una corriente de pensamientos coherentes, transformables con gran rapidez en actos ejecutivos.

* * *

Aunque el lector pueda sentir impaciencia por informarse de cómo transcurría la batalla al otro lado del Canal, procede describir aquí el sistema y mecanismo que yo implanté desde los primeros momentos en la dirección de la cosa pública. Yo soy de los que creen firmemente en la conveniencia de tramitar los asuntos oficiales mediante consignas escritas. Desde luego, mirado posteriormente, mucho de lo que se acordó de una hora a otra bajo la presión de los acontecimientos, puede parecer equivocado o carente de proporciones. Admito mi parte de responsabilidad en esos errores. Salvo en la jerarquía de la disciplina militar, vale más expresar opiniones y deseos que dar órdenes. Con todo, las instrucciones escritas dimanadas de la jefatura legal del gobierno y del ministro especial-

mente encargado de la defensa, tienen, aunque no se expresen como órdenes, una trascendencia que suele rendir óptimos frutos al traducirse en actos.

Durante la crisis de julio, y para cerciorarme de que mi nombre no iba a ser usado de cualquier manera, expedí la siguiente minuta:

> *Primer Ministro al general Ismay, jefe del Estado Mayor Imperial, y a sir Edward Bridges.* 19-VII-40
>
> Deseo que quede claramente entendido que toda instrucción que de mí emane ha de ser formulada por escrito, o al menos confirmada por escrito inmediatamente después. No acepto responsabilidad alguna, en materias concernientes a la defensa nacional, sobre las que se alegue que di órdenes, si no están asentadas por escrito.

Me despertaba a las ocho de la mañana, leía todos los telegramas y desde mi cama dictaba una gran cantidad de minutas e instrucciones dirigidas a los departamentos y a los jefes de la comisión de E. M. A medida que se tomaban aquellas notas, iban mecanografiándose y entregándose al general Ismay, subsecretario militar del Gabinete de Guerra y representante mío en la Comisión de Estado Mayor. Ismay me visitaba a diario, temprano de mañana. Por lo tanto, tenía muchas cosas escritas que presentar a los jefes de la Comisión, que solían reunirse a diario a las diez y media. Estos jefes daban plena consideración a mis opiniones, a la vez que discutían la situación general. De tres a cinco de la tarde, salvo que hubiese nuevas dificultades que requirieran ulteriores consultas, estaba ya preparada una serie de órdenes y telegramas enviados por mí y por los jefes de E. M., de común acuerdo. En esas órdenes se transmitían todas las decisiones requeridas con urgencia.

En una guerra totalitaria es imposible establecer una línea de demarcación entre los problemas militares y los no militares. Si entonces no se produjo fricción alguna entre los militares y el otro personal del Gabinete de Guerra, se debió principalmente a la personalidad de sir Edward Bridges, secretario de dicho Gabinete. Era Bridges hijo de un poeta laureado, un hombre muy competente, un trabajador infatigable, una persona de excepcional capacidad y encanto personal y un carácter desprovisto de la menor huella de envidia. No se preocupaba sino de que el secretario del Gabinete sirviese a ese Gabinete y al Primer Ministro tan bien como pudiera. No pensaba en su posición personal, y nunca hubo divergencia alguna entre el personal civil y el militar de su secretaría.

En cuestiones de gran importancia, o cuando sobrevenían discrepancias, yo convocaba a la Comisión de Defensa del Gabinete de Guerra, comisión que al principio comprendía a Attlee, a Chamberlain y a los tres ministros de los servicios militares, con los jefes de E. M. como asesores. Esas reuniones en regla fueron disminuyendo desde 1941.[1]

1. La comisión de Defensa se reunió 40 veces en 1940, 76 en 1941, 20 en 1942, 14 en 1943 y 10 en 1944.

A medida que el mecanismo funcionaba con más facilidad, fui llegando a la conclusión de que ya no eran necesarias las conferencias del Gabinete de Guerra con los jefes de la Comisión de Estado Mayor. Establecí, pues, lo que vino a ser conocido entre nosotros como «Parada del Lunes». Cada lunes había una considerable reunión, que comprendía todo el Gabinete de Guerra, los ministros de servicios armados, el de Seguridad Interior, el de Hacienda, los de Dominios, India e Información, los jefes de E. M. y el titular oficial de Asuntos Extranjeros. Cada jefe de E. M. explicaba, por turno, lo sucedido en los siete días anteriores y el ministro de Asuntos Extranjeros nos manifestaba las cosas importantes que habían ocurrido en su esfera. Los demás días de la semana el Gabinete de Guerra se reunía a solas y examinaba cuantos asuntos importantes se le sometían. Asistían otros ministros interesados en ciertos problemas que les concernían. Se repartían a los miembros del Gabinete todos los documentos relativos a la guerra, y cada uno revisaba todos los telegramas de importancia que yo expedía.

Según crecía la confianza, el Gabinete de Guerra intervenía menos activamente en los asuntos operativos, aunque los seguía con estrecha atención y pleno conocimiento. Recaía sobre dicho gabinete todo el peso de los negocios interiores y exteriores, los cuales rebasaban mi ámbito de acción, dejándome casi libre para concentrarme en lo principal. En todas las operaciones de importancia yo consultaba oportunamente a mis colegas; pero éstos, aunque prestaban cuidadosa consideración a los problemas planteados, solían pedirme que no les informara de los detalles y las fechas.

Nunca pretendí convertir el cargo de ministro de Defensa en un departamento. Esto hubiera requerido medidas legislativas, así como todos los delicados reajustes que se pueden presumir. La mayoría de ellos los solucioné a fuerza de buena voluntad personal. No obstante, actuaba de continuo, bajo la dirección personal de Primer Ministro, la sección militar del Secretariado del Gabinete de Guerra, denominado antes de la contienda Secretariado de la Comisión de Defensa Imperial. Presidía este organismo el general Ismay, con los coroneles Hollis y Jacob como principales auxiliares, y trabajaba allí un grupo de jóvenes oficiales especialmente seleccionados entre los tres servicios de armas. Este secretariado logró llegar a ser el Estado Mayor del ministro de Defensa. Mucho debo a sus componentes. Ismay y los coroneles Hollis y Jacob ganaron continuamente grados a medida que la guerra continuaba, y nunca ninguno de ellos fue sustituido. Los cambios en una esfera tan íntima y tan relacionada con temas secretos perjudican la continuidad y eficacia de la dirección de los negocios públicos.

Salvo algunos cambios de primera hora, se mantuvo una estabilidad casi absoluta en los jefes de la comisión de E. M. Al terminar su misión como jefe de E. M. del Aire en septiembre de 1940, el mariscal Newall pasó a ser gobernador de Nueva Zelanda. Sucedióle el mariscal Portal, que estaba considerado como un as de la aviación. Portal pasó a mi lado toda la guerra. Sir John Dill, que sucedió al general Ironside en mayo de 1940, siguió al frente del Estado Mayor General, hasta que hice que me acompañara a Washington en diciembre de 1941. En esa ocasión le nom-

bré mi representante personal militar ante el Presidente y le di la dirección de nuestra Comisión conjunta de E. M. Sus relaciones con Marshall, jefe del E. M. norteamericano, fueron de gran valor en todos nuestros asuntos. Cuando Portal murió en acto de servicio dos años más tarde, se le concedió el honor único de ser sepultado en el cementerio de Arlington, el Walhalla hasta entonces exclusivamente reservado para los guerreros de América. Sucedióle sir Alan Brooke, quien continuó conmigo hasta el fin.

Durante cuatro años a partir de 1941 —años cuya primera parte estuvo llena de desgracias y de decepciones— el único cambio producido entre los jefes de Defensa se debió a la muerte en acto de servicio del almirante Pound. Semejante continuidad constituyó una cosa notable en la historia militar de Inglaterra. Roosevelt mantuvo en su círculo una estabilidad similar. Los jefes de Estado Mayor de los EE.UU. —generales Marshall y Arnold y almirante King, a los que se unió luego el almirante Leahy— empezaron a trabajar desde que América entró en la guerra y nunca fueron cambiados. Como ellos y los ingleses formaron la comisión combinada de E. M., hubo en esto una inestimable ventaja para todos. Jamás se había conocido nada parecido entre aliados.

No puedo decir que no surgieran nunca diferencias, incluso en la Gran Bretaña, pero los jefes ingleses de E. M. y yo operábamos en la idea de que debíamos, más que sobreponernos, persuadirnos unos a otros. Contribuía a esto el hecho de que hablásemos un mismo lenguaje técnico y poseyésemos una experiencia bélica y una doctrina militar común. En la cambiante escena de la contienda nos movíamos al unísono y el Gabinete de Guerra nos dejaba cada vez más facultades y nos sostenía con infatigable constancia. No había, como hubo en la guerra anterior, división entre soldados y políticos, entre los «levitones» y los «entorchados», odiosos vocablos que lo ensombrecían todo. Por lo contrario, alcanzamos gran unión y establecimos amistades profundamente valiosas.

La eficacia de una administración de guerra depende principalmente de que las decisiones de la suma autoridad sean estricta, fiel y puntualmente obedecidas. Esto lo conseguimos en Inglaterra en aquel momento de crisis gracias a la intensa lealtad, comprensión y resolución del Gabinete de Guerra, respecto al propósito esencial a que nos consagrábamos.

De acuerdo con las instrucciones dadas se movían los buques, los aviones y las tropas, y giraban las ruedas de las fábricas. Con esto y con la confianza, indulgencia y fidelidad con que se me apoyaba, pronto pude imprimir una dirección integral a casi todos los aspectos de la guerra. Ello era necesario, porque los tiempos andaban muy malos. Mi método se aceptó porque todos comprendían lo cerca que estábamos de la ruina y de la muerte. No sólo de la muerte individual, que es cosa universal, sino de la muerte de Inglaterra, de su misión y de su gloria, lo cual era incomparablemente más grave.

* * *

Cualquier relato de los métodos de gobierno desarrollados por la coalición nacional quedaría incompleto sin explicar la serie de mensajes perso-

nales que envié a Roosevelt y a los jefes de otros gobiernos y Dominios. He de describir esta correspondencia. Después de obtener del Gabinete las decisiones especificadas requeridas por la política, yo dictaba los documentos correspondientes que eran, fundamentalmente y en su mayor parte, cartas íntimas dirigidas a amigos y colegas de trabajo. Usualmente nuestro pensamiento se manifiesta mejor con el empleo de nuestra propia palabra. Sólo ocasionalmente leí mis textos de antemano al Gabinete. Como conocía la opinión de mis compañeros, procedía con toda la naturalidad y la libertad necesarias para el desarrollo de mi trabajo. Desde luego, actuaba de común acuerdo con el ministro de Asuntos Extranjeros, con quien resolvía cualquier discrepancia.

Yo hacía circular entre los principales miembros del Gabinete de Guerra los telegramas concernientes a los asuntos que despachaba, y a veces los daba también al ministro de Dominios. En ocasiones, las copias de los telegramas se entregaban después de expedido el original. Desde luego, antes de enviarlos hacía que fuesen departamentalmente examinados. Casi todos los mensajes militares pasaban, a través de Ismay, por manos de los componentes del Estado Mayor. Esa correspondencia no iba en detrimento de las comunicaciones oficiales, ni de la labor de los embajadores. Pero llegó a convertirse en cauce de muchos negocios de importancia y desempeñó en la dirección de la guerra un papel no menos importante —y a veces más— que mis deberes de ministro de Defensa.

El selecto círculo en que yo me movía expresaba con toda libertad sus opiniones, pero invariablemente aprobaba lo que redactaba yo y me distinguía con una creciente confianza. Las diferencias con las autoridades americanas solían resultar insuperables en un segundo plano de jerarquías, y, sin embargo, se arreglaban en pocas horas siempre que se establecían contactos directos en las alturas. Con el transcurso del tiempo, la eficacia de la resolución de los asuntos mediante tratos entre las principales personalidades fue aumentando de tal modo, que había que andar con precaución para que ello no se convirtiese en el modo corriente de evacuar los negocios ministeriales. Repetidamente tuve que negarme a las peticiones de mis colegas, obstinados en que yo zanjase directamente con Roosevelt ciertas cosas de detalle. De haber tales asuntos entrado en el área de la correspondencia personal, el gran valor de ésta se hubiese desvanecido.

Mis relaciones con el Presidente fueron estrechadas de continuo hasta el punto de que todos los asuntos esenciales que afectaban a ambos países acabaron resolviéndose siempre mediante el intercambio de ideas entre Roosevelt y yo. Así llegamos a una comprensión perfecta. Como jefe de su nación y de su gobierno, Roosevelt obraba con autoridad en todas las esferas. Por mi parte, yo, como director del Gabinete de Guerra, representaba casi con igual amplitud a la Gran Bretaña.

Nuestro grado de mutuo acuerdo era muy grande. Lográbamos así ahorrar un tiempo precioso y disminuir mucho el número de personas informadas de los negocios de Estado y guerra. Yo enviaba mis cablegramas a la embajada americana en Londres, que estaba en contacto directo con el Presidente, la cual se relacionaba mediante máquinas especiales ci-

fradas con la Casa Blanca. La celeridad de las respuestas se regulaba cronométricamente. Cualquier mensaje que yo preparara por la tarde o la noche —e incluso a la una o las dos de la madrugada— llegaba a manos del Presidente antes de que éste se acostase. Muy a menudo sus contestaciones se hallaban en mi despacho al despertar yo al siguiente día. En conjunto expedí a Roosevelt novecientos cincuenta escritos y recibí unas ochocientas respuestas. Me sentía en contacto con un gran hombre, que era a la par un cordial amigo y un denonado paladín de las altas causas que los dos servíamos.

• • •

El Gabinete aprobó mi resolución de solicitar al gobierno norteamericano algunos destructores. En la tarde del 15 de mayo redacté mi primer mensaje al Presidente Roosevelt. El primero, quiero decir, desde que yo ocupaba la jefatura de mi gobierno. Para mantener la sencillez de nuestra correspondencia firmé «Una ex personalidad naval», seudónimo al que seguí fiel durante casi toda la guerra.

Mi carta decía:

> Aunque he cambiado de cargo, seguramente usted deseará que no interrumpamos nuestra correspondencia. Como usted sabe, la escena se ha oscurecido mucho y muy de prisa. El enemigo posee una marcada preponderancia en el aire, y su nueva técnica impresiona profundamente a los franceses. Creo que la batalla en tierra no ha hecho más que empezar, y deseo vivamente ver entrar en acción las grandes masas militares. Hasta el presente, Hitler opera mediante unidades especializadas de tanques y aviación. Los países pequeños van siendo aplastados uno a uno como si fuesen chamarasca.
>
> Aunque sin certeza, cabe suponer que Mussolini se apresurará a participar en el reparto del botín de la civilización. Esperamos ver atacado nuestro país, en un futuro próximo, con fuerza aéreas, paracaidistas y tropas aerotransportadas. Nos hallamos dispuestos a afrontar el asalto. En caso necesario, no nos arredrará el haber de continuar la guerra solos.
>
> Comprenderá usted bien, señor Presidente, que la voz y la fuerza de los Estados Unidos se anularían si se reprimiesen durante demasiado tiempo. Es dable que dentro de muy poco veamos una Europa completamente nazificada, y puede ocurrir que graviten sobre nosotros más pesos que los que podamos soportar. Por ahora sólo le pido que proclame usted la no beligerancia, lo que significaría que ustedes nos ayudarían con todo, menos con fuerzas armadas. La primera de nuestras necesidades consiste en cuarenta o cincuenta destructores viejos que puede usted cedernos, para llenar el abismo entre los que tenemos ahora y los que habremos de tener cuando se realicen las grandes construcciones iniciadas al principio de la guerra. Dentro de un año poseeremos destructores en abundancia. Mas si Italia, en el intervalo, alinea contra nosotros cien submarinos más, podemos vernos sometidos a una tensión arruinadora. Nos son precisos, en segundo lugar, varios centenares de aviones de los últimos tipos, como los que están ustedes entregándonos ya. Los podemos compensar cediéndoles otros de los que ahora están construyéndonos los Estados Unidos. En tercer término, necesitamos equipos y municiones antiaéreos, de lo que también tendremos abun-

dancia el año que viene, si vivimos para verlo. En cuarto lugar, pueden verse comprometidos nuestros suministros de mineral de hierro de Suecia, de África del Norte y acaso de la España septentrional. Por ello, nos es forzoso adquirir acero en los Estados Unidos. Lo mismo digo de otros materiales. Pagaremos en dólares mientras podamos, pero quisiera tener una razonable certidumbre de que, cuando no podamos seguir pagando, seguiremos, no obstante, recibiendo los materiales precisos. Tenemos, en quinto término, muchos informes acerca de posibles aterrizajes en Irlanda de paracaidistas enemigos o tropas aerotransportadas. Sería de gran valor la visita de una escuadra norteamericana a los puertos irlandeses, visita que podría prolongarse. En sexto lugar, quisiera que ustedes, en el Pacífico, mantuviesen quietos a los japoneses, utilizando Singapur a su comodidad. Le comunicaré por separado pormenores sobre el material de que disponemos.

Con todos mis buenos deseos y respetos, queda muy suyo.

El 18 de mayo recibí respuesta del Presidente, felicitándose de la continuación de nuestra correspondencia privada y refiriéndose a mis peticiones concretas. El préstamo de cuarenta o cincuenta destructores requeriría, decíame, la autorización del Congreso, y el momento no era oportuno para solicitarla. Se facilitaría a los gobiernos aliados el máximo de aviones modernos estadounidenses, así como de acero y material antiaéreo. Las indicaciones de nuestro abnegado y competente agente Purvis (que había de morir en accidente de aviación) recibirían la atención más favorable. También el Presidente se mostraba inclinado a estudiar la cuestión de una visita de barcos norteamericanos a los puertos irlandeses. Respecto a los nipones, Roosevelt se limitaba a señalar que la flota americana se había concentrado en Pearl Harbour.

* * *

El 13 de mayo pedí a la Cámara de los Comunes —especialmente convocada— un voto de confianza al nuevo gobierno. Después de referirme a los progresos alcanzados en la tarea de cubrir los puestos ministeriales, dije: «Nada puedo ofrecer más que sangre, trabajo, sudor y lágrimas.» En el curso de nuestra larga historia ningún Primer Ministro había presentado jamás a la nación un programa tan breve y tan popular. Terminé diciendo:

> Nos preguntaréis cuál es nuestra política. Y respondo: Hacer la guerra por tierra, mar y aire con toda la fuerza que nos ha dado Dios. Hacer la guerra, sí, contra una monstruosa tiranía nunca superada en el sombrío y lamentable catálogo del crimen humano. Esa es nuestra política.
>
> Nos preguntaréis también cuáles son nuestros objetivos. Y respondo con una sola palabra: Victoria. Victoria a toda costa, a pesar de todos los terrores, a despecho de lo largo y duro que el camino pueda ser. Sin victoria no sobreviviríamos. Advertid que no sobreviviría el Imperio Británico, ni lo que el Imperio Británico representa, ni ese impulso y estímulo de las edades que hace avanzar hacia su meta a la humanidad.
>
> Emprendo mi tarea con optimismo y esperanza. Estoy seguro de que no sucederá que nuestra causa falle. Me siento autorizado para solicitar la ayuda de todos y decir: Adelante con toda nuestra fuerza unida.

La Cámara aprobó, en votación unánime, mis directrices, y suspendió las sesiones hasta el 21.

* * *

Así comenzamos nuestra empresa común. Nunca un Primer Ministro británico recibió de sus colegas de Gabinete tan leal y sincera ayuda como la que me dedicaron durante los cinco años siguientes los miembros de todos los partidos del Estado. El Parlamento, sin dejar de ejercer una crítica libre y activa, prestó un continuo y entero apoyo a todas las medidas propuestas por el gobierno, y la nación se mostró tan unida y ardiente como no se la viera jamás. Y bien nos vino que así sucediese, porque iban a caer sobre nosotros muchos acontecimientos más terribles que cuanto nadie hubiese podido prever.

CAPÍTULO II

# LA BATALLA DE FRANCIA: GAMELIN

## LA PRIMERA SEMANA: 10-16 MAYO

*Plan «D». — Orden alemán de batalla. — Las fuerzas blindadas germanas y francesas. — Avance anglo-francés a través de Bélgica. — Holanda dominada. — El problema belga. — Supuesta primacía de Francia en el arte militar. — La brecha de las Ardenas. — Dificultades británicas durante la fase de «guerra crepuscular». — Progresos de Plan «D». — Malas noticias los días 13 y 14. — El grupo de ejércitos de Kleist rompe el frente francés. — Graves pérdidas inglesas en el aire. — Nuestro límite máximo de reducción de la defensa aérea metropolitana. — Mensaje telefónico de Reynaud el 15. — Destrucción del IX ejército francés que defendía la brecha de las Ardenas. — Orden de suspensión de hostilidades en Holanda. — La amenaza italiana. — Mi viaje aéreo a París. — Reunión en el Quai d'Orsay. — Manifestaciones del general Gamelin. — Falta de reservas estratégicas: «Aucune». — Se proponen ataques a la cuña principal del enemigo. — Los franceses solicitan más escuadrillas inglesas de caza. — Mi telegrama al Gabinete en la noche del 16 de mayo. — El gobierno accede a enviar otras diez escuadrillas de aviones.*

Cuando, en la tarde del 10 de mayo, me encargué de la jefatura del gobierno, ninguna decisión nueva teníamos que tomar mis colegas ni yo para hacer frente a la invasión alemana de los Países Bajos. Hacía mucho que todos nos aseguraban que los Estados Mayores inglés y francés concordaban en el Plan «D» del general Gamelin, plan que había sido puesto en ejecución aquel día al alborear. En la mañana del 11 el vasto proyecto había hecho grandes progresos. Por el lado del mar, el séptimo cuerpo de ejército francés, mandado por el general Giraud, había iniciado su audaz penetración en Holanda. En el centro, las patrullas de carros armados del 12.º inglés de lanceros se hallaban junto al río Dyle. Al sur de nuestro frente, todo el resto del primer grupo de ejércitos del general Billotte se apresuraba a acercarse al Mosa. La opinión de los altos jefes militares aliados era que el plan «D», si resultaba bien ahorraría de doce a quince divisiones al acortar el frente opuesto a los alemanes. También había que contar con las veintidós divisiones del ejército belga y las diez del holandés, sin cuyo refuerzo nuestras tropas del frente occidental hubieran sido numéricamente inferiores. Yo no quise intervenir en los proyectos milita-

res ni en lo más mínimo, y aguardaba con esperanza y confianza el inminente choque.

No obstante, mirando las cosas a posteriori, hallamos que tenía mucha importancia el documento escrito por los jefes ingleses de Estado Mayor el 18 de septiembre de 1939, al que ya nos referimos en el primer tomo de esta obra. Afirmábase en ese documento que, a no ser que los belgas lograsen sostener el frente en el Mosa y en el Canal Alberto, sería peligroso que ingleses y franceses acudieran en su ayuda. Por lo contrario, debían hacerse fuertes en la frontera de Francia, o, a lo más, adelantar un tanto el ala izquierda hacia el Escalda. Pero después de septiembre de 1939 se habían alcanzado acuerdos concernientes a la puesta en práctica del plan «D» ideado por el general Gamelin.

Con todo, nada entre tanto había ocurrido que debilitase las opiniones expuestas por los jefes británicos en el susodicho escrito. Antes bien, habían acontecido cosas que lo reforzaban. El ejército alemán había ganado energía y madurez con cada mes transcurrido y disponía a la sazón de elementos acorazados mucho más poderosos que antes. En cambio, el ejército francés, roído por el comunismo sovietizante y cansado del largo y estéril invierno pasado en el frente, había disminuido en eficacia. El gobierno belga, haciendo depender la vida de su país del supuesto respeto de Hitler por la neutralidad y la ley internacional, no había promovido acuerdo eficaz alguno entre sus jefes militares y los aliados. Los obstáculos antitanque y la línea defensiva del frente Namur-Lovaina eran inadecuados y no estaban ni siquiera concluidos.

El ejército belga incluía muchos hombres resueltos y denonados. pero no estaba en condiciones de entrar en un conflicto armado, ni osaba hacer nada que sonase a falta de neutralidad. La primera oleada del asalto alemán desbordó el frente belga en muchos puntos, incluso antes de que el general Gamelin diese la señal para poner en ejecución su largamente preparado plan. La única esperanza de conseguir éxito estaba, pues, en la batalla de choque que al alto mando francés había precisamente decidido evitar.

Ocho meses antes, al estallar la guerra, el poderío del ejército y la aviación de Alemania se había concentrado en el ataque y conquista de Polonia. A lo largo del frente occidental, desde Aquisgrán a la frontera suiza, sólo se desplegaban cuarenta y dos divisiones alemanas sin elementos blindados. Frente a esas unidades Francia, después de la movilización, podía alinear setenta divisiones. Por razones ya explicadas no se había creído posible atacar entonces a los alemanes.

El 10 de mayo de 1940 la situación era muy diferente. El enemigo, gracias a una dilación de ocho meses y a la conquista de Polonia, había armado, equipado y adiestrado unas 155 divisiones, diez de ellas acorazadas («Panzer»). El entendimiento de Hitler con Stalin había permitido a los alemanes reducir las fuerzas fronterizas del este a proporciones minúsculas. Según el general Halder, jefe alemán de Estado Mayor, no había frente a Rusia «más que una ligera fuerza de cobertura, apenas suficiente para la recaudación de los derechos aduaneros». Sin prever cuál había de ser su propio futuro, el gobierno soviético asistía, impasible, a la destruc-

ción de aquel «segundo frente» por el que poco después había de clamar tan vehementemente y que debía esperar durante tan largo tiempo. Hitler, pues, pudo desencadenar su asalto a Francia con 126 divisiones y el inmenso poder blindado de diez divisiones Panzer, que comprendían unos tres mil vehículos, un millar de los cuales eran tanques pesados.

Esas vigorosas fuerzas se desplegaban desde el Mar del Norte a Suiza por el siguiente orden:

*Grupo de ejércitos B:* 28 divisiones mandadas por el general Von Bock y escalonadas desde el Mar del Norte a Aquisgrán. Estas fuerzas, arrollando la resistencia holandesa y belga, debían invadir Francia, formando el ala derecha alemana.

*Grupo de ejércitos A:* 44 divisiones a las órdenes del general Von Rundstedt. Se alineaban de Aquisgrán al Mosela y debían constituir el núcleo central de la embestida.

*Grupo de ejércitos C:* 17 divisiones mandadas por el general Von Leeb. Defendían la línea de Rin, desde el Mosela a la frontera suiza.

La reserva del mando supremo comprendía unas 47 divisiones. Veinte de ellas se hallaban en reserva directa detrás de los distintos grupos de ejércitos y 27 formaban la reserva general.

La fuerza y disposición exacta de estos elementos nos eran desconocidas. Frente a tal concentración de fuerzas nosotros presentábamos el primer grupo de ejércitos mandado por el general Billotte, que incluía 51 divisiones, 9 de ellas destinadas a la reserva del alto cuartel general. Nueve de tales divisiones eran inglesas. El conjunto de tales fuerzas se desplegaba desde el final de la Línea Maginot, cerca de Longwy, hasta la frontera belga y, siguiendo ésta, hasta el mar, ante Dunquerque. El segundo y tercer grupo de ejércitos, mandados por los generales Pretelat y Besson, consistían en 43 divisiones, incluidas las reservas, y defendían la frontera francesa desde Longwy a Suiza. Además, los franceses tenían en la Línea Maginot la equivalencia de 9 divisiones. El total de fuerzas ascendía, pues, a 103 divisiones. Si los ejércitos de Bélgica y Holanda entraban en acción aumentarían nuestros efectivos con 22 divisiones belgas y 10 holandesas. Como ambos países fueron atacados inmediatamente, el conjunto de tropas aliadas el 10 de mayo ascendía a 135 divisiones de diversas calidades, lo que venía a ser prácticamente lo mismo que, como sabemos ahora, poseía el enemigo. Esa fuerza, debidamente organizada, adiestrada y mandada, podría haber tenido buenas probabilidades de refrenar la invasión. Ello, si nos ateníamos a las experiencias de la otra guerra.

Pero los alemanes estaban en plena libertad de elegir el momento, dirección y fuerza de su ataque. Más de la mitad del ejército francés permanecía en los sectores meridionales y orientales de Francia. Las 51 divisiones francesas y británicas del primer grupo de ejércitos del general Billotte, más los elementos belgas y holandeses, habían de enfrentarse con el empuje de las 70 divisiones hostiles de Bock y Rundstedt, distribuidas entre Longwy y el mar. La combinación de los bombarderos en picado y los tanques casi a prueba de cañón —combinación que tanto éxito alcanzara

en Polonia en menor escala— iba a constituir la base del nuevo ataque. Cinco divisiones Panzer y tres motorizadas, a las órdenes de Kleist, se incluían en el grupo de ejércitos alemanes designado con la letra A y fueron las que, por las Ardenas, avanzaron hacia Sedán y Monthermé.

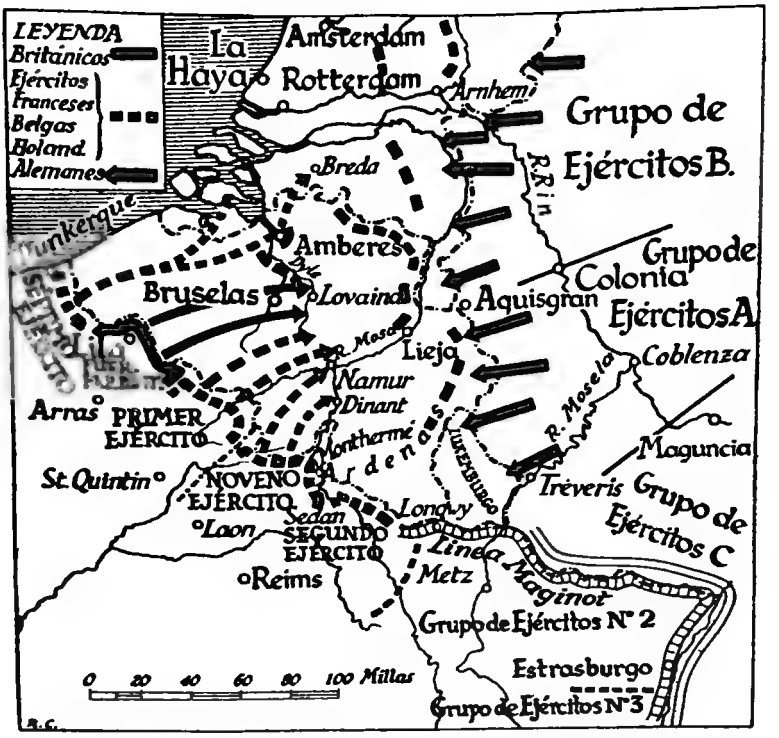
Contra tales y tan modernos elementos de guerra, los franceses podían oponer 2.300 tanques, en su mayoría ligeros. Las formaciones acorazadas de Francia comprendían algunos poderosos tipos modernos, pero más de la mitad de las fuerzas blindadas francesas constituían batallones dispersos de tanques ligeros, destinados a cooperar con la infantería. Las seis divisiones acorazadas francesas —únicas que hubiesen podido resistir el choque de las Panzer— estaban ampliamente diseminadas por el frente y no cabía reunirlas para desarrollar una labor coherente. Inglaterra, patria del tanque, acababa de completar y entrenar su primera división acorazada, que comprendía 328 tanques y se hallaba todavía en la metrópoli.

Los aviones alemanes de caza, a la sazón concentrados en el oeste, superaban en mucho a los franceses en número y en calidad. La aviación inglesa destacada en Francia incluía diez escuadrillas de cazas Hurricanes —únicos que habíamos podido distraer de la esencial misión de defensa del país—, ocho de Battles, seis de Blenheims, y cinco de Lysanders. Ni las autoridades aéreas francesas ni las británicas disponían de bombarderos en picado, que por aquel entonces, como antes en Polonia, adquirieron prominente importancia, contribuyendo muchísimo a la desmoralización de la infantería francesa, y particularmente de las tropas de color.

En la noche de 9 al 10 de mayo amplios ataques aéreos contra aeródromos, nudos de comunicaciones, arsenales y puestos de mando, preludiaron el ataque de todas las fuerzas alemanas de Bock y Rundstedt. Esas unidades avanzaron hacia Francia a través de las fronteras de Holanda, Bélgica y Luxemburgo. En casi todos los casos se consiguió una plena sorpresa táctica. De las tinieblas surgieron innumerables partidas de fogosas y bien armadas tropas de asalto, provistas muchas de ellas de artillería ligera. Antes de amanecer, se combatía en ciento cincuenta millas de frente. Holanda y Bélgica, atacadas sin pretexto ni aviso, demandaban clamorosamente socorro. Los holandeses habían confiado en la defensa de sus esclusas. Cuantas no fueron tomadas se abrieron y las fuerzas fronterizas holandesas recibieron a tiros a los invasores. Los belgas lograron destruir los puentes del Mosa, mas los alemanes ocuparon, intactos, dos sobre el Canal Alberto.

En virtud del plan «D» el primer grupo de ejércitos mandado por el general Billotte —y que incluía el pequeño pero excelente cuerpo británico— avanzó hacia el este de Bélgica tan pronto como los alemanes violaron la frontera. Pretendíamos anticiparnos al enemigo y situarnos en la línea Mosa-Lovaina-Amberes. Frente a esta línea, a lo largo del Mosa y el Canal Alberto, se escalonaba el grueso de las fuerzas belgas. Si éstas resistían el primer empujón alemán, el grupo de ejércitos número uno las sostendría.

Parecía, empero, probable que los belgas fuesen rechazados hacia la línea aliada. Tal fue lo que sucedió. Se suponía que en tal caso la resistencia belga nos daría algún respiro breve, que permitiese a ingleses y france-




**MOVIMIENTOS DE AVANCE INICIADOS el 10 de Mayo**

ses organizar sus posiciones. También esto aconteció, salvo en el crítico frente del noveno ejército francés. En la extrema izquierda —flanco del mar— el séptimo ejército francés debía ocupar las islas que dominan la desembocadura del Escalda y, a ser posible, ayudar a los holandeses avanzando hacia Breda. Se creía que, en el flanco sur, las Ardenas serían infranqueables para un ejército moderno. Más allá, siguiendo el Rin hasta la frontera suiza, se extendía la Línea Maginot.

Todo, pues, parecía depender del contragolpe que nuestras tropas asentaran al enemigo en el norte. Y tal contragolpe dependía, a su vez, de la celeridad con que pudiese ocuparse Bélgica. Todo había sido minuciosamente preparado a esos efectos, y bastaba una señal para poner en movimiento más de un millón de combatientes aliados.

A las cinco y media de la madrugada del 10 de mayo lord Gort recibió un mensaje del general Georges encomendándole órdenes denominadas «Alerta números 1, 2 y 3». Esto significaba que las fuerzas debían prepararse a entrar en Bélgica. A las seis cuarenta y cinco de la mañana el general Gamelin ordenó poner en ejecución el Plan «D». Los proyectos del

alto mando francés, preparados desde hacía tiempo y a los que los ingleses se subordinaron por completo, se pusieron, pues, en práctica.

* * *

Cuando Colijn, jefe del gobierno holandés, me visitó en 1937, explicóme la «maravillosa» eficacia del sistema holandés de inundaciones. Según él, un simple aviso telefónico enviado desde Chartwell pondría en movimiento un botón que ofrecería al invasor una infranqueable sábana de agua.

Todo eso era absurdo. Dadas las condiciones modernas, el poderío de un gran Estado, cuando se enfrenta a otro pequeño, es incontrastable. Los alemanes forzaron el frente holandés por todas partes, vadeando los canales o adueñándose de las esclusas y los puntos que las controlaban. En un solo día todas las defensas exteriores holandesas fueron dominadas por el enemigo. A la par, la aviación alemana desplegaba todo su vigor contra el inerme país holandés. Si los holandeses aguardaban que Alemania los dejara libres, como en la guerra anterior, su esperanza fue defraudada.

El caso belga exige más detenido examen. Varios cientos de miles de tumbas inglesas y francesas diseminadas en Bélgica señalaban el encono de la pugna anterior. Mas la política belga en el intervalo entre las dos guerras no había tenido en suficiente consideración el pasado. Los dirigentes belgas miraban con disgustados ojos la debilidad interna de Francia y el vacilante pacifismo inglés. Aferrábanse, pues, a una neutralidad estricta. Su actitud ante los dos grupos de potencias que se enfrentaban uno con otro, era enteramente imparcial antes de la invasión. No han de olvidarse los graves bretes en que se halla un Estado pequeño en una situación tan tremenda, pero hemos de reconocer que el alto mando francés llevaba años enteros quejándose con amargura de las directrices seguidas por los gobiernos belgas. La única probabilidad de defender con éxito la frontera francesa si era atacada por los alemanes, consistía en una estrecha unión de Bélgica y Francia. La línea del Canal Alberto y demás cursos de agua era muy defendible. Si los ejércitos francés y británico, ayudados por el belga, hubiesen, una vez declarada la guerra, ocupado las fronteras de Bélgica a tiempo, cabía haber preparado y desencadenado desde aquellas posiciones una vigorosa ofensiva contra Alemania. El gobierno belga, sin embargo, opinó que su salvación residía en una neutralidad estricta y fundó todas sus esperanzas en la presunta buena fe alemana y en el respeto de Hitler hacia los tratados.

Ni siquiera cuando Inglaterra y Francia entraron en guerra fue posible convencer a Bélgica de que renovase la antigua alianza. Los belgas anunciaron que defenderían su neutralidad hasta la muerte y situaron las nueve décimas partes de su ejército en la frontera alemana a la vez que prohibían rigurosamente a los anglo-franceses cruzar el lindero de Bélgica o adelantarse a los golpes alemanes. Sólo una medida pudimos tomar y fue construir nuevas líneas y zanjas antitanque en el invierno de 1939, tarea que el ejército inglés, con el francés a su derecha, realizó en la raya de

Bélgica. Importante es la cuestión de si, en vista de lo que sucedía, no debiéramos haber revisado el Plan «D», optando por resistir y pelear en la frontera francesa e invitando a los belgas a instalarse también en aquellas fuertes posiciones, sin emprender el atrevido y presuroso avance hacia el Dyle y el Canal Alberto.

• • •

Las decisiones adoptadas en ese período serían incomprensibles si no se tuviese en cuenta la inmensa autoridad moral que tenían entonces los jefes militares franceses. No había oficial francés que no creyera en la supremacía de Francia en el arte militar. Francia había sostenido el principal peso de la terrible lucha terrestre de 1914 a 1918 y tenido un millón cuatrocientos mil muertos. El mando supremo había sido entregado a Foch y los grandes ejércitos británicos e imperiales —de sesenta a setenta divisiones— habían estado incondicionalmente, como los americanos, a las órdenes de dicho mariscal. En 1940 el cuerpo expedicionario inglés sólo comprendía trescientos o cuatrocientos mil hombres, y se diseminaba desde las bases del Havre a la frontera, a lo largo de la costa. En cambio, unas cien divisiones francesas —obra de dos millones de hombres— defendían el largo frente que corría de Bélgica a Suiza. Era natural, pues, que el mando correspondiera a los franceses y que nosotros obedeciéramos sus instrucciones.

Se había dado por hecho que el general Georges se haría cargo del mando de las tropas en campaña tan pronto como se declarase la guerra, mientras el general Gamelin pasaba a ocupar un puesto consultivo en un supremo consejo militar de Francia. Pero Gamelin era reacio a ceder su puesto de generalísimo y retuvo la dirección superior de las operaciones. Durante los ocho meses de inacción persistió un vejatorio conflicto de jurisdicciones entre Gamelin y Georges. Entiendo que el último no pudo nunca desarrollar en su integridad el plan estratégico, bajo su responsabilidad propia.

El Estado Mayor británico y los jefes de nuestras tropas del frente venían, hacía tiempo, sintiéndose muy inquietos a causa de la brecha existente entre el extremo septentrional de la Línea Maginot y el comienzo de la línea fortificada inglesa a lo largo de la frontera franco-belga. Hore Belisha, ministro de la Guerra, planteó el problema ante el Gabinete en varias ocasiones. Se hicieron las indicaciones oportunas por los cauces militares corrientes. El Gabinete y nuestras autoridades castrenses, sin embargo, no osaban criticar a quienes mantenían un ejército diez veces mayor que el nuestro. Los franceses creían que las Ardenas eran infranqueables para los grandes ejércitos modernos. El mariscal Pétain había dicho a la Comisión Militar del Senado: «Ese sector no es peligroso.»

Desde luego, se había hecho mucho trabajo de fortificación a lo largo de las riberas del Mosa, pero ni siquiera se intentó construir una línea fuerte de casamatas y obstáculos antitanque como la levantada por los ingleses en la frontera belga. Por ende, el noveno grupo francés de ejércitos, a las órdenes del general Corap, se componía principalmente de tro-

pas de nivel muy inferior al medio de las fuerzas de Francia. De sus nueve divisiones, dos eran de caballería, parcialmente mecanizadas; una era una división de plaza; dos (la 61 y la 53) pertenecían a una categoría secundaria; otras dos (la 22 y la 18) eran algo inferiores a las divisiones activas y sólo dos divisiones pertenecían al ejército regular permanente. De suerte que desde Sedán a Hirson, sobre el Oise, es decir, en cincuenta millas de frente, no existían fortificaciones fijas ni había más que dos divisiones de tropas profesionales.

No se puede ser fuerte en todas partes. Con frecuencia es acertado y necesario defender amplios sectores de una frontera con sólo ligeras fuerzas de cobertura, pero ello, por supuesto, ha de responder al propósito de reunir grandes reservas para contraatacar cuando se revelen los puntos neurálgicos del enemigo. A mi juicio era una disposición muy imprevisora la que condujo a diseminar 43 divisiones —la mitad del ejército móvil de Francia— desde Longwy a la frontera suiza. Y ello con tanto más motivo cuanto que ese frente estaba defendido, o por los fuertes de la Línea Maginot o por el ancho y rápido Rin, con un sistema propio de fortalezas a sus espaldas. En general, los riesgos que ha de afrontar un defensor suelen ser más angustiosos que los que experimenta un asaltante, que presumiblemente es más fuerte en el punto donde acomete. Si se trata de proteger frentes muy extensos, los ataques sólo pueden ser refrenados por grandes reservas móviles susceptibles de intervenir rápidamente en una batalla decisiva. Muy considerable es la opinión que sostiene que las reservas francesas eran inadecuadas y, para colmo, estaban mal distribuidas. Se ha de reconocer que la brecha de las Ardenas daba acceso al más corto de los caminos hacia París y había sido durante siglos un afamado cambo de batalla. Si el enemigo penetraba por allí, todos los movimientos de nuestras fuerzas del norte quedaban privados de su pivote y sus comunicaciones corrían tanto peligro como la capital francesa.

Examinando las cosas desde un punto de vista retrospectivo, se llega a la conclusión de que el gobierno de Chamberlain —al que pertenecí y por todos cuyos actos o negligencias acepto mi plena parte de responsabilidad— no debiera haber dejado de tratar aquel asunto con los franceses en el otoño e invierno de 1939. Reconozcamos, a la vez, que la discusión hubiera sido asaz ingrata. En efecto, los franceses podían haber preguntado siempre: «¿Y por qué no enviáis vosotros más tropas vuestras? ¿Por qué no os encargáis de defender un sector más amplio del frente? Puesto que faltan reservas, suministradlas vosotros. Nosotros hemos movilizado cinco millones de hombres.[1] En la guerra marítima seguimos vuestras ideas y nos sometemos a los planos de Almirantazgo británico. Confiad a vuestra vez en el ejército francés y en nuestra histórica maestría en el arte de la guerra terrestre.»

A pesar de todo, debimos haber planteado el problema.

Hitler y sus generales tenían muy pocas dudas sobre las opiniones militares y las disposiciones de sus adversarios. Durante el otoño y el invierno

1. Los cinco millones de movilizados franceses incluían muchos hombres no sometidos a las armas, como obreros de fábricas, de la tierra, etc.

las fábricas alemanas habían producido tanques en abundancia. Los planes de aquella producción debían de estar muy avanzados ya cuando en 1938 se produjo la crisis de Munich, y desde luego rindieron espléndidos frutos en los ocho meses transcurridos desde el principio de la guerra. Las dificultades físicas de la travesía de las Ardenas no perjudicaron en nada los planes alemanes. Por lo contrario, el enemigo entendía que los modernos transportes mecánicos y la capacidad ingenieril de construcción de caminos podían convertir aquella región, hasta entonces tenida por infranqueable, en el camino más corto, fácil y seguro para penetrar en Francia y deshacer todos los proyectos franceses de contraataque. En consecuencia, el alto mando alemán preparó su enorme asalto a través de las Ardenas con miras a seccionar el brazo izquierdo de los ejércitos aliados a la altura del hombro. El movimiento, aunque en más vasta escala y a velocidades diferentes, no era desemejante al empujón de Napoleón en la meseta de Pratzen, durante la batalla de Austerlitz, ocasión en que todo el centro austrorruso fue destruido y sus movimientos envolventes despedazados.

* * *

Al recibir la señal oportuna, los ejércitos del norte corrieron al auxilio de Bélgica y avanzaron por los caminos belgas entre las aclamaciones de los habitantes del país. El 12 de mayo quedó conclusa la primera fase del Plan «D». Los franceses defendían en Huy la margen izquierda del Mosa, mientras las avanzadas que habían cruzado el río reculaban ante la presión enemiga. Las divisiones acorazadas del primer ejército francés alcanzaron la línea Huy-Hannut-Tirlemont. Los belgas, tras perder el Canal Alberto, retrocedieron a la línea del río Gette y ocuparon las posiciones previamente determinadas, entre Amberes y Lovaina. Seguían también defendiendo Lieja y Namur. El séptimo ejército francés había ocupado las islas de Walcheren y Bevelandia del Sur y sostenía encuentros con las unidades mecanizadas del decimoctavo ejército alemán sobre la línea Herenthals-Bergen-op-Zoom. El séptimo ejército francés había avanzado tan de prisa que llegó a quedar aislado de sus servicios de abastecimiento de municiones. A la vez se hacía patente ya la superioridad de la aviación británica en calidad, aunque no en número. De manera que hasta la noche del 12 nada autorizaba a pensar que las operaciones no marchaban excelentemente.

Pero en la noche del 13 los altos puestos de mando de Lord Gort advirtieron de modo inequívoco la magnitud del empuje alemán en el frente del noveno ejército francés. Al caer la noche el enemigo se había establecido ya en la margen occidental del Escalda, a ambos lados de Dinant y Sedán. El cuartel general supremo francés no estaba seguro todavía de si el principal esfuerzo alemán se dirigía contra la izquierda de la Línea Maginot a través de Luxemburgo, o hacia Bruselas pasando por Maestricht. En todo el frente comprendido desde Lovaina-Namur-Dinant hasta Sedán, se desarrollaba una empeñada batalla, reñida en condiciones no previstas por el general Gamelin. En efecto, el noveno ejército francés, que

operaba en Dinant, no había tenido tiempo para tomar posiciones antes del ataque del enemigo.

* * *

El 14 empezaron a llegar malas noticias. Todo, al principio, resultaba muy vago. A las siete de la tarde leí al Gabinete un mensaje enviado por Reynaud, quien nos decía que los alemanes habían roto el frente en Sedán, que los franceses no lograban resistir la combinación del ataque de tanques y bombarderos en picado, y que se necesitaban en Francia otras diez escuadrillas de caza para restablecer la línea de combate. Escritos expedidos por los jefes del Estado Mayor daban informes similares y añadían que los generales Gamelin y Georges miraban la situación como muy seria. Gamelin, sobre todo, estaba asombrado de la rapidez del avance enemigo. De hecho, el grupo de fuerzas de Kleist, con su inmensa masa de tropas blindadas pesadas y ligeras, había dispersado o destruido a todas las unidades francesas que tenía enfrente y adelantaba a un paso jamás conocido en la guerra hasta entonces. En casi todos los puntos donde las fuerzas habían tomado contacto, el peso y furia del ataque alemán era arrollador. El enemigo cruzó el Mosa por el sector de Dinant con dos divisiones acorazadas. Al norte se desarrollaba una durísima lucha en la zona del primer ejército francés. El primero y segundo cuerpos británicos se sostenían aún desde Wawre a Lovaina, lugar donde nuestra tercera división, mandada por el general Montgomery, libraba una acción muy ahincada. Más al septentrión, los belgas se retiraban de las defensas de Amberes. En el sector del mar el séptimo ejército francés se replegaba más de prisa aún de lo que había avanzado.

Desde que se inició la invasión, nosotros desencadenamos la operación «Marina Real». Me refiero al lanzamiento de minas fluviales al Rin. En la primera semana de operaciones arrojamos cerca de 1.700 minas.[1] Los resultados que produjeron fueron inmediatos. Prácticamente, todo el tráfico del río entre Karlsruhe y Maguncia quedó suspendido y se hicieron muchos daños a varios puentes de barcas y a las defensas de Karlsruhe. Pero el éxito de la maniobra se anegó en el diluvio de nuestros desastres.

Todas las escuadrillas aéreas británicas luchaban de continuo y sus principales esfuerzos se dirigían contra los puentes de barcas de la zona de Sedán. En abnegados y desesperados ataques, varios de aquellos puentes fueron destruidos y otros descompuestos. La artillería antiaérea alemana nos causó crueles pérdidas en nuestros ataques a baja altura. Hubo caso en que de seis aviones sólo uno regresó de la fructífera tarea. Ese mismo día perdimos un total de 67 aparatos, mientras que sólo derribamos 53 aviones enemigos. Ello se debía a que nuestra lucha dirigíase principalmente contra las fuerzas antiaéreas alemanas. Aquella noche, de los 474 aviones destacados a Francia por la aviación inglesa, sólo quedaron 206 aptos para el servicio.

1. La operación «Marina Real» se planeó en noviembre de 1939. Las minas se habían preparado con la finalidad de que descendieran el Rin, flotando, y destruyesen los puentes y la navegación enemiga. Se lanzaron al río desde territorio francés. (Véase libro 2 del tomo I.)

Los informes pormenorizados de la situación no iban llegando sino muy lentamente. Empero, ya se veía con claridad que la continuación de la lucha en semejante escala pronto consumiría la aviación británica, a pesar de su superioridad individual sobre la enemiga. Se nos planteaba el problema de saber cuántos elementos podíamos seguir mandando a la lucha sin quedar indefensos nosotros mismos. Nuestros naturales impulsos, así como muchos razonamientos militares, nos inclinaban a atender las vehementes solicitaciones francesas. Por otra parte, existía un límite a nuestra ayuda, y si lo rebasábamos podía costarnos nuestra vida nacional.

Durante aquella etapa todos esos problemas se discutieron repetidamente en el Gabinete de Guerra, que se reunía varias veces al día. Dowding, mariscal del Aire y jefe de nuestra comandancia metropolitana de cazas, me había dicho que veinticinco escuadrillas de caza podían defender la isla contra todo el poderío aéreo alemán. Pero agregaba que con menos de esos elementos seríamos rebasados y batidos. La derrota no sólo habría implicado la destrucción de todos nuestros aeródromos y nuestra fuerza aérea, sino también de las fábricas de aviación de las que todo nuestro porvenir dependía. Mis colegas y yo estábamos resueltos a correr todos los riesgos imaginables —riesgos muy grandes por cierto— con tal de ganar la batalla francesa, pero más allá del límite de nuestras necesidades defensivas no queríamos ir, pasara lo que pasase.

Hacia las siete y media de la mañana del 15 me despertaron con la noticia de que Reynaud estaba al teléfono que yo tenía junto a mi cama. Reynaud me habló en inglés. Era obvio que se hallaba apesadumbrado. «Hemos sido derrotados», dijo. No respondí inmediatamente y me repitió: «Hemos sido vencidos: hemos perdido la batalla.» «Es imposible que eso haya ocurrido tan pronto», alegué. A lo cual me contestó: «Nuestro frente ha sido roto cerca de Sedán y el enemigo pasa por las brechas en gran número, utilizando tanques y carros blindados.» Tales fueron sus palabras, u otras muy parecidas. Dije yo: «La experiencia demuestra que esa ofensiva se extinguirá dentro de poco. Recuerdo el 21 de marzo de 1918. A los cinco o seis días el enemigo tuvo que detenerse, en espera de municiones, y entonces se ofreció la oportunidad de contraatacar. Lo supe así, en aquel tiempo, de labios del propio mariscal Foch.»

En realidad, aquello era lo ha habíamos visto en el pasado y lo que se esperaba haber visto en 1940. Pero el jefe del gobierno francés insistió en la frase del principio, que había de acreditarse de harto cierta: «Hemos sido derrotados; hemos perdido la batalla.» Respondí que me hallaba dispuesto a ir a hablar con él.

Aquel día el noveno ejército francés, a las órdenes de Corap, se hallaba ya en estado de plena disolución. Sus restos se dividieron entre el séptimo ejército francés, mandado por Giraud, que operaba al norte del sector de Corap, y el mando supremo del sexto ejército francés, que se estaba formando en el sur. Abrióse una brecha de unas cincuenta millas en la línea francesa y por allí se derramó la vasta masa de las fuerzas blindadas enemigas. En la noche del 15 había noticias de que los carros alemanes de combate se hallaban ya en Liart y Montcornet, sesenta millas más atrás

de la línea inicial del frente. Al sur de Limal el primer ejército francés sufrió en su frente una perforación de unos cinco mil metros.

En cambio, los ataques contra los ingleses, más al norte, fueron rechazados. Pero el ataque alemán y la retirada de la división francesa que teníamos a nuestra derecha obligaron a formar un flanco defensivo inglés que miraba al sur. El séptimo ejército francés se replegó a las defensas antuerpienses, al oeste del Escalda, mientras el enemigo arrojaba a las tropas de Francia de las islas de Walcheren y Bevelandia del Sur.

Aquel mismo día concluyó la resistencia de Holanda. Debido a la capitulación del alto mando holandés a las once de la mañana, sólo muy pocas tropas holandesas pudieron ser evacuadas.

Tal escena daba, desde luego, la impresión general de una derrota. Yo había visto, sin embargo, cosas parecidas en la guerra anterior y la idea de que la línea hubiese sido rota, incluso en un frente muy amplio, no me hacía prever las tremendas consecuencias que de aquel desastre dimanaron. Llevando muchos años sin tener acceso a las informaciones oficiales, yo no comprendía la violencia de la revolución efectuada, después de la otra guerra, por la incursión de grandes masas de carros acorazados y veloces en el campo de la técnica castrense. Sin que ignorase la existencia de aquellas novedades, éstas no habían alterado mis convicciones íntimas tanto como debían. Y, aun de alterarlas, ningún remedio podría haber puesto a lo que pasó. Telefoneé al general Georges, quien me pareció muy sereno y me dijo que se estaba taponando la brecha de Sedán. Un telegrama del general Gamelin indicaba que la situación entre Namur y Louvain era seria, pero que no por ello había que perder la calma ante las perspectivas que se nos ofrecían. Informé del mensaje de Reynaud y de las otras noticias al Gabinete de Guerra. Eran las once de la mañana y estaban presentes los jefes de Estado Mayor.

El 16, las avanzadas alemanas se habían situado ya en la línea La Capelle-Vervins-Marle-Laon. Las vanguardias del decimocuarto cuerpo alemán actuaban como elementos de soporte en Montcornet y Neufchâtel-sur-Aisne. La caída de Laon confirmaba la penetración de Sedán. En vista de esta amenaza y de la creciente presión sobre su propio frente, el primer ejército francés y el cuerpo expedicionario británico recibieron orden de retirarse, en tres etapas, a la línea del Escalda. Ninguno de esos pormenores eran conocidos ni siquiera por el Gabinete de Guerra, ni cabía formar ideas claras de lo que ocurría; pero la gravedad de la situación se hacía obvia para todos. Consideré, pues, imperativo encaminarme a París aquella tarde. Mis compañeros aceptaron mi creencia de que debía emprender el viaje y se ofrecieron a atender a todos los asuntos de gobierno.

• • •

Debíamos esperar que los desastrosos acontecimientos en el frente nos acarrearan nuevos enemigos. Aunque no había síntomas de cambio en la política italiana, se dieron instrucciones al ministro de Navegación para que redujera el tráfico marítimo en aguas del Mediterráneo. Ya no volverían a Inglaterra más barcos británicos desde Aden. Habíamos hecho se-

guir la ruta hacia El Cabo al primer convoy que transportaba tropas australianas a Inglaterra. El Comité de Defensa recibió instrucciones de apercibirse para el caso de entrar en guerra con Italia, particularmente en lo relativo a Creta. Se prepararon planos para la evacuación de la población civil de Aden y Gibraltar.

• • •

Hacia las tres de la tarde volé a París en un «Flamingo», avión de pasajeros propiedad del gobierno, que disponía de tres iguales. Me acompañaban Ismay y el general Dill, subjefe del Estado Mayor Imperial.

El aparato, bueno y cómodo, recorría unas ciento sesenta millas por hora. Como carecía de armamento, se nos dio una escolta. Una nube de lluvia nos separó de nuestros protectores. Llegamos a Le Bourget en poco más de una hora.

En cuanto nos apeamos del «Flamingo» pudimos advertir que la situación era mucho peor de cuanto habíamos imaginado. Los oficiales que nos esperaban dijeron al general Ismay que probablemente los alemanes estarían en París dentro de muy pocos días.

Fui a la embajada, me informé de la marcha de las cosas y me dirigí al Quai d'Orsay, a donde llegué a las cinco y media de la tarde. Llevâronme a uno de los espléndidos salones del edificio. Allí estaban Reynaud, Daladier —a la sazón ministro de la Guerra y Defensa Nacional— y el general Gamelin. Todos se hallaban en pie. Ninguno nos sentamos a la mesa. En todos los rostros se leía el más completo abatimiento. Ante Gamelin, sobre un caballete, había un mapa de un par de metros en cuadro, donde una línea trazada en tinta negra pretendía representar el frente aliado. Notábase en aquella línea una cuña pequeña, pero de siniestro significado, cerca de Sedán.

El general en jefe explicó en sucintas palabras lo que había sucedido. Al norte y al sur de Sedán, en un frente de cincuenta a sesenta millas, los alemanes habían roto la línea francesa. Todas las tropas de Francia que se opusieron al enemigo habían sido deshechas o dispersadas. Una enorme masa de vehículos acorazados avanzaba con insólita velocidad hacia Arras y Amiens, con la aparente intención de llegar a la costa por Abbeville o sus contornos. También cabía que aquella fuerza derivase hacia París. Se afirmaba que tras las unidades blindadas se movían ocho o diez divisiones alemanas, todas motorizadas. Al progresar, ellas mismas cubrían sus flancos, haciendo frente a los desconectados ejércitos franceses que operaban al norte y al mediodía.

Unos cinco minutos estuvo hablando el general Gamelin. Nadie decía nada. Cuando al fin calló, hízose un largo silencio. Luego yo pregunté: «¿Dónde están las reservas estratégicas?» Y, pasando a expresarme en francés, que hablaba bastante mal, añadí: «Où est la masse de manoeuvre?» El general Gamelin volvióse a mí y, moviendo la cabeza y encogiéndose de hombros, repuso: «Aucune.»

Siguió otra larga pausa. Fuera, en el jardín del Quai d'Orsay, se elevaban las humaredas de varias hogueras. Desde la ventana vi venerables

funcionarios que empujaban ante sí carretillas cargadas de documentos destinados al fuego. Ya se estaba, pues, preparando la evacuación de París.

Entre las ventajas de la experiencia hay un inconveniente; y es que las cosas nunca suceden igual. Si no ocurriese así, la vida sería demasiado fácil. Al fin y al cabo, habíamos visto frentes rotos antes de aquel momento y siempre nos había sido hacedero enmendar las cosas y reprimir el ímpetu del asalto enemigo. Pero ahora se presentaban dos nuevos factores con los que yo no había contado jamás.

Y esos factores eran, en primer lugar, la destrucción de todas las comunicaciones de campaña en virtud de una irresistible arremetida de vehículos blindados; y en segundo LA INEXISTENCIA DE RESERVAS ESTRATÉGICAS. Porque no había ninguna. «Aucune...» Quedé perplejo. ¿Qué cabía pensar del «gran ejército francés» y sus jefes superiores? Nunca se me había ocurrido la idea de que unos caudillos militares que tenían que sostener quinientas millas de frente de combate no pensaran en disponer de una masa de maniobra. Es imposible defender con seguridad de éxito un frente tan amplio; pero cuando el enemigo se lanza a un ataque a fondo y rompe la línea, siempre se debe tener, y es menester que se tenga, una masa de divisiones que desencadenen un vehemente contraataque tan pronto como el primer ímpetu del asalto enemigo haya agotado su furia.

¿A qué finalidades respondía, por ende, la Línea Maginot? Debiera aquel dispositivo haber economizado tropas en un vasto sector de la frontera, no sólo ofreciendo así muchos puntos de arranque para diversos contraataques locales, sino permitiendo establecer grandes reservas de tropas. Sólo así cabe afrontar situaciones similares.

Mas no había reserva alguna. Declaro que aquélla fue una de las mayores sorpresas que yo había recibido en mi vida. Muy ocupado había estado en el Almirantazgo, pero ¿cómo podía ignorar tal cosa? ¿Y cómo el gobierno británico, y sobre todo el Gabinete de Guerra, podía desconocer semejante circunstancia? No era excusa la de que el alto mando francés no nos diera informes, ni a nosotros ni a Lord Gort, sino en vagos bosquejos. Estábamos autorizados a saber lo que pasaba. Debíamos haber insistido en averiguarlo, ya que nuestro ejército se alineaba junto al francés.

Me acerqué a la ventana y miré el humo que despedían las hogueras donde se consumían los documentos estatales de la República francesa. Seguían los ancianos funcionarios empujando sus carretillas y solícitamente arrojando su contenido a las llamas.

Se habló extensamente, en grupos, sobre los temas principales del momento. Reynaud ha publicado acerca de esas pláticas unos informes muy detallados. En ellos se dice que yo voté en pro de que los ejércitos del norte no se retirasen, sino que contraatacaran. Tal era, en efecto, mi opinión, mas no cabe calificarla de criterio militar maduramente considerado.[1]

1. Siendo así que se han publicado otros informes acerca de lo que pasó, he pedido a lord Ismay, que estaba entonces a mi lado, que me escriba lo que recuerda. Véase su relato:

«No nos llegamos a sentar en torno a una mesa, y es posible que se dijesen muchas cosas mientras paseábamos en grupos. Tengo la certeza de que usted no expresó un criterio militar positivo ni opinión alguna precisa sobre lo que debía hacerse. Cuando partimos de Londres

Recuérdese que aquélla era mi primera impresión de la magnitud del desastre sufrido y de la desesperación que embargaba a los franceses. Nosotros no dirigíamos las operaciones y nuestro ejército, que sólo englobaba la décima parte de las tropas alineadas en el frente, servía bajo mando francés. Yo y los oficiales británicos que me acompañaban quedamos impresionados por la evidente convicción derrotista de los jefes militares y los principales ministros franceses. Esa convicción se reducía a pensar que todo estaba perdido. Yo traté de reaccionar violentamente contra ella. Sin duda aquellas personalidades tenían razón al considerar imperativa una rápida retirada hacia el sur. Pronto tal necesidad se hizo obvia para todos.

El general Gamelin volvió a hablar y discutió el problema de si las tropas debían ser concentradas para atacar los flancos de la penetración alemana. De las partes más quietas del frente, es decir, la Línea Maginot, se estaban retirando ya ocho o nueve divisiones. Dos o tres divisiones acorazadas no habían entrado en fuego todavía. Se había pedido a África ocho o nueve divisiones más que debían llegar a la zona de combate en las dos o tres semanas sucesivas. El general Giraud había recibido el mando de las fuerzas francesas situadas al norte de la brecha abierta por el enemigo. Los alemanes debían avanzar desde entonces a través de un corredor entre dos frentes desde los que cabía desencadenar operaciones al estilo de 1917 y 1918. Era posible que los alemanes no pudieran mantener aquel corredor, que exigía erigir dobles guardias de flanco, a la par que habían de nutrir y municionar a los elementos que constituían su fuerza blindada.

Gamelin parecía querer decir algo en ese sentido y desde luego ello era muy razonable. Pero yo advertí que en aquella reunión, a la vez pequeña e influyente, no existía convicción alguna de victoria. Pregunté, pues, al general Gamelin cuándo y dónde se proponía atacar los flancos de la penetración enemiga. Pero él, con un desesperado encogimiento de hombros, respondió: «Tenemos inferioridad de número, inferioridad de equipo, inferioridad de método.» No había nada que argumentar, ni necesidad alguna de argumentos. ¿Y qué derecho teníamos a hablar los ingleses, dada nuestra minúscula contribución? Sólo habíamos enviado diez divisiones después de ocho meses de guerra y ni siquiera teníamos en acción una sola división moderna de tanques.

No volví a ver el general Gamelin. Era hombre patriota, bien intencionado y diestro en su profesión. Seguramente podría decir sobre aquellos asuntos cosas muy interesantes.[1]

• • •

consideráramos que la ruptura del frente en Sedán era seria, pero no mortal. De 1914 a 1918 había habido muchas rupturas, todas ellas contenidas, por lo general, mediante contraataques lanzados desde ambas partes del saliente.

»Cuando usted comprendió que el alto mando francés lo daba todo por perdido, formuló a Gamelin varias preguntas, a mi juicio con el doble objeto de informarse personalmente de lo que había ocurrido y de lo que él se proponía hacer; y también con miras a procurar contener el pánico. Una de sus preguntas fue: "¿Cuándo y dónde va usted a contraatacar los flancos de la cuña enemiga? ¿Atacará por el norte o por el sur?" Tengo la seguridad de que usted no apremió a que se realizase ningún pensamiento particular, estratégico o táctico. El estribillo de su canción era éste: "Podrán las cosas ser malas, mas no incurables."»

1. El libro de Gamelin, titulado *Servir*, arroja muy poca luz sobre el curso general de la guerra y sobre la actividad personal de dicho general.

El general Gamelin y todos los altos jefes franceses insistían en mencionar su inferioridad en el aire y solicitaban con vehemencia más escuadrillas de bombarderos y cazas, pero particularmente de los últimos.

Esa solicitud de aparatos de combate había de repetirse en todas las subsiguientes conferencias hasta el derrumbamiento de Francia. El general Gamelin decía que se necesitaban cazas, no sólo para cubrir el ejército francés, sino también para frenar a los tanques alemanes. Pero repuse a esto: «No. Detener a los tanques es misión de la artillería. Lo que tienen que hacer los cazas, es limpiar los cielos (*nettoyer le ciel*) sobre la zona de batalla.» Era vital para nosotros que las fuerzas inglesas de caza destinadas a la defensa de la metrópoli no fuesen retiradas de la Gran Bretaña bajo pretexto alguno. De eso dependía nuestra existencia. Por otra parte, había que actuar a fondo. Por la mañana, antes de marchar, el Gabinete me autorizó a enviar la Francia cuatro escuadrillas más de cazas. Cuando volvíamos a la embajada, hablé con Dill y decidí que se despachasen otras seis escuadrillas. De esta manera sólo quedaban en Inglaterra veinticinco escuadrillas de caza, límite que no podíamos rebasar. En cualquier caso, el adoptar aquella decisión era cosa muy grave. Dije al general Ismay que telefonease a Londres para que el Gabinete se reuniera y se dispusiese a estudiar un telegrama urgente que podía llegar en el curso de la siguiente hora. Ismay redactó el telegrama en indostano, habiendo previamente dispuesto que un oficial del ejército de la India permaneciera en su despacho.

Mi telegrama decía:

16 de mayo de 1940. 9 de la noche

Celebraré que el Gabinete pueda reunirse inmediatamente para considerar lo que voy a decir. La situación es extremadamente grave. El furioso empujón de los alemanes a través de Sedán ha encontrado a los ejércitos franceses mal agrupados. Muchos estaban en el norte, y otros en Alsacia. Se necesitan al menos cuatro días para disponer veinte divisiones que cubran París y ataquen los flancos de la cuña enemiga, que ahora mide una anchura de cincuenta kilómetros.

Tres divisiones acorazadas alemanas, con dos o tres de infantería, avanzan a través de la brecha y tras ella progresan presurosamente grandes masas. Por lo tanto, nos amenazan dos tremendos peligros. Primero, que el cuerpo expedicionario británico quede, como quien dice, en el aire y haya de realizar un difícil despegue para retirarse a sus antiguas líneas. El segundo peligro es que el empuje alemán acabe con la resistencia francesa antes de que ésta pueda organizarse en su plenitud.

Se han dado órdenes de defender París a toda costa, pero, entre tanto, ya están quemándose en el jardín los archivos del Quai d'Orsay. Creo que los dos, tres o cuatro próximos días serán decisivos para París y probablemente para el ejército francés. En consecuencia, se nos plantea un problema: el de saber si podemos aumentar nuestra ayuda aérea a más de las cuatro escuadrillas de caza que tanto nos agradecen ya los franceses. Asimismo necesitamos decidir si conviene que una parte mayor de nuestros bombarderos pesados de vasto radio de acción se utilicen mañana y durante las noches sucesivas para atacar a las masas alemanas que están cruzando el Mosa y afluyendo a la cuña establecida en territorio francés. Aun si hacemos lo que

digo, no cabe garantizar resultado alguno. Mas el caso es que la resistencia francesa puede ser quebrantada tan de prisa como la de Polonia, a no ser que ganemos la batalla en el frente de la cuña enemiga.

Personalmente opino que debemos enviar las escuadrillas de caza que se nos piden (por ejemplo, seis más) mañana y, concentrando toda la aviación francesa e inglesa que haya disponible, procurar dominar el aire sobre la zona de la penetración enemiga durante los dos o tres días venideros. Y ello, no con finalidades locales, sino para dar el ejército francés su última posibilidad de recobrar su esfuerzo y bravura. Históricamente sería mala cosa que nos negásemos a los requerimientos franceses y de ello se dimanara la ruina para todos. Sin duda es hacedero organizar también bombardeos nocturnos a cargo de una considerable fuerza de bombarderos pesados. Al parecer, el enemigo ha desplegado ahora por entero toda su masa de aviación y tanques. No debemos desestimar las muchas dificultades con que tropezará su avance si nosotros contraatacamos con ímpetu. Presumo que, si todo falla, no tendremos más remedio que emplear cuanto nos queda de nuestra fuerza aérea de ataque para ayudar al cuerpo expedicionario británico en caso de que éste tenga que retirarse. Insisto una vez más en la mortal gravedad de esta hora y vuelvo a repetir mi opinión expresada más arriba. Tengan la bondad de informarme de lo que piensan hacer. Dill está de acuerdo conmigo. Necesito recibir respuesta a medianoche, para alentar a los franceses. Telefoneen a Ismay, a la embajada, en indostano.

A cosa de las once y media llegó la contestación. El Gabinete había optado por la afirmativa. Inmediatamente llamé a Ismay y me lo llevé en el coche al piso de Reynaud. Encontramos la casa poco menos que a oscuras. Pasado un rato Reynaud emergió de su dormitorio, vestido con bata de noche.

Le transmití las favorables nuevas que le llevaba. Aportábamos diez escuadrillas de caza. Le persuadí de que avisase a Daladier. Hízose así y Daladier acudió a saber la decisión del gobierno inglés. Yo esperaba, con aquellas favorables novedades, hacer revivir en lo posible el ánimo de nuestros aliados franceses, dentro de lo limitado de nuestros medios.

Daladier no habló una palabra. Levantándose lentamente de su silla, me estrechó la mano.

Volví a la embajada hacia las dos de la madrugada y dormí bien, pese a que los cañoneos que provocaban pequeñas incursiones de aviones sobre los aeródromos me hacían agitarme en el lecho de cuando en cuando. A la mañana siguiente, un aeroplano me condujo a Inglaterra. A despecho de nuestras otras preocupaciones me dediqué a formar el segundo escalón en la jerarquía de nuestro gobierno.

CAPÍTULO III

# LA BATALLA DE FRANCIA

## LA SEGUNDA SEMANA: WEYGAND
## 17-24 MAYO

*La lucha se acerca a una fase crítica. — Voluntarios para la defensa local inglesa. — Mis telegramas al Presidente el 18 y 20 de mayo. — Orden número 12 (y final) del general Gamelin (19 mayo). — Cambios en el gabinete francés de guerra. — Nombramiento del general Weygand. — Primeras órdenes de concentración a los barcos ligeros (20 mayo). — Operación «Dínamo». — Visita de Weygand al frente. — Muerte de Billotte en un accidente. — Incapacidad de los franceses para medirse con las fuerzas acorazadas alemanas. — Informe de Ironside el 21 de mayo. — El Parlamento concede poderes extraordinarios al gobierno. — Mi segunda visita a París. — Plan de Weygand. — Los ejércitos del norte, en peligro. — Luchas en torno a Arras. — Correspondencia con Reynaud. — Sir John Dill, jefe del E. M. Imperial.*

A las diez de la mañana del día 17, el Gabinete de Guerra celebró una reunión. Expliqué a mis compañeros los resultados de mi visita a París y detallé cuál era la situación, tal como yo la veía.

Manifesté que había dicho a los franceses que, a menos de que ellos realizasen un supremo esfuerzo, no tendría justificación el que nosotros aceptásemos el grave riesgo de poner en peligro la defensa de nuestro país. Incurríamos en ese peligro al enviar a Francia escuadrillas adicionales de cazas.

Yo comprendía bien que la cuestión de mandar nuevos refuerzos aéreos era de las más superlativamente graves que un gobierno inglés podía afrontar. Se afirmaba que los alemanes habían tenido pérdidas aéreas cuatro o cinco veces superiores a las nuestras, pero a mí se me había indicado que a los franceses sólo les quedaba una cuarta parte de sus unidades de caza.

Se asegura que aquel día Gamelin juzgaba la situación «perdida» y había declarado: «Únicamente garantizo la seguridad de París durante el día de hoy, el de mañana (el 18) y la noche siguiente.»

En Noruega se tenía la impresión de que Narvik iba a caer en nuestras manos de un momento a otro, pero hubimos de avisar a Lord Cork que,

en vista de las noticias procedentes de Francia, no podríamos enviarle más refuerzos.

La batalla se acercaba por momentos a su fase crítica. A petición del general Georges, el ejército inglés prolongó su flanco defensivo, ocupando puntos en toda la línea desde Douai a Péronne, con lo que se intentaba cubrir Arras, centro de caminos esencial para proteger cualquier retirada hacia el sur.

Aquella tarde los alemanes entraron en Bruselas. Al día siguiente alcanzaron Cambrai, rebasaron San Quintín y expulsaron de Péronne a las reducidas patrullas que manteníamos allí. El séptimo ejército francés, el inglés, el belga y el primero francés continuaron su retirada hacia el Escalda.

Los ingleses se sostuvieron ante el Dendre todo aquel día, formando el destacamento «Petreforce» (agrupación momentánea de varias unidades a las órdenes del general Petre) para la defensa de Arras.

LA SITUACIÓN AL ANOCHECER DEL 18 DE Mayo

A medianoche del 18 de mayo, el general Billotte visitó a lord Gort en su cuartel general. A nosotros no nos inspiraban confianza la personalidad del general francés, ni sus proposiciones. Desde aquel momento el general en jefe inglés empezó a pensar en las posibilidades de una retirada hacia la costa. En su parte publicado en marzo de 1941, escribía:

«El cuadro que se nos presentaba [en la noche del 19] no era ya el de una línea momentáneamente rota, sino el de una plaza asediada.»

Como resultado de mi visita a París y de las discusiones del Gabinete, creí necesario presentar a mis compañeros de gobierno una cuestión general.

*Primer Ministro al Lord Presidente.* 17-V-40

Celebro mucho que esta noche haya usted resuelto examinar las consecuencias que tendría el que se retirara de París el gobierno francés, o el hecho de que cayera esa ciudad. También conviene pensar en los problemas que dimanarían de la necesidad de retirar de Francia el cuerpo expedicionario británico, o bien a lo largo de sus comunicaciones, o bien por los puertos franceses o belgas. Queda, desde luego, entendido que en el primer caso nuestro informe no sería más que una enumeración de las principales consideraciones que se plantearan y que deberían ser remitidas a los Estados Mayores. Hoy veré, a las seis y media, a las autoridades militares.

• • •

La rapidez con que se había decidido el destino de Holanda gravitaba sobre nuestras mentes. Eden había propuesto al Gabinete de Guerra la formación de un cuerpo de voluntarios locales, idea que estaba llevándose veloz y enérgicamente a la práctica. En todas las ciudades y pueblos del país, se agrupaban unidades de hombres resueltos, armados con escopetas y carabinas de caza, espadas y garrotes. De ello había que salir en breve una vasta organización. Pero también era una necesidad esencial la de soldados regulares.

*Primer Ministro al general Ismay.* 18-V-40

No creo que dispongamos en Inglaterra de bastantes tropas de confianza, si consideramos el gran número de soldados enemigos que pueden aterrizar aquí, aerotransportados y precedidos por paracaidistas. No opino, desde luego, que este peligro sea inminente, ya que la gran batalla de Francia no se ha decidido aún.

Desearía que se considerasen los siguientes planes, con vistas a una actuación inmediata:

I. Los transportes que conduzcan a los australianos a Suez deben traer a metrópoli ocho batallones de tropas regulares de infantería procedentes de Palestina. Debe procurárseles la necesaria escolta y hacerles viajar, incluso corriendo cualquier riesgo, por la ruta que se crea mejor. Confío en que nos sea posible utilizar el Mediterráneo.

II. El convoy australiano rápido llega a principios de junio con catorce mil hombres.

III. En esos buques deben cargarse inmediatamente ocho batallones de territoriales, que se enviarán a la India, donde relevarán a otros ocho batallones regulares. Ha de acelerarse la velocidad de ese convoy rápido.

2. Debe hacerse todo lo necesario para aplicar las recomendaciones para la fiscalización de extranjeros que han sido acordadas por la comisión correspondiente y que señalo en otro papel. Deben también emprenderse actividades contra los comunistas y fascistas. Un considerable número de ellos, incluyendo sus dirigentes, han de ser recluidos con miras protectoras o preventivas. Desde luego, tales medidas han de ser presentadas al Gabinete antes de aplicarlas.

3. Los jefes del Estado Mayor deben estudiar la conveniencia de enviar, o no, a Francia la mitad tan sólo de la llamada división acorazada. Hemos de estar atentos a la posibilidad de que se ofrezcan a Francia condiciones ventajosas de paz, con lo que todo el peso de la guerra recaería sobre nosotros.

* * *

También creí necesario —y recibí la aprobación de mis compañeros— enviar varios telegramas al Presidente Roosevelt, mencionándole la seriedad de la situación y explicándole lo mucho que los intereses de los Estados Unidos quedarían afectados por la conquista y subyugación, no sólo de Francia, sino de la Gran Bretaña. El Gabinete meditó bastante sobre la redacción de tales despachos, pero no la enmendó.

Los telegramas decían:

*Una ex personalidad naval al Presidente Roosevelt.* 18-V-40

No necesito decirle cuán grave es lo que ha ocurrido. Nosotros estamos resueltos a perseverar hasta el fin, cualquiera que sea el resultado de la gran batalla que en Francia se libra. En todo caso, esperamos ser atacados en nuestro país antes de que pase mucho tiempo. Ello ocurrirá de un modo análogo al ataque de Holanda. Confiamos en responder debidamente. Pero, si la ayuda americana ha de ejercer algún papel, deberá ser prestada pronto.

*Una ex personalidad naval al Presidente Roosevelt.* 20-V-40

Lothian nos informa de su conversación con usted. Bien comprendo sus dificultades, señor Presidente, pero me disgusta mucho lo de los destructores. Si llegasen aquí dentro de seis semanas, desempeñarían un papel valiosísimo. La batalla de Francia está colmada de peligros para ambos bandos. Si bien hemos hecho pagar caras al enemigo sus actividades, derribando dos o tres de sus aviones por cada uno de los nuestros, es el caso que los alemanes conservan todavía una formidable superioridad aérea. De manera que nuestra más vital necesidad consiste en el envío, en el menor plazo posible, del mayor número que quepa de cazas de tipo Curtiss P. 40, que ahora están pendientes de ser entregados a nuestro ejército.

Respecto a las últimas frases de la plática de usted con Lothian, nuestra intención es, pase lo que pase, luchar hasta el fin en nuestra isla. Si recibimos la ayuda que solicitamos, contamos quedar muy bien y muy al nivel del

enemigo en las batallas aéreas, dada nuestra superioridad individual. Si esas acciones nos son adversas, es presumible que caigan los miembros del gobierno presente, pero en ninguna circunstancia imaginable estamos dispuestos a rendirnos.

Si los elementos del gobierno actual caen y otros nuevos parlamentan en medio de las ruinas, no podrá usted ignorar el hecho de que el único medio que nos quedaría para pelear contra Alemania sería la flota. Y si este país fuese abandonado a su suerte por los Estados Unidos, nadie tendría derecho a censurar a quines entonces ejerciesen la responsabilidad gubernamental, aunque éstos hicieran, en favor de los habitantes de Inglaterra, una paz lo más ventajosa posible.

Excuse, señor Presidente, que le exponga con tanta crudeza semejante visión de pesadilla. Mas es evidente que no puedo responder de quienes me sucedan, los cuales, hallándose desvalidos y hundidos en la completa desesperación, bien podrían verse obligados a doblegarse a la voluntad alemana. Pero, por fortuna, no es ahora necesario insistir en tales ideas. Una vez más le doy las gracias por su buena voluntad...

• • •

Reynaud hizo entonces grandes cambios en el gobierno y el alto mando franceses. El día 18 el mariscal Pétain fue nombrado vicepresidente del Consejo. Reynaud se encargó del Ministerio de Defensa Nacional y Guerra, trasladando a Daladier al de Asuntos Extranjeros. A las siete de la tarde del 19 designó a Weygand, recién llegado de Levante, como sustituto del general Gamelin.

Yo había conocido a Weygand cuando éste era el brazo derecho del mariscal Foch, y admiraba mucho su magistral intervención en la batalla de Varsovia, en agosto de 1920. El éxito de la defensa polaca contra los invasores bolcheviques había sido decisivo para Europa en aquel tiempo.

Weygand contaba en 1940 setenta y tres años y se le tenía por eficaz y vigoroso en alto grado. La orden número doce —y final— de Gamelin estaba fechada a las nueve cuarenta y cinco del 19 de mayo y prescribía que los ejércitos del norte, en vez de dejarse cercar, debían abrirse camino a toda costa hacia el sur, en dirección al Somme, atacando a las divisiones blindadas que habían cortado sus comunicaciones. Al mismo tiempo el segundo ejército y el sexto —que estaba en vías de formación— atacarían hacia el norte, apuntando a Mézières.

Esas disposiciones eran inteligentes. Sólo que el mandato de que las fuerzas del norte se retirasen hacia el sur, llevaba un retraso de cuatro días. Tan pronto como se hizo patente la gravedad de la ruptura practicada en Sedán, la única esperanza de la salvación de los ejércitos septentrionales consistía en una rápida marcha al Somme. Pero el general Billotte sólo había dispuesto retiradas parciales y graduales hacia el Escalda, a la par que mandaba formar a la derecha un flanco defensivo. De todos modos, probablemente quedaba todavía tiempo para el repliegue camino del sur.

La confusión del mando del norte, la aparente paralización del primer ejército francés y la incertidumbre acerca de lo que ocurría causaban extrema inquietud al Gabinete de Guerra. Todo cuanto hacíamos era sereno

y pausado, aunque tras nuestra opinión resuelta y unida vibraba una fogosa pasión. El día 19, a las cuatro y media de la tarde, fuimos informados de que lord Gort «estudiaba una posible retirada hacia Dunquerque si tal cosa se le imponía».

Ironside, jefe del Estado Mayor Imperial, no aceptaba tal propuesta porque, como la mayoría de nosotros, propugnaba la marcha al sur. Le despachamos, por lo tanto, para que viera a lord Gort. Ironside tenía órdenes de mandar desplazar el ejército inglés en dirección suroeste, abriéndose camino a través de la oposición que encontrase, a fin de enlazar con los franceses en el sur. Los belgas serían instados a secundar este movimiento, para que nosotros pudiéramos evacuar por los puertos del Canal tantas tropas de Bélgica como fuera posible.

Se indicó a Ironside que nosotros informaríamos de lo acordado al gobierno francés. En la misma reunión decidimos que Dill fuese al puesto supremo de mando del general Georges, con el que teníamos teléfono directo. Debía permanecer allí cuatro días y relatarnos lo que averiguara. Los contactos con lord Gort eran intermitentes y difíciles, mas, aun así, pudo avisarnos de que sólo le quedaban víveres y municiones para cuatro días de batalla.

• • •

En la mañana del 20 de mayo el Gabinete de Guerra discutió la situación de nuestro ejército. Incluso suponiendo que se realizase una retirada afortunada hacia el Somme, yo creía verosímil que un considerable número de tropas fuesen copadas o empujadas hacia el mar.

En el acta de la reunión a que me refiero consta lo siguiente: «El Primer Ministro cree que, como medida de precaución, el Almirantazgo debe concentrar un gran número de barcos pequeños, preparados a dirigirse a los puertos y radas de la costa francesa.»

El Almirantazgo actuó inmediatamente y con siempre aumentado vigor a medida que los días iban transcurriendo y entenebreciéndose. El 19 se había delegado en el almirante Ramsay, comandante de Dover, el mando de las operaciones navales. Ramsay disponía entonces de treinta y seis barcos de diversas clases, con bases en Southampton y Dover. El 20 por la tarde, y como secuela de las órdenes expedidas desde Londres, se celebró en Dover una primera reunión de todos los elementos interesados en la empresa. En ella se trató de *la urgente evacuación de muy grandes fuerzas a través del Canal*. Se acordó que, en caso preciso, se evacuarían tropas desde Calais, Boulogne y Dunquerque, a razón de diez mil hombres por cada puerto y cada veinticuatro horas. Como primera aportación de unidades se dispusieron treinta barcos de transporte de pasajeros, doce remolcadores de la escuadra de guerra y seis pequeños buques de cabotaje.

El 22 de mayo el Almirantazgo ordenó la requisa de cuarenta «skoots» holandeses que se habían refugiado en nuestros puertos, y los tripuló con marineros de guerra británicos. Del 25 al 27 de mayo quedaron listas esas nuevas naves. Se dieron órdenes a los oficiales de transporte marítimo

para que, entre Harwich y Weymouth, requisaran todos los buques existentes hasta un millar de toneladas de desplazamiento. Se inspeccionaron cuantas embarcaciones anclaban en los puertos británicos. Tales planes para la que fue llamada «Operación Dínamo» habían de salvar, diez días más tarde, al ejército inglés.

* * *

Ya era más patente la dirección en que se movía el empuje alemán. Vehículos blindados y divisiones mecanizadas seguían volcándose en la brecha abierta y se encaminaban hacia Arras y Amiens, torciendo, a lo largo del Somme, en dirección al mar. Aquellas tremendas guadañas segaban todo lo que tropezaban por delante. Además, la resistencia que se les oponía era pequeña y aun nula. Los tanques germanos —los temidos «chars allemands»— corrían sin obstáculos por campo abierto y, ayudados y abastecidos por transportes mecanizados, avanzaban de treinta a cuarenta millas cada día.

Ya habían cruzado, sin la menor oposición, docenas y docenas de poblaciones y centenares de villorrios. Los oficiales de los carros montaban en las abiertas torres de los tanques y saludaban jovialmente con la mano a los franceses civiles. Hay testigos de vista que aseguran que junto a los tanques marchaban multitudes de prisioneros franceses, muchos de ellos con sus fusiles. Estos fusiles, de vez en cuando, se apilaban y se ponían al paso de los tanques, para que fuesen destruidos.

A mí me maravillaba la absoluta incapacidad de los franceses para resistir a las fuerzas blindadas alemanas que, con unos pocos miles de vehículos, estaban destruyendo enteramente ejércitos muy poderosos. No menos me sorprendía el rápido derrumbamiento de toda Francia tan pronto como el frente fue perforado. El avance alemán se realizaba por las carreteras principales, sin que en ningún sitio pareciese poder ser atajado.

Ya el día 17 había preguntado yo al jefe del Estado Mayor del Aire:

> ¿No hay posibilidad de descubrir dónde paran durante las horas de oscuridad las columnas blindadas enemigas y bombardearlas? Esas columnas móviles están despedazándonos a retaguardia del frente.

El 21 telegrafié a Reynaud:

21-V-40

> Le envío muchos parabienes por haber designado para el mando a Weygand, en quien aquí tenemos completa confianza.
>
> No es posible impedir que las columnas de tanques perforen líneas angostas y realicen penetraciones profundas. La idea de cerrar las brechas y aislar a los enemigos es viciosa. Por lo contrario, debemos atenernos al principio de abrir brechas nosotros. No hay que otorgar una importancia indebida a la llegada de unos cuantos tanques a un punto particular. ¿Qué pueden hacer los carros armados si entran en una población? Las poblaciones

deben defenderse con fusileros que hagan fuego sobre el personal de los tanques cuando trate de salir de los vehículos. Si no pueden proporcionarse alimentos, bebida y petróleo, nada les queda que hacer a las dotaciones de los tanques, salvo producir alguna refriega y partir. Donde sea posible, deben volarse edificios para que sus escombros caigan sobre los carros.

Así ha de defenderse toda población en la que haya valiosa intersección de caminos. En segundo lugar, las columnas de tanques que operen en campo raso deben ser perseguidas y atacadas por pequeñas columnas móviles provistas de unos pocos cañones. La energía de las fuerzas acorazadas enemigas seguramente va agotándose y sus juegos de cadenas descomponiéndose. El método que señalo es el único para entenderse con esa intrusión de vehículos blindados. Y en cuanto al grueso de las fuerzas, que no parece progresar muy rápidamente, ha de ser acometido según un único medio: los ataques de flanco. La confusión de esta batalla sólo puede despejarse procurando intensificarla, hasta convertirla en una «mêlée». Ya que el enemigo ataca nuestras comunicaciones, nosotros debemos atacar las suyas. Tengo más confianza que la que sentí al principio de la batalla, pero todos los ejércitos han de luchar a la vez. Espero que a los ingleses se les ofrezca pronto la oportunidad de hacerlo. Lo que le digo no es sino mi opinión personal y espero que no le ofenda que se la exprese.

Con mis mejores deseos.

• • •

El primer acto de Weygand consistió en anular la orden número 12 del general Gamelin. No era sino muy natural que el nuevo caudillo desease conocer personalmente la situación planteada en el norte y entrar en contacto con los jefes de aquel sector. Siempre se han de tener en cuenta las circunstancias en que se desenvuelve un general que se encarga del mando en el momento álgido de una batalla en vías de perderse. No quedaba tiempo para nada. Sin embargo, Weygand no debía haber abandonado el puesto supremo de mando para mezclarse en los conflictos y las dilaciones de la actuación personal.

Podemos referir con todo pormenor lo que siguió. El 20 por la mañana Weygand ocupó el lugar del general Gamelin y se dispuso a visitar, el 21, los ejércitos del norte. Al informarse de que los caminos hacia el norte estaban cortados por los alemanes, decidió ir en avión. Su aparato fue atacado y aterrizó forzosamente en Calais. La hora de la reunión acordada en Ypres hubo de aplazarse hasta las tres de la tarde del 21. A esa hora Weygand se entrevistó con el rey Leopoldo de Bélgica y el general Billotte. Lord Gort, no informado del sitio y momento de la conferencia, no estuvo presente. El único militar británico que asistió a la reunión fue el almirante Keyes, que estaba adscrito a la persona del monarca y carecía de todo mando de guerra. El rey Leopoldo describe aquella conferencia como «cuatro horas de plática confusa». Se discutió la coordinación de los tres ejércitos, así como la ejecución del plan de Weygand. Si este plan fallaba, se procedería a la retirada de los ingleses y los franceses al Lys y de los belgas al Yser.

A las siete de la tarde el general Weygand tuvo que partir. Lord Gort no llegó hasta las ocho y fue informado por el general Billotte de lo que

se había hablado. Weygand volvió a Calais, embarcó en un submarino, saltó a tierra en Dieppe y regresó a París. Billotte marchó en su coche hacia el centro de los sucesos y antes de una hora encontró la muerte en un choque de automóviles. Así volvió a quedar todo en suspenso.

* * *

El 21 retornó Ironside y nos explicó que lord Gort, al recibir las instrucciones del Gabinete, había hecho hincapié en lo siguiente:

I. La marcha hacia el sur implicaría una acción de retaguardias en el Escalda, a la vez que un ataque en una zona ya sólidamente dominada por el enemigo con sus formaciones móviles y acorazadas. En el curso de tal movimiento habría que proteger, además, ambos flancos.

II. El sostenimiento de operaciones ofensivas era difícil a causa de la situación administrativa.

III. No parecía verosímil que el primer ejército francés, ni el belga, se ajustasen a semejantes operaciones si se intentaban.

Ironside añadió que entre el mando francés del norte reinaba una confusión indescriptible. El general Billotte no había acertado a cumplir sus tareas coordinatorias durante los ocho días últimos y parecía carecer de todo plan. En cambio, el cuerpo expedicionario británico poseía una moral excelente y hasta la fecha sólo había sufrido en combate quinientas bajas. Ironside, en fin, nos dio una vívida descripción del estado de los caminos, atiborrados de refugiados, sobre los que caía el fuego aéreo alemán. El propio general había pasado muy malos ratos en su viaje.

De suerte que al Gabinete de Guerra se le presentaba un dilema terrible. O el ejército inglés, con o sin cooperación francesa y belga, se abría camino hacia el sur y el Somme, lo que lord Gort dudaba de poder efectuar, o retrocedía hasta Dunquerque y se disponía a emprender una evacuación por mar bajo el fuego de la aviación hostil. Esto implicaba una certidumbre: la de perder toda la artillería y demás material, tan escaso y tan preciso para nosotros. Para conseguir lo primero había que afrontar grandes riesgos, pero nada impedía que se tomasen todas las precauciones y se realizasen todos los preparativos conducentes a organizar la evacuación por mar en caso de que fracasase la retirada hacia el mediodía. Dije a mis compañeros de Gabinete que convenía que yo fuese a Francia, hablara con Reynaud y Weygand y llegase a una decisión. Dill, que estaba en el cuartel general de Georges, se me reuniría.

* * *

En este momento mis colegas creyeron oportuno recabar del Parlamento la ley de poderes extraordinarios que veníamos preparando hacía varios días.

La aprobación de aquella ley daría al gobierno facultades prácticamente ilimitadas sobre la vida, libertad y propiedades de todos los súbditos británicos de Su Majestad. En términos generales de derecho, los poderes concedidos por el Parlamento eran absolutos. El acta propuesta incluía

«autorización para imponer por decreto todos los reglamentos defensivos conducentes a hacer que toda persona hubiese de ponerse y poner sus servicios y hacienda a disposición de Su Majestad, quien podría utilizar todo ello en la forma que le pareciera necesaria o conveniente para la seguridad pública, la defensa del reino, el mantenimiento del orden público, la eficaz prosecución de cualquier guerra en que interviniese Su Majestad, y la continuidad de los suministros o servicios esenciales a la vida de la comunidad».

Respecto a las personas, el ministro de Trabajo quedaba facultado para hacer que cualquiera tuviese que realizar la labor que se le encomendase. La orden que le atribuía tal autoridad agregaba una cláusula referente a la concesión de salarios equitativos para regular la cuestión de jornales. En todos los centros importantes se creaban comisiones de trabajo. Se imponía, de análogo modo, la más vasta fiscalización de la propiedad. El gobierno podía emitir órdenes para controlar todos los establecimientos privados, sin excluir los bancos. Los patronos habían de exhibir sus libros de cuentas cuando se les pidiesen. Se gravaban en un cien por cien los provechos dimanados de ganancias de guerra. Se formaría un Consejo de la Producción, presidido por Greenwood, y se nombraría un director general de Mano de Obra.

En la tarde del 22, aquel proyecto de ley fue presentado por los señores Chamberlain y Attlee al Parlamento. Tanto la Cámara de los Lores como la de los Comunes —ambas con inmensas mayorías conservadoras— aprobaron por unanimidad el proyecto de acta en una sola tarde. Por la noche se obtuvo el real asenso a la nueva disposición,

> pues los romanos, haciendo la guerra,
> no escatimaban la tierra ni el oro,
> ni sus mujeres, sus hijos, ni vidas
> en los espléndidos tiempos de otrora...

Tal era la moral que reinaba entonces.

• • •

Cuando el 22 de mayo llegué a París, halléme en un ambiente modificado. El general Gamelin ya no actuaba y Daladier había desaparecido del escenario castrense. Reynaud concentraba en su persona los cargos de jefe del gobierno y ministro de la Guerra. El empuje alemán se dirigía definitivamente al mar, y París no parecía, de momento, amenazado. El alto cuartel general del ejército seguía en Vincennes.

Allí me llevó Reynaud, en coche, a cosa del mediodía. En el jardín paseaban sombríamente de un lado a otro varias figuras que yo viera antes en torno a Gamelin. Una de ellas era la de un altísimo oficial de caballería. «C'est l'ancien régime», observó un edecán.

Reynaud y yo fuimos llevados al despacho de Weygand y más tarde a la estancia donde se hallaban los mapas del alto mando.

Weygand nos saludó. A pesar de sus esfuerzos físicos y de una noche

de viaje, se mostraba enérgico, optimista y rotundo. A todos nos causó una impresión excelente. Explicó en seguida su plan de operaciones. No se contentaba con que los ejércitos septentrionales se retirasen hacia el sur. Debían, además, empujar hacia el sureste en las cercanías de Arras y Cambrai, presionando hacia San Quintín y cogiendo así por el flanco a las unidades blindadas alemanas que peleaban en lo que él definía como «bolsa de San Quintín-Amiens». La retaguardia aliada, a su juicio, sería protegida por el ejército belga, que cubriría los sectores del este y, en caso de necesidad, los del norte. Entre tanto, se formaría un nuevo ejército francés que constituiría un frente a lo largo del Somme. Compondrían este cuerpo dieciocho o veinte divisiones sacadas de Alsacia, de Africa, de la Línea Maginot y de todas partes; y lo mandaría el general Frère. La izquierda de estos elementos empujaría hacia Amiens, pasando por Arras, y, empleándose a fondo, establecería contacto con los ejércitos septentrionales. Se tendría a las fuerzas blindadas enemigas sometidas a continua presión. «No debemos —dijo Weygand— consentir que las divisiones Panzer conserven la iniciativa.» Se habían emitido las órdenes necesarias para el desarrollo de aquel plan... hasta tanto como cabía dar orden alguna.

Entonces nos enteramos de que el general Billotte, a quien Weygand había comunicado su plan, había perdido la vida en un accidente. Dill y yo convinimos en que no había otra opción que la de admitir el plan de Weygand. Yo insistí en que «era menester volver a poner en comunicación, por Arras, los ejércitos del norte y del sur». Expliqué, asimismo, que lord Gort, sin perjuicio de empujar hacia el suroeste, necesitaba mantener expedito el camino de la costa. Para asegurar que no hubiese equívocos sobre este punto, redacté un resumen de las decisiones tomadas, y lo enseñé al general Weygand, quien lo aprobó. Di, pues, noticias al Gabinete de lo acordado y envié a lord Gort el telegrama siguiente:

22-V-40

Esta mañana, en compañía de Dill y otras personas, me dirigí en avión a París. Abajo resumo las conclusiones acordadas entre nosotros, Reynaud y Weygand. Esas conclusiones coinciden exactamente con las instrucciones que le ha dado el ministerio de la Guerra. Le deseamos los mejores resultados en la fundamental batalla que ahora se reanuda en dirección a Bapaume y Cambrai.

Se ha acordado que:

I. El ejército belga se retirará a la línea del Yser, abrirá las esclusas y permanecerá allí.

II. El ejército inglés y el primer ejército francés atacarán en sentido suroeste hacia Bapaume y Cambrai en el momento más propicio, y desde luego mañana. Unas ocho divisiones y el cuerpo belga de caballería operarán a la derecha de los ingleses.

III. Esta batalla es vital para entrambos ejércitos. Las comunicaciones británicas dependen de la liberación de Amiens. Por ello, la aviación inglesa prestará la mayor ayuda posible, tanto de día como de noche, mientras las operaciones se desenvuelvan.

IV. El nuevo ejército francés que avanza sobre Amiens y se alinea a lo largo del Somme, presionará hacia el norte y enlazará con las divisiones británicas que ataquen hacia el sur en dirección de Bapaume.

Ahora se verá que el plan de Weygand no difería, salvo en su mayor énfasis, de la anulada orden número 12 del general Gamelin. Tampoco discordaba de la enérgica opinión expresada el 19 por el Gabinete de Guerra. Los ejércitos del norte se abrirían camino hacia el sur mediante una acción ofensiva, destruyendo, a ser posible, las fuerzas blindadas enemigas que habían penetrado en Francia. Ayudaría a los ejércitos del norte el poderoso empuje del nuevo grupo militar francés del sur, mandado por el general Frère. Esto, si se llevaba a la práctica, sería importantísimo. En privado me quejé a Reynaud de que se hubiese tenido a lord Gort sin órdenes durante cuatro días seguidos. Desde que el general Weygand tomara el mando, se habían perdido tres días antes de decidir cosa alguna. El cambio en el mando supremo era acertado. La dilación resultante era desacertada.

Aquella noche dormí en la embajada. Los ataques aéreos eran insignificantes. Los cañones tronaban, y mucho, pero no se oía estallar una sola bomba. Muy diferentes fueron las experiencias de París a las que pronto había de conocer Londres.

Yo sentía el vivo deseo de visitar al general Georges, mi amigo, en su puesto de mando de Compiègne. Nuestro oficial de enlace con él —el brigadier Swayne— pasó algún tiempo conmigo y me explicó, hasta donde la conocía, cuál era la situación de los ejércitos franceses. Y sólo, por supuesto, la conocía en parte.

Yo me sentía convencido de que en tal coyuntura me valía más no meterme por medio, ya que en aquel instante estaba iniciándose una vasta y compleja operación en medio de un gran desbarajuste administrativo y de frecuentes interrupciones de las comunicaciones.

La ausencia de una suprema dirección de la guerra había hecho que los sucesos y el enemigo se adueñaran de la marcha de las cosas. El día 17, Gort había comenzado a dirigir tropas a la línea Ruyaulcourt-Arleux y a guarnecer Arras, y constantemente reforzaba su flanco meridional. El séptimo ejército francés —con la excepción del XVI cuerpo de ejército, muy quebrantado por la acción de Walcheren— se desplazaba hacia el sur para unirse al primer ejército francés. Aquella fuerza había atravesado, sin serias complicaciones, la retaguardia británica. El 20, lord Gort informó a los generales Billotte y Blanchard que el 21 de mayo se proponía atacar hacia el sur, partiendo de Arras. Pensaba emplear dos divisiones y una brigada acorazada. Billotte se avino a cooperar con dos divisiones francesas del primer ejército. Este ejército, compuesto de trece divisiones, se hacinaba en un sector oblongo de unas diecinueve millas de largo por diez de ancho, ocupando la línea Maulde-Valenciennes-Denain-Douai. El enemigo, el 20, había cruzado el Escalda por Oudenarde, y los tres cuerpos británicos, que aún miraban al este, se retiraron el 23 a las defensas que habían erigido durante el invierno a lo largo de la frontera belga, defensas de las que partieran tan animosamente doce días antes. Ese mismo día el cuerpo expedicionario británico fue puesto a media ración. Yo tenía, por muchos conductos, la impresión de que los franceses procedían sin eficacia alguna, lo que me indujo a protestar ante Reynaud.

R.C.

**LA SITUACIÓN AL ANOCHECER DEL 22 DE Mayo**

Mi escrito decía así:

*Primer Ministro al señor Reynaud* 23-V-40
(Se envió copia a lord Gort.)

Las comunicaciones de los ejércitos del norte han sido cortadas por considerables fuerzas blindadas enemigas. La salvación de esos ejércitos únicamente puede conseguirse poniendo en inmediata ejecución el plan de Weygand. Solicito que se expidan a los jefes franceses del norte y el sur, así como al alto mando belga, las más apremiantes órdenes conducentes a transformar esta derrota en victoria. El tiempo es tan esencial como escaso el avituallamiento.

Di cuenta de ese mensaje al Gabinete de Guerra cuando sus miembros se reunieron a las once y media de la mañana. Hice notar que todo el éxito del plan del general Weygand dependía de que los franceses tomasen la iniciativa, de lo que no daban los menores indicios. A las siete de la tarde volvimos a reunirnos.

El día siguiente, escribí:

*Primer Ministro al señor Reynaud* 24-V-40
(Para el general Weygand.)

El general Gort telegrafía diciendo que la coordinación en el frente norte es cosa esencial, dado que operan allí ejércitos de tres diferentes naciones. Asegura que él no puede encargarse de esa coordinación, porque ya está peleando en el norte y en el sur y tiene amenazadas sus líneas de comunicaciones. A la vez, sir Roger Keyes me dice que hasta las tres de la tarde de hoy ni el rey ni el cuartel general belgas han recibido instrucción alguna. ¿Coincide esto con la aserción de usted de que Blanchard se halla *main dans la main*? Comprendo plenamente las dificultades de comunicación, pero a la vez creo advertir que no hay un eficaz concierto de operaciones en la zona norte, contra la que el enemigo está concentrándose. Confío en que pueda usted rectificar esa situación. Gort dice además que cualquier avance que él desencadene ha de ofrecer las características de una salida y que el socorro debe llegar del sur, porque él no tiene (repito que *no tiene*) municiones para un ataque serio. No obstante, le ordenaremos que persevere en la ejecución del plan de ustedes. Aquí no hemos visto las instrucciones de ustedes ni conocemos los detalles de sus operaciones en el norte. ¿Tendrá la amabilidad de enviar esta nota a su destino, a través de la misión francesa, en el más breve plazo posible?

Con mis mejores deseos.

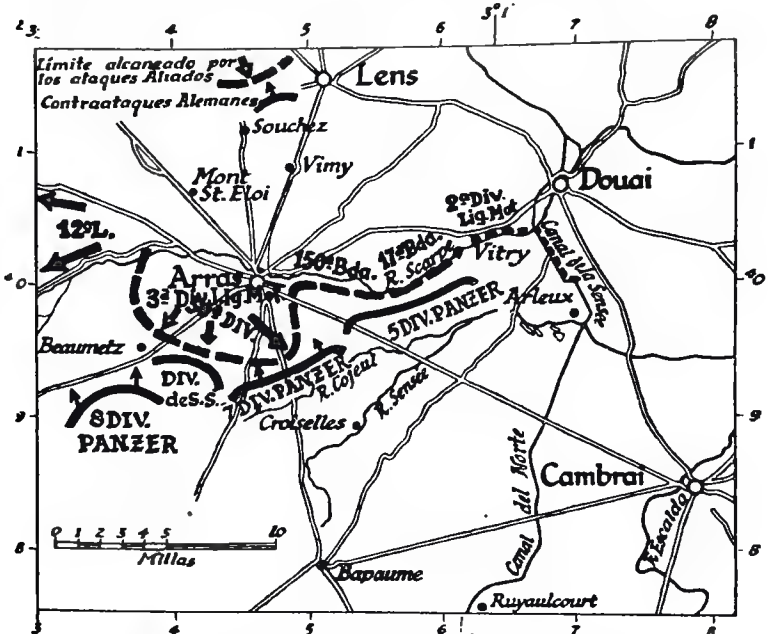
* * *

No estorbará dar aquí algunos pormenores del combate librado por los ingleses en torno a Arras. El general Franklyn, que ejercía el mando de la zona, se proponía ocupar el área Arras-Cambrai-Bapaume. Disponía de las divisiones británicas números 5 y 50 y de la primera brigada de tanques del ejército. Su plan consistía en utilizar las fuerzas acorazadas, más una brigada de cada división —todo a las órdenes del general Martel—, para un ataque al oeste y sur de Arras, con objetivos inmediatos sobre el río Sensée. Los franceses cooperarían lanzando al combate dos divisiones más al este, contra el camino Cambrai-Arras. Las divisiones británicas no comprendían más que dos brigadas cada una y los tanques ascendían, en número, a 65 Mark I y 18 Mark II. Los juegos tractores de unos y otros tenían una vida muy corta y estaban ya muy desgastados.

El ataque principió a las dos de la tarde del 21 de mayo. Los asaltantes se hallaron en seguida ante una oposición mucho más recia de lo que esperaban. El apoyo francés en el flanco oriental no llegó a efectuarse, y en el occidental se limitó a la intervención de una división mecanizada ligera. En cambio, las fuerzas acorazadas enemigas abarcaban unos cuatrocientos tanques de las séptima y octava divisiones blindadas. Un general llamado Rommel mandaba la mencionada en primer lugar.

No obstante, nuestro ataque prosperó al principio. Capturamos cuatrocientos prisioneros. Pero no se alcanzó la línea del río Sensée y el contraataque alemán, realizado con fuerzas abrumadoramente superiores y muy protegidas aéreamente, nos causó graves bajas.

El 12 de Lanceros anunció que fuertes columnas enemigas se movían hacia St. Pol, amenazando envolver nuestro flanco del oeste. Por la noche, la brigada de tanques del ejército, la 13 brigada de la 5.ª división y la 151 brigada de la división 50, se retiraron gradualmente hacia el río Scarpe. Allí se sostuvieron las tres brigadas inglesas hasta la tarde del 22, rechazando varios ataques que se desencadenaron en aquellos contornos. Seguimos en posesión de Arras, pero el enemigo, poco a poco, iba envolviendo la ciudad y progresando hacia Béthune. La división ligera francesa de fuerzas mecanizadas, que protegía nuestro flanco, fue arrojada de Mont St. Eloi y a poco los tanques enemigos se acercaron a Souchez. A las siete de la tarde del 23 el ala oriental inglesa estaba sometida a intensa presión y el enemigo, alcanzando Lens, envolvía nuestro flanco occidental.




**BATALLA DE ARRAS 21/22 de Mayo**

Precaria, pues, era nuestra posición. Nos hallábamos terriblemente rebasados en número, asediados por masas blindadas y casi copados. A las diez de la noche el general Franklyn informó al cuartel general que, a menos que su tropa se replegase en las horas nocturnas, le sería imposible después toda retirada. Se le contestó que tres horas antes se le habían enviado órdenes de retirarse. La operación que acabo de describir causó

considerable inquietud al enemigo, quien la calificó de «fuerte contraataque inglés con tropas blindadas».

Prosiguiendo la ejecución del plan de Weygand, lord Gort propuso al general Blanchard, a la sazón comandante en jefe del grupo de fuerzas del norte, que dos divisiones inglesas y una francesa, con ayuda del cuerpo francés de caballería, atacasen hacia el sur entre el Canal del Norte y el del Escalda. De hecho, ya antes dos divisiones francesas habían llegado dos veces a los linderos de Cambrai, pero en ambas ocasiones hubieron de retirarse, tras ser castigadas por fuertes bombardeos. Esa acción fue la única maniobra ofensiva que en todos aquellos días intentó el primer ejército francés.

• • •

En Londres no conocíamos los progresos del desesperado ataque con que en Arras se intentaba forzar el casi cerco que nos amagaba. Pero en el curso del día 12, Reynaud nos expidió dos telegramas de reproche. El más breve de los dos decía:

> Me telegrafió usted esta mañana manifestándome que había dado órdenes al general Gort para que ejecutase el plan de Weygand. El general Weygand me informa ahora que, según un telegrama del general Blanchard, el ejército británico ha emprendido, por iniciativa propia, una retirada de veinticinco millas hacia los puertos. Ello sucede en el momento en que nuestras tropas, partiendo del sur, progresan hacia el norte, donde esperaban encontrar a sus aliados.
>
> Ese acto del ejército británico está en franca contradicción con las órdenes renovadas esta mañana por el general Weygand. Semejante retirada, naturalmente, ha obligado al general Weygand a modificar todas sus disposiciones y a prescindir de la idea de cerrar la brecha abierta y restablecer un frente continuo. No necesito insistir en la gravedad de las posibles consecuencias de este suceso.

Hasta entonces el general Weygand había contado con el ejército del general Frère, que debía avanzar hacia Amiens, Albert y Péronne. Pero, de hecho, esas tropas no habían realizado avance alguno de consideración. Aun estaban reuniéndose y alineándose. Voy a transcribir mis respuestas a Reynaud:

25-V-40

> En mi telegrama de anoche le dije cuanto sabíamos aquí. Lord Gort nada nos ha dicho que contradiga esos informes. Empero, he de manifestarle que un oficial de Estado Mayor ha hablado al ministerio de la Guerra, confirmándole la retirada de las dos divisiones del frente de Arras a las que se refiere usted. Se ha encargado al general Dill, que debe encontrarse con lord Gort, que nos envíe en avión, y en el más breve plazo posible, un oficial de Estado Mayor. En cuanto conozcamos lo que ha ocurrido, le informaré plenamente de todo. De todos modos, es harto claro que el ejército del norte

está prácticamente rodeado y tiene todas sus comunicaciones cortadas, excepto con Ostende y Dunquerque.

25-V-40

Nos asisten todas las razones para creer que Gort persevera todavía en su avance hacia el sur. Cuanto sabemos es que se ha visto forzado por la presión sobre su flanco occidental (y con miras también a mantener las comunicaciones con Dunquerque, por donde le llegan los suministros indispensables) a colocar parte de dos divisiones entre el grueso de sus tropas y las fuerzas acorazadas alemanas, que con poderío al parecer irresistible han ocupado sucesivamente Abbeville y Boulogne, han tomado St. Omer y avanzan sobre Calais y Dunquerque. ¿Cómo puede lord Gort moverse hacia el sur y despegarse del frente del norte, a no ser que primero elimine ese empuje sobre su flanco derecho? Los movimientos que conocemos del cuerpo expedicionario británico no justifican en manera alguna el que ustedes hayan abandonado la fuerte presión de su movimiento hacia el norte a través del Somme, movimiento que esperamos que persista.

En segundo lugar, se queja usted de que el material pesado haya sido retirado del Havre. El único material retirado han sido las granadas de gas, que hubiera sido indiscreto dejar allí. El restante material ha sido trasladado de la orilla septentrional a la meridional del río del Havre.

En tercer término, si yo supiera que la extrema presión de los acontecimientos obliga a apartarse en algo del plan convenido, le informaré de ello inmediatamente. Dill, esta mañana, estaba convencido de que la única esperanza de sacar a nuestros ejércitos de la situación presente consiste en el movimiento hacia el sur y en el activo avance del general Frère. Ahora Dill está con Gort. Ha de comprender usted que, tras haber esperado el movimiento hacia el sur una semana a partir del momento en que se hizo obvia su necesidad, ahora nos hallamos separados de la costa por la masa de los vehículos blindados enemigos. No nos cabe, pues, otra opción que continuar el movimiento hacia el sur, protegiendo en la medida precisa nuestro flanco oeste.

* * *

En el Gabinete, así como en los altos círculos militares, existía una acusada impresión de que la capacidad y los conocimientos estratégicos de sir John Dill, que desde el 23 de abril venía siendo subjefe del Estado Mayor Imperial, debían encontrar más plena aplicación si le designábamos principal consejero del ejército. Nadie dudaba de que su categoría profesional era en muchos aspectos superior a la de Ironside.

A medida que la batalla adversa llegaba a su punto álgido, mis colegas y yo empezamos a desear vivamente que sir John Dill pasase a ser jefe del Estado Mayor Imperial. También habíamos de designar un comandante en jefe de las Islas Británicas en el supuesto de que éstas fueran invadidas. Muy entrada la noche del 25 de mayo, Ironside, Dill, Ismay, yo, y otras dos o tres personas, nos reunimos en mi despacho del Almirantazgo, procurando calibrar la situación. El general Ironside ofrecióse para dejar la jefatura del Estado Mayor, añadiendo que no tenía nada que opo-

ner a su posible nombramiento de comandante en jefe de las fuerzas británicas metropolitanas. Muy abnegada era semejante oferta, dado lo poco prometedor que tal mando era en aquellos momentos. Acepté, pues, la propuesta de Ironside. Tanto aprecié su conducta en aquella coyuntura, que a ella se deben los altos honores que más adelante le conferí. El 27 de mayo, Dill pasó a ser jefe del Estado Mayor. Por aquel entonces el cambio se consideró muy apropiado.

## CAPÍTULO IV

## LA MARCHA HACIA EL MAR

### 24-31 MAYO

*Examen de la batalla. — Relato del general Halder acerca de la intervención personal de Hitler en las operaciones. — Las fuerzas blindadas alemanas se detienen. — La verdad, según diarios del Estado Mayor alemán. — Una causa particular de la paralización alemana en el punto decisivo. — La defensa de Boulogne. — El drama de Calais. — Consecuencias de una defensa prolongada. — Gort abandona el Plan Weygand. — Su decisión del 25 de mayo. — Intento de cubrir la brecha belga. — Repliegue inglés hacia Dunquerque. — 4 divisiones británicas se retiran de Lille. — Consulta a los jefes de E. M. — Su respuesta. — Mi mensaje a lord Gort. — Otro al almirante Keyer. — El general Pownall relata la entrevista Gort-Blanchard (28 mayo). — Rendición del ejército belga el 28 de mayo. — El general Brooke y el 2.º Cuerpo libran, el 28 de mayo, la batalla decisiva. — Retirada a Dunquerque. — La mitad del primer ejército francés evacua Francia por mar.*

Procede que examinemos, al llegar a este punto, el curso de aquella memorable batalla.

Hitler —pero sólo él, no nosotros— estaba dispuesto a violar la neutralidad de Bélgica y Holanda. Bélgica no quería invitar a los aliados a ayudarla hasta después de que empezase la invasión. De este modo la iniciativa militar quedaba en manos de Hitler.

El 10 de mayo descargó el golpe. El primer grupo de ejércitos franceses, con las tropas británicas en el centro, no permaneció al cobijo de sus fortificaciones, sino que se lanzó hacia adelante, entrando en Bélgica con una finalidad de ayuda que, por lo retrasada, había de resultar estéril. Los franceses habían dejado mal fortificada y mal guarnecida la brecha de las Ardenas. Una incursión de fuerzas blindadas en una escala nunca vista hasta entonces rompió el centro de la línea de los ejércitos franceses y en cuarenta y ocho horas amenazó cortar las comunicaciones de todas las tropas del norte dejándolas separadas del mar y del sur. El 14, a más tardar, el alto mando francés debió haber dado a esos ejércitos órdenes imperativas de que emprendiesen con toda celeridad una retirada general, corriendo cualquier riesgo, incluso el de sufrir grandes pérdidas de material. El general Gamelin no osó afrontar el brutal realismo de tal medida.

Billotte, comandante general del grupo del norte, no podía adoptar por sí solo tal determinación. Y así, imperaba la confusión entre los ejércitos de la amenazada ala izquierda.

Cuando se advirtió la superioridad enemiga, nuestras tropas retrocedieron. El movimiento envolvente alemán presionó su flanco derecho, y hubieron de constituir allí un frente defensivo. De haber comenzado el repliegue el día 14, el 17 hubiesen alcanzado sus antiguas líneas, y con ellas muy buenas posibilidades de pelear y librarse de su destino. De modo que se perdieron, cuando menos, tres mortales días.

A partir del 17, el Gabinete inglés de Guerra comprendió con claridad que sólo una inmediata marcha hacia el sur, combatiendo, podía salvar al ejército británico. Los ministros pretendieron, pues, imponer su criterio al gobierno francés y al general Gamelin. Pero lord Gort, comandante inglés, dudaba de que fuera posible despegarse del enemigo y, sobre todo, abrirse camino a la vez. El 19, el general Gamelin fue sustituido por Weygand. La instrucción número 12 del general Gamelin llegaba con cinco días de retraso, pero en principio era acertada y se ajustaba a las conclusiones esenciales del Gabinete de Guerra británico y de nuestros jefes de Estado Mayor. El cambio en el mando supremo —o en la ausencia de mando— motivó otra dilación de tres días. El animoso plan propuesto por el general Weygand tras su visita a los ejércitos del norte, nunca pasó de ser un proyecto sobre el papel. En lo fundamental, era el mismo plan de Gamelin, sólo que más irrealizable aun después de las demoras sufridas.

Dado el ominoso dilema que se nos presentaba, optamos por secundar el plan de Weygand y así lo hicimos con lealtad y persistencia, realizando repetidos, aunque inútiles esfuerzos por ponerlo en ejecución. Ello duró hasta el 25, momento en que, cortadas todas las comunicaciones, rechazado nuestro débil contraataque (con la pérdida de Arras por añadidura), el frente belga deshaciéndose y el rey Leopoldo a punto de capitular, se disipó toda esperanza de huida hacia el sur.

Sólo nos quedaba el mar. ¿Debíamos alcanzarlo, o dejarnos copar y desbaratar en campo abierto? En cualquier caso, toda la artillería y restante material de nuestras tropas —material insustituible durante muchos meses— se perdería. Pero eso ¿qué era si en cambio lográbamos salvar el ejército, único núcleo y armazón de las fuerzas que pudiera Inglaterra armar en el porvenir? Lord Gort, a partir del día 25, tenía la certeza de que sólo por mar podíamos salvarnos. Procedió, en consecuencia, a constituir una cabeza de playa en torno a Dunquerque, retirándose hacia aquel lugar con cuanta fuerza le quedaba. Iba a necesitarse para la operación toda la disciplina de los soldados ingleses y la pericia de sus generales, entre los que figuraban Brooke, Alexander y Montgomery. Y todavía se necesitaría mucho más: cuanto esfuerzo pudiera humanamente hacerse. Faltaba saber si aun eso bastaría.

• • •

Conviene examinar aquí cierto episodio sobre el que se ha discutido mucho. El general Halder, jefe del Estado Mayor General Alemán, ha de-

clarado que fue en aquellos momentos cuando Hitler realizó su única intervención personal en la batalla. Según Halder, a Hitler «le inquietaba la suerte de las formaciones acorazadas, que se hallaban en considerable peligro en un país difícil, surcado de canales, y no lograban alcanzar resultados decisivos». Pensaba Hitler que no le convenía sacrificar estérilmente sus unidades blindadas, esenciales para la segunda fase de la campaña. Creía, sin duda, que su superioridad aérea bastaba para impedir una evacuación por mar, o al menos una evacuación en vasta escala. Por lo tanto (siempre según Halder) el Führer envió un mensaje, a través de Brauchitsch, ordenando «que se detuviesen las formaciones acorazadas, y que incluso se abandonasen los puntos tomados». Dice Halder que de ese modo encontraron los ingleses expedito el camino de Dunquerque. Es cierto, en todo caso, que nosotros interceptamos, a las 11.42 de la mañana del 24 de mayo, una orden alemana disponiendo que se suspendiera de momento el ataque sobre la línea Dunquerque-Hazebrouck-Merville. Halder asegura que, en nombre del cuartel general supremo del ejército, se negó a intervenir en los movimientos de la agrupación de fuerzas de Rundstedt, quien tenía instrucciones definidas a efectos de impedir al enemigo que alcanzase la costa. Alegaba que cuanto antes y más completamente se triunfase allí, más fácil sería después reparar la pérdida de unos cuantos tanques.

Al día siguiente se le ordenó que acudiese a conferenciar con Brauchitsch. Hubo una acalorada discusión, zanjada por la decidida intervención de Hitler, quien añadió que se cercioraría del cumplimiento de sus órdenes enviando al frente algunos oficiales de enlace. Keitel partió en avión hacia el grupo de ejércitos de Rundstedt y otros jefes se dirigieron a otros sectores. El general Halder concluye diciendo: «Jamás he podido comprender en qué forma concibió Hitler la idea de que era inconveniente poner en peligro las unidades acorazadas. Es muy verosímil que Keitel, que había pasado considerable tiempo en Flandes durante la Primera Guerra Mundial, hiciera a Hitler relatos de los que dimanaran aquellas ideas.»

Otros generales alemanes han abundado en lo mismo y hasta sugerido que la orden de Hitler fue inspirada por una finalidad política, tendente a mejorar las posibilidades de hacer la paz con Inglaterra, una vez que Francia quedase batida. Mas hoy han salido a luz auténticas pruebas documentales de lo contrario. Nos referimos al diario del cuartel general de Rundstedt, diario *escrito precisamente entonces.*

Lo que de esos documentos se desprende es cosa muy distinta de lo que dice Halder. A la medianoche del 23 llegaron órdenes expedidas por Brauchitsch desde el cuartel general supremo y en las que se disponía que el cuarto ejército alemán quedase a las órdenes de Rundstedt para desenvolver «el último acto» de «la batalla de copo». A la mañana siguiente Hitler visitó a Rundstedt y éste alegó que sus unidades acorazadas habían avanzado mucho y muy de prisa, por lo que su fuerza se había reducido en gran modo. Era necesaria una pausa para reorganizarse, recobrar el equilibrio perdido y preparar el golpe final contra un enemigo del que el diario dice que «luchaba con extraordinaria tenacidad». Además,

Rundstedt preveía la posibilidad de ataques contra sus fuerzas, vastamente diseminadas de norte a sur. Temía, en resumen, la aplicación del plan Weygand que, de ser factible, habría sido, en efecto, el contragolpe más indicado por nuestra parte. Hitler «concordó enteramente» en que el ataque al este de Arras debía ser realizado por infantería, mientras las formaciones móviles continuaban manteniendo la línea Lens-Béthune-Aire-St. Omer-Gravelines, a fin de interceptar el paso de las fuerzas enemigas a las que presionaba en el nordeste el grupo de ejércitos B. También insistió Hitler en la primordial necesidad de reservar las unidades blindadas para ulteriores operaciones. Pero el 25, muy temprano de mañana, Brauchitsch, en su calidad de comandante en jefe, envió nuevas órdenes a efectos de que continuase el avance de los carros blindados. Rundstedt, sintiéndose fuerte con la autorización verbal de Hitler, no quiso obedecer. Así, no transmitió las órdenes a Kluge, jefe del cuarto ejército, a quien también se había mandado que emplease las divisiones acorazadas. Kluge se quejó de la demora, pero sólo al día siguiente, 26 de mayo, permitió Rundstedt el avance de los carros, añadiendo, además, que Dunquerque no sería tomado por asalto directo. Se registra en el diario la circunstancia de que el cuarto ejército protestó de esa decisión y que su jefe de Estado Mayor telefoneó el 27 diciendo esto:

> En las costas de Canal se presenta la siguiente escena: grandes barcos atracan en los muelles, tienden planchas hasta la orilla, y los soldados se aglomeran en los buques. Todo el material queda abandonado. Pero no nos agradaría nada volver a encontrar esos hombres, equipados de nuevo, en nuestra futura línea de combate.

De manera que es cierto que se retrasó el avance de las fuerzas acorazadas, mas no por iniciativa de Hitler, sino de Rundstedt. Sin duda Rundstedt tenía razones para obrar como obró, dadas las condiciones en que se hallaban sus unidades blindadas, así como el aspecto general de la batalla, mas en cualquier caso debió obedecer las órdenes concretas del alto mando, o al menos haber transmitido a sus jefes lo que Hitler le dijera de palabra. Los comandantes alemanes concuerdan generalmente en que entonces perdieron una excepcional ocasión.

• • •

Pero existe otra causa distinta, que contribuyó a determinar los movimientos de las divisiones blindadas alemanas en el punto decisivo.

Después de llegar al mar, más allá de Abbeville, en la noche del 20 de mayo, las vanguardias acorazadas y motorizadas de los alemanes progresaron hacia el norte, a lo largo de la costa, en dirección de Boulogne, Calais y Dunquerque, con la evidente intención de cortarnos el escape por mar. Desde la guerra anterior toda aquella región estaba vívidamente pintada en mi cerebro. Entonces había hecho yo actuar allí a la brigada móvil de infantería de marina, la cual, apoyándose en Dunquerque, hostigó los flancos y retaguardia del ejército alemán que avanzaba sobre París. No

me eran precisas, pues, explicaciones acerca del sistema de inundaciones entre Calais y Dunquerque, ni del valor de la corriente que pasa por Gravelinas. Ya habían sido abiertas las esclusas y la inundación ganaba diariamente terreno, lo que protegía al sur nuestra línea de retirada. El defender Boulogne, y aun más Calais, se perfilaba como cosa vital incluso en aquellos momentos de confusión; y por eso se destacaron presurosamente, desde Inglaterra, guarniciones a entrambas ciudades. Boulogne, aislada y atacada el 22 de mayo, estaba defendida por dos batallones de la Guardia, una de nuestras pocas baterías antitanque y un escaso número de soldados franceses. Después de treinta y seis horas de resistencia, se nos notificó que era imposible seguir sosteniendo la plaza y yo accedí a que las reliquias de la guarnición, incluyendo a los franceses, fueran evacuadas por mar. En la noche del 23 al 24 de mayo ocho destructores ejecutaron la evacuación, con pérdida de sólo doscientos hombres. Pero deploré después tal decisión.

Algunos días antes yo había puesto la dirección de la defensa de los puertos del Canal bajo el mando inmediato del jefe del Estado Mayor Imperial, con quien yo me hallaba en contacto continuo. A la sazón decidí que Calais fuera defendido hasta la muerte, sin evacuar por mar a su guarnición, compuesta de un batallón de la Brigada de Fusileros, otro del 60 de Fusileros, los Fusileros de la Reina Victoria y un batallón del Real Regimiento de Tanques, que tenía 21 carros ligeros y 27 del tipo Crucero. Igual número era el de los franceses. Resultaba doloroso sacrificar así aquellas espléndidas y bien instruidas tropas regulares de las que teníamos tan pocas, en aras de la dudoda ventaja de ganar dos o acaso tres días, más los usos, no conocidos, que de tales días podíamos hacer. No obstante, el ministro de la Guerra y el jefe del Estado Mayor Imperial concordaron en aplicar tan dura medida. Unos cuantos telegramas y otros documentos explicarán lo que pasó.

*Primer Ministro al general Ismay.* 23-V-40
(Para el jefe del E. M. I.)

Aparte de la orden general que confío que Weygand habrá expedido anoche disponiendo el movimiento general de los ejércitos hacia el sur por la ruta de Amiens, es imperativo abrir cuanto antes una línea de comunicaciones que enlace el ejército de Gort con el mar por Dunquerque, Calais o Boulogne. Gort no puede ser insensible al peligro en que se halla, y por tanto debe destacar una división, o una fuerza menor, siempre que sea la necesaria, para unirse a aquellas de nuestras fuerzas que presionan desde la costa. Si el regimiento de vehículos blindados, que incluye los tanques tipo Crucero, ha desembarcado en Calais, ello mejorará la situación y nos animará a enviar allí el resto de la segunda brigada de esa división blindada. La zona costera a que aludo ha de quedar limpia de enemigos si se realiza la vasta operación de retirada de que hablamos. Los intrusos enemigos que penetren en ese sector han de ser acometidos y acorralados. Los refugiados han de ser encaminados a los campos y establecidos en ellos, como propone el general Weygand, a efectos de que queden expeditos los caminos ¿Está usted en contacto con Gort por teléfono? ¿Cuánto tiempo costaría enviarle un mensaje cifrado? Sírvase decir a uno de sus oficiales de Estado

Mayor que me envíe a Downing Street un mapa en que conste la posición de las nueve divisiones inglesas, hasta tanto como usted la conozca hoy. No conteste usted a este escrito.

*Primer Ministro al general Ismay.* 24-V-40

No entiendo la situación existente en torno a Calais. Los alemanes taponan todas las salidas y nuestro regimiento de tanques está embotellado en la ciudad porque no puede medirse con los cañones de campaña emplazados en los arrabales. No obstante, creo que las fuerzas enemigas que actúan ahí deben de ser muy modestas. ¿Por qué no se las ataca? ¿Por qué lord Gort no las embiste por retaguardia a la vez que hacemos una salida desde Calais? Seguramente Gort podrá destinar una brigada o dos a limpiar de enemigos sus comunicaciones y asegurar los suministros esenciales para su ejército. ¿Hay algo más importante que la operación que sugiero? ¿En qué cabría emplear mejor una reserva?

Las fuerzas que bloquean Calais deben ser atacadas a la vez por Gort, por los canadienses de Dunquerque y por una salida de nuestros tanques, ahora encajonados. Al parecer, los alemanes pueden andar por donde quieren y hacer lo que se les antoja. Sus tanques pululan de dos en dos y de tres en tres por nuestra retaguardia y ni siquiera cuando se los localiza son atacados. Además, nuestros tanques reculan ante los cañones de campaña alemanes, pero nuestros cañones de campaña no arrostran a los tanques del enemigo. Si la artillería motorizada alemana, tan apartada de su base, puede bloquearnos, ¿por qué nosotros, que disponemos de la artillería de un gran ejército, no les bloqueamos a ellos? La tarea de despejar las comunicaciones con Calais y mantenerlas abiertas corresponde primordialmente al cuerpo expedicionario británico.

Mis palabras hacían muy poca justicia a nuestras tropas. Pero he querido imprimir aquel documento tal como entonces lo redacté.

*Primer Ministro al general Ismay.* 24-V-40

El subjefe del Estado Mayor Naval me informa de que a las dos de la madrugada se ha enviado un telegrama a Calais diciendo que se ha decidido, en principio, la evacuación. Eso sería una locura. El único efecto de la evacuación de Calais consistiría en que se trasladaran a Dunquerque las fuerzas que ahora cercan la primera de esas ciudades. Calais debe ser defendido por muchas razones, la principal de las cuales consiste en retener allí a las fuerzas enemigas que ahora operan en ese frente. El Almirantazgo dice que está preparando veinticuatro cañones navales del doce, que usando granadas rompedoras perforarán la coraza de cualquier tanque. Algunas de esas piezas estarán disponibles esta noche.

*Primer Ministro al Jefe del Estado Mayor Imperial.* 25-V-40

Necesito conocer cuanto antes el motivo de que Gort haya abandonado Arras, así como lo que actualmente hace con el resto de su ejército. ¿Perseverа en el plan de Weygand o ha adoptado una actitud principalmente estacionaria? En el último caso, ¿cuál cree usted que será el curso de los acon-

tecimientos en los últimos días, y qué medidas recomienda? Es claro que no debemos dejarnos copar sin aventurar batalla. ¿No debiera lord Gort pelear dirigiéndose a la costa y destruyendo las fuerzas acorazadas enemigas que están entre él y el mar? ¿No podría operar esa destrucción empleando una abrumadora superioridad de artillería, a la par que se cubre a sí mismo y cubre el frente belga, que también debe combarse hacia atrás, mediante la acción de fuertes retaguardias? Mañana como máximo ha de adoptarse esta decisión.

Seguramente será posible para Dill embarcar en un avión y venir desde cualquier aeródromo no ocupado por el momento. La aviación inglesa enviaría una escuadrilla entera para escoltarle.

*Primer Ministro al ministro de la Guerra y al jefe del E. M. I.* 25-V-40

Sírvase averiguar quién ha sido el oficial que dio la orden de evacuar Calais ayer. Averigüe también quién ha sido el que ha redactado ese tibio telegrama que esta mañana he visto y en el que se habla de actuar «por amor a la solidaridad aliada». No es ese el modo de alentar a los soldados a luchar hasta el fin. ¿Tiene usted la certeza de que no existen corrientes derrotistas en el Estado Mayor General?

*Primer Ministro al Jefe del Estado Mayor Imperial.* 25-V-40

Al brigadier que defiende Calais ha de decírselo algo semejante a esto: La defensa a ultranza de Calais es de la mayor importancia para nuestro país y nuestro ejército. En primer lugar, allí se entretiene a buena parte de las fuerzas blindadas enemigas, a las que se impide atacar nuestra línea de comunicaciones. En segundo lugar, se mantiene una salida por la que pueden ser evacuadas a la metrópoli ciertas porciones del ejército británico. Lord Gort ya ha enviado tropas en ayuda de Calais y la armada hará lo posible por avituallar la plaza. El Imperio fija los ojos en la defensa de Calais y el gobierno de Su Majestad confía en que usted, brigadier, y su valeroso regimiento realizarán una hazaña digna del nombre inglés.

A las dos de la tarde del 25 de mayo se envió este telegrama al Brigadier Nicholson.

En la tarde del 26 de mayo se adoptó la decisión definitiva de no socorrer a aquella guarnición. Hasta tal momento se tuvieron preparados los destructores que debían ejecutar la evacuación. Eden e Ironside estaban conmigo en el Almirantazgo. Los tres comimos juntos, salimos juntos y a las nueve de la noche adoptamos la decisión. Una de las unidades sacrificadas era el regimiento en que Eden sirviera durante la guerra anterior. Incluso en la guerra, hay que beber y comer, pero yo sentí verdaderas náuseas mientras nos sentábamos en silencio en torno a la mesa.

El mensaje que se envió al brigadier, rezaba:

Cada hora que continúe usted resistiendo es de la mayor ayuda para el cuerpo expedicionario británico. Por lo tanto, el gobierno ha decidido que siga usted la pelea. Admiramos infinitamente su espléndida defensa. No se producirá (repito que no se producirá) la evacuación y ya los barcos destinados a ese fin están retornando a Dover. El «Verity» y el «Windsor» cubrirán al buque insignia de dragaminas y su retirada.

En Calais se centró todo en aquellos momentos. Muchas otras causas pudieron contribuir a la liberación de las tropas de Dunquerque, pero sin los tres días ganados por la defensa de Calais no se habría podido sostener la línea fluvial de Gravelinas y, a pesar de las vacilaciones de Hitler y las órdenes de Rundstedt, el ejército podría haber resultado copado y perdido.

• • •

En aquel momento descendió sobre el escenario bélico una catástrofe que simplificaba las cosas. Los alemanes no habían presionado hasta entonces con demasiada dureza la línea belga, pero el 24 de mayo la rompieron por ambos lados de Courtrai, que sólo dista treinta millas de Ostende y Dunquerque. El rey de los belgas pronto consideró la situación desesperada y se dispuso a capitular.

El 23 de mayo el I y II Cuerpos de la fuerza expedicionaria británica se retiraron de Bélgica por etapas, volviendo a las defensas fronterizas situadas al norte y el este de Lila y construidas por aquellos mismos soldados durante el invierno. Los alemanes, moviéndose en torno a nuestro flanco meridional, llegaban ya al mar forzándonos a defendernos de aquella amenaza. A medida que las realidades iban imponiéndose a lord Gort y a su cuartel general, fueron enviándose tropas sucesivamente a las posiciones situadas a lo largo de la línea y canal La Bassée-Béthune-Aire-St. Omer-Watten. Esos destacamentos, unidos a fuerzas del decimosexto cuerpo francés, tomaron contacto con el mar en el curso de agua de Gravelinas. Al tercer cuerpo británico correspondía principalmente la misión de defender aquel flanco curvo, que miraba al sur. No había allí una línea continua, sino sólo una serie de puntos defendidos en las principales bifurcaciones de rutas, bifurcaciones que en algunos casos, como en los de St. Omer y Watten, habían caído ya en manos del enemigo. Estaban amenazados los imprescindibles caminos que desde Cassel conducían al norte. Gort sólo disponía de una reserva de dos divisiones británicas —la 5.ª y la 50.ª— las cuales, como ya vimos, acababan de renunciar a su contraataque meridional en la zona de Arras, donde trataron de desarrollar solas el plan de Weygand. En esta fecha el cuerpo expedicionario británico cubría un frente de unas noventa millas, todas en estrecho contacto con el enemigo.

Al sur del cuerpo expedicionario británico estaba el primer ejército francés, que tenía dos divisiones en las defensas fronterizas, mientras las restantes —que comprendían once divisiones en bastante mala forma— se hacinaban en la zona situada al norte y el este de Douai. Este ejército sufría el embate de la pinza sureste de la tenaza alemana. A nuestra izquierda el ejército belga iba siendo expulsado del canal de Lys en muchos puntos y, al producirse su retirada hacia el norte, empezaba a producirse una brecha al norte de Menin.

En la noche del 25, lord Gort tomó una decisión trascendental. Sus órdenes consistían aún en ejecutar el plan Weygand, organizando un ataque hacia Cambrai. Se emplearían las divisiones 5.ª y 50.ª, en conjunción

con los franceses. No se veía signo alguno de materialización del prometido ataque francés hacia el norte y el Somme.

Por otra parte, los últimos defensores de Boulogne habían sido evacuados. Calais resistía aún. Gort, entonces, abandonó el plan del general Weygand. A su juicio no había ya esperanzas de emprender una marcha hacia el sur, con miras a alcanzar el Somme. Por ende, y a la par, el derrumbamiento de la defensa belga y la brecha que consecuentemente se abría al norte, creaban un nuevo y predominante peligro.

Se interceptó una orden del sexto ejército alemán y por ella se supo que un cuerpo enemigo iba a marchar al noroeste, en dirección a Ypres, y otro al oeste, hacia Wytschaete. ¿Cómo podrían los belgas resistir aquel doble empuje?

Confiando en su capacidad militar, y convencido de que se había desplomado toda fiscalización de los acontecimientos —y ello tanto por parte de los gobiernos francés o belga como del alto mando británico—, Gort decidió prescindir del ataque hacia el sur, cerrar la brecha que creaba al norte la capitulación belga y encaminarse al mar. Esa era, en tal momento, la única esperanza de evadirse a la capitulación o la destrucción.

A las seis de la tarde ordenó a las divisiones 5.ª y 50.ª que se uniesen al segundo cuerpo británico para llenar la inminente brecha que la rendición de los belgas iba a dejar en el norte. Informó de su decisión al general Blanchard, que había sucedido a Billotte en el mando del primer grupo francés de ejércitos. Blanchard, plegándose a la fuerza de los acontecimientos, ordenó a las once y media de la noche una retirada, que debía comenzar el 26, hasta una línea sita a espaldas del canal del Lys, al oeste de Lila. La finalidad consistía en formar una cabeza de playa en torno a Dunquerque.

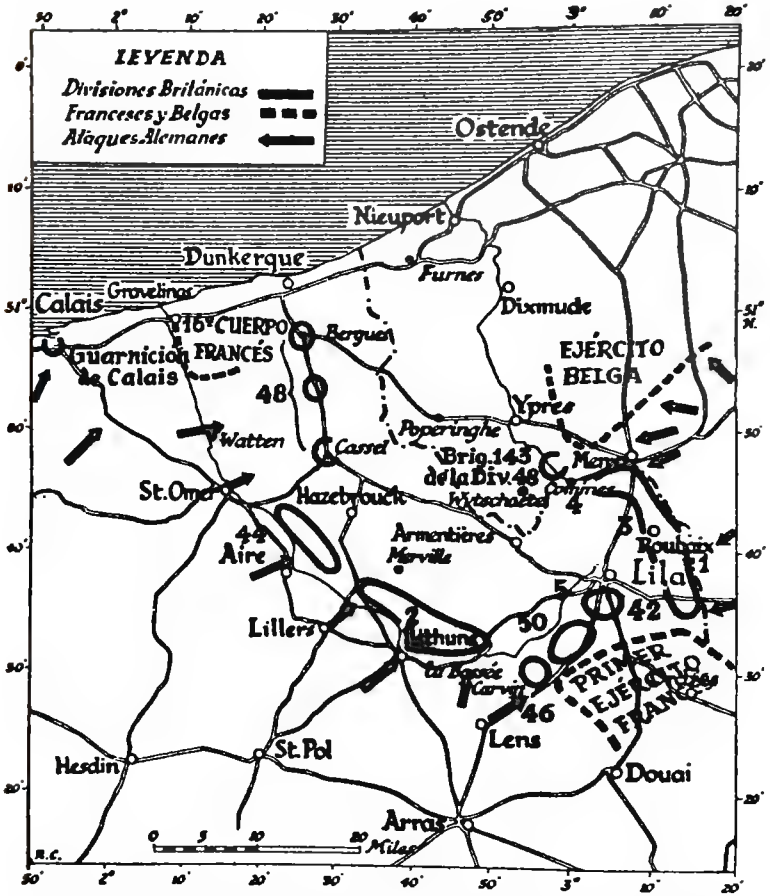
Muy de mañana del 26, Gort y Blanchard ultimaron su plan de retirada a la costa. Como el primer ejército francés tenía que recorrer más camino, los primeros movimientos del cuerpo expedicionario británico durante la noche del 26 al 27, sólo habían de ser preparatorios. Retaguardias del segundo y primero cuerpos británicos permanecieron en las defensas fronterizas hasta la noche del 27 al 28.

En todo esto lord Gort obraba bajo su propia responsabilidad. Pero también en la metrópoli habíamos llegado a conclusiones análogas a las suyas, aunque enfocásemos las cosas desde un punto de vista fundado en otras perspectivas informativas. El 26, un telegrama del ministerio de la Guerra aprobó la conducta de lord Gort y le autorizó «a operar hacia la costa en conjunción con los ejércitos francés y belga». Ya estaba en pleno desarrollo la circunstancia excepcional que exigía el empleo de una concentración de buques de todas clases y tamaños.

El lector, en este punto, debe examinar el gráfico que señala las zonas defendidas en la noche del 25 al 26 por las divisiones británicas.

En el flanco oeste del corredor que iba al mar, la posición en general no se modificó durante el día 26. Las localidades defendidas por las divisiones 48 y 44 estaban sometidas a una presión relativamente ligera. Pero la segunda división tuvo que luchar de firme junto a los canales de Aire y La Bassée, donde mantuvimos nuestro terreno. Más al este los alemanes

desencadenaron un fuerte ataque contra Carvin, lugar mancomunadamente defendido por fuerzas francesas y británicas. Dos batallones de la 50 división, que vivaqueaban allí cerca, contraatacaron, restableciendo la situación. A la izquierda de la línea británica, la quinta división, con la 143 brigada de la división 48, marchó durante la noche y al amanecer se encargó de la defensa del canal Ypres-Comines, a fin de taponar la brecha abierta entre los ejércitos belga y británico. A tiempo llegaban. Poco después de que tomaran posiciones, el enemigo atacó y durante todo el día se sostuvo una lucha muy intensa. Tres batallones de la primera división, que estaban en reserva, fueron llevados al escenario bélico. La 50 divi-




SITUACIÓN AL ANOCHECER del 25 de Mayo

sión, después de acampar al sur de Lila, se trasladó hacia el norte para prolongar el flanco de la quinta división en torno a Ypres. El ejército belga, duramente atacado en el curso del día y con su flanco derecho hundido, avisó que carecía de fuerzas para restablecer el contacto con los ingleses, añadiendo que tampoco podía retroceder a la línea del Yser, de acuerdo con el plan británico.

Entre tanto, progresaba la organización de la cabeza de playa de Dunquerque. Los franceses debían sostenerse desde Gravelinas a Bergues y los ingleses alinearse a lo largo del canal de Furnes hasta Nieuport y el mar. Los diversos grupos y unidades de todas las armas que iban llegando de ambas direcciones quedaban acoplados en aquella línea. En confirmación de las órdenes del 26, lord Gort, el 27, recibió un telegrama del Ministerio de la Guerra —telegrama expedido a la una de la tarde— indicándole que su tarea, a partir de entonces, consistiría «en evacuar la máxima fuerza posible».

El día antes yo había informado a Reynaud de que nuestra política tendía a evacuar el cuerpo expedicionario británico, a cuyo respecto le rogaba que diese las oportunas órdenes. Tal era la interrupción de las comunicaciones, que a las dos de la tarde del 27 el comandante en jefe del primer ejército francés dio a su cuerpo estas instrucciones: *La bataille sera livrée, sans esprit de recul, sur la position de la Lys.*

Cuatro divisiones inglesas y todo el primer ejército francés estaban ahora en grave peligro de ser copados junto a Lila. Los dos brazos de la tenaza envolvente alemana parecían a punto de cerrarse sobre ellos. No disponíamos en aquellos días de los admirables mapas de otros períodos más coherentes, ni era posible controlar desde Londres la batalla, pero hacía tres días me venía preocupando la situación de los aliados —entre ellos cuatro excelentes divisiones inglesas— en el sector de Lila. Pero aquélla fue una de las raras y decisivas ocasiones en que el transporte mecánico reivindica sus derechos. Cuando Gort dio orden de retirada, aquellas cuatro divisiones retrocedieron, con sorprendente rapidez, casi en una noche. Entre tanto, y mediante duras batallas a lo largo del corredor que iba al mar, el resto del ejército inglés mantenía abierto el camino de Dunquerque. La tenaza alemana, estorbada por nuestra segunda división y refrenada durante tres días por la quinta, se cerró al fin en la noche del 29 de mayo, de manera similar a la operación efectuada por los rusos en torno a Stalingrado en 1942. Pero la trampa tardó dos días y medio en funcionar en su plenitud, y en ese espacio de tiempo cuatro divisiones inglesas y una gran parte del primer ejército francés —salvo el quinto cuerpo, que se perdió— se retiraron en buen orden a través de la brecha, pese a que los franceses no tenían más transporte que el de tracción animal, y a despecho de que el principal camino a Dunquerque estaba ya cortado y los secundarios llenos de tropas en retirada, largos convoyes de transporte y muchos millares de refugiados.

* * *

Diez días antes yo había pedido a Chamberlain que examinase con los demás ministros la posibilidad de que tuviéramos que continuar la guerra

solos. Pero ahora el mismo problema lo plantearon nuestros consejeros militares. Yo redacté el documento correspondiente en términos que, aunque dando directrices, dejaban a los jefes de Estado Mayor en plena libertad de expresar sus miras, cualesquiera que fuesen. Constábame de antemano que a todos ellos les animaba una absoluta determinación, pero es prudente que de tales acuerdos queden indicaciones escritas. Además, deseaba probar al Parlamento que nuestra determinación estaba respaldada por la opinión de los profesionales. Doy aquí el documento a que aludo y la respuesta que tuvo:

Hemos revisado nuestro informe sobre el tema «Estrategia británica en caso de cierta eventualidad», haciéndolo a la luz de los siguientes términos de referencia que nos ha enviado el Primer Ministro.

En caso de que Francia, incapaz de continuar la guerra, pasase a ser neutral, a la vez que los alemanes se mantuvieran en su presente posición y el ejército belga tuviese que capitular después de ayudar a los expedicionarios ingleses a ganar la costa; y suponiendo que se nos ofreciesen condiciones que representaran dejar a Inglaterra a merced de Alemania (desarme, cesión de bases navales en las Orcadas, etc.), ¿qué probabilidades tenemos de continuar la guerra solos contra Alemania y probablemente también contra Italia? ¿Tienen la armada y la aviación esperanzas razonables de impedir una invasión seria, y pueden las fuerzas concentradas en estas islas atender a su defensa contra una serie de incursiones que desembarcaran por aire columnas no mayores de diez mil hombres? Ha de observarse que la prolongación de la resistencia británica sería peligrosa para Alemania a la sazón obligada a guarnecer la mayor parte de Europa.

2. Nuestras conclusiones se contienen en los siguientes párrafos.

3. Mientras subsista nuestra aviación, ella y la armada, unidas, pueden impedir a Alemania que realice una invasión en serio de nuestro país mediante procedimientos de aerotransporte.

4. Suponiendo que Alemania obtuviese completa superioridad aérea, creemos que la flota podría reprimir la invasión durante algún tiempo, mas no durante un período indefinido.

5. Si nuestra armada no puede impedir la invasión, y nuestra aviación desaparece, las defensas costeras y playeras de Inglaterra no podrían impedir a los tanques e infantes alemanes el asentar firmemente el pie en nuestras costas. En las susodichas circunstancias, nuestras fuerzas terrestres serían incapaces de afrontar una invasión seria.

6. Todo depende, pues, de la superioridad aérea. Si Alemania la consigue, podría intentar la subyugación de nuestro país mediante meros ataques por aire.

7. Alemania no puede alcanzar completa superioridad aérea a no ser que barra nuestra aviación y nuestras industrias aeronáuticas, parte vital de las cuales se concentran en Coventry y Birmingham.

8. Los ataques de aviación a las fábricas aeronáuticas pueden ser realizados de día y de noche. Nos creemos capaces de causar al enemigo, durante el día, tales bajas que le impidan provocar serios daños. Pero, hagamos lo que hagamos por vía de medidas de defensa —y nos apresuramos a adoptarlas con toda solicitud—, no podemos tener la certeza de lograr proteger los grandes centros industriales, de los que depende nuestra industria aeronáutica, contra los serios daños materiales inherentes al bombardeo nocturno. Para conseguir esos graves efectos, el enemigo no necesitaría apelar a bombardeos de precisión.

9. Que el ataque logre, o no, suspender la actividad de la industria aeronáutica, no depende sólo del perjuicio material causado por las bombas, sino del efecto moral ejercido sobre el pueblo trabajador y sobre su determinación de seguir adelante, pese a todos los estragos y destrucciones.

10. Si, pues, el enemigo consigue efectuar afortunados ataques aéreos nocturnos sobre nuestras fábricas aeronáuticas metropolitanas, es verosímil que obtenga resultados materiales y morales susceptibles de paralizar totalmente la industria.

11. Se ha de recordar que numéricamente los alemanes tienen una superioridad de cuatro a uno. Además, las fábricas alemanas de aviación están muy dispersas y son prácticamente inaccesibles.

12. Por otra parte, y mientras poseamos una fuerza contraofensiva de bombarderos, podemos ejecutar ataques similares contra los centros industriales alemanes, consiguiendo efectos morales y materiales que los paralicen en parte.

13. En resumen, nuestra conclusión es que, «prima facie», Alemania tiene los más de los triunfos. Pero la verdadera prueba radica en saber si la moral de nuestro personal combatiente y nuestra población civil contrabalanceará las ventajas materiales y numéricas de que Alemania goza. Creemos que sí.

Este informe se redactó en el más sombrío de los momentos, antes de la liberación de los hombres cercados en Dunquerque. Lo suscribieron los tres jefes de Estado Mayor —Newall, Pound e Ironside— y los tres subjefes, que eran Dill, Phillips y Peirse. Al leerlo, pasados los años, confieso que sus tonos eran graves y hoscos. Pero el Gabinete de Guerra y los otros ministros —muy pocos— que leyeron aquel escrito, coincidieron con él en un todo. No hubo discusión alguna. Estábamos unidos en alma y corazón.

* * *

Tras esto, me dirigí a lord Gort. Mi mensaje decía:

27-V-40

En este solemne momento no debo dejar de expresarle mis buenos deseos. Nadie puede predecir cómo marcharán las cosas. Pero cualquier desenlace valdrá más que verse copados y muertos de inanición.

Aventuro unas cuantas primeras observaciones. La primera es que los cañones deben servir para destruir tanques. Lo mismo podemos perder nuestras piezas haciendo eso que haciendo cualquier otra cosa. En segundo término, me inquieta mucho la suerte de Ostende mientras no me conste que esa ciudad ha sido ocupada por una brigada con artillería. En tercer lugar, es muy verosímil que los tanques enemigos que atacan Calais se hallen muy desgastados. En el caso peor, ese ataque los mantendrá entretenidos. Si se dirige una columna hacia Calais mientras esta plaza resista todavía, podremos tener buenas esperanzas de éxito. Acaso los enemigos resulten menos formidables cuando en vez de atacantes sean atacados.

2. Es necesario ahora hablar a los belgas. Envío a Keyes el telegrama adjunto, pero es muy conveniente que mantenga usted contactos personales con el rey Leopoldo. Keyes le ayudará. Vamos a pedir a los belgas que se sacrifiquen por nosotros.

3. Presumo que nuestras tropas saben que están abriéndose camino hacia la bendita patria. Jamás ha existido mayor estímulo para el combate. Les daremos a ustedes toda la ayuda que se halle al alcance de la escuadra y la aviación. Anthony Eden, que está conmigo, une a los míos sus buenos deseos.

*Anexo:*
*Primer Ministro al almirante Keyes.*

Sírvase indicar lo que sigue a su amigo (el rey de los belgas). Supongo que él sabe que los ingleses y los franceses están abriéndose camino por fuerza de armas hacia la costa, entre las zonas de Ostende y Gravelinas, y nos proponemos proteger con toda la fuerza de la aviación y la flota la azarosa operación del embarque. ¿En qué podemos ser útiles a nuestro amigo? No serviríamos, de cierto, la causa belga dejándonos embotellar y perecer de hambre. Nuestra sola esperanza está en la victoria, e Inglaterra nunca abandonará la guerra, pase lo que pase, hasta que Hitler resulte vencido o nosotros dejemos de ser un Estado. Confío en que usted logrará que su amigo parta con usted en aeroplano antes de que sea demasiado tarde. Si nuestra operación prospera y establecemos una eficaz cabeza de puente, probaremos, si se quiere, a llevar por mar algunas divisiones belgas a Francia. Bélgica, por lo vitalmente importante, debe continuar en la guerra, y la seguridad de la persona de su rey es esencial.

Mi telegrama no llegó a poder del almirante Keyes hasta después de su regreso a Inglaterra, el día 28. En consecuencia, dicho mensaje particular no fue entregado al rey Leopoldo. Este hecho no es importante, sin embargo, porque en la tarde del 27, entre las cinco y la seis, el almirante Keyes habló conmigo por teléfono. El fragmento que sigue procede de su informe.

Alrededor de las cinco de la tarde del día 27, cuando el rey me dijo que su ejército estaba derrotado y que pedía el cese de las hostilidades, se mandó un telegrama cifrado a Gort y al Ministerio de Guerra por telefonía sin hilos. El Ministerio lo recibió a las 5.54. Inmediatamente me dirigí a La Panne y telefonée al Primer Ministro. El Primer Ministro no mostró la menor sorpresa en vista de las repetidas advertencias, pero me dijo que yo debía hacer todo lo posible para convencer al Rey y a la Reina (Madre) de que fueran a Inglaterra conmigo, y dictó un mensaje que, según dijo, yo debía haber recibido aquella tarde:

27-V-40

La Embajada belga deduce de la decisión del Rey de quedarse, que él considera la guerra perdida y proyecta una paz por separado. Para no colaborar en tal proyecto, el Gobierno belga constitucional se ha reunido en suelo extranjero. Aun cuando el ejército belga actual tenga que deponer sus armas, en Francia hay 200.000 belgas en edad de empuñarlas y mayores recursos de los que Bélgica tuvo en 1914, con los que volver a la lucha. Con su decisión presente el Rey divide la nación y la entrega a la protección de Hitler. Ruégole transmita estas consideraciones al Rey, haciéndole ver las desastrosas consecuencias para los Aliados y para Bélgica de su actual determinación.

Entregué a Leopoldo el mensaje del Primer Ministro, pero él dijo que estaba decidido y que debía quedarse con su ejército y su pueblo...

Expedí también la siguiente orden general:

(Estrictamente confidencial.) 28-V-40

En estos oscuros días, el Primer Ministro agradecerá mucho a sus compañeros de gobierno, así como a los altos funcionarios, el que mantengan la más alta moral en sus medios, sin disminuir la gravedad de los acontecimientos, pero mostrando confianza en nuestra capacidad e inflexible resolución de continuar la guerra hasta quebrantar la voluntad enemiga de poner a toda Europa bajo su dominio.

No debemos tolerar la propagación de la idea de que Francia pueda hacer una paz separada. Pero, cualesquiera que sean los sucesos del Continente, no podemos poner en duda nuestro deber, y usaremos, de cierto, todo nuestro poderío para defender nuestra isla, nuestro imperio y nuestra causa.

En la mañana del 28, lord Gort volvió a entrevistarse con el general Blanchard. Debo al general Pownall, jefe del Estado Mayor de lord Gort, el siguiente relato de aquella entrevista:

El entusiasmo mostrado por Blanchard en la reunión de Cassel ya se había evaporado al visitarnos hoy. No tenía propuestas prácticas que hacer, ni plan alguno que presentar. Le leímos el telegrama en que se nos ordenaba dirigirnos a la costa, con miras al reembarque. Pareció horrorizarse. La cosa me extraña, porque, ¿con qué otra finalidad que la de la evacuación podíamos Gort y yo ocuparnos en instalar cabezas de playa? ¿A qué debía conducir, si a eso no, un movimiento preliminar de tal estilo?

Le señalamos que los dos habíamos recibido instrucciones similares al respecto de la instalación de cabezas de playa. Lo único que había acontecido era que a la sazón habíamos recibido ya de nuestro gobierno la orden de dar el siguiente y lógico paso (orden sin duda comunicada también al gobierno francés), mientras él no había recibido todavía las correspondientes instrucciones.

Esto le apaciguó un tanto, pero no del todo, ni mucho menos. Luego agregamos que, como él, deseábamos también mantener unidos a los ejércitos francés e inglés en esa última fase de las operaciones. Por lo tanto, lo razonable era que el primer ejército francés continuase retirándose por la noche, sin perder su alineación con nosotros.

Esto le trastornó en absoluto. Salióse de sus casillas y declaró que lo propuesto era imposible. Le explicamos los factores de la situación, haciéndolo tan claramente como lo permite la lengua humana. La amenaza alemana sobre nuestro flanco norteoriental probablemente no crecería en intensidad durante las próximas veinticuatro horas, pero cuando creciese sería algo de mucha seriedad. Mas lo que tenía grande e inmediata importancia era la amenaza a nuestro prolongado flanco suroccidental. Allí, como él sabía bien, vanguardias de las divisiones de infantería alemanas, provistas de artillería, habían hecho ataques ayer en varios puntos. Se habían mantenido las posiciones esenciales —Wormhould, Cassel, Hazebrouck—, pero se habían producido a la vez ciertas penetraciones. Era de presumir que los alemanes

explotarían tales ventajas y debíamos tener la certeza de que los gruesos de sus divisiones se desplegarían en breve y atravesarían nuestra línea de retirada hacia el mar, retirada que, si no a Blanchard, nos había sido ordenada a nosotros. Por lo tanto, y sin perder un momento, había que retirarse del río Lys y alcanzar durante la noche la línea Ypres-Poperinghe-Cassel cuando menos. Aguardar hasta el día siguiente sería dar a los alemanes la ventaja de dos jornadas para perseguirnos, lo que constituiría un acto de locura Nos parecía poco probable que lográsemos salvar ni siquiera el treinta por ciento de nuestras fuerzas, incluso si llegábamos al mar, meta que nunca lograrían alcanzar muchas tropas de las posiciones de vanguardia. Pero si salvásemos aunque no fuera más que una pequeña proporción de oficiales y soldados bien instruidos, ello sería muy útil para la continuación de la guerra. Había que hacer con esa finalidad todo lo posible, y lo único posible, en parte siquiera, consistía en recorrer algún camino por la noche...

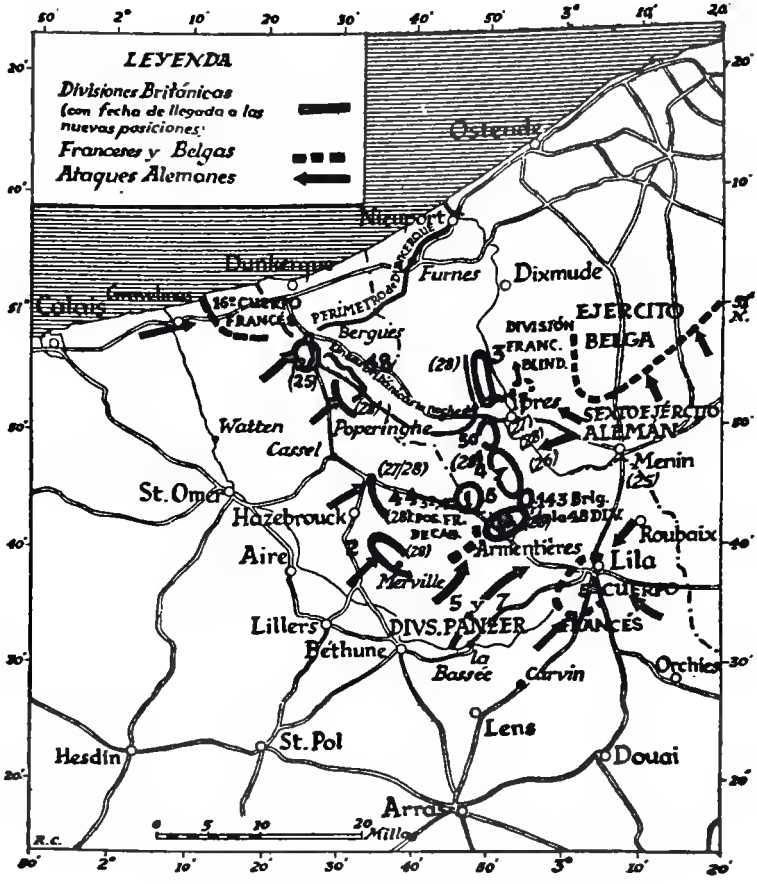
Llegó entonces un oficial de enlace del general Prioux, que ahora mandaba el primer ejército. Este oficial dijo al general Blanchard que Prioux había decidido no retirarse más aquella noche, sino que proponía permanecer en el cuadrángulo de canales cuyo rincón norteoriental está en Armentières y cuyo ángulo suroccidental radica en Béthune.

Esto pareció decidir a Blanchard contra la propuesta de retirada. Pedímosle que, pensando en el primer ejército francés y en la causa aliada, ordenase a Prioux que hiciese retroceder y alinearse con nosotros una parte, al menos, de su ejército. No todos los soldados estarían tan rendidos o agotados que les fuera imposible la maniobra. Para cada soldado que retrocediese había alguna posibilidad de embarque, mientras todos los que se rezagaran serían ciertamente destruidos. ¿Por qué no probar a salvarlos? No ensayando, nada se ganaba, y quienes ensayasen tenían alguna esperanza en perspectiva. Pero no hubo manera de persuadir a Blanchard. Declaró que la evacuación por las playas era imposible. Sin duda, agregó, el Almirantazgo inglés habría preparado lo oportuno para la evacuación del cuerpo expedicionario británico, pero la marina francesa no haría lo mismo jamás con los soldados franceses. Era, pues, ocioso intentarlo. La remota probabilidad no merecía el esfuerzo que exigiría. Estaba, en esto, de acuerdo con Prioux.

Preguntó después, en términos formales, si la intención de Gort consistía en retirarse por la noche a la línea Ypres-Poperinghe-Cassel, aun a sabiendas de que, al obrar así, partiríamos sin el primer ejército francés. A esto explicó Gort que, en efecto, partiríamos. En primer lugar se le había ordenado que reembarcase, lo que exigiría una inmediata retirada. Esperar veinticuatro horas equivaldría a no poder cumplir las órdenes recibidas, ya que las tropas quedarían copadas. En segundo término, y aparte de la cuestión formularia de obedecer las órdenes recibidas, era locura dejar a las tropas en sus presentes y expuestas posiciones. Obrar de tal manera era tanto como tener la certeza de verlas arrolladas dentro de poco. Por estas razones, pues, y lamentándolo mucho, el cuerpo expedicionario británico se veía en la precisión de retirarse, incluso si el primer ejército francés no lo hacía..

• • •

En las primeras horas del día 28 de mayo el ejército belga se rindió a los alemanes. Lord Gort recibió la intimación formal de ello una hora antes de producirse el acontecimiento, pero el desplome de la resistencia belga se había previsto tres días atrás, y así cupo cerrar, bien o mal, la brecha que los belgas dejaban.




**LA SITUACIÓN el 28 de Mayo**

Anuncié el suceso a la Cámara en términos asaz más moderados que los que Reynaud creía oportuno usar.

Dije:

> La Cámara debe saber que el rey de los belgas envió ayer un plenipotenciario al mando alemán, proponiendo la suspensión de hostilidades en el frente belga. Inmediatamente los gobiernos inglés y francés ordenaron a sus generales que no se asociaran a tal decisión, sino que perseverasen en las operaciones que están desarrollando. No obstante, el mando alemán ha accedido a las propuestas hechas y el ejército belga ha dejado de resistir al empuje del enemigo a las cuatro de la madrugada de hoy.

> No me propongo sugerir a la Cámara que emitamos juicio en este momento sobre el acto realizado por el rey de los belgas en su calidad de comandante en jefe del ejército de Bélgica. Ese ejército ha luchado muy bravamente y causado y sufrido graves pérdidas. El gobierno belga se ha disociado de la decisión de su rey y, declarando que sólo el ministerio es la autoridad legal de Bélgica, ha anunciado formalmente su resolución de continuar la guerra al lado de los aliados.

El gobierno francés se mostró preocupado por el hecho de que mi referencia a la acción del rey Leopoldo contrastaba violentamente con la de M. Reynaud. Cuando hablé en la Cámara el 4 de junio, tras un minucioso examen de la situación, y en justicia, no sólo para nuestro aliado francés, sino también para el gobierno belga que ahora está en Londres, consideré que era mi deber decir la verdad en términos sencillos.

En el último instante, cuando Bélgica ya estaba invadida, el rey Leopoldo solicitó nuestra ayuda, y nosotros acudimos aun cuando era en el último instante. Él y su eficaz y valiente ejército, de casi medio millón de hombres, protegía nuestro flanco izquierdo y mantenía abierta nuestra única línea de retirada hacia el mar. De pronto, sin previa consulta, sin dar la menor noticia, sin el consejo de sus ministros y por iniciativa personal exclusivamente, envió un plenipotenciario al mando alemán, rindió su ejército y expuso todo nuestro flanco y nuestros medios de retirada.

* * *

Durante todo el día 28 la salvación del ejército británico pendió de un hilo. En el frente de Comines a Ypres y el mar, el general Brooke y su segundo cuerpo, cara al este y taponando, o tratando de taponar, la brecha belga, libraron una magnífica batalla. Durante los dos días anteriores, la quinta división había defendido Comines contra todo ataque, pero al retirarse los belgas hacia el norte y capitular después, el boquete creado se ensanchó en términos irremediables. Competía al cuerpo susodicho la misión de proteger el flanco del cuerpo expedicionario británico. Acudió primero la división 50 para prolongar la línea, y después la 3.ª y la 4.ª, recién retiradas del este de Lila, llegaron presurosamente en sus transportes motorizados y se esforzaron en extender la muralla defensora del esencial corredor que llevaba a Dunquerque. No podía impedirse el avance alemán entre los ejércitos británico y belga, mas su consecuencia fatal, que consistía en rodear el Yser y llegar a las playas a retaguardia de nuestras tropas, pudo preverse y evitarse.

El ataque alemán fue sangrientamente rechazado. Se dieron a la artillería británica, tanto de campaña como de calibre medio, órdenes de que lanzara sobre el enemigo todas sus municiones. Aquel tremendo fuego contribuyó mucho a extinguir la vehemencia del asalto alemán. Entre tanto, y sólo cuatro millas a la espalda del forcejeante frente de Brooke, vastas masas de transporte y tropas afluían a la ensanchada cabeza de puente de Dunquerque. Las fuerzas, con hábil improvisación, iban siendo colocadas en las defensas de la zona. Dentro del perímetro de la cabeza de puente el principal camino que corría de este a oeste quedó obstruido

por vehículos, y sólo se dejó una pista apta para que pasase un único carruaje. Los automóviles iban siendo lanzados a las cunetas.

En la tarde del día 28 lord Gort ordenó la retirada general hacia la cabeza de puente, que ahora seguía el trazado Gravelinas-Bergues-Furnes-Nieuport. En aquel frente, de izquierda a derecha, desde Bergues al mar, por Nieuport, se alineaban las divisiones británicas en el orden siguiente: la 46, la 42, la 1.ª, la 50, la 3.ª y la 4.ª. El 29, gran parte del cuerpo expedicionario británico estaba ya dentro del perímetro y las medidas para la evacuación naval comenzaban a tener pleno efecto. El 30 de mayo el alto cuartel general dio el informe de que las nueve divisiones inglesas, o sus restos, se hallaban concentradas en Dunquerque.

Más de la mitad del primer ejército francés se abrió camino hasta Dunquerque, donde embarcó en su gran mayoría. No obstante, la línea de retirada de cinco divisiones lo menos, fue cortada por los alemanes, con un movimiento de tenaza, al oeste de Lila. El 28, aquellas divisiones intentaron forzar el paso hacia occidente, mas en vano. El enemigo las acosaba por todas partes. Durante tres días sucesivos los franceses de Lila lucharon en un frente que cada vez se acortaba más contra un enemigo que presionaba más cada vez, hasta que al atardecer del 31, escasos de víveres y con las municiones exhaustas, se vieron obligados a rendirse. Así cayeron en manos alemanas unos cincuenta mil hombres. Aquellos franceses, bajo la valerosa dirección del general Molinié, combatieron durante cuatro críticos días contra un mínimo de siete divisiones alemanas que, de no ser contenidas por ellos, se hubieran agregado a los asaltantes de Dunquerque. Espléndida contribución fue ésta a la liberación de otros franceses más afortunados y del cuerpo expedicionario inglés.

• • •

Durísimo fue para mí, que soportaba tan grande y abrumadora responsabilidad personal, asistir durante aquellos días, y sólo a través de ocasionales atisbos, a un drama imposible de fiscalizar y en el que no se podía intervenir sin temor a producir más males que bienes. No me cabe duda de que, ejecutando fielmente el plan general Weygand, es decir, presionando hacia el Somme, hubiéramos acrecido los peligros que corríamos. En cambio, la decisión de Gort (a la que nos adscribimos rápidamente, aprobando el abandono del plan Weygand y emprendiendo la marcha hacia el mar) fue ejecutada por aquel jefe y por su Estado Mayor con magistral pericia y siempre se considerará un brillante episodio en los anales castrenses británicos.

## CAPÍTULO V

## LA EVACUACIÓN DE DUNQUERQUE

### 26 MAYO - 4 JUNIO

*Un oficio religioso. — «Graves y malas noticias». — Una manifestación espontánea de ministros y personalidades. — Concentración de buques menores. — ¡Setecientos barcos! — Tres factores esenciales. — Una flota en miniatura. — Evacuación de elementos franceses. — Órdenes finales a lord Gort. — Posibles consecuencias. — Gort entrega a Alexander el mando de Dunquerque. — Mi tercera visita a París (31 mayo). — El general Spears y el mariscal Pétain. — Se completa la evacuación. — Mis declaraciones al Parlamento el 4 de junio. — Trascendencia de la victoria aérea lograda. — Resolución británica.*

En la Abadía de Westminster se celebró un breve servicio de intercesión y plegaria el 26 de mayo. Los ingleses gustan poco de exteriorizar sus sentimientos, pero yo, desde mi asiento del coro, advertía la creciente y apasionada emoción de los feligreses, y también su temor. No temor de daños o de pérdidas materiales, sino de asistir a la derrota y ruina final de Inglaterra.

* * *

Era el martes 28 de mayo y yo no asistí a la Cámara de los Comunes hasta dentro de una semana justa. Nada se ganaba exponiendo de nuevo los hechos en el intervalo, y los diputados tampoco expresaron semejante deseo. Pero todos comprendían que la suerte de nuestro ejército, y acaso muchas otras cosas, se habrían decidido antes de terminar la semana. La Cámara —dije yo— debe prepararse a recibir graves y malas noticias. Sólo añadiré que nada de cuanto pueda ocurrir en esa batalla nos descargará de nuestro deber de defender la causa mundial a la que nos hemos consagrado, ni destruirá nuestra confianza en nuestra capacidad de salir adelante, como en anteriores ocasiones de la historia ha ocurrido, a través de desastres y daños, hasta provocar la final derrota de nuestros enemigos.»

Desde la formación del gobierno yo apenas había visto —salvo individualmente— a los muchos compañeros míos no pertenecientes al Gabinete de Guerra. Parecióme, pues, que me asistía el derecho de convocar

en mi despacho de la Cámara de los Comunes a todos los que tuvieran categoría de ministros, aparte los miembros del Gabinete de Guerra. Éramos en torno a la mesa unos veinticinco. Les describí el curso de los acontecimientos y les señalé con mucha claridad nuestra situación y las muchas cosas que nos jugábamos. Luego dije con toda naturalidad y como si no se tratara de cosa de especial alcance:

Desde luego, pase lo que pase en Dunquerque, seguiremos luchando.

Entonces surgió una manifestación espontánea que me sorprendió, dado el carácter de la reunión, en la que figuraban veinticinco experimentados parlamentarios y políticos, hombres todos ellos que, antes de la guerra, habían representado los más contrapuestos puntos de vista, acertados o erróneos. Muchos de ellos, levantándose como movidos por un resorte, corrieron a mi asiento, dedicándome aclamaciones y dándome palmadas en la espalda. No hay duda alguna de que si en aquella ocasión yo hubiese flaqueado en mis deberes de gobernante del país, habría sido expelido del cargo. Tengo la seguridad de que todos los ministros estaban dispuestos a morir inmediatamente y a ver destruidas sus familias y sus posesiones, antes que doblegarse. Y en esto representaban a la Cámara de los Comunes y a casi todo el pueblo. En días y meses sucesivos había de corresponderme la tarea de expresar los sentimientos de aquellos hombres en las ocasiones idóneas para ello. Pude hacerlo sin trabajo porque compartía su criterio. De extremo a extremo de nuestra isla circulaba una llama de fervor, una llama alba, ultrapotente, sublime.

• • •

Sobre la evacuación de los ejércitos anglo-franceses cercados en Dunquerque, se han escrito muchos y muy minuciosos y excelentes relatos. Desde el 20 progresaba la concentración de barcos y de naves pequeñas bajo la dirección del almirante Ramsay, que ejercía el mando en Dover. A las seis y cincuenta y siete minutos de la tarde del 26 de mayo, el Almirantazgo dio la señal de poner en ejecución la «Operación Dínamo». Las primeras tropas llegaron ya aquella noche a la metrópoli.

Tras la pérdida de Boulogne y Calais sólo disponíamos del maltrecho puerto de Dunquerque y de las costas abiertas inmediatas a la frontera belga. Creíamos entonces que a lo más podríamos evacuar 45.000 hombres cada dos días. No obstante, a la mañana siguiente —27 de mayo— se adoptaron medidas tendentes a encontrar pequeñas embarcaciones suplementarias para «un servicio especial». El cual consistía nada menos que en la evacuación completa del cuerpo expedicionario británico. Era claro que se requerirían muchos de aquellos buques menores para actuar en las playas, y ello aparte de los barcos grandes que entraran en el puerto de Dunquerque. A propuesta de H. C. Riggs, del Ministerio de Navegación, cuantos varaderos de yates había desde Teddington a Brightlingsea fueron examinados por funcionarios del Almirantazgo, quienes encontraron allí más de cuarenta motoras o lanchas, todas utilizables. Al día si-

guiente se congregaron estas unidades en Sheerness. También se solicitó la contribución de los salvavidas de los trasatlánticos, de los botes del Támesis, de los yates, de los barcos pesqueros, de las gabarras, de las canoas y embarcacioncillas de placer, de todo, en fin, cuanto podía flotar y ser útil a lo largo de una playa. En la noche del 27 una gran masa de buques menores empezó a hacerse a la mar, dirigiéndose primero a los puertos ingleses del Canal, y después a las costas de Dunquerque, donde estaba copado nuestro querido ejército.

Cuando la discreción ya no fue tan necesaria, el Almirantazgo, sin vacilar, aprobó el espontáneo movimiento de ayuda que puso en pie a la población marinera de nuestras costas meridionales y surorientales. Todo el que poseía una embarcación de cualquier clase, movida a vapor, a motor o a vela, zarpó proa a Dunquerque. Los preparativos oficiales, empezados, por fortuna, una semana antes, se vieron muy fortalecidos por la brillante improvisación de los voluntarios, que se ofrecían en número asombroso. Si bien el 29 habían acudido pocos aún, no eran sino los preludios de los tripulantes de unas 400 pequeñas naves que a partir del 31 empezaron a desempeñar el esencial papel de transportar cerca de cien mil hombres desde las playas a los navíos que esperaban mar adentro. En aquellos días eché de menos al jefe de mi Cuarto de Mapas del Almirantazgo, capitán Pim, y a otras dos o tres figuras muy familiares para mí. Aquel grupo se había posesionado de un «schuit» holandés que en cuatro días trajo a Inglaterra cuatrocientos soldados. En resumen, acudieron al socorro de los cercados en Dunquerque unos 860 buques de todos tamaños. Unos 700 eran ingleses y los demás aliados. Sus operaciones se desarrollaron bajo un incesante fuego aéreo.

## LISTA OFICIAL DE LOS BUQUES PARTICIPANTES EN LA EVACUACIÓN DE DUNQUERQUE

*(Se omiten las embarcaciones que no intervinieron directamente en la recogida de tropas)*

### BARCOS INGLESES

| | *Total de unidades que participaron en la operación* | *Unidades hundidas* | *Unidades averiadas* |
|---|---|---|---|
| Cruceros antiaéreos | 1 | | 1 |
| Destructores | 39 | 6 | 19 |
| Balandras, corbetas y cañoneras | 5 | 1 | 1 |
| Dragaminas | 36 | 5 | 7 |
| Pesqueros armados y remolcadores | 77 | 17 | 6 |
| Barcos de servicios especiales | 3 | 1 | 6 |
| Otras naves especiales armadas | 3 | 1 | 1 |
| Moto-torpederos y unidades antisubmarinas a motor | 4 | | |
| «Schuits» ex holandeses, con tripulaciones de guerra británica | 40 | 4 | No hay indicación |
| Yates, con tripulación de la marina de guerra británica | 26 | 3 | |

| | | | |
|---|---|---|---|
| Barcos de transporte | 45 | 8 | 8 |
| Barcos-hospital | 8 | 1 | 5 |
| Lanchas motoras de la armada | 12 | 6 | No hay indicación |
| Lanchas | 22 | 3 | |
| Otras embarcaciones pequeñas[1] | 372 | 170 | |
| Total | 693 | 226 | |

BARCOS ALIADOS

| | | | |
|---|---|---|---|
| Buques de guerra de todos los tipos | 49 | 8 | No hay indicacion |
| Otros buques o embarcaciones | 119 | 9 | |
| Total | 168 | 17 | |
| Total general | 861 | 243 | |

Entre tanto, en tierra, la ocupación del perímetro de la cabeza de playa de Dunquerque proseguía con la mayor precisión. Del caos general sobrevenían tropas que iban siendo alineadas a lo largo de las defensas. En sólo dos días las fortificaciones se habían multiplicado.

Los soldados que se hallaban en mejor forma eran destinados a guarnecer la línea. Las divisiones que —como la segunda y la quinta— habían sufrido más, se dejaban en reserva en las playas y eran embarcadas antes que las otras.

Al principio fueron tres los cuerpos distribuidos en el frente, pero el día 29, al participar los franceses en mayor volumen en la defensa, bastaron dos cuerpos. El enemigo había seguido muy de cerca a las fuerzas en retirada y de continuo se libraban incesantes refriegas. Ello se acusaba más en los flancos próximos a Nieuport y Bergues. A medida que la evacuación producía un gradual decrecimiento del número de tropas, tanto inglesas como francesas, acompañaba a ello una correspondiente contracción de las líneas de defensa. En la playa, entre las arenosas dunas, veintenas de millares de hombres pasaron tres, cuatro y hasta cinco días bajo un infatigable ataque aéreo. Hitler pensaba que los ataques de la aviación alemana harían nuestra evacuación imposible, lo que permitiría reservar sus formaciones blindadas y destinarlas a asestar los golpes finales de la campaña. Su opinión era equivocada, mas no irrazonable.

Tres factores defraudaron sus esperanzas. En primer lugar, el incesante bombardeo aéreo de las masas de tropas hacinadas a lo largo de la costa, causó a nuestras fuerzas muy poco daño. Las bombas caían en la arena blanda, que sofocaba el ímpetu de sus explosiones. En las primeras fases de la lucha los soldados, a raíz de cada aterrador ataque aéreo, quedaban sorprendidísimos al descubrir que no había entre ellos casi ningún herido ni muerto. Las explosiones habían menudeado, pero sin consecuencias catastróficas.

Por supuesto, de hallarse las fuerzas en una costa rocosa, los resultados habrían sido peores, y con mucho. Pero en la playa las tropas acaba-

1. Se omiten los botes-salvavidas de los buques y otras embarcaciones menores, de propiedad privada, acerca de los cuales no existen datos disponibles.

ron mirando con desdén los ataques de aviones. Cuando éstos llegaban, los combatientes se agazapaban tranquilamente entre las dunas, tranquilos y cada vez más confiados. Ante ellos se extendía el mar gris, pero no hostil. Más allá de la orilla esperaban los buques de salvamento... y la patria.

El segundo factor no previsto por Hitler consistió en las bajas sufridas por sus aviadores. La calidad de las formaciones aéreas inglesas y alemanas fue sometida en aquel caso a inmediata prueba. La comandancia inglesa de cazas consiguió, mediante un intenso esfuerzo, mantener sobre el frente continuos relevos de patrullas que se enfrentaban con el enemigo incluso en condiciones de grave inferioridad numérica. Hora tras hora nuestros aparatos hacían mella en las escuadrillas de cazas y bombarderos alemanes, obligándolos a pagar caras sus actividades, dispersándolos y poniéndolos en fuga. Ello continuó un día tras otro, hasta que la Real Aviación Británica acabó ganando una gloriosa victoria. Doquiera que nuestros aviones descubrían aparatos alemanes —que llegaban a veces en grupos de cuarenta o cincuenta—, los atacaban. Con frecuencia esto lo efectuaban escuadrillas aisladas, y hasta incompletas, que solían derribar docenas y docenas de aviones enemigos, hasta alcanzar cifras globales de centenares. Empleamos en aquella acción toda nuestra aviación metropolitana, última y sagrada reserva aérea de Inglaterra. Hubo pilotos ingleses de caza que hicieron hasta cuatro salidas en un día.

El resultado obtenido fue muy claro. El enemigo, pese a su superioridad numérica, quedó batido o destruido. Aunque valientes, los aviadores alemanes fueron dominados y hasta se mostraron acobardados ante los nuestros. Ello constituyó un hecho decisivo. Por desgracia, las tropas hacinadas en las playas apenas veían nada de aquella épica contienda aérea, que a menudo se libraba a millas de distancia o a mucha altura sobre las nubes. Nada sabían las tropas de las pérdidas que infligíamos en la atmósfera al enemigo. Cuanto veían los soldados eran las bombas descargadas en la arena por los aviones alemanes que pasaban sobre nuestro ejército, frecuentemente para no volver. En el ejército cundía un amargo enojo contra la aviación. Algunos de los soldados que, ignorantes de lo que pasaba, desembarcaban en el Támesis o en Dover, insultaban a todo el que veían ataviado con uniforme de aviación. En realidad debieran haberles estrechado fervorosamente la mano, pero ¿qué sabían? Incluso en el Parlamento me costó mucho trabajo hacer conocer la verdad.

En cualquier caso, ni la ayuda que prestaba la arena ni las proezas que en el aire ejecutaba la aviación, hubiesen servido de nada sin el mar. Las instrucciones dadas diez o doce días antes en plena presión y emoción de los acontecimientos, empezaban a rendir sorprendentes frutos. En tierra y a flote prevalecía una disciplina perfecta. El mar estaba en calma. Entre la costa de Dunquerque y los navíos circulaban los barcos menores, recogiendo a los soldados en la orilla —así como a los que se adentraban a pie en el agua— y actuando con total indiferencia al bombardeo aéreo, que a menudo reclamaba sus víctimas. Sólo el mucho número de aquellas embarcaciones menores desafiaba la intensidad de la acometida aérea. Nuestra minúscula escuadra era, en su conjunto, indestructible. En

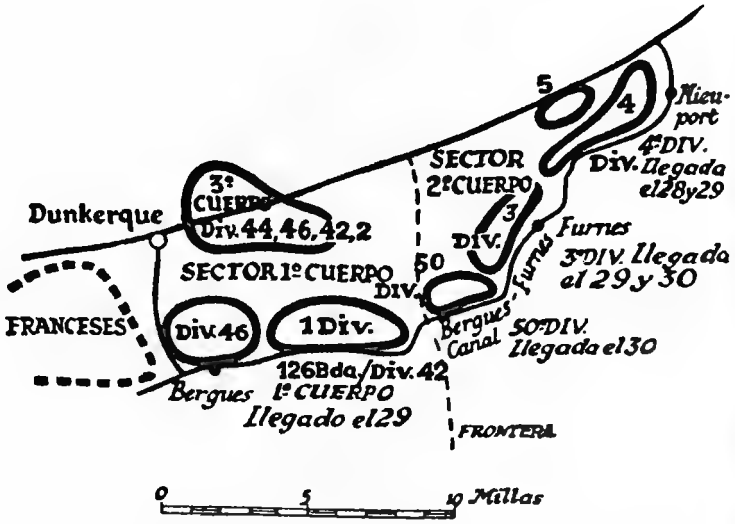



**Diagrama del PERIMETRO de DUNKERQUE 29 y 30 de Mayo**

medio de nuestra derrota, el pueblo de nuestra isla, unido e invencible, cosechó no poca gloria. La epopeya de Dunquerque brillará con inextinguible luz en nuestros anales.

De todos modos, y sin olvidar los valerosos esfuerzos de los tripulantes de las embarcaciones menores, no se ha de olvidar que la carga más pesada recayó sobre los buques que zarpaban del puerto de Dunquerque. En esos buques embarcaron dos terceras partes de nuestros hombres. Los destructores desempeñaron un papel predominante, como lo prueban las listas dadas en el cuadro poco antes reproducido. Y no puede olvidarse tampoco la esencialísima intervención de los transportes, tripulados por marinos mercantes.

• • •

Todos seguíamos con mirada inquieta y esperanza creciente los progresos de la evacuación. En la noche del 27 de mayo la osición de lord Gort parecíales muy crítica a las autoridades marítimas. El capitán Tennant, de la Reserva Naval, que pertenecía al Almirantazgo, había asumido las funciones de alto jefe naval en Dunquerque, y dio orden de que todas las embarcaciones disponibles fuesen enviadas inmediatamente a la costa, porque, según él, «la evacuación para mañana por la noche es muy problemática».

La perspectiva que se nos ofrecía era lúgubre y hasta desesperada. Se hicieron extremos esfuerzos para afrontar tal estado de cosas. Fueron

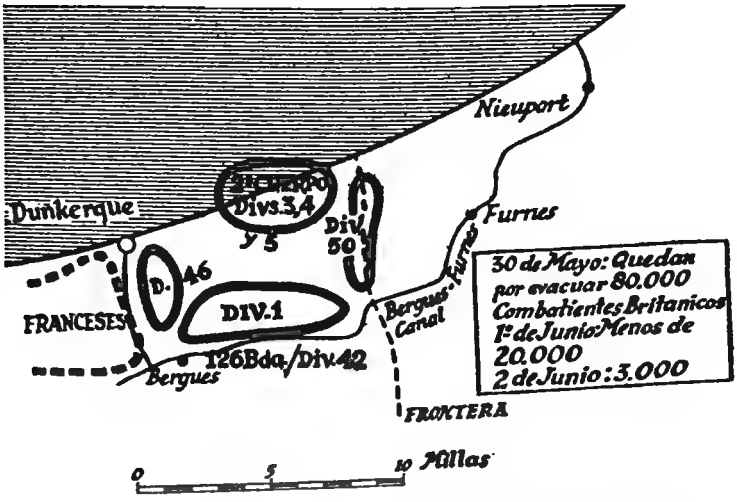



**Diagrama del PERIMETRO de DUNKERQUE 31 Mayo y 1 Junio**

despachados un crucero, ocho destructores y veintiséis bajeles más. El 28 fué un día de gran tensión, que gradualmente empezó a relajarse a medida que la situación en tierra se estabilizaba, no sin la potente ayuda de la Real Aviación Inglesa. Los planes marítimos fueron llevados adelante a pesar de las serias pérdidas sufridas el 29, día en que tres destructores y otros veintiún buques fueron hundidos y muchos averiados.

Nunca se nos ocurrió la idea de dejar abandonados en la orilla a nuestros aliados. Voy a reproducir la orden que di antes de recibir petición o queja alguna de los franceses.

*Primer Ministro al ministro de la Guerra, al Jefe del Estado Mayor Imperial y al general Ismay.* 29-V-40

(El original se envió al Jefe del E. M. I.)

Es esencial que los franceses participen en la evacuación de Dunquerque en tanta medida como nos sea posible. No deben, para ello, depender de sus propios recursos marítimos. Han de concertarse inmediatos acuerdos con las misiones francesas acreditadas en la Gran Bretaña, o, si es necesario, con el gobierno francés, al efecto de impedir que puedan surgir reproches en el futuro, o al menos a fin de aminorarlos tanto como sea posible.

Acaso conviniera mucho que evacuásemos de Dunquerque las divisiones francesas, sustituyéndolas, *pro tem*, con nuestras propias tropas, lo que simplificaría el mando. De todos modos, formúlenme las mejores propuestas que sean posibles, y aconséjenme si creen que puedo emprender alguna acción.

*Primer Ministro al general Spears (París).* 29-V-40

Lo siguiente va dirigido a Reynaud para que lo comunique a Weygand y Georges:

Hemos evacuado casi cincuenta mil hombres de Dunquerque y sus costas y esperamos evacuar esta noche otros treinta mil. El frente puede ser roto en cualquier momento, y los muelles, playas y buques ser tornados inutilizables por los ataques aéreos, así como por el fuego de artillería dirigido desde el suroeste. Nadie puede predecir cuánto durará el presente ritmo de evacuación, ni lo que podremos salvar en el futuro. Deseamos, pues, que las tropas francesas participen en la evacuación en tanta extensión como sea posible, y a esos efectos hemos dado instrucciones al Almirantazgo para que coopere con la marina francesa en la medida máxima de sus capacidades. Ignoramos cuántos hombres se verán forzados a capitular, pero franceses e ingleses debemos compartir las pérdidas por igual hasta tanto como podamos y, sobre todo, debemos soportar las dificultades y congojas comunes sin los reproches propios de esta inevitable confusión.

Tan pronto como hayamos reorganizado nuestras tropas evacuadas, así como preparado las fuerzas necesarias para salvaguardar nuestra vida contra la invasión que nos amenaza y acaso es inminente, formaremos en St. Nazaire un nuevo cuerpo expedicionario británico. He mandado traer soldados regulares de Palestina y la India, y los canadienses y australianos llegarán pronto. Al presente estamos, al sur de Amiens, retirando más material del que pueda ser necesario para cinco divisiones. Pero esto sólo tiende a ordenar las cosas y preparamos al choque inminente. En breve enviaremos a usted un plan para el refuerzo de nuestras tropas de Francia. Como ve, me expreso con toda camaradería. No vacile en hablarme con entera franqueza.

* * *

El 30, en el cuarto de guerra del Almirantazgo, celebré una reunión con los tres ministros de los servicios armados y con los jefes del Estado Mayor.

Estudiamos los sucesos desarrollados aquel día en la costa belga. El número total de soldados evacuados ascendía a 120.000, de los que sólo seis mil eran franceses. Ochocientas sesenta naves de todas clases se aplicaban a la tarea. Un mensaje enviado por el almirante Wake Walter desde Dunquerque decía que, a pesar de los intensos ataques y bombardeos aéreos, en la última hora se habían embarcado cuatro mil hombres. Pensaba, también, que sería imposible sostener Dunquerque durante el siguiente día.

Insistí en la apremiante necesidad de embarcar más tropas francesas. Dejar de hacerlo así dañaría irreparablemente nuestras relaciones con el país aliado. Añadí, por ende, que cuando la fuerza inglesa quedase reducida a menos de un cuerpo, lord Gort debía recibir orden de embarcar y volver a Inglaterra, dejando a cargo de las tropas de Dunquerque un comandante de cuerpo. El ejército inglés debía resistir tanto como fuera posible, para que la evacuación de Francia pudiese continuar.

Conociendo bien el carácter de lord Gort, le escribí de mi puño y letra la siguiente orden, que el ministerio de la Guerra le envió oficialmente a las dos de la tarde del 30:

Siga defendiendo a ultranza el presente perímetro, a fin de proteger la máxima evacuación posible, que hasta ahora transcurre tan bien. De tres en tres horas envíenos informes a través de La Panne. Si podemos continuar comunicando, le expediremos orden de regresar a Inglaterra con los oficiales que pueda elegir en el momento en que juzguemos su mando tan reducido que proceda entregarlo a un comandante de cuerpo. Nombre usted, ya ahora, ese comandante. Si las comunicaciones quedan interrumpidas, entregará usted el mando, en la forma especificada, cuando su fuerza combatiente efectiva no exceda del equivalente de tres divisiones. Esto está de acuerdo con los más correctos procedimientos militares. No le dejamos a usted, en ese aspecto, albedrío personal alguno. Desde el punto de vista político sería conceder al enemigo una innecesaria victoria el dejarle que capturase la persona de usted cuando sólo quedase a sus órdenes una fuerza pequeña.

El comandante de cuerpo que usted elija recibirá órdenes suyas de continuar la defensa, en conjunción con los franceses, así como la evacuación desde Dunquerque y sus playas. Pero cuando, a su juicio, no sea posible una organizada evacuación ulterior, ni tampoco el causar al enemigo un apreciable daño sucesivo, se le autorizará para que, previa consulta con el primer jefe militar francés, capitule regularmente, a fin de evitar una matanza inútil.

* * *

Es posible que este último mensaje mío influyera mucho en otros grandes acontecimientos y en la fortuna de otro valeroso comandante militar.

En efecto, cuando estuve en la Casa Blanca a fines de diciembre de 1941, supe de boca del Presidente Roosevelt y de Stimson, cuál era la venidera suerte del general MacArthur y la guarnición americana de Corregidor. Me pareció oportuno indicarles en qué forma habíamos resuelto la situación de un comandante en jefe cuya fuerza había quedado reducida a una pequeña fracción de su ejército original. El Presidente Roosevelt y el señor Stimson leyeron con profunda atención el telegrama que antes he reproducido. Me sorprendió la impresión que aquel escrito parecía causarles. No mucho tiempo después Stimson volvió a nuestro lado y pidió una copia de dicho telegrama, copia que le entregué inmediatamente. Aunque no lo sé, admito la posibilidad de que mi escrito influyese en la acertada decisión en cuya virtud las autoridades norteamericanas ordenaron al general MacArthur que entregase el mando a uno de sus generales subalternos, salvando así, para sus muchos y gloriosos servicios, al gran comandante que, sin tal resolución, hubiera perecido o pasado la guerra en calidad de prisionero de los japoneses. Me lisonjea el pensar que ello puede muy bien ser verdadero.

* * *

El día 30 de mayo algunos miembros del Estado Mayor de lord Gort conferenciaron con el almirante Ramsay, que estaba en Dover, y le informaron de que al amanecer del 1 de junio se agotarían las posibilidades de seguir defendiendo Dunquerque. Se ordenó, pues, que se estimulara la

evacuación con la mayor diligencia, de manera que, en lo posible, sólo una retaguardia de cuatro mil ingleses quedase en la costa. Más adelante se advirtió que ese número sería insuficiente para sostener las últimas posiciones de cobertura, y se decidió defender el sector británico hasta la medianoche de los días 1-2 de junio. Entre tanto, debía continuar la evacuación a base de plena igualdad entre las fuerzas francesas y británicas.

Tal era la situación cuando, en la tarde del 31 de mayo, lord Gort, de acuerdo con las órdenes recibidas, entregó el mando al general Alexander y retornó a Inglaterra.

• • •

Para evitar equívocos había que mantener contactos pesonales con los franceses, lo que hizo necesario que yo volase a París el 31 de mayo, a fin de asistir a una reunión del Consejo Supremo de Guerra. Me acompañaron en el avión el señor Attlee y los generales Ismay y Dill. También llevé conmigo al general Spears, que había llegado en avión el 30 de mayo, trayéndonos las últimas noticias de París. Spears, militar brillante y miembro del Parlamento, era amigo mío desde los tiempos de la Primera Guerra Mundial. Había servido de oficial de enlace entre el ala izquierda de los franceses y la derecha de los Ingleses, y en 1916 me había llevado a la cresta de Vimy y presentádome al general Fayolle, jefe del 33 cuerpo francés. Spears hablaba el idioma de Francia con perfecto acento y ostentaba en su manga cinco insignias correspondientes a otras tantas heridas. Era, pues, en aquel instante, una personalidad muy idónea para intervenir en nuestras complicadas relaciones con los franceses.

Porque siempre que ingleses y franceses atraviesan alguna común dificultad y se entregan a discusiones, suele ocurrir que el francés se produce a menudo con volubilidad y vehemencia excesivas, mientras el inglés se muestra indiferente y hasta grosero. En cambio, el general Spears sabía hablar a los franceses con una naturalidad y una energía que jamás he visto igualadas.

Esta vez no fuimos al Quai d'Orsay, sino al despacho que Reynaud tenía en el Ministerio de la Guerra, situado en la Rue Saint Dominique. Attlee y yo encontramos que sólo dos ministros —Reynaud y el mariscal Pétain— nos esperaban. Aquélla fue la primera ocasión en que Pétain, a la sazón vicepresidente del Consejo francés, asistió a nuestras reuniones. Iba vestido de paisano. Con Attlee y conmigo estaban nuestro embajador, así como Dill, Ismay y Spears. Representaban a los franceses, además de los dichos ministros, los señors Weygand, Darlan, el capitán De Margerie (jefe de la oficina privada de Reynaud) y un tal Baudouin, miembro del Secretariado.

Lo primero a tratar era nuestra situación en Noruega. Dije que el gobierno británico había meditado mucho y que opinaba que Narvik debía ser evacuado sin demora. Las tropas que allí teníamos, los destructores que allí operaban y un centenar de cañones antiaéreos que allí se hallaban destinados, necesitábanse con urgencia en otros lugares. Proponíamos, pues, iniciar la evacuación el 2 de junio. La armada inglesa transpor-

taría y repatriaría a las fuerzas francesas, el rey de Noruega y a las tropas noruegas que quisiesen abandonar su país.

Reynaud dijo que el gobierno francés se adhería a esa política. Los destructores destacados en el norte se requerirían urgentemente en el Mediterráneo en caso de guerra con Italia. Los 16.000 hombres que actuaban en Noruega serían muy valiosos en las líneas del Aisne y el Somme. Aquel asunto, pues, quedó decidido con toda brevedad.

Entonces pasé a tratar de Dunquerque. Al parecer, los franceses tenían tan poca idea de lo que les pasaba a los ejércitos septentrionales, como nosotros de lo que les acontecía a los ejércitos franceses del frente principal. Reynaud y sus acólitos quedaron pasmados cuando les dije que 165.000 de nuestros hombres, entre ellos 15.000 franceses, habían sido evacuados ya. Desde luego, no dejaron de referirse a la notable preponderancia británica en el número de evacuados. Expliqué, como respuesta, que en la zona afectada por la evacuación había muchas unidades administrativas británicas, que habían podido ser embarcadas antes de que cupiera retirar del frente a las fuerzas de combate. Por ende, los franceses no tenían hasta aquel momento órdenes de evacuar. Una de las principales razones que motivaban mi viaje a París era asegurar el que las fuerzas francesas recibiesen instrucciones para el embarque, como las inglesas. Las tres divisiones británicas que a la sazón defendían el centro protegerían la evacuación de todas las fuerzas aliadas. Esto, y los elementos de transporte marítimo, constituirían la contribución inglesa a la necesidad de compensar las pesadas pérdidas aliadas con que habíamos de enfrentarnos. El Gobierno de Su Majestad había entendido que, dado lo grave de las circunstancias, procedía embarcar a los soldados ilesos, dejando en tierra a los heridos. Si las esperanzas existentes se confirmaban, doscientos mil hombres físicamente útiles podían ser evacuados a través del Canal. Ello equivaldría casi a un milagro. Cuatro días antes yo no me hubiese atrevido a esperar ni la evacuación de cincuenta mil hombres. Insistí en las terribles pérdidas de material que íbamos a sufrir. Reynaud rindió un lisonjero tributo a la labor de la aviación y la escuadra británicas, y yo se lo agradecí. Y luego hablamos con cierta extensión acerca de lo que procedía hacer para reorganizar las fuerzas británicas destacadas en Francia.

Entre tanto, el almirante Darlan había redactado un telegrama dirigido al almirante Abrial, que estaba en Dunquerque. El telegrama decía:

> 1. Hay que sostener una cabeza de puente en torno a Dunquerque, con las divisiones de su mando y las que tienen mando británico.
> 2. En cuanto abrigue usted la persuasión de que ninguna tropa situada fuera de la cabeza de puente puede dirigirse a los puntos de embarque, las fuerzas que defiendan dicha cabeza se retirarán y embarcarán, *embarcando primero los ingleses.*

Intervine inmediatamente para decir que los ingleses no embarcarían primero, sino que la evacuación debía realizarse en condiciones iguales para los franceses y los ingleses. («Bras-dessus, bras-dessous»). Los ingleses formarían la retaguardia. Así se convino.

La conversación pasó entonces al asunto de Italia. Expresé la opinión inglesa al respecto, opinión que consitía en que, si Italia entraba en la contienda, procedía atacarla sin demora y de la manera más eficaz. Muchos italianos se oponían a la guerra y había que hacer comprender a todos la seriedad de una empresa así. Propuse bombardear desde el aire el triángulo industrial del noroeste de Italia, con las tres ciudades de Milán, Turín y Génova. Reynaud se mostró también partidario de que los aliados atacasen a Italia inmediatamente. El almirante Darlan dijo que tenía preparado un plan para el bombardeo naval y aéreo de los depósitos petrolíferos italianos, acumulados en gran parte a lo largo de la costa, entre la frontera y Nápoles. Se acordó celebrar las oportunas discusiones técnicas.

Mencioné entonces mi deseo de que la mayoría de los ministros del gobierno que yo había formado, entrasen en contacto con los correspondientes ministros franceses, y ello lo antes posible. Me agradaría, por ejemplo –afirmé–, que Bevin, ministro de Trabajo y dirigente de los sindicatos, visitara París. Bevin estaba acreditando gran energía y bajo su dirección la clase trabajadora inglesa prescindía de sus derechos y renunciaba a sus días de asueto en mucha mayor extensión que durante la otra guerra. Reynaud asintió cordialmente a esta proposición.

Pasamos a tratar de Tánger y de la gran importancia que tenía el procurar que España permaneciese al margen de la guerra. Tras esto me expresé acerca de la perspectiva general de la situación. Los aliados, declaré, debían presentar ante sus enemigos un frente inquebrantable... Los recientes sucesos habían despertado de su letargo a la opinión de los Estados Unidos, los cuales, aunque no entraran en la guerra, pronto se hallarían dispuestos a prestarnos una poderosa ayuda. Si Inglaterra llegaba a ser invadida, ello causaría enorme efecto en los Estados Unidos. Por otra parte, Inglaterra no temía a los invasores y se hallaba dispuesta a resistir enérgicamente hasta en los últimos villorrios y aldeas. Como la invasión era posible, necesitábamos, ante todo, atender a nuestras necesidades más esenciales de tropas. Sólo después de cubiertas esas necesidades podíamos aportar a la defensa de nuestra aliada Francia nuestros recursos armados.

Me sentía, dije, convencido de que, para vencer, nos bastaba continuar la lucha. Incluso si una de las potencias aliadas caía, la otra continuaría sola la contienda. El goblemo británico se hallaba preparado a seguir la guerra desde el Nuevo Mundo en caso de que, en virtud de algún desastre, Inglaterra resultase asolada. Si Alemania derrotaba a una de las aliadas o a las dos, no concedería la menor clemencia y nos reduciría, para siempre, a la condición de Estados vasallos. Sería preferible que la civilización de la Europa occidental, con todas sus consecuencias y todo cuanto representaba, viniese a un trágico, pero espléndido fin, antes que asistir al espectáculo de las dos grandes democracias humilladas y privadas de todo lo que hace la existencia digna de vivirla.

Clement Attlee declaró que concordaba en un todo con mis opiniones. Dijo así:

«El pueblo británico comprende bien el peligro con que se enfrenta y sabe que cuanto ha erigido en el mundo sería destruido en caso de una

victoria alemana. Los alemanes no sólo matan a los hombres, sino también las ideas. Nuestro pueblo está animado de una resolución tal como nunca la ha experimentado en toda su historia.»

Reynaud agradeció nuestras palabras. Afirmó que tenía la certeza de que la moral del pueblo alemán no estaba a la altura del momentáneo triunfo de su ejército. Si Francia, con la ayuda de Inglaterra, mantenía la línea del Somme, y si la industria de Norteamérica acudía en nuestro socorro para remediar nuestra disparidad de armamentos, podíamos estar seguros de la victoria. Insistió en que apreciaba muchísimo mi renovada aseveración de que, si uno de los dos países caía, el otro no abandonaría la batalla.

Y con esto terminó la reunión oficial.

Después de levantarnos de la mesa algunos de los principales personajes presentes se agruparon en el hueco de una ventana y hablaron en tonos un tanto diversos. El que más resaltó en ese sentido fue el mariscal Pétain. Spears estaba a mi lado, ayudándome a hacerme entender en francés y hablando por su cuenta además. El joven capitán francés De Margerie ya había mencionado la posibilidad de proseguir la lucha desde África. Pero la actitud del mariscal Pétain, que se mantenía apartado y sombrío, me hizo adivinar que se sentía inclinado a firmar una paz separada. La fuerza de su personalidad, su reputación, su aceptación serena de los acontecimientos adversos, eran, aparte de las palabras que pudiera emplear, cosas decisivas sobre quienes se hallaban sometidos a su influjo.

Uno de los franceses —no recuerdo quién— dijo, con expresiones corteses, que, si continuaba la serie de reveses militares, podría Francia verse forzada a revisar su política extranjera. Spears, entonces, se levantó y dirigiéndose al mariscal Pétain dijo en perfecto francés:

—Presumo, señor mariscal, que sabe usted que eso significaría el bloqueo.

—Eso sería inevitable —respondió alguien.

Spears insistió, siempre hablando a Pétain:

—Y no sólo se trataría de bloqueo, sino de *bombardeo* de todos los puertos franceses que se hallasen en manos de los alemanes.

Me alegré de que el general Spears hablase así. Por mi parte, volví a mi estribillo: nosotros seguiríamos luchando, pasase lo que pasara.

* * *

Por la noche se repitieron las habituales y menudas incursiones aéreas. A la mañana siguiente partí. A mi regreso me esperaban informes que me hicieron redactar el escrito siguiente:

*Primer Ministro al general Weygand.* 1-VI-40

Se ha llegado al momento crítico de la evacuación. Cinco escuadrillas de caza, actuando de manera casi continua, es lo más que podemos aportar.

Seis barcos, varios de ellos llenos de tropas, ha sido bombardeados y hundidos esta mañana. El fuego artillero amenaza el único canal practicable. El enemigo presiona contra la ya muy reducida cabeza de puente. Si nos esforzamos en sostenerla hasta mañana, corremos el riesgo de perderlo todo. Evacuando esta noche podemos salvar mucho; aunque también, y con certidumbre, perderemos bastante. No existe en la cabeza de playa el número de efectivos franceses que usted menciona. Mucho dudamos de que tales fuerzas permanezcan en ese sector. Ni el almirante Abrial, situado en las posiciones, ni usted desde ahí, ni nosotros desde aquí, podemos juzgar plenamente la situación. Por lo tanto, hemos ordenado al general Alexander, comandante del sector británico de la cabeza de puente, que, previa consulta con el almirante Abrial, determine si procede esperar hasta mañana o no. Confío en que usted concordará con esto.

El 31 de mayo y el 1.º de junio fueron los momentos culminantes, aunque no finales, de la empresa de Dunquerque. Durante aquellos dos días más de 132.000 hombres fueron desembarcados ilesos en Inglaterra. Cerca de una tercera parte de aquellos soldados fueron transportados desde las playas continentales en minúsculas embarcaciones sometidas a continuo fuego enemigo.

A partir del amanecer del primero de junio, los bombarderos enemigos centuplicaron sus esfuerzos, frecuentemente sincronizados con los momentos en que nuestra aviación, al ir a repostarse de combustible, abandonaba el espacio. Estos ataques alemanes causaron serias pérdidas a nuestra navegación, que padeció con ellos casi tanto como en el curso de toda la anterior semana. En ese único día nuestras pérdidas por ataques aéreos, minas, lanchas rápidas y otros elementos de guerra, comprendieron treinta y un buques hundidos y once averiados.

La fase final de la evacuación se realizó con mucha precisión y destreza. Por primera vez nos fue posible planear las operaciones de antemano, en vez de atenernos a improvisaciones acordadas de una hora a otra. Al alborear el día dos de junio, unos cuatro mil ingleses, con siete cañones antiaéreos y doce piezas antitanque, permanecían en las afuerzas de Dunquerque con las todavía considerables fuerzas francesas, sosteniendo aquel perímetro, más reducido cada vez. A la sazón ya sólo era posible evacuar hombres a favor de la oscuridad. El almirante Ramsay determinó, pues, concentrar sus recursos para hacer aquella noche una maniobra en masa en la costa. Aparte de lanchones y navecillas menores, desde Inglaterra se despacharon aquella tarde cuarenta y cuatro buques, entre ellos once destructores y catorce dragaminas. Participaron en la operación unidades navales belgas y francesas. Antes de medianoche ya había embarcado la retaguardia británica.

Pero la historia de la empresa de Dunquerque no concluyó ahí. Habíamos dispuesto para aquella noche la evacuación de más tropas francesas que las que se ofrecieron a ser embarcadas. El resultado fue que cuando nuestros barcos, muchos de ellos vacíos, se retiraban al amanecer, quedaban en tierra grandes contingentes de soldados franceses, muchos de ellos en contacto con el enemigo. Había que realizar un esfuerzo más. A pesar de que las dotaciones de los barcos estaban exhaustas después de tantos

días de continua tarea, respondieron a nuestra orden. El 4 de junio, 26.175 soldados franceses desembarcaban en Inglaterra. 21.000 venían en barcos ingleses. Por desgracia, quedaron varios millares que habían protegido valientemente la evacuación de sus camaradas.

Finalmente, a las 2.23 de la tarde de aquel día el Almirantazgo, de acuerdo con los franceses, anunció que la «Operación Dínamo» había quedado terminada.

CUADRO DE TROPAS INGLESAS Y ALIADAS QUE DESEMBARCARON EN INGLATERRA[1]

| *Fecha* | *Procedentes de las playas* | *Procedentes del puerto de Dunquerque* | *TOTAL* | *Total general* |
|---|---|---|---|---|
| 27 mayo | — | 7.669 | 7.669 | 7.669 |
| 28 mayo | 5.930 | 11.874 | 17.804 | 25.473 |
| 29 mayo | 13.752 | 33.558 | 47.310 | 72.783 |
| 30 mayo | 29.512 | 24.311 | 53.823 | 126.606 |
| 31 mayo | 22.942 | 45.072 | 68.014 | 194.620 |
| 1 junio | 17.348 | 47.081 | 64.429 | 259.049 |
| 2 junio | 6.695 | 19.561 | 26.256 | 285.305 |
| 3 junio | 1.870 | 24.876 | 26.746 | 312.051 |
| 4 junio | 622 | 25.553 | 26.175 | 338.226 |
| *Total conjunto:* | 98.780 | 239.446 | 338.226 | |

• • •

El Parlamento se reunió el 4 de junio. Yo tenía el deber de explicar todo lo ocurrido, tanto en sesión pública como, más tarde, en sesión secreta. Para narrar lo que declaré, basta reproducir algunos extractos de mi discurso, del que queda constancia escrita.

Lo más imperativo consistía en hacer ver, no sólo a nuestro pueblo, sino a todo el mundo, que nuestra resolución de seguir combatiendo se basaba en fundamentos serios y sólidos y no era hija de la desesperación. También procedía manifestar cuáles eran mis razones para tener confianza en el porvenir.

Dije así:

> *Hemos de ser precavidos y no caer en la tentación de dar a este rescate el significado de una victoria. Las guerras no se ganan con evacuaciones.* Pero en ésta ha existido una victoria que debemos hacer descollar. Esa victoria la ha ganado la aviación. Muchos de los soldados que han retornado a Inglaterra no han visto actuar a la Real Aviación Británica, y sí sólo a los bombarderos que se libraban del ataque protector de nuestros aparatos. Así, esos soldados han subestimado las proezas de nuestros aviadores. Mucho

1. Estas cifras proceden de un examen definitivo de los archivos del Almirantazgo. La cifra del Ministerio de Guerra sobre el número total de hombres desembarcados en Inglaterra es de 336.427.

he oído hablar de eso, y por eso voy a desviarme de mi propósito para hablar del asunto. Quiero explicarme.

Ha existido una gran prueba de fuerza entre las aviaciones inglesa y alemana. ¿Concebís mayor objetivo para los elementos alemanes del aire que el de hacer imposible la evacuación desde las costas de Dunquerque y el de hundir todos los buques que pusimos en línea, en número casi de millares? ¿Cabe imaginar un objetivo de mayor importancia militar y de más trascendencia para todos los fines de la guerra? Los alemanes se han esforzado ahincadamente en conseguirlo, pero han fracasado en su empeño. Hemos evacuado el ejército y por cada pérdida que nos han inferido los enemigos, les hemos nosotros inferido cuatro a ellos... Todos nuestros tipos de aviones y todos nuestros pilotos han demostrado ser superiores a los enemigos que han tenido que afrontar.

Consideremos cuánto mayor sería nuestra ventaja si tuviésemos que defender esta isla y el aire que la domina contra un ataque de allende el mar. Declaro que hallo en esos hechos un fundamento seguro en el que pueden basarse muchos prácticos y tranquilizadores pensamientos. He de rendir tributo a nuestros jóvenes aviadores. En los momentos presentes el ejército francés ha sido, en gran parte, obligado a retroceder y desbaratado por el empuje de unos pocos millares de vehículos blindados. ¿No cabe también que la causa de la civilización sea defendida por la destreza y pericia de unos pocos millares de aviadores?

Se nos afirma que Herr Hitler tiene un plan para invadir las Islas Británicas. La idea ha sido pensada antes, y a menudo. Napoleón pasó un año en Boulogne con sus embarcaciones de fondo plano y su Gran Ejército. Alguien dijo entonces: «Hay en Inglaterra muchas hierbas amargas.» Ahora hay ciertamente más hierbas de esas, desde que el cuerpo expedicionario británico ha retornado.

Todo el problema de la defensa metropolitana contra la invasión ha quedado intensamente afectado por el hecho de que actualmente tenemos en esta isla recursos militares incomparablemente más fuertes que cuantos hemos reunido durante toda esta guerra o la anterior. Pero eso no continuará, porque no hemos de contentarnos con una gran defensiva. Nos debemos a nuestra aliada. Tenemos que reorganizar de nuevo el cuerpo expedicionario británico, a las órdenes de su bravo comandante en jefe, lord Gort. Todo eso está en marcha, mas en el intervalo hemos de poner las defensas isleñas en tan alto estado de organización, que baste con el menor número de fuerzas posibles para prestarnos una seguridad efectiva, a la par que se despliega el máximo potencial ofensivo. En esa empresa estamos ahora embarcados.

Terminé con un párrafo que había de resultar, como más adelante se vio, un oportuno e importante factor en las decisiones de los Estados Unidos. He aquí lo que manifesté:

«Aunque muchas regiones de Europa y muchos antiguos y famosos Estados hayan caído o puedan caer en las garras de la Gestapo y de todo el odioso mecanismo del régimen nazi, no desmayaremos ni nos doblegaremos. Seguiremos luchando hasta el fin. Lucharemos en Francia; lucharemos en los mares y océanos; lucharemos con creciente confianza y creciente fuerza en el aire; defenderemos nuestra isla, cueste lo que cueste; lucharemos en las playas; lucharemos en los aeródromos; lucharemos en los campos y en las calles; lucharemos en las montañas. No nos rendire-

mos jamás, e incluso si, lo que no creo ni por un momento, esta isla o parte de ella fuese subyugada o sometida a la inanición, nuestro imperio ultramarino, armado y defendido por la flota británica, continuaría la lucha hasta que, cuando Dios lo disponga, el Nuevo Mundo, con todo su poder y su fuerza, se lance al socorro y liberación del Antiguo.»

## CAPÍTULO VI

## EL REPARTO DEL BOTÍN

*La tradicional amistad anglo-italiana. — Ventajas de la neutralidad para Italia y para Mussolini. — Mi mensaje al Duce al llegar yo a la Jefatura del gobierno. — Áspera respuesta de Mussolini. — Reynaud visita Londres el 26 de mayo. — Francia e Inglaterra invitan a Roosevelt a intervenir. — Mi telegrama conteniendo la decisión ministerial del 28 de mayo. — Preparativos para atacar a Italia en caso de que ésta declare la guerra. — Italia y Yugoslavia. — Declaración italiana de guerra. — El ejército francés rechaza el ataque enemigo en el frente alpino. — Carta que me dirigió Ciano el 23 de diciembre de 1943. — Acusación de Roosevelt contra Italia. — Mi telegrama al Presidente el 11 de junio. — Relaciones anglo-soviéticas. — Designación de sir Stafford Cripps para la embajada de Moscú. — Mi carta a Stalin el 25 de junio de 1940. — Participación de los Soviets en el expolio general.*

La amistad entre los pueblos italiano y británico se remontaba a los días de Garibaldi y Cavour. Siempre las simpatías del liberalismo victoriano habían estado con la Italia del norte en sus diversas etapas de liberación del yugo austríaco, así como con cada esfuerzo y avance italiano hacia la unidad e independencia nacionales.

Esa actitud inglesa había provocado una cálida y duradera reacción amistosa de los italianos. En el tratado de la Triple Alianza entre Alemania, Italia y Austria, había una cláusula secreta que estipulaba que en ninguna circunstancia habría Italia de entrar en guerra con la Gran Bretaña. La influencia inglesa había contribuido mucho a la adhesión de Italia a la causa aliada en la Primera Guerra Mundial. Al ascender Mussolini al poder y al establecerse el fascismo como contraposición del bolchevismo, la opinión inglesa, al principio, se dividió en dos sectores, fundados en razones partidistas; pero esto no afectó a la buena voluntad existente entre ambos pueblos. Como ya vimos, hasta que los proyectos de Mussolini sobre Abisinia no provocaron graves conflictos mundiales, el Duce había estado al lado de la Gran Bretaña en oposición al hitlerismo y a las ambiciones alemanas.

En el volumen previo conté la lamentable historia de la política de Baldwin y Chamberlain a propósito de Abisinia. Sabido es que política tal nos condujo al peor de los trances imaginables, ya que nos enajenamos al dictador italiano sin quebrantar su poder. De paso, la Sociedad de Nacio-

nes quedó perjudicada sin que por ello se salvase Abisinia. Vimos igualmente los ahincados, pero estérlles esfuerzos de Chamberlain, sir Samuel Hoare y lord Halifax para recuperar, durante el período de apaciguamiento, el perdido favor de Mussolini. Finalmente nos hallamos ante el hecho de que Mussolinl estaba convencido de que se había puesto el sol de la Gran Bretaña y de que la Italia futura podría, con ayuda de Alemania, fundar un imperio sobre las ruinas del británico. Siguió a todo esto la creación del Eje Roma-Berlín, de acuerdo con cuyas finalidades cabía esperar que Italia entrase en guerra contra Inglaterra y Francia desde el primer día.

Era cosa de prudencia y sentido común en Mussolini no comprometerse ni comprometer irrevocablemente a su país hasta ver cómo marchaba la guerra. Su espera no le fue, en modo alguno, provechosa. Italia se veía halagada por ambos bandos y obtuvo a más de gran consideración para sus intereses, muchos ventajosos contratos y tiempo para mejorar sus armamentos. Y así pasaron los meses de la guerra crepuscular.

Sería interesante especular sobre lo que hubiera sido el porvenir de Italia en caso de continuar adicta a aquella política. Los Estados Unidos, con su gran masa de votantes de origen italiano, podrían haber hecho comprender a Hitler las graves consecuencias de un intento de alinear a Italia por fuerza de armas junto a los agresores nazis. El premio de una persistente neutralidad por parte de Italia habrían sido la paz, la prosperidad y un creciente poderío. Una vez que Hitler entró en conflicto con Rusia, el afortunado país italiano pudo haber prolongado su abstención de la guerra casi indefinidamente, con beneficios cada vez mayores. Y en la paz, o en el año postrero de la contienda, a Mussolini cabíale haber aparecido como el más sabio estadista que la soleada península itálica y su industrioso y prolífico pueblo hubieran conocido jamás. Situación, por cierto, bastante más agradable que la que le esperaba.

Cuando yo era ministro de Hacienda en el gobierno de Baldwin, es decir, en los años posteriores a 1924, hice cuanto pude para conservar la tradicional amistad entre Italia y la Gran Bretaña. Acordé con el conde Volpi un arreglo sobre las deudas de Italia, arreglo que contrastaba muy favorablemente con el ajuste similar a que los italianos llegaron con Francia. Recibí entonces del Duce las más fervorosas expresiones de gratitud. Incluso me ofreció la más alta condecoración de su país, concesión a la que sólo con dificultad escapé. Por ende, en el choque entre fascismo y bolchevismo no cabía duda alguna respecto al bando con el que estaban mis simpatías y convicciones.

En las dos ocasiones —1926— en que me avisté con Mussolini, nuestras relaciones personales habían sido muy íntimas. Nunca alenté a la Gran Bretaña a que rompiese con el Duce a propósito de Abisinia, ni a que instigase contra él a la Sociedad de Naciones, salvo si estábamos preparados a llegar hasta los últimos extremos de la guerra. Como Hitler, Mussolini se hacía cargo de mis razones en pro del rearme británico, aunque se alegrase mucho de que el público inglés no compartiera mis miras.

Dada la crisis a que había llegado la desastrosa batalla de Francia, mi deber como Primer Ministro consistía en hacer todo lo posible para apar-

tar a Italia del conflicto. Si bien no me entregué a vanas esperanzas, empleé inmediatamente a ese efecto cuanta influencia y recursos pude reunir. Seis días después de ocupar la jefatura del gobierno, escribí, ateniéndome a los deseos del Gabinete, la carta a Mussolini que, en unión de su respuesta, se publicó dos años después y en muy diferentes circunstancias.

El texto del documento rezaba:

*Primer Ministro al signor Mussolini.* 16-V-40

Al encargarme de la jefatura del gobierno y del puesto de ministro de Defensa, no puedo dejar de recordar nuestras entrevistas de Roma y siento el deseo de hablar palabras de buena voluntad, dirigidas a usted como jefe de la nación italiana, de la que parece separarnos un abismo que se ensancha rápidamente. ¿Acaso es demasiado tarde para impedir que un río de sangre corra entre los pueblos inglés e italiano? Sin duda nos cabe infligirnos dolorosas pérdidas uno a otro y maltratarnos cruelmente, ensombreciendo el Mediterráneo con nuestra refriega. Si usted así lo decide, eso será lo que ocurra; pero por mi parte declaro que nunca he sido enemigo de la grandeza italiana, ni siquiera, en el fondo, me he sentido enemigo del hombre que dicta a Italia la ley. Es ocioso predecir el resultado de las grandes batallas que ahora están en curso en Europa; mas tengo la seguridad de que, pase lo que pase en el Continente, Inglaterra continuará hasta el fin, incluso completamente sola, como en otras ocasiones hemos hecho. Creo poder decir con bastante certeza que seremos ayudados en creciente medida por los Estados Unidos y, de hecho, por todas las Américas.

Le ruego que crea que no me animan la debilidad ni el temor al formularle esta apelación solemne, que quedará registrada en la historia. A través de las edades, y sobreponiéndose a cualquier otro estímulo, nos llega uno: el de que los herederos conjuntos de la civilización cristiana y latina no se lancen, unos contra otros, para emprender una mortal pendencia. Escuche este estímulo, se lo pido, antes de que se dé la terrible señal de choque. Señal que jamás será dada por nosotros.

La respuesta es dura, pero tenía, al menos, el mérito de su sinceritad.

*Signor Mussolini al Primer Ministro.* 18-V-40

Contesto al mensaje que usted me ha enviado; y he de decirle que usted no ignora, sin duda, las graves razones de carácter histórico y contingente que han hecho alinearse en dos campos distintos a nuestros respectivos países. Sin remontarnos mucho en el tiempo, me permito recordarle la iniciativa que en 1935 adoptó el gobierno inglés con el fin de organizar en Ginebra las sanciones contra Italia, cuando ésta se hallaba ocupada en asegurarse un pequeño espacio bajo el sol africano, sin causar el menor daño a los intereses y territorios de ustedes, ni a los de otros. Le recuerdo también el real y actual estado de vasallaje en que se encuentra Italia en su propio mar. Si por hacer honor a su firma declaró el gobierno de ustedes la guerra a Alemania, comprenderá usted que igual sentimiento de honor y del respeto debido a los compromisos contraídos en el tratado germano-italiano han de guiar la política italiana hoy y mañana ante cualquier acontecimiento que pueda producirse.

Desde aquel momento ya no nos cupo duda de que Mussolini se proponía entrar en guerra en el primer momento favorable que se presentara. De hecho, había tomado tal resolución tan pronto como se hizo patente la derrota de los ejércitos de Francia. El 13 de mayo Mussolini dijo a Ciano que declararía la guerra a Francia y la Gran Bretaña en el término de un mes. El 29 de mayo se transmitió a los jefes italianos de Estado Mayor la decisión oficial de Mussolini, consistente en empezar la guerra en cualquier fecha oportuna a partir del 5 de junio. A petición de Hitler, la fecha fue aplazada hasta el 10.

El 26 de mayo, mientras la suerte de los ejércitos del Norte estaba pendiente de un hilo y cuando aún no podíamos decir quién lograría escapar, Reynaud, en un avión, se dirigió a Inglaterra para hablar del tema italiano, que no estaba, ni con mucho, ausente de nuestros cerebros. Cabía esperar de un momento a otro la declaración de guerra de Italia. Así, Francia habría de atender a otro frente y a otro enemigo que ávidamente caería sobre ella en el sur. ¿Habría algún modo de sobornar a Mussolini? Tal era la cuestión que se planteaba. Yo creía que no existía ni la menor posibilidad de ello y los argumentos que en otro sentido adujo Reynaud no hicieron sino fortificarme en mi creencia. Pero Reynaud estaba sometido en su país a fuertes presiones y nosotros, a nuestra vez, deseábamos dar plena consideración a los deseos de nuestra aliada, cuya arma esencial, que era su ejército, estaba quebrantándose velozmente en el campo. Reynaud ha publicado un pormenorizado relato de su visita y especialmente de sus conversaciones.[1] Lord Halifax, el señor Chamberlain, y los señores Eden y Attlee estaban presentes en nuestras conferencias. Aunque no había necesidad de insistir en los graves hechos presentes, Reynaud se refirió, y nada oscuramente por cierto, a la posibilidad de que Francia se retirase de la guerra. Por su parte, dijo, estaba decidido a seguir luchando, pero existía la probabilidad de que fuera reemplazado, y en breve, por otros hombres de distinto carácter.

El día 25 de mayo, y a petición del gobierno francés, habíamos dirigido ya una exhortación conjunta al Presidente Roosevelt, solicitándole la intervención de los Estados Unidos. En su mensaje, Francia y la Gran Bretaña autorizaban a Roosevelt a declarar que sabíamos que Italia tenía reivindicaciones territoriales, en detrimento nuestro, en el Mediterráneo; que estábamos dispuestos a estudiar toda reivindicación honorable; que los aliados admitirían a Italia en la Conferencia de la Paz en iguales condiciones que cualquier beligerante; y que invitábamos al Presidente a examinar qué acuerdos cabía alcanzar y poner en práctica.

El Presidente Roosevelt obró en consonancia con nuestros deseos, pero sus mensajes fueron rechazados por el dictador italiano con la mayor brusquedad. En la reunión con Reynaud teníamos ya ante nosotros esa respuesta.

En vista de ello, el jefe del gobierno francés sugirió que hiciésemos propuestas más precisas. Era obvio que, si se había de remediar el «estado de vasallaje de Italia en su propio mar», nuestras posiciones habían de afec-

1. Reynaud, *La France a sauvé l'Europe*, vol. II, p. 200.

tar a la situación de Gibraltar y de Suez. Francia estaba dispuesta a hacer concesiones similares en Túnez.

Por nuestro lado no podíamos mirar con aprobación tales ideas. Y no porque fuese erróneo examinarlas, ni porque no creyésemos oportuno, en aquel momento, pagar un precio caro a trueque de mantener a Italia apartada de la guerra. Pero mi opinión personal era que, dado el existente estado de cosas, nada podíamos ofrecer a Mussolini que a él no le cupiera tomarse, o recibir de Hitler si éramos derrotados. No es fácil llegar a un acuerdo con nadie cuando se está exhalando el último suspiro. En cuanto iniciásemos negociaciones para obtener la amistosa mediación del Duce, destruiríamos nuestra capacidad de luchar en pro de nuestras propuestas. Mis colegas no se mostraban menos rígidos y enérgicos que yo. Más que en otra cosa pensábamos en bombardear Milán y Turín tan pronto como Mussolini declarase la guerra, para que se enterase de lo que la guerra era. Reynaud, en el fondo, no estaba desacorde, y pareció quedar convencido, o al menos satisfecho. Lo más que pudimos prometerle respecto a lo que sugería, fue que plantearíamos la cuestión ante el Gabinete y le daríamos una respuesta definitiva al día siguiente. Las conclusiones a que llegó el Gabinete de Guerra se contienen en el telegrama que a continuación reproduzco y que en gran parte fue redactado por mí mismo:

*Primer Ministro al señor Reynaud.* 28-V-40

He examinado, con la más cuidadosa y benévola atención, en unión de mis compañeros, la propuesta de un acercamiento al signor Mussolini, por medio de una oferta precisa de concesiones. Hablo de la propuesta que usted me ha presentado hoy y que hemos estudiado, teniendo en cuenta la terrible situación a que nos hallamos abocados en este momento.

2. Desde que discutimos la última vez este asunto, el nuevo hecho que se ha producido, es decir, la capitulación del ejército belga, ha cambiado grandemente nuestra situación en mal sentido, porque es evidente que retirar los ejércitos de los generales Blanchard y Gort por los puertos del Canal se ha tornado en cosa muy problemática. El primer efecto de tal desastre sería imposibiltar el que en tal momento Alemania propusiera condiciones aceptables; y creo que ni ustedes ni nosotros estamos dispuestos a prescindir de nuestra independencia sin luchar por ella hasta el fin.

3. En la fórmula preparada el domingo último por lord Halifax se proponía que, si el signor Mussolini cooperaba con nosotros en el aseguramiento de un arreglo de todas las cuestiones europeas (arreglo que salvaguardara nuestra independencia y formase la base de una paz justa y duradera para Europa), nosotros estaríamos dispuestos a discutir las aspiraciones de dicho signor Mussolini en el Mediterráneo. Propone usted ahora añadir ciertas ofertas específicas, pero entiendo que con eso no hay la menor posibilidad de convencer a Mussolini. Por otra parte, al formular proposiciones no podríamos retirarlas subsiguientemente a fin de inducirle a asumir el papel de mediador, según se quería hacer con la fórmula discutida el domingo.

4. Mis compañeros y yo pensamos que el signor Mussolini piensa desde hace mucho tiempo en la posibilidad de desempeñar el papel referido, sin duda contando hallar en ello considerables ventajas para Italia. Pero noso-

tros estamos convencidos de que en este instante en que Hitler se halla envanecido por su victoria y cuenta seguramente con un pronto y completo derrumbamiento de la resistencia aliada, sería imposible para el signor Mussolini proponer una conferencia de paz con probabilidades de éxito. Le recuerdo que el Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica ha recibido una respuesta totalmente negativa a la proposición conjunta que le formulamos, sin que tampoco haya surgido reacción favorable alguna después de la aproximación de lord Halifax al embajador italiano en Londres, el sábado último.

5. Por lo tanto, y sin excluir la posibilidad de una aproximación al signor Mussolini en cualquier momento, no creemos que éste sea el oportuno. Me creo obligado a añadir que, en mi opinión, ese paso sería extremadamente peligroso para la moral de nuestro pueblo, moral ahora muy firme y resuelta. Usted juzgará mejor que nadie el efecto que una medida así ejercería sobre Francia.

6. Sin duda preguntará usted: «¿Cómo mejorar entonces la situación?» Respondo a ello que probando que la pérdida de nuestros dos ejércitos [del Norte], y del apoyo de nuestro aliado belga, no afectan a la decisión de nuestros enérgicos corazones ni a la confianza que sentimos en nosotros mismos. Por otra parte, hay que insistir en que hemos suscitado la admiración y acaso logremos la ayuda material de los Estados Unidos, con los que tenemos ahora negociaciones entre manos. Además, opinamos que mientras contemos con nuestra armada, no derrotada, y con nuestra aviación, que a diario destruye cazas y bombarderos alemanes a un ritmo formidable, dispondremos de medios para ejercer, en interés común, una continua presión sobre la vida interna alemana.

7. Nos asisten razones para creer que también los alemanes están luchando contra el reloj y que sus pérdidas y las privaciones a que están sometidos, así como el temor a nuestros ataques aéreos, están ya minando su valor. Sería, en efecto, una tragedia para nosotros el que, por una demasiado apresurada aceptación de la derrota, arrojásemos una posibilidad, que está a nuestro alcance, de salir con honor de la contienda.

8. Opino que si nuestros dos países resisten podremos librarnos de la suerte de Dinamarca o de Polonia. Nuestro éxito ha de depender primero de nuestra unidad y después de nuestro valor y resistencia.

Todo esto no impidió que el gobierno francés, pocos días después, hiciese a Italia una oferta directa referente a concesiones territoriales. Mussolini rechazó con desdén el ofrecimiento. El día 3 de junio el conde Ciano dijo al embajador francés que Mussolini «no tenía interés alguno en recobrar territorios entonces franceses mediante negociaciones pacíficas. Estaba resuelto a hacer la guerra a Francia».[1] Lo cual no era sino lo que nosotros esperábamos.

• • •

Yo, en aquellos momentos, daba a diario una serie de instrucciones tendentes a asegurar que, si Mussolini nos atacaba, podríamos replicar inmediatamente a sus embestidas.

1. Reynaud, *La France a sauvé l'Europe*, vol. II, pág. 209.

*Primer Ministro al general Ismay.* 28-V-40

Le ruego que plantee los siguientes asuntos ante la comisión de Estado Mayor.

¿Qué medidas han sido tomadas, en caso de que Italia entre en la guerra, para atacar a las fuerzas italianas en Abisinia, para enviar fusiles y dinero a los rebeldes abisinios y, en general, para agitar este país?

Tengo entendido que el general Smuts ha enviado una brigada al África Oriental. ¿Sigue esa brigada allí? ¿O cuándo llegará? ¿Qué otras disposiciones se han tomado? ¿Con qué fuerza cuenta la guarnición de Khartum, incluyendo las tropas situadas en la provincia del Nilo Azul? Ésta es la oportunidad de que los abisinios se liberten con ayuda de los aliados.

2. Si Francia sigue siendo nuestra aliada después de que Italia declare la guerra, me parece extremadamente deseable que las flotas combinadas, actuando desde los extremos opuestos del Mediterráneo, desarrollen una actividad ofensiva contra Italia. Es importante que el primer choque se produzca a la vez con la armada y la aviación italianas, a fin de que podamos comprobar cuál es su verdadera calidad y si han cambiado desde la pasada guerra. El comandante en jefe del Mediterráneo estudia una estrategia puramente defensiva, que no debemos aceptar. Salvo si descubrimos que las cualidades combativas de los italianos son muy elevadas, valdrá mucho más que la flota de Alejandría zarpe y arrostre cualquier riesgo en vez de permanecer en una actitud marcadamente defensiva. En esta coyuntura hemos de correr peligros en todos los frentes.

3. Presumo que el Almirantazgo tendrá un plan formado en previsión de que Francia pase a ser neutral.

*Primer Ministro al general Ismay* (y otros). 29-V-40

Necesitamos traer de Palestina a la metrópoli ocho batallones a la mayor brevedad. Considero el Mediterráneo cerrado a los buques de transporte de tropas. Nos queda, pues, la opción de utilizar el Mar Rojo o el Golfo Pérsico. Deseo que esa segunda ruta (la del desierto hasta el Golfo) sea examinada esta tarde, consultando al Almirantazgo. Infórmenme de los respectivos tiempos de tardanza y de la seguridad relativa de ambos caminos. Los australianos pueden quedarse en Palestina por el momento, pero el Alto Comisario, como las demás autoridades, debe someterse a las supremas necesidades del Estado.

El Almirantazgo debe decir si cabe recoger en El Cabo a esos soldados en grandes trasatlánticos, para acelerar la velocidad.

*Primer Ministro al Primer Lord del Almirantazgo.* 30-V-40.

¿Qué medidas se han tomado para apoderarnos de todos los barcos italianos en el momento de la guerra? ¿Cuántos hay en puertos ingleses, y qué cabe hacer sobre los que están en el mar o en puertos extranjeros? Sírvase pasar estas preguntas inmediatamente al departamento a que correspondan.

En el Consejo Militar Supremo Aliado, cuya sesión, como ya describí, se celebró en París el 31 de mayo, se había acordado que los aliados em-

prendiesen operaciones ofensivas contra ciertos objetivos italianos debidamente escogidos. Ello debía realizarse en el primer momento posible y los Estados Mayores inglés y francés debían concertar sus planes al efecto. Habíamos concordado, asimismo, que en caso de que se produjese una agresión italiana contra Grecia —agresión acerca de la cual ya se tenían indicios— nosotros asegurarían el que Creta no cayese en manos enemigas. En mis documentos yo me ocupaba repetidamente del mismo tema.

*Primer Ministro al ministro del Aire y al Jefe del E. M. del Aire.* 2-VI-40

Es de la mayor importancia, aparte de preparar (posibles) ataques aéreos contra Lyon y Marsella, que también estemos en condiciones de atacar a Italia, tan pronto como ésta entre en la guerra, con nuestros bombarderos pesados. Considero, por lo tanto, que las escuadrillas de esos aviones deben ir al sur de Francia tan pronto como se obtenga el permiso francés, y una vez que las unidades de servicios de base estén dispuestas para recibir a dichas escuadrillas.

Le ruego que en nuestra reunión de esta noche me digan lo que proponen al efecto.

*El Primer Ministro al ministro del Aire y al jefe del Estado Mayor del Aire.* 6-VI-40

Es de la más alta importancia el que podamos atacar a Italia en el momento en que estalle la guerra o en que recibamos un ultimátum inaceptable. Sírvase hacerme conocer la situación exacta de las unidades aéreas auxiliares que a la sazón se dirigen a los aeródromos meridionales de Francia.

Uno de los primeros planes italianos, muy apoyado especialmente por Ciano, consistía en que la acción de Italia en Europa se limitase al desencadenamiento de un ataque contra Yugoslavia, con miras a consolidar el poderío italiano en la Europa oriental y a reforzar su potencial situación económica. Durante algún tiempo, el propio Mussolini había favorecido esa idea. Graziani asegura que a fines de abril el Duce le dijo: «Tenemos que hacer doblar la cerviz a Yugoslavia. En sus ruinas encontraremos las materias primas que necesitamos. En consecuencia, mis directrices estratégicas consisten en mantenernos a la defensiva en el oeste (Francia) y emprender la ofensiva en el este (Yugoslavia). Prepare un estudio del problema».[1] Graziani afirma que él desaconsejó enérgicamente el intento de lanzar a los ejércitos italianos, que tan escasos estaban de material, y en particular de artillería, a una repetición de la campaña que en 1915 se libró en el Isonzo.

Existían también argumentos políticos contra el plan yugoslavo. Los alemanes, en aquel momento, querían evitar cuanto pudiera promover perturbaciones en el este de Europa. Temían que ello provocara una ac-

1. Graziani, *Ho Difeso la Patria*, p. 189

ción británica en los Balcanes y acaso impulsara a Rusia a emprender ulteriores actividades en el este. Yo no desconocía este aspecto de la política italiana.

*Primer Ministro al ministro de Asuntos Extranjeros.* 6-VI-40

Hasta ahora siempre me he opuesto a que fuéramos a la guerra contra Italia si ésta atacase a Yugoslavia, y siempre también he querido comprobar previamente si se producía un ataque serio contra los yugoslavos, aparte del mero hecho de ocupar algunas bases navales en el Adriático. Esta situación, sin embargo, ha cambiado. Italia está amenazando de continuo con ir a la guerra contra Inglaterra y Francia, y ello no precisamente por la «puerta posterior». Estamos muy cerca de un rompimiento con Italia por motivos que nada tienen que ver con Yugoslavia, y, por lo tanto, paréceme que nuestro principal objetivo de ahora debe consistir en procurar la movilización balcánica. ¿Quiere usted reflexionar en este asunto?

• • •

A pesar de los extremos esfuerzos pacifistas hechos por los Estados Unidos —esfuerzos de los que Hull ha dado impresionantes noticias en sus memorias[1] —, nada sirvió para apartar a Mussolini del plan que había determinado seguir. Nuestros preparativos para enfrentarnos con las complicaciones del nuevo asalto estaban muy avanzados cuando el golpe llegó. A las cinco menos cuarto de la tarde del 10 de junio, el ministro italiano de Asuntos Extranjeros informó al embajador inglés de que Italia se consideraría en guerra con el Reino Unido a partir de la una de la madrugada del día siguiente. Se hizo al gobierno francés una comunicación semejante. Cuando Ciano entregó aquella noche su nota al embajador francés, que era entonces François-Poncet, éste, al dirigirse a la puerta, murmuró: «Ya tendrán ustedes ocasión de comprobar que los alemanes son unos señores muy duros.» El embajador británico, sir Percy Loraine, recibió la comunicación con entera compostura y aparente indiferencia. Sólo hizo una pregunta, y consistió en querer saber si las manifestaciones de Ciano eran noticias anticipadas de lo que iba a pasar, o constituían ya una declaración de guerra.

Ciano replicó que se trataba de lo último. Loraine, inclinándose ceremoniosamente, salió sin decir ni una sola palabra.[2] Desde su balcón de Roma, Mussolini anunció a sus bien organizadas multitudes que Italia estaba ya en guerra con Inglaterra y Francia. Como Ciano, según se asegura, dijo en tono de disculpa después, aquélla era «una posibilidad de las que sólo se presentan una vez en cinco mil años». Tales posibilidades, aunque raras, no son necesariamente favorables y buenas.

A partir de aquel momento los italianos atacaron a las tropas francesas en el frente alpino, y la Gran Bretaña, a su vez, declaró la guerra a Italia.

1. Cordell Hull, *Memorias*, v. I, cap. 56.
2. Ciano, *Diario*, p. 263-4. José Janés, Editor.

Cinco barcos italianos anclados en Gibraltar fueron apresados y se transmitieron órdenes a la escuadra para que interceptase y capturara todos los buques italianos que se hallasen en el mar, conduciéndolos a puertos colocados bajo nuestro dominio. En la noche del 12 de junio, nuestras escuadrillas de bombardeo, tras un largo vuelo desde Inglaterra —tan largo que los aparatos no pudieron llevar más que ligeras cargas explosivas—, lanzaron sus primeras bombas sobre Turín y Milán. Pero nos proponíamos ejecutar bombardeos mucho más intensos en cuanto pudiésemos hacer arrancar nuestros aviones de los aeródromos de Marsella.

Acaso convenga hacer aquí el resumen sucinto de la breve campaña franco-italiana. Los franceses sólo podían oponer tres divisiones, y algunas tropas de plaza equivalentes a otras tres, para hacer frente a la invasión en los pasos alpinos y a lo largo de la Riviera, donde operaba el grupo occidental de los ejércitos italianos, los cuales comprendían treinta y dos divisiones mandadas por el príncipe Humberto. Además, las potentes fuerzas blindadas alemanas que descendían rápidamente el valle del Ródano, comenzaron muy pronto a pasar a espaldas de las retaguardias francesas. No obstante, las unidades francesas hicieron frente a las italianas, a las que lograron paralizar en todos los puntos del nuevo frente; y ello incluso después de la caída de París y de Lyon en manos alemanas.

Así, cuando el Duce y el Führer se reunieron en Munich el 18 de junio, Mussolini no podía alardear de grandes cosas. En consecuencia, el día 21 se desencadenó una nueva ofensiva italiana. Empero, las posiciones alpinas francesas se acreditaron de inexpugnables y el principal esfuerzo italiano, que se dirigía hacia Niza, fue contenido en los suburbios de Mentón. De este modo el ejército francés de la frontera meridional salvó su honor, mas la marcha alemana hacia el sur, a retaguardia de los que resistían, hizo imposible la continuación de la lucha. La conclusión del armisticio con Alemania iba asociada a la petición francesa a Italia de que cesaran las hostilidades.

A mi relato de la tragedia italiana puede añadirse adecuadamente aquí la carta que el infortunado Ciano me escribió poco antes de su ejecución por orden de su padre político.

Verona, 23 diciembre 1943

Signor Churchill:

No le sorprenderá que, al aproximarme a la hora de mi muerte, me vuelva a usted, a quien profundamente admiro como campeón de una cruzada, a pesar de que en tiempos hiciera usted una injusta acusación contra mí.

Nunca fui cómplice de Mussolini en el crimen cometido contra nuestro país y contra la humanidad, cuando pasamos a luchar al lado de los alemanes. La verdad es precisamente lo contrario. Si en agosto último desaparecí de Roma, fue porque los alemanes me convencieron de que mis hijos estaban en inminente peligro. Después de comprometerse a llevarme a España, los tudescos, contra mi voluntad, nos deportaron, a mi familia y a mí, a Baviera. Llevo ahora obra de tres meses en las prisiones de Verona, sometido al bárbaro trato de las S.S. Mi fin está cercano. Se me ha dicho que dentro de pocos días se decidirá mi muerte, la cual no significará otra cosa que la

liberación de este martirio diario. Prefiero en todo caso la muerte a presenciar la vergüenza y los irreparables perjuicios que sufrirá una Italia puesta bajo el dominio de los hunos.

El crimen que voy ahora a expiar es el de haber presenciado y sentido disgusto ante la fría, cruel y cínica preparación que de esta guerra realizaron Hitler y los alemanes. Yo era el único extranjero que podía ver de cerca cómo esa aborrecible camarilla de bandidos se disponían a lanzar al mundo a una sangrienta guerra. Y ahora, de acuerdo con la regla de los bandoleros, los alemanes se aprestan a suprimir a un testigo peligroso. Pero se engañan mucho, porque hace largo tiempo que puse un diario y varios documentos míos en un lugar seguro. Esos documentos y diario probarán mejor que yo mismo lo haría, los crímenes cometidos por la gente con la que Mussolini, marioneta trágica y vil, se asoció impelido por su vanidad y por su desprecio de los valores morales.[1]

He tomado medidas para que, corto tiempo después de mi muerte, los documentos referidos —de cuya existencia tenía noticia sir Percy Loraine durante su misión diplomática en Roma— sean puestos a disposición de la prensa aliada.

Acaso esto que hoy le ofrezco sea poco, pero ello, y mi vida, es cuanto puedo ofrendar a la causa de la libertad y la justicia, en cuyo triunfo creo fanáticamente.

Este testimonio mío debe ser sacado a la luz para que el mundo pueda saber, odiar y recordar, y para que quienes juzguen en el futuro no ignoren que el infortunio de Italia no fue culpa del pueblo italiano, sino de la afrentosa conducta de un solo hombre.

Sinceramente suyo,

*G. Ciano.*

* * *

Para la noche del 10 se había anunciado un discurso del Presidente Roosevelt. A cosa de medianoche me preparé a escucharlo. Me acompañaba un grupo de oficiales en el cuarto de mapas del Almirantazgo, donde yo trabajaba. Todos emitieron un hondo murmullo de satisfacción cuando Roosevelt pronunció estas duras palabras dirigidas a Italia: «En este día, 10 de junio de 1940, la mano que empuñaba el puñal lo ha hundido en la espalda de su vecino.»

Me inquietaba pensar en los muchos votos italianos de Norteamérica, que podían influir no poco en la próxima campaña presidencial. Pero sabía que Roosevelt era un político experto, muy ducho en los partidismos americanos, aparte de que nunca dejaba de correr los necesarios riesgos a trueque de imponer sus resoluciones.

El discurso del Presidente fue magnífico y lleno de pasión, y nos transmitió a todos un mensaje de esperanza. La impresión que recibí fue tan fuerte, que antes de acostarme pergeñé un escrito en el que expresaba mi gratitud:

El escrito rezaba:

1. Los escritos a que Ciano se refiere han sido publicados por el editor José Janés, en los dos volúmenes titulados *Diario* de Ciano y *Europa hacia la catástrofe.*

Anoche todos le hemos escuchado y nos hemos sentido confortados por el vasto alcance de sus declaraciones Muy inteso aliento nos da en esta tenebrosa, pero no desesperada hora, el aserto de usted respecto a que los Estados Unidos darán ayuda material a los aliados en la lucha que éstos sostienen. Debe hacerse todo lo posible para mantener a Francia en la pelea y para impedir la idea de que la caída de París, si se produce, debe ser ocasión de emprender negociaciones. La esperanza que usted ha inspirado a los franceses acaso les dé fuerzas para perseverar. Deben continuar defendiendo su terreno palmo a palmo y usar la plena fuerza combatiente de su ejército. Esto defraudará a Hitler, que aguarda resultados rápidos, y entonces se volverá contra nosotros, que nos preparamos a resistir su furia y defender nuestra isla. Como hemos podido salvar el cuerpo expedicionario británico, no carecemos de tropas en la metrópoli, y tan pronto como las divisiones puedan ser equipadas en la escala, mucho mayor, que se necesita para la lucha en el Continente, serán despachadas a Francia.

Tenemos la intención de alinear en Francia un fuerte ejército para la campaña de 1941. Ya he cablegrafiado a usted hablándole de los aviones e hidroaviones que nos son tan necesarios en la inminente lucha que hemos de reñir en pro de la vida de la Gran Bretaña. Pero aun nos es más apremiante disponer de destructores. La agresión italiana nos fuerza a entendernos con un número mucho mayor de sumergibles, que pueden salir al Atlántico y acaso tener sus bases en puertos españoles. Contra esa amenaza sólo cabe oponer destructores. Nada es de tanta importancia para nosotros como disponer de los treinta o cuarenta destructores que ustedes han reacondicionado ya. Podemos equiparlos muy en breve con instalaciones de asdic. Ellos servirán para llenar el intervalo de seis meses entre estos momentos y aquellos en que nuestras construcciones nuevas de tiempo de guerra entren en servicio. Sin falta alguna les devolveremos esos destructores, o sus equivalentes, de aquí a seis meses, si ustedes los necesitan. Los seis venideros meses son vitales para nosotros. Si mientras tenemos que defender nuestra costa oriental contra la invasión, se desencadena contra nuestro comercio un nuevo e intenso ataque submarino italo-alemán, puede sobrevenir una situación que rebase nuestros recursos y estrangule el tráfico oceánico de que depende nuestra vida. No se debe perder ni un día tan sólo. Le envío mis cordiales gracias y las de mis colegas por todo cuanto está usted haciendo y procurando hacer en pro de la que bien podemos llamar ahora causa común.

* * *

Había empezado el reparto del botín. Mussolini no era la única bestia ansiosa de participar en los despojos de la presa. Al chacal se unió el oso.

En el anterior volumen he mencionado ya el curso de las relaciones anglo-soviéticas hasta el estallido de la guerra, así como la hostilidad, que estuvo a punto de provocar una ruptura entre Francia e Inglaterra por un lado y Rusia por otro, durante la invasión de Finlandia por los bolcheviques. A la sazón Alemania y Rusia actuaban tan de consuno como la divergencia de sus intereses se lo permitía.

Hitler y Stalin, como totalitarios que eran, tenían entre sí muchas cosas comunes, y sus sistemas de gobierno eran gemelos. Molotov colmaba

de atenciones al embajador alemán, conde Schulenburg, en todas las ocasiones importantes, y aprobaba plena y cordialmente la política alemana y las medidas militares de Hitler. Cuando los alemanes atacaron a Noruega, Molotov dijo (7 de abril) que «el Gobierno Soviético comprendía bien las medidas que se le habían obligado a tomar a Alemania. Los ingleses habían ido demasiado lejos, olvidando por entero el respeto a los derechos de las naciones neutrales... *Nosotros deseamos completo éxito a las medidas defensivas de los alemanes*».[1]

En la mañana del 10 de mayo Hitler, a su vez, se apresuró a informar a Stalin de la arremetida iniciada contra Francia y los neutrales Países Bajos. Schulenburg escribe: «Visité a Molotov, quien apreció debidamente las noticias dadas y agregó que le parecía comprensible que los alemanes se defendiesen contra los ataques anglo-franceses. No albergaba duda alguna sobre nuestro éxito».[2]

Estas expresiones de la opinión de los rusos fueron, desde luego, desconocidas hasta después de la guerra, pero nosotros no nos hacíamos ilusiones sobre la actitud rusa. No obstante, persistíamos ateniéndonos a una política paciente, tendente a restablecer relaciones de carácter confidencial con Rusia. Confiábamos en la marcha de los sucesos y en los fundamentales antagonismos que separaban de Alemania a la Unión Soviética. Creyóse por entonces conveniente utilizar la capacidad de sir Stafford Cripps, nombrándole embajador en Moscú. Cripps aceptó sin vacilar tan problemática e ingrata tarea.

No habíamos comprendido hasta entonces —o al menos no lo habíamos comprendido suficientemente— que los comunistas aborrecían a los políticos del ala izquierda extremista todavía más que a los conservadores o a los liberales. Cuanto más cerca está un hombre, en sus sentimientos, de los comunistas, más estorba a los Soviets, salvo si se une a su partido.

El gobierno soviético, a pesar de todo, aceptó a sir Stafford Cripps como embajador, apresurándose a explicar su decisión a sus confederados nazis. El día 29 de mayo el conde Schulenburg escribía a Berlín:

«La Unión Soviética tiene interés en obtener de la Gran Bretaña caucho y latón a cambio de madera. No debe inquietarnos la misión de Cripps, ya que no nos asisten razones para dudar de la leal actitud de la Unión Soviética hacia nosotros, con tanto más motivo cuanto que las incambiadas directrices que sigue la Unión Soviética respecto a Inglaterra excluyen cualquier daño a Alemania o a los esenciales intereses alemanes. No hay motivos para creer que los últimos éxitos alemanes hayan suscitado alarma o temor a Alemania en el gobierno soviético».[3]

El derrumbamiento de Francia y la destrucción de los ejércitos franceses —y con ellos de todo contrapeso occidental– debieron de producir en el ánimo de Stalin cierta reacción, pero nada parecía advertir a los jefes soviéticos de la gravedad del peligro que a ellos mismos les amenazaba.

1. *Relaciones nazi-soviéticas 1939-1941*, p. 138
2. *Ibid.*, p. 142
3. *Ibid.*, p. 142-3

El 18 de junio, cuando ya la derrota francesa se había convertido en total, Schulenburg informaba a Berlín:

«Molotov me llamó esta noche a su despacho y me expresó las más vivas felicitaciones del gobierno soviético por *el espléndido éxito* de las fuerzas armadas alemanas».[1]

Casi exactamente un año después, aquellas mismas fuerzas, cogiendo enteramente por sorpresa al gobierno soviético, cayeron sobre Rusia como un huracán de fuego y acero. Ahora sabemos ya que, sólo cuatro meses más tarde de la fecha de los mensajes de Schulenburg, Hitler resolvió emprender una guerra de exterminio contra los Soviets y comenzó el prolijo, vasto y continuado movimiento de las fuerzas tan felicitadas por Molotov, hacia el este. El recuerdo de sus errores y su conducta anterior no impidieron al gobierno soviético, ni a sus agentes comunistas y sus simpatizantes de todo el mundo, clamar por un segundo frente en el que Inglaterra, cuya ruina y esclavitud había propugnado, debía desempeñar un papel de primera línea.

Con todo, nosotros presentimos el porvenir más clarividentemente que aquellos fríos calculadores rusos, adivinando sus intereses y peligros mejor que ellos. Por primera vez me dirigí entonces a Stalin, diciéndole:

*Primer Ministro a monsieur Stalin.* 25-VI-40

En estos momentos *en* que la faz de Europa cambia de hora *en* hora, aprovecho la oportunidad de que haya usted de recibir al nuevo embajador de su Majestad para hacer que dicho embajador le transmita a usted *un* mensaje mío.

Geográficamente nuestros dos países están a ambos extremos de Europa y desde el punto de vista de los sistemas de gobierno puede decirse que propugnan métodos de pensamiento político muy diferentes entre sí. Pero confío en que estos hechos no hayan de impedir necesariamente las relaciones entre nuestros respectivos países en la esfera internacional, relaciones que pueden ser armónicas y mutuamente beneficiosas.

En el pasado —y aun en un pasado muy reciente— hemos de reconocer que tales relaciones han sido dificultadas por ciertas sospechas mutuas. En agosto último el gobierno soviético decidió que los intereses de la Unión Soviética requerían el rompimiento de los tratos con nosotros, para entrar en más estrechas relaciones con Alemania. Así, Alemania se convirtió en amiga de ustedes casi a la vez que en enemiga nuestra.

A partir de entonces, empero, ha sobrevenido un nuevo factor, que me atrevo a pensar que haría deseable para nuestros dos países el restablecer sus anteriores contactos, de manera que en caso necesario podamos celebrar consultas recíprocas respecto a los asuntos europeos que necesariamente nos interesen a las dos partes. En el momento presente, el problema que se le plantea a toda Europa —nuestros países incluidos— es saber cómo van a reaccionar los Estados y pueblos europeos ante la perspectiva de que Alemania establezca una hegemonía continental.

El hecho de que nuestros dos países estén, más que en Europa, en sus extremos, nos coloca en una posición especial. Nos hallamos mejor dispues-

1. *Relaciones nazi-soviéticas 1939-1941*, p. 154

tos que otros menos afortunadamente emplazados, cuando se trate de resistir a la hegemonía alemana. Como usted sabe, el gobierno británico se propone usar con ese fin su situación geográfica y sus grandes recursos.

De hecho, la política de la Gran Bretaña se concentra en dos objetivos, uno de los cuales es librarse ella misma de la dominación alemana que el gobierno nazi desea establecer; y otro liberar al resto de Europa del yugo que Alemania está en vías de imponer ahora.

Sólo la Unión Soviética está en circunstancias de juzgar si el presente intento alemán de hegemonía en Europa amenaza los intereses de la Unión Soviética, así como cuáles son los medios más idóneos para salvaguardar esos intereses. Pero yo entiendo que la crisis por la que Europa, y con ella el mundo, está pasando, es tan grave, que justifica el que yo presente ante usted francamente la situación, tal como se le aparece al gobierno británico. Creo que esto garantizará una cosa: y es que en cualquier discusión que el gobierno soviético pueda tener con sir S. Cripps, no se promoverá ningún equívoco respecto a la política del gobierno de Su Majestad, ni a su disposición a tratar plenamente con el gobierno soviético cualquiera de los amplios problemas creados por el presente intento alemán de desarrollar en Europa un proceso sistemático de conquista y absorción.

No tuve, desde luego, respuesta alguna. Ni la esperaba. Sir Stafford Cripps llegó a Moscú sin novedad y mantuvo una entrevista, bien que fría y formularia, con Stalin.

• • •

A lo que el gobierno soviético se dedicaba en el intervalo era a recolectar su parte en el botín. El 14 de junio, día en que cayó París, Moscú envió un ultimátum a Lituania, acusándola, así como a los demás Estados bálticos, de conspirar militarmente contra la Unión Soviética, y exigiendo, además, radicales cambios de gobierno y ciertas concesiones de orden castrense.

El 15 de junio las tropas rojas invadieron el país, cuyo presidente, Smetona, huyó a la Prusia Oriental. Letonia y Estonia corrieron igual suerte. A partir de entonces los Estados bálticos tuvieron que aceptar gobiernos pro-comunistas y guarniciones militares rusas. Era inútil resistir. El presidente de Letonia fue deportado a Rusia y llegó Vichinsky para nombrar un gobierno provisional encargado de vigilar las futuras elecciones. En Estonia se siguieron sistemas idénticos. El 19 de junio Zhdanov apareció en Tallinn, con el fin de implantar un régimen análogo. Del 3 al 6 de agosto se anularon los simulados gobiernos democráticos y prosoviéticos, y el Kremlin anexionó los Estados bálticos a la URSS.

A las diez de la noche del 26 de junio se entregó un ultimátum al ministro de Rumania en Moscú. Se exigía a Bucarest la cesión de la Besarabia y de la parte norte de la provincia de la Bucovina. Solicitábase, además, respuesta para el día siguiente.

Alemania, aunque enojada por aquella premurosa acción de Rusia, acción que amenazaba los intereses económicos de los alemanes en Rumania, se sentía ligada por los términos del pacto germano-soviético de agosto de 1939, que reconocía la exclusividad de los intereses políticos de Rusia en aquellas zonas de la Europa suroriental.

Así, el gobierno alemán aconsejó a Rumania que cediese. El día 27 de junio, tropas rumanas evacuaron las dos provincias de que se trataba, cuyos territorios pasaron a manos rusas. Las fuerzas armadas de la Unión Soviética se habían establecido a la sazón firmemente en las costas del Báltico y en la desembocadura del río Danubio.

En la madrugada del 10 de mayo, las tropas alemanas atraviesan la frontera germano-luxemburguesa.

El rey Jorge VI de Inglaterra visita las posiciones británicas en Bélgica.

## CAPÍTULO Vii

## OTRA VEZ A FRANCIA

### 4-12 JUNIO

*Elevada moral del ejército. — Mis primeras ideas. — Instrucciones del 2 de junio de 1940. — El material perdido. — El Presidente, el general Marshall y el señor Stettinius. — Una afirmación de fe. — La redoblada tensión de junio. — Reorganización del ejército inglés. — Su tremenda falta de armas modernas. — Se resuelve enviar a Francia nuestras dos únicas divisiones bien equipadas. — Fase final de la batalla de Francia. — Destrucción de la 51.ª división escocesa (11-12 junio). — «Que Escocia fue ayer algo y algo hoy es». — Mi cuarta visita a Francia: Briare. — Weygand y Pétain. — Se llama al general Georges. — Mi discusión con Weygand. — Los franceses se oponen a que la RAF bombardee Turín y Milán. — Los alemanes entran en París. — Nuevas conferencias a la mañana siguiente. — Promesa del almirante Darlan. — Despedida y regreso a Inglaterra. — Mi informe al Gabinete de Guerra.*

Cuando se supo la gran cantidad de soldados que habían sido traídos de Dunquerque, una sensación de alivio se extendió por toda la isla y el imperio. Aquella sensación de consuelo casi tenía caracteres triunfales. En nuestra peregrinación a través de años de derrota, la afortunada evacuación de un cuarto de millón de hombres que eran la flor de nuestro ejército, constituía una piedra miliaria. También merecieron entonces los mayores elogios las actividades del ferrocarril del Mediodía, de la sección de Transportes del ministerio de la Guerra y del personal de los puertos del estuario del Támesis y sobre todo del de Dover, lugar donde más de doscientos mil hombres fueron recibidos y distribuidos eficaz y rápidamente por todo el país.

Los soldados volvían sin otras armas que sus fusiles y bayonetas, más unos pocos cientos de ametralladoras. Al llegar, los enviábamos a sus hogares con una licencia de siete días. La alegría de todos al tornar a reunirse con sus familias, no estorbaba a su ardiente deseo de volver a entrar en combate a la primera oportunidad. Quienes habían combatido en el campo con los alemanes creían firmemente que, en igualdad de condiciones, eran muy capaces de vencer al enemigo. Su moral era muy alta. Cuando se reincorporaban a sus regimientos y baterías hacíanlo con las mayores muestras de júbilo.

Todos los ministros y altos funcionarios de los departamentos, ya fueran permanentes o recién elegidos, actuaban con vigor y confianza noche y día. Su caso no era el único, ni mucho menos. Personalmente, me sentía muy animado y entusiasmado por la salvación del ejército. A diario daba instrucciones a los departamentos y presentaba minutas al Gabinete de Guerra. Ismay las llevaba a los jefes de Estado Mayor y Bridges al Gabinete de Guerra y los departamentos. Se corregían los errores y se llenaban las lagunas que hubiere. A menudo se introducían enmiendas y mejoras, pero en lo esencial —y con un término medio de no menos del noventa por ciento— se emprendía la acción propuesta con una celeridad y eficacia con la que no hubiese rivalizado dictador alguno.

Voy a reproducir los documentos expresivos de mis primeros pensamientos cuando supe que el ejército se había salvado.

* * *

*Primer Ministro al general Ismay.* 2-VI-40
(Notas que el ministro de Defensa envía para la Comisión de E.M. y otros elementos.)

La afortunada evacuación del cuerpo expedicionario británico ha revolucionado la situación de nuestra defensa metropolitana. Tan pronto como las unidades de dicho cuerpo puedan reorganizarse sobre bases tendentes a la defensa de la metrópoli, dispondremos en el país de una masa de tropas instruidas que harán que cualquier intento de incursión haya de realizarse, por lo amplia, en una escala prohibitiva. Incluso un desembarco de doscientos mil hombres no superaría nuestros medios de defensa. Las dificultades, riesgos y bajas de un desembarco aumentarán desmesuradamente con cada adición de diez mil hombres más. Hemos, pues, de examinar de un modo nuevo la situación. Hay ciertos asuntos que deben ser estudiados, no sólo por el Ministerio de la Guerra, sino también por los Estados Mayores conjuntos.

1. ¿Cuál es el mínimo de tiempo en que puede darse al cuerpo expedicionario británico un nuevo valor combativo?

2. ¿Sobre qué plan deben ser organizadas esas fuerzas? ¿Sólo para servicio metropolitano en primer lugar y sólo secundariamente con miras a volver a enviarlas a Francia? En conjunto, yo prefiero esto.

3. El cuerpo expedicionario británico de Francia debe reconstituirse inmediatamente, sigan los franceses la guerra o no. Aunque París se pierda, podemos exhortar a nuestros aliados a que prosigan una gigantesca guerra de guerrillas. Podría considerarse un proyecto de instalación de una cabeza de playa y zona de desembarco en Bretaña, con el fin de organizar allí un gran ejército. Necesitamos elaborar planes que prueben a los franceses que podemos salir de este brete si ellos se muestran decididos.

4. Tan pronto como se reorganice el cuerpo expedicionario británico con objetivos de defensa local, tres de sus divisiones deben ser enviadas y añadidas a las dos que nos quedan al sur del Somme, o doquiera que los franceses las sitúen. Conviene estudiar si la división canadiense debe ser destacada o no. Preséntenme un plan al respecto.

5. Si una semana atrás hubiéramos sabido lo que sabemos ahora acerca de la evacuación de Dunquerque, la evacuación de Narvik se nos hubiera presentado a una luz diferente. Cabría incluso hoy volver a estudiar la posi-

bilidad de mantener allí durante unas semanas una guamición suficiente para sostenerse a sí misma. Me impresionan mucho, desde luego, los vicios y peligros que encierran las modificaciones y cambios. En todo caso, debemos ponderar nueva y finalmente la carta del ministro de Guerra, así como el telegrama que hace unos días envió el comandante en jefe.

6. Pídase al Almirantazgo un cuadro muy reciente del estado de nuestras escuadrillas de destructores. En ese cuadro deben exponerse los refuerzos que han llegado o se esperan en el mes de junio y las unidades que van a venir después de ser reparadas.

7. Será posible, ahora, reemplazar los ocho batallones de soldados regulares de Palestina con ocho batallones de tropas indígenas de la India antes de que sean repatriados, como deben serlo, para construir los cuadros del nuevo cuerpo expedicionario británico de Francia.

8. En cuanto los australianos desembarquen, los grandes buques que los transportan deben volver a hacerse a la mar, llevando a Bombay ocho o diez batallones de tropas territoriales. Volverán con otros ocho batallones de soldados regulares de la India, y después conducirán a la India ocho o diez batallones de territoriales de Inglaterra. Conviene estudiar si procede aplicar el mismo principio a las baterías de la India.

9. Nuestras pérdidas de material seguramente aminorarán la expansión del cuerpo expedicionario británico, que en vez de las veinte divisiones proyectadas para una fecha formada por Z[1] más doce meses, debe quedar reducido a quince divisiones para una fecha determinada por Z más dieciocho. Pero hemos de formular un proyecto para presentarlo a los franceses. La base de todo esto podrían ser la división blindada, la 51, los canadienses y dos divisiones territoriales. Ello, mandado por lord Gort, podría estar preparado para mediados de julio. Luego se aumentaría esa fuerza en seis divisiones más, formadas por los veinticuatro batallones de soldados regulares en conjunción con los territoriales, por una segunda división canadiense, por una división australiana y por dos divisiones territoriales. Ello estaría preparado para la fecha Z más dieciocho meses. Acaso podamos mejorar estos planes.

10. Es de mayor urgencia disponer al menos de media docena de grupos de brigadas, compuestos de soldados regulares del cuerpo expedicionario británico, para la defensa metropolitana.

11. ¿Qué cooperación aérea se ha previsto para cubrir la evacuación final de esta noche? Debemos procurar que disminuya la presión sobre nuestra retaguardia en ese crítico momento.

Termino con una observación general. Personalmente, temo menos a una invasión que a un intento alemán de perforar la línea francesa en el Somme y el Aisne, lo que irrogaría la caída de París. Creo, por tanto, que los enemigos optarán por lo último. Acrece grandemente esa posibilidad el hecho de que los alemanes no puedan dejar de darse cuenta de que las fuerzas armadas de la Gran Bretaña son ahora más fuertes que lo han sido nunca. Así las partidas incursionistas del adversario no chocarían con formaciones a medio instruir, sino con hombres cuyo tesón combativo han experimentado ya y ante los que han retrocedido, sin osar hostigar seriamente su retirada. No obstante, debemos considerar como todavía críticos los días inmediatamente venideros, es decir, los que transcurran antes de que podamos reorganizar el cuerpo expedicionario británico o una parte considerable de él.

1. «Z» significa el principio de la guerra (septiembre 1939).

* * *

Al lado de lo de Dunquerque —o, mejor dicho, en lo de Dunquerque— existía un aspecto oscuro. Y era que habíamos perdido todo el equipo del ejército, al que se había destinado cuanto material produjeran inicialmente nuestras fábricas.

Ese material comprendía:

7.000 toneladas de municiones.
90.000 fusiles.
2.300 cañones.
120.000 vehículos.
8.000 piezas Bren.
400 fusiles antitanque.

Incluso si los programas de fabricación de armamentos se desarrollasen plenamente, sin ser interrumpidos por el enemigo en nada, habían de transcurrir muchos meses antes de que tamaña pérdida pudiera repararse.

Pero ocurría que al otro lado del Atlántico, en los Estados Unidos de Norteamérica, estaban naciendo vigorosas emociones en los pechos de los dirigentes de la política de aquel país. De esos sucesos nos ofrece un preciso y excelente relato el señor Stettinius,[1] digno hijo de mi antiguo compañero en el ministerio de Municiones durante la anterior guerra mundial y uno de nuestros más sinceros amigos.

Se comprendió, desde luego, que si el grueso del ejército británico se había salvado, era a costa de la pérdida de todo su material de guerra. Así, ya el 1 de junio el Presidente Roosevelt envió órdenes a los departamentos de Guerra y Marina a fin de que le informasen de los armamentos de que podían prescindir, para ser enviados a Francia y la Gran Bretaña. A la cabeza del ejército americano estaba, en calidad de jefe de Estado Mayor, el general Marshall, que además de ser un soldado de acreditadas cualidades, poseía una extraordinaria clarividencia. Inmediatamente Marshall mandó al jefe de su Maestranza y a su jefe ayudante de Estado Mayor que examinasen la lista completa de todos los depósitos de municiones y de material existentes en Norteamérica. A las cuarenta y ocho horas el general Marshall recibió las respuestas correspondientes y el 3 de junio aprobó las listas que le habían presentado.

La primera comprendía medio millón de fusiles del calibre 0,30, procedentes de dos millones fabricados en 1917 y 1918 y conservados en almacén, debidamente engrasados, durante más de veinte años. Cada uno de aquellos fusiles tenía una dotación aproximada de doscientos cincuenta cartuchos. Existían también novecientos cañones de campaña del 75 («soixante-quinze»), con un millón de proyectiles, más ochenta mil ametralladoras y otros elementos. En su magnífico libro a propósito de las aportaciones norteamericanas, Stettinius dice:

1. Stettinius, *La Ley de Préstamo y Arriendo, arma de victoria*, 1944.

«Como el tiempo apremiaba y cada hora tenía valor, se decidió que el ejército vendiera, por treinta y siete millones de dólares, todo lo incluido en la lista. La venta se haría a una entidad que a su vez revendería aquel material a Inglaterra y Francia.»

El general Wesson, jefe de la Maestranza, recibió instrucciones de solventar el asunto. En el acto —el mismo 3 de junio— todo el personal de los depósitos y arsenales americanos comenzó a empaquetar el material aludido, con miras a su inminente embarque. A fines de aquella semana, más de seiscientos camiones de gran tonelaje, pesadamente cargados, rodaban hacia los muelles militares de Raritan, puerto sito sobre la ría de la bahía de Gravesend, en Nueva Jersey. El 11 de junio una docena de buques mercantes ingleses penetraban y echaban el ancla en dicha bahía y empezaban a cargar.

Merced a tales y tan extraordinarias medidas los Estados Unidos quedaron reducidos al armamento y material estrictamente necesarios para un millón ochocientos mil hombres, cifra mínima estipulada por el plan de movilización del Ejército americano. Todo esto, leído ahora, parece fácil, pero en aquel momento constituyó un acto de suprema fe por parte de los Estados Unidos, que así quedaban privados de una considerable masa de armas, de las que se desprendían en favor de un país que muchos consideraban ya derrotado. Jamás los norteamericanos habían de arrepentirse de ello. Como pronto relataremos, todo aquel valiosísimo armamento fue transportado a través del Atlántico, sin pérdidas, durante el mes de julio, lo que, además de proporcionarnos una ganancia material, constituyó un importante factor en cuantos cálculos formularon amigos y enemigos acerca de la proyectada invasión.

• • •

En este punto conviene hacer resaltar un pasaje que se encuentra en las memorias de Cordell Hull:[1]

> Reynaud enviaba ruegos, casi patéticos, de ayuda, y, respondiendo a ellos, el Presidente exhortó al señor Churchill a que enviase aviones a Francia, cosa a la que el Primer Ministro se negó. Bullitt [embajador de los Estados Unidos en París] se sintió ofendido por tal decisión y nos comunicó al Presidente y a mí, el 5 de junio, su temor de que los ingleses quisieran conservar su escuadra y su aviación a fin de usarlas como un argumento que les sirviera para entablar negociaciones más ventajosas con Hitler.
>
> Sin embargo, el Presidente y yo pensábamos de modo diferente. Francia estaba batida, pero nos sentíamos convencidos de que la Gran Bretaña, bajo la indomable dirección de Churchill, se proponía seguir luchando. No habría negociación alguna entre Londres y Berlín. Precisamente el día anterior al telegrama de Bullitt, Churchill había pronunciado su magnífico discurso ante la Cámara de los Comunes...
>
> El Presidente y yo creíamos que Churchill hablaba con sinceridad. No teníamos la menor duda de que la Gran Bretaña estaba resuelta a continuar peleando, y si alguna duda hubiéramos tenido no hubiésemos tomado medidas para enviar a Inglaterra la ayuda material que enviamos. No habría sido

1. Ob. cit., v. I, p. 774-5

lógico mandar armas a la Gran Bretaña si pensásemos que, antes de que esas armas llegasen, el gobierno de Churchill se iba a rendir a Alemania.

• • •

El mes de junio fue particularmente angustioso para todos nosotros, a causa de las duales y opuestas presiones a que nos veíamos sometidos. Por un lado nos obligaba nuestro compromiso de auxiliar a Francia y por otro necesitábamos crear en la metrópoli un ejército eficiente y fortificar nuestra Isla. Muy seria era la doble tensión de aquellas exigencias, tan esenciales como antagónicas. Sin embargo, procuramos no excitarnos más de lo debido y seguimos una política firme y constante.

Siguió dándose prioridad al envío de cuantas tropas instruidas equipadas teníamos, para reconstruir con ellas el cuerpo expedicionario británico de Francia. Después de atender a esto, nuestros esfuerzos se concentraban en la defensa de la Isla. En primer término, reorganizábamos y reequipábamos el ejército regular; en segundo, fortificábamos los puntos donde era más verosímil un desembarco; en tercero, armábamos y agrupábamos a la población civil, en la medida de lo posible; y, en fin, traíamos a la metrópoli cuantas fuerzas podían recogerse en nuestro imperio.

Por aquel entonces el peligro más inminente parecía consistir en el desembarco de fuerzas de tanques alemanes relativamente pequeñas, pero dotadas de gran movilidad. Semejantes tropas podían deshacer y desorganizar nuestras defensas. También existía la posibilidad de aterrizaje de tropas paracaidistas. Yo, personalmente, en estrecho contacto con Anthony Eden, ministro de la Guerra, me ocupé de atender a estas cuestiones.

El ministro de la Guerra y las secciones de ese ministerio, de acuerdo con las instrucciones que se nos habían transmitido, trazaron el plan defensivo que voy a exponer. Había ya formados siete grupos de brigadas móviles. Las divisiones que regresaban de Dunquerque fueron reconstituidas, equipadas tan de prisa como se pudo y destinadas a sus guarniciones. Con el tiempo, los siete grupos de brigadas quedaron absorbidos por las divisiones reorganizadas ya. Disponíamos, además, de catorce divisiones de tropas territoriales, compuestas de hombres de elevada calidad bélica, que llevaban nueve meses adiestrándose intensamente para la guerra y estaban parcialmente equipados. Una de esas divisiones —la 52— se hallaba presta para el servicio en ultramar. Había en formación una segunda división blindada y cuatro brigadas de tanques de ejército, pero sin carros. Teníamos asimismo la primera división canadiense, plenamente equipada.

Lo que faltaban no eran hombres, sino armas. De las bases y líneas de comunicaciones situadas al sur del Sena se pudieron retirar ochenta mil fusiles, con lo que, a mediados de junio, todo el personal combatiente de las fuerzas regulares poseía, por lo menos, un arma individual. Disponíamos de muy poca artillería de campaña, la cual escaseaba incluso en el ejército regular. Casi todas las nuevas piezas del 25 se habían perdido en Francia. Quedaban unas 500 piezas del 18, y morteros de 4,5 y 6 pulgadas. No había más que 103 tanques tipo crucero, 132 de infantería y 252

ligeros. Cincuenta de los tanques de infantería se hallaban en la metrópoli, en un batallón del Real Regimiento de Tanques, y los demás estaban distribuidos en las escuelas de instrucción. Jamás una gran nación se había encontrado tan inerme ante sus enemigos.

• • •

Desde el comienzo mantuve el más estrecho contacto con aquellos de mis antiguos amigos que ahora estaban al frente de los gobiernos del Canadá y África del Sur.

*Primer Ministro al señor Mackenzie King.* 5-VI-40

La situación británica ha mejorado mucho merced a la milagrosa evacuación del cuerpo expedicionario británico. Con eso tenemos en la isla un ejército más que capaz, cuando haya sido reequipado, de medirse con cualquier fuerza que pueda desembarcar aquí. La evacuación de Dunquerque ha sido, también, una prueba de fuerza entre las aviaciones inglesas y alemana. Los alemanes, a pesar de su número mucho mayor, no han logrado impedir la evacuación, y han sufrido pérdidas tres veces, por lo menos, superiores a las nuestras. Por razones técnicas, la aviación inglesa tendría muchas más ventajas en la defensa de la isla que operando allende el mar. El principal peligro que sigue en pie es el del ataque a las fábricas de aviación, pero si logramos que nuestra defensa sea tan fuerte que impida acercarse al enemigo no siendo de noche, no le será fácil al atacante bombardearnos con precisión. Siento, pues, sólida confianza en la capacidad inglesa para sostener la guerra, defender la isla y el Imperio y continuar el bloqueo.

No sé si será posible mantener a Francia en la guerra o no. Espero que, en el caso peor, los franceses sostendrán una gigantesca lucha de guerrillas. Estamos reconstituyendo con otras unidades el C.E.B.

Debemos tener cuidado de no dejar que los americanos piensen con excesiva complacencia en un derrumbamiento británico del que ellos pudieran salir herederos de la flota inglesa y de la misión de salvaguardar el Imperio Británico, con la excepción de la Gran Bretaña. Si los Estados Unidos se hallaran en guerra e Inglaterra fuese localmente vencida, es natural que los acontecimientos siguieran el curso indicado. Pero si Norteamérica continúa neutral y nosotros fuésemos arrollados, no puedo decir qué política adoptaría un gobierno germanófilo como el que aquí se formaría sin duda.

Aunque el Presidente es nuestro mejor amigo, hasta ahora ninguna ayuda práctica nos ha llegado de los Estados Unidos. No esperábamos que se nos enviase ayuda militar, pero tampoco se nos ha apoyado con una cantidad apreciable de destructores ni aviones, ni una escuadra americana ha visitado los puertos irlandeses del sur. Sería valiosísima cualquier presión que hiciera usted en ese sentido.

Estamos profundamente agradecidos a usted por su ayuda y por los [cuatro] destructores canadienses, que ya han entrado en acción contra un submarino. Atentamente.

Smuts, desde la lejana África del Sur, carecía de informes recientes sobre la defensa insular en el aire y, por lo tanto, examinaba la tragedia de Francia según las miras militares más ortodoxas. Aconsejaba, pues, «concentrarlo todo en el punto decisivo». Yo tenía la ventaja de conocer

los hechos y de contar con el pormenorizado consejo de Dowding, mariscal del Aire y jefe de la comandancia de cazas. Si Smuts y yo hubiésemos hablado media hora, y yo le hubiese presentado los datos oportunos, habríamos llegado a un acuerdo, como siempre que se debatieron entre nosotros grandes cuestiones militares.

*Primer Ministro al general Smuts.* 9-VI-40

Estamos haciendo todo lo que podemos, tanto en el aire como mediante el envío a Francia de divisiones tan pronto como quedan equipadas. Pero sería erróneo lanzar el grueso de nuestros cazas a esa batalla, ya que, cuando se pierda, como es probable que se perderá, quedaríamos sin medios de continuar la guerra. Creo que tenemos que cumplir un deber más duro y largo, aunque no exento de esperanzas. Resistiendo los ataques aéreos alemanes a esta isla —donde concentraremos muy poderosas fuerzas de caza y donde contamos derribar cuatro o cinco aparatos hostiles por cada uno de los nuestros— obtendremos ventajas muy superiores a las alcanzadas si peleamos en Francia. En este país, en efecto, nos vemos inevitablemente superados en número y raramente podemos lograr el promedio de dos aviones enemigos destruidos por cada uno de los nuestros. Por otra parte, allí nuestros aparatos son a menudo destrozados en los aeródromos, muy expuestos siempre al ataque enemigo.

Esta batalla no depende de la veintena o cosa así de escuadrillas de caza que pudiéramos transportar a Francia, con su personal y sus servicios, durante el venidero mes. Incluso si, usándolos, contuviésemos el enemigo, Hitler volvería inmediatamente toda su fuerza [aérea] contra nuestra indefensa isla y destruiría, con ataques diurnos, nuestros medios de futura producción aeronáutica. Los principios clásicos de la guerra, que usted menciona, quedan, en este caso, modificados por los datos cuantitativos reales. *Yo sólo veo un medio seguro de salir adelante, y consiste en que Hitler ataque este país y, al hacerlo, sufra la destrucción de su arma aérea.* Si ello sucede, Hitler habrá de afrontar el invierno con una Europa que se retorcerá bajo sus plantas y probablemente con los Estados Unidos vueltos contra él después de la elección presidencial.

Le quedo agradecidísimo por su cablegrama. No deje, mi antiguo y valiente amigo, de darme siempre sus consejos.

No siendo en lo atañente a desprendernos de nuestras últimas veinticinco escuadrillas de caza —en lo cual nos mostrábamos duros como el diamante— considerábamos el deber de ayudar al ejército francés como superior a toda otra reflexión. Según órdenes ya acordadas, el traslado de la 52 división a Francia debía comenzar el 7 de junio. Dichas órdenes se confirmaron. La tercera división, mandada por el general Montgomery, fue equipada en debida forma y asignada a Francia también. La primera división enviada por el gobierno canadiense, que se había concentradao en Inglaterra a principios del año y estaba bien armada, fue expedida, con pleno asenso de los gobernantes del Dominio del Canadá, a Brest, donde empezó a llegar el 11 de junio. No obstante, el enviarla en aquella fecha era ya lanzarla a una aventura sin esperanza. Las dos divisiones ligeras francesas evacuadas de Noruega fueron trasladadas también a su país, a la par que todas las unidades e individuos franceses que habíamos evacuado de Dunquerque.

En los primeros ocho meses de guerra habíamos enviado a Francia muy limitadas fuerzas. Pero a la sazón, en un momento en que Francia desfallecía y en que toda la furia del ataque alemán amenazaba descargar contra nosotros, enviamos a los franceses nuestras dos únicas divisiones realmente organizadas —la 52 división, de Lowland, y la primera canadiense—; y ello ha de ser acreditado en nuestro haber. Recordando ese hecho me asombra que, estando nosotros bajo un amago de invasión —además de resueltos a continuar la guerra—, tuviéramos el arrojo de prescindir de las únicas auténticas formaciones militares que poseíamos en favor de una Francia cuyo derrumbamiento era ya evidente. De todos modos, ello resultó posible porque nosotros conocíamos cuán difícil era cruzar el Canal sin dominar el mar ni el aire ni disponer de las necesarias naves de desembarco.

* * *

Aún teníamos en Francia, aquende el Somme, la 51 división escocesa, que había sido retirada de la Línea Maginot y estaba en buenas condiciones, más la 52 de Lowland, que se hallaba llegando a Normandía. Estaba destacada en Francia también nuestra primera —y única— división blindada, menos el batallón de tanques y el grupo de apoyo que habían sido enviados a Calais.

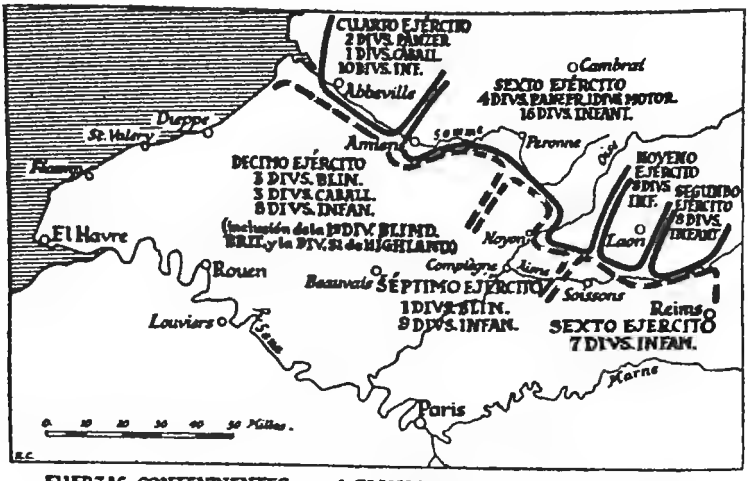
Esta división sufrió graves pérdidas en sus intentos de cruzar el Somme para ejecutar el plan Weygand. El día uno de junio la división estaba reducida a la tercera parte de sus efectivos y fue enviada más allá del Sena, para rehacerse. A la vez empezó a formarse un cuerpo denominado «Fuerza Beauman», consistente en elementos tomados de las bases y líneas de comunicación de Francia. Comprendía esa fuerza nueve improvisados batallones de infantería, armados principalmente con fusiles y con muy escasos aparatos antitanque. Carecía de medios de transporte y de servicios de transmisiones.

El décimo ejército francés, reforzado por este contingente británico, trataba de sostener la línea del Somme. La 51 división había de cubrir, sola, un frente de dieciséis millas, y el resto del ejército estaba sometido a una tensión no menos tremenda. El día 4 de junio esa fuerza, apoyada por una división francesa y tanques franceses, atacó la cabeza de puente que tenían los alemanes en Abbeville, pero sin éxito.

El 5 de junio principió la fase final de la batalla de Francia. El frente francés incluía el segundo, tercero y cuarto grupos de ejércitos. El segundo defendía el frente del Rin y la Línea Maginot; el cuarto se alineaba a lo largo del Aisne; y el tercero se escalonaba desde el Aisne a la desembocadura del Somme. Este tercer grupo de ejércitos comprendía los señalados con las denominaciones de sexto, séptimo y décimo ejércitos. Todas las fuerzas inglesas destacadas en Francia pertenecían al décimo ejército.

Tan inmensa línea, en la que formaban en aquel momento cosa de millón y medio de hombres, con un total de unas sesenta y cinco divisiones, estaba a punto de ser asaltada por ciento veinticuatro divisiones alemanas, también distribuidas en tres grupos de ejércitos, a saber: Sector coste-

ro, a las ordenes de Bock; sector central, a las órdenes de Rundstedt; y sector oriental, a las órdenes de Leeb. Esos grupos de fuerzas atacaron, respectivamente, los días 5, 9 y 15 de junio. En la noche del día 5 supimos que aquella mañana los alemanes habían lanzado una ofensiva en un frente de setenta millas, desde Amiens al camino de Laon a Soissons. Esta vez nos hallábamos ante una guerra desarrollada en vasta escala.




**FUERZAS CONTENDIENTES en el FLANCO OCCIDENTAL 5 Junio 1940**

Ya vimos que las fuerzas acorazadas alemanas se inmovilizaron durante la acción de Dunquerque, a fin de reservarse para la fase final de la contienda en Francia. A la sazón todo aquel conjunto blindado cayó sobre el débil, improvisado y vacilante frente francés, que se extendía desde París al mar. Aquí sólo procede relatar la batalla librada en el sector costero, que fue la acción en la que los ingleses tuvimos participación. El 7 de junio los alemanes renovaron su ataque y dos divisiones acorazadas avanzaron hacia Rouen con la mira de dividir en dos al décimo ejército francés. Así el cuerpo francés número nueve, situada a la izquierda y que incluía la división escocesa, dos divisiones francesas de infantería y dos divisiones de caballería, o sus restos, quedó separado del frente del décimo ejército. La «Fuerza Beauman», con el apoyo de treinta tanques británicos, intentó la defensa de Rouen. El 8 de junio esos elementos fueron rechazados hacia el Sena y por la noche los alemanes entraron en la ciudad. La 51 división, con las reliquias del noveno cuerpo francés, se halló aislada en la bolsa Rouen-Dieppe.

A nosotros nos había preocupado mucho el temor de que aquella división nuestra fuese empujada hacia la península del Havre, quedando separada del grueso de los ejércitos. El general Fortune, que la mandaba, tenía órdenes de retroceder, en caso necesario, en dirección a Rouen. El

mando francés, ya en vías de rápida desintegración, había prohibido tal movimiento. Reclamamos apremiante y repetidamente contra tal decisión, pero no fue en vano. Una obstinada negativa a reconocer los hechos condujo a la ruina del noveno cuerpo francés y de nuestra 51 división. El día 9 de junio, cuando ya estaban en Rouen los alemanes, nuestros soldados acababan de alcanzar Dieppe, treinta y cinco millas al norte. Y entonces, al fin, se recibieron órdenes de retirarse al Havre. Se dispuso una retaguardia que cubriese esa maniobra, mas antes de que el grueso de las tropas emprendiera la marcha, los alemanes se interpusieron. Atacando desde el este, alcanzaron el mar, y la mayor parte de la 51 división, así como muchos franceses, quedaron copados. Aquel caso evidenció una dirección militar muy torpe, porque el peligro era evidente desde tres días antes.

El día 10, después de empeñada lucha, la división escocesa, con el noveno cuerpo francés, retrocedió al sector de St. Valéry, esperando conseguir evacuar por mar. Entre tanto, todas nuestras fuerzas situadas en la península de Havre embarcaban con rapidez y sin dificultades. En la noche del 11 al 12 la bruma impidió a los buques evacuar las tropas cercanas en St. Valéry. Durante la madrugada del día 12 de junio los alemanes llegaron a los acantilados del sur, colocando a nuestras tropas bajo su fuego. En la ciudad se enarbolaron banderas blancas. El cuerpo francés capituló a las ocho de la mañana y los restos de la división escocesa se vieron obligados a hacer lo mismo a las diez y media. Sólo se libraron 1.350 oficiales y soldados ingleses y 930 franceses; los demás —ocho mil— cayeron prisioneros de los alemanes. Mucho me enojó que los franceses no permitieran a nuestra división retirarse a Rouen cuando aún era tiempo. El caso fue que la mantuvieron en espera, sin dejarla replegarse hacia El Havre ni hacia el sur; y de este modo la forzaron a rendirse a la par que los franceses. Triste fue el sino de la división escocesa, mas en años posteriores otros escoceses la sustituyeron y vengaron. Unida a la 9.ª escocesa, sus soldados participaron en las batallas que, comenzando en el Alamein, habían de conducir a la victoria final allende el Rin.

Paréceme oportuno imprimir aquí unos versos compuestos por el doctor Charles Murray durante la Primera Guerra Mundial:

*A media asta tremola la bandera*
*del castillo en que el Laird ha muerto ayer,*
*y muchas desgreñadas campesinas*
*a sus vecinas cuentan su viudez,*
*que son muchos los hombres que cayeron*
*la santa libertad por defender.*
*Mas al final el águila orgullosa*
*sin garras y sin plumas se ha de ver,*
*que cien mil bravos mozos abandonan*
*el campo, la oficina o el taller*
*para mostrar a amigos y enemigos*
*que Escocia fue ayer algo y algo hoy es.*

• • •

A las once de la mañana del 11 de junio llegó un mensaje de Reynaud, que había cablegrafiado al Presidente también. La tragedia francesa se acercaba a su punto culminante. Hacía varios días que yo venía propugnando una reunión del Consejo Supremo de Guerra Aliado. Mas ya no podíamos avistarnos en París. No se nos había hablado de las condiciones que allí reinaban. Las avanzadas alemanas estaban muy cerca. Con cierta dificultad conseguí que me citaran. No estábamos en momentos de andar con ceremonias. Necesitábamos saber lo que se proponían hacer los franceses. Reynaud me dijo que nos recibiría en Briare, cerca de Orleáns. La sede del gobierno se había trasladado de París a Tours. El alto cuartel general se hallaba instalado no lejos de Briare. Reynaud especificó el aeródromo en que yo debía aterrizar. Ordené que mi Flamingo estuviera presto en Hendon después de almorzar, y, tras obtener la aprobación de mis compañeros de gobierno en la reunión que celebró el Gabinete por la mañana, partí a cosa de las dos de la tarde. Antes de marchar envié este cablegrama al Presidente:

*Una ex personalidad naval al Presidente Roosevelt.* 11-VI-40

Los franceses han vuelto a llamarme, lo que significa que ha llegado el momento crítico. Ahora mismo salgo. Cualquier cosa que usted haga o diga en el sentido de ayudarnos, puede tener mucha importancia.

También nos preocupa lo que pueda pasar en Irlanda. Estoy seguro de que el despachar una escuadra americana a Berehaven nos haría infinito bien.

• • •

Aquél era mi cuarto viaje a Francia. Como las cuestiones militares iban a ser evidentemente las predominantes, pedí a Eden, ministro de la Guerra, que me acompañase, así como al general Dill, jefe ya del Estado Mayor Imperial, y desde luego a Ismay. Los aviones alemanes, a esta sazón, descendían hasta muy al sur del Canal, y nos fue preciso realizar un amplio rodeo.

Como la otra vez, el Flamingo llevaba una escolta de doce Hurricanes. Tras un par de horas de viaje nos posamos en una pequeña pista de aterrizaje. Había allí unos cuantos franceses. A poco llegó en coche un coronel. Procuré mostrarme jovial y sonriente, como siempre hago cuando sé que van mal las cosas, pero el francés no correspondió a estas muestras de simpatía. Le noté, por lo contrario, muy hosco. Comprendí inmediatamente cuánto había cambiado el ambiente, incluso por comparación a nuestra conferencia de París, una semana antes.

Después de breve espera fuimos conducidos a un «château» donde encontramos a Reynaud, al mariscal Pétain, al general Weygand, a Vuillemin, general del Aire, y a algunos otros, entre ellos el relativamente joven general De Gaulle, que acababa de ser nombrado subsecretario de Defensa Nacional. En la vía del ferrocarril estaba el tren en que se había instalado el cuartel general y en el que se acomodaron algunos de los miembros

de nuestro grupo. El edificio sólo poseía un teléfono, situado en el cuarto de aseo. El aparato funcionaba sin cesar, aunque con largas demoras y en medio de interminables gritos y repeticiones.

A las siete iniciamos la conferencia. El general Ismay tomó notas detalladas de ella. Yo me limito a reproducir mis impresiones, que no desacuerdan con lo registrado por Ismay. No hubo reproches ni recriminaciones. Nos hallábamos en presencia de hechos escuetos, y nada más. Los ingleses ignorábamos dónde estaba exactamente la línea del frente, y sentíamos inquietud pensando en que las fuerzas blindadas alemanas podían realizar algún empuje, acaso contra nuestras unidades.

La discusión se centró en las directrices que voy a exponer. Yo exhortaba al gobierno a defender París. Señalé cuán enorme poder de absorción ejercía sobre su ejército atacante una ciudad defendida casa por casa. Recordé al mariscal Pétain las noches que habíamos pasado juntos en su tren de Beauvais, en 1918, después del desastre del Quinto Ejército Británico, y le hablé de cómo él —sin mencionar al mariscal Foch— había restablecido la situación. También le hice memoria de cuando Clemenceau dijo: «Lucharé ante París, en París y detrás de París.» El mariscal, con mucha flema y dignidad, repuso que entonces él disponía de una masa maniobrera de sesenta divisiones de reserva, mientras ahora no tenía ninguna. Y añadió que en 1918 había en el frente sesenta divisiones británicas. Convertir París en un montón de ruinas no modificaría el resultado final.

A continuación el general Weygand expuso la situación militar, hasta tanto como él la conocía. Mencionó la batalla, muy fluida, que se libraba a cincuenta o sesenta millas de distancia y rindió un encendido tributo a las proezas del ejército francés. Solicitó que todos los refuerzos disponibles, y en especial hasta el último avión de las escuadrillas británicas de caza, fuesen lanzados a la batalla inmediatamente. «Aquí —dijo— está el punto decisivo. Y el momento decisivo es éste. Es erróneo dejar en Inglaterra escuadrilla alguna.» Pero yo, de acuerdo con la decisión del Gabinete inglés de Guerra —decisión tomada en presencia del mariscal del Aire Dowding—, respondí: «Ni éste es el punto decisivo, ni el decisivo momento. El momento llegará cuando Hitler arroje su Luftwaffe contra la Gran Bretaña. Si podemos mantener el dominio del aire y conservar los mares libres, como indudablemente los conservaremos, recuperaremos todos lo perdido y podremos devolvérselo a ustedes».[1]

Agregué que había que reservar a toda costa veinticinco escuadrillas de caza para la defensa de Inglaterra y el Canal. Hasta ese límite llegaríamos, mas sin pasar de él. Estábamos prestos a continuar la guerra, pasase lo que pasara, y creíamos poder hacerlo así durante un tiempo indefinido, pero ceder esas últimas escuadrillas era renunciar a toda posibilidad de supervivencia. Y al llegar a esto pedí que el general Georges, comandante en jefe del frente noroeste, y que se hallaba en los contornos, fuese llamado, lo que se hizo tal como yo deseaba.

Llegó, pues, el general Georges. Después de haberse enterado de todo lo tratado entre nosotros, confirmó, punto por punto, los informes que so-

1. Estoy agradecido al general Ismay por recordar estas palabras.

bre el frente francés y su situación nos había transmitido el general Weygand.

Yo insistí en mi plan de sostener una contienda de guerrillas. El ejército alemán —dije— no era tan fuerte como podía parecer en los puntos donde concentraba la fuerza de su choque. Si todos los ejércitos, todas las divisiones y todas las brigadas francesas luchaban contra el enemigo de su sector con el vigor máximo, podía refrenarse al enemigo y hacer llegar la lucha a un punto muerto. A esto me replicaron con referencia al pésimo estado de los caminos, que se hallaban llenos de refugiados que huían bajo el fuego de ametralladora de los aviones alemanes. Masas cada vez mayores huían a la desbandada, y el derrumbamiento del mecanismo del mando político y militar crecía con cada minuto que pasaba.

En un momento dado el general Weygand apuntó la posibilidad de que los franceses tuvieran que pedir un armisticio. Reynaud le atajó bruscamente, diciéndole: «Eso es asunto político.» Según las notas de Ismay, yo dije: «Si se cree que Francia agoniza y que su ejército debe capitular, no dejen de hacerlo pensando en nosotros, porque nosotros continuaremos la lucha siempre, siempre y siempre, hagan ustedes lo que hagan.» Cuando afirmé que el ejército francés, si peleaba, podía resistir el empuje de cien divisiones alemanas, Weygand replicó: «Y aunque fuera así, ¿qué? Otras cien divisiones se encargarían de invadir y vencer a Inglaterra. ¿Qué harían ustedes entonces?»

Respondí que yo no era un entendido en ciencia militar, pero que mis consejeros técnicos opinaban que el mejor método de oponerse a una invasión alemana de las Islas Británicas consistía en ahogar a tantos enemigos como fuera posible antes de desembarcar, y en machacar la cabeza de cuantos pusiesen pie en la costa. Weygand, sonriendo melancólicamente, contestó: «Admito, en todo caso, que es usted un buen obstáculo antitanque.»

Tales fueron las últimas palabras dignas de mención que recuerdo haberle oído. Ha de observarse que en el curso de toda aquella deplorable discusión yo me sentía agobiado por el hecho de que la Gran Bretaña, con sus cuarenta y ocho millones de habitantes, no había conseguido aportar a la lucha contra Alemania una contribución considerable, por lo que, hasta entonces, el noventa por ciento de los muertos y el noventa y nueve por cien de los sufrimientos habían sido padecidos por el pueblo francés.

Tras nuevas pláticas que duraron cosa de una hora, nos levantamos y fuimos a lavarnos las manos, mientras se servía la comida en la misma mesa de la conferencia. En ese intervalo yo hablé en privado al general Georges y empecé por proponerle la continuación de la lucha en todo el frente a la par que se emprendía una acción de guerrillas en las zonas montañosas. Después le sugerí el traslado a África, decisión que una semana antes me había parecido derrotista. Mi apreciado amigo Georges, que, aunque abrumado de responsabilidades directas, no había podido tener las manos libres para conducir a su modo los ejércitos franceses, no parecía juzgar muy esperanzadoras las posibilidades que yo le mencionaba.

He escrito con aparente ligereza acerca de los sucesos de aquellos días, pero entonces todos padecimos verdaderas torturas mentales y espirituales.

* * *

Hacia las diez, nos sentamos a comer. Yo me sentaba a la derecha de Reynaud y a mi otro lado se acomodaba el general De Gaulle. La comida consistió en sopa, una tortilla o algo parecido, café y vino flojo. Incluso en aquel momento en que nos dominaba la tribulación dimanada de la amenaza alemana, seguíamos tratándonos muy amistosamente unos a otros. Pero entonces sobrevino un episodio que no quiero dejar de mencionar. El lector recordará la importancia que yo había dado al hecho de que se atacase duramente a Italia en cuanto ésta entrase en la guerra. Se había llegado a un acuerdo, con pleno asentimiento de los franceses, para trasladar una fuerza de bombarderos pesados británicos a los aeródromos franceses cercanos a Marsella, con el objetivo de atacar Turín y Milán. Ya todo estaba listo para el asalto.

Apenas nos habíamos sentado a la mesa, el mariscal del Aire Barratt, jefe de la aviación británica en Francia, telefoneó a Ismay para notificarle que las autoridades locales francesas se oponían al despegue de los bombarderos británicos, fundándose en que el ataque a Italia provocaría represalias contra el sur de Francia, represalias que los franceses no estaban en condiciones de impedir. Reynaud, Weygand, Eden, Dill y yo nos levantamos de la mesa. Tras breve discusión, Reynaud aceptó que se dieran órdenes a las autoridades francesas interesadas, mandándoles que no se opusieran a que los aviones británicos remontasen el vuelo. Pero, más entrada la noche, el mariscal Barratt volvió a informarnos de que los franceses que había cerca de los aeródromos habían hecho pasar a las pistas de aterrizaje muchos carros y camiones, lo que impidió despegar a nuestros bombarderos.

Dejamos en definitiva la mesa donde habíamos comido y pasamos a tomar café y coñac. Entonces Reynaud me dijo que el mariscal Pétain afirmaba que era menester que Francia firmase un armisticio. Había Pétain escrito, al propósito, un papel que deseaba que Reynaud leyera. «Pero —agregó Reynaud— no me lo ha entregado aún. Le avergüenza hacerlo.» Yo creo que Pétain debiera también haberse sentido avergonzado cuando apoyó la demanda que el general Weygand hacía, a efectos de que renunciáramos a nuestras postreras escuadrillas de caza. Porque téngase en cuenta que el mariscal lo creía todo perdido y había llegado a la conclusión de que Francia debía rendirse. En fin, nos acostamos, muy angustiados, unos en los lechos de aquel caótico castillo, y otros en el tren militar que esperaba a unas cuantas millas de distancia. El día 14 los alemanes entraron en París.

* * *

Reanudamos la conferencia muy de mañana. Estaba presente el mariscal del Aire Barratt. Reynaud renovó la petición de que se instalaran en

Francia otras cinco escuadrillas de aparatos ingleses de caza. El general Weygand añadió que necesitaba con apremio bombarderos diurnos que pudieran suplir su carencia de tropas. Les aseguré que la cuestión de aumentar nuestro apoyo aéreo a Francia sería examinada minuciosamente y con simpatía por el Gabinete inglés de Guerra tan pronto como yo regresara a Londres. Pero una vez más insistí en que constituiría un error esencial desproveer a nuestra metrópoli de un mínimo de defensas. Al finalizar aquella reunión, yo planteé las siguientes preguntas concretas:

I. La masa urbana de París y sus suburbios, ¿no ofrecería un obstáculo capaz de dividir y retardar al enemigo, como pasó en 1914, o como, más recientemente, sucedió en Madrid?

II. ¿No podría el tiempo ganado servir para organizar un contraataque francés e inglés en el Sena inferior?

III. Si terminara el período de guerra coordinada, ¿no significaría ello una dispersión de las fuerzas enemigas en proporciones iguales o casi iguales a la dispersión de las nuestras? ¿No cabría emprender una guerra de columnas aisladas y de ataques sobre las comunicaciones enemigas? ¿Tenía el enemigo recursos suficientes para guarnecer todos los países conquistados así como gran parte de Francia, a la vez que combatía con el ejército francés y con la Gran Bretaña?

IV. ¿No sería posible prolongar de ese modo la resistencia hasta que interviniesen los Estados Unidos?

El general Weygand concordaba con la idea de un contraataque en el Sena Inferior, pero se apresuró a añadir que no disponía de fuerzas suficientes para ejecutarlo. A su juicio —explicó— los alemanes tenían tropas suficientes para la ocupación de los países vencidos y de gran parte de Francia. Reynaud agregó que los alemanes habían, desde el comienzo de la guerra, reclutado cincuenta y cinco divisiones nuevas y construido de cuatro a cinco mil tanques más. Por lo que a lo último se refería, Reynaud exageraba enormemente.

Como conclusión expresé mi esperanza de que, si se producía algún cambio en la situación, el gobierno francés no dejaría de advertir de ello al Gabinete británico, a fin de que unos y otros pudiésemos reunirnos en algún lugar conveniente antes de que los franceses adoptasen cualquier decisión final sobre la segunda fase de la guerra.

Luego nos despedimos del mariscal Pétain, del general Weygand y del alto cuartel general francés. No volví a ver a ninguno de aquellos hombres. Antes de irme llamé aparte al almirante Darlan y le dije: «No deje, Darlan, que en ningún caso se apodere el enemigo de la escuadra.» Darlan prometió solemnemente que jamás lo permitiría.

• • •

La mañana, muy nublada, impidió a los doce Hurricanes escoltarnos en debida forma. Teníamos que optar entre esperar a que el cielo se despejase, o partir solos con el Flamingo. Se nos afirmó que las nubes persistirían en toda la ruta. Y era urgente que retornásemos a Inglaterra. Partimos, pues, sin los Hurricanes, enviando a la isla un mensaje en el que pe-

dimos que, si ello era posible, saliese una escolta a nuestro encuentro en el Canal.

Al acercarnos a la costa, el cielo empezó a clarear y pronto no hubo ni rastro de nubes. Volábamos a ocho mil pies de altura. A nuestra mano derecha, ardía El Havre. El humo se decantaba hacia el este. No se veía ninguna nueva escolta. Advertí que el capitán del aparato celebraba consultas con sus compañeros. De pronto descendimos hasta cosa de treinta metros sobre el mar, altura que por lo general torna invisibles a las aeroplanos.

¿Qué había sucedido? Supe más tarde que los tripulantes del Flamingo habían visto, bajo nosotros, a dos aviones alemanes que se entretenían ametrallando barcos pesqueros. Suerte fue para nosotros que los pilotos alemanes no mirasen hacia arriba... Al fin la nueva escolta se nos incorporó cuando ya nos aproximábamos a la costa inglesa, y el fiel Flamingo tomó tierra en Hendon, sin novedad.

• • •

A las cinco de aquella tarde informé al Gabinete de Guerra de los resultados de mi gestión.

Describí la situación de los ejércitos franceses tal como nos la pintara el general Weygand. Seis días llevaban las tropas de Francia luchando día y noche, y se encontraban exhaustas por completo. El ataque enemigo, desencadenado por ciento veinte divisiones dotadas de poderosos elementos acorazados, había hecho recaer su ímpetu sobre cuarenta divisiones francesas, que se vieron desbordadas y rebasadas en todos los puntos. Las fuerzas blindadas del enemigo habían producido una gran desorganización entre los cuarteles generales de las formaciones de orden superior, que eran poco flexibles y se habían visto incapacitadas para fiscalizar los movimientos de las unidades de menor categoría. A la sazón, los ejércitos franceses se hallaban en la última línea desde la que cabía oponer una resistencia organizada. Y esa línea había sido perforada por dos o tres lugares y, si se derrumbaba en conjunto, el general Weygand no respondía de lo que pudiera pasar en caso de continuar la pelea.

Era evidente que el general Weygand no creía en la posibilidad de continuar combatiendo. En cuanto al mariscal Pétain parecía empeñado en que se hiciera la paz. Opinaba que Francia estaba siendo sistemáticamente destruida por los alemanes y que su deber consistía en salvar de tan dura suerte el resto de su país. Mencioné a mis colegas el memorándum que Pétain redactara a ese respecto y que había mostrado a Reynaud, aunque sin entregárselo.

«No hay duda —añadí— de que Pétain es hombre peligroso en este trance. Siempre ha sido un derrotista, incluso en la guerra anterior.»

Por otra parte, Reynaud parecía enteramente determinado a seguir la lucha, y el general De Gaulle, que había asistido a la conferencia con Reynaud, se pronunciaba en favor de emprender una guerra de guerrillas. De Gaulle, joven y enérgico, me había producido una impresión muy favorable. Me parecía muy probable que, si la actual línea francesa se desploma-

ba, Reynaud resolviera entregar a De Gaulle el supremo mando. El almirante Darlan, a su vez, había declarado que nunca entregaría al enemigo la escuadra francesa. En último caso, afirmaba, la enviaría al Canadá. Pero en eso podían sobreponerse a él los políticos franceses.

Era obvio que Francia estaba llegando al fin de su resistencia organizada y que se iba a cerrar un capítulo de la guerra. En algunos aspectos los franceses podían continuar combatiendo. Incluso cabía que se formaran dos gobiernos franceses, uno de los cuales haría la paz, mientras otro, contando con la resistencia organizada de las colonias francesas, podía proseguir la lucha en el mar mediante la flota y en la metrópoli mediante una lucha de guerrillas. De todos modos, era prematuro asegurar nada. Durante cierto período podíamos enviar todavía nuevas ayudas a Francia, pero debíamos concentrar ya nuestros principales esfuerzos en la defensa de nuestra isla.

## CAPÍTULO VIII

## LA DEFENSA METROPOLITANA

### JUNIO

*Intenso esfuerzo británico. — Peligros inminentes. — La cuestión de los «comandos». — Se transforma el nombre de la organización de Voluntarios de Defensa Local en el de Guardia Metropolitana. — Falta de medios de ataque a los tanques enemigos. — La instalación experimental del comandante Jefferis. — Un nuevo tipo de bomba: la «pegadiza». — Ayuda a los franceses libres del general De Gaulle. — Medidas para la repatriación de otras tropas francesas. — Cuidado de los franceses heridos. — Tropas británicas dedicadas al adiestramiento intensivo. — La Prensa y las incursiones aéreas. — Peligro de que los alemanes utilizaran las fábricas europeas ocupadas. — Problemas de la India y el Oriente Medio. — El proyecto de armar a los colonos judíos de Palestina. — Progresos de nuestro plan de defensa. — El gran obstáculo antitanque y otras medidas.*

El lector que en los años futuros repase estas páginas, podrá comprender bien cuán denso y desconcertante es el velo que oculta lo desconocido. Ahora, a la plena luz del tiempo pasado, fácil es ver las cosas en que procedimos como ignorantes o nos alarmamos en exceso, así como aquellas otras en que fuimos torpes o negligentes. Dos veces en dos meses fuimos completamente tomados por sorpresa. El asalto y dominio de Noruega y la ruptura del frende de Sedán, con todo lo que a ello siguió, mostraron el tremendo poder de la iniciativa alemana. Cabía hacerse esta pregunta: ¿qué otras cosas tenían los enemigos preparadas, organizadas y previstas hasta la última pulgada? ¿No era dable que descendieran sobre nosotros, como llovidos del cielo, esgrimiendo nuevas armas, desarrollando un plan perfectamente ultimado y desplegando una fuerza arrolladora que pusiese el pie en una docena de puntos de desembarco de nuestra inerme isla? Por otra parte, ¿no preferirían caer sobre Irlanda? Muy necio hubiera sido quien, razonando la situación, por bien que razonara, dejase de pensar en la conveniencia de aprestarse contra cualquier posibilidad verosímil.

El doctor Johnson dice: «Téngase la certeza de que cuando un hombre está seguro de ir a ser ahorcado dentro de quince días, esta circunstancia le hace concentrar maravillosamente sus poderes mentales.» Yo tenía y

tuve siempre la certeza de que íbamos a ganar la guerra, pero, con todo, me inquietaba en extremo la situación y celebraba no poco el que estuviera en mi mano llevar a la práctica mis opiniones al respecto.

El 6 de junio fue para mí un día de gran actividad. Por la mañana, mientras me hallaba dictando desde el lecho y reflexionando en el sombrío horizonte que se me presentaba, todos mis asuntos estuvieron consagrados a una multiplicidad de variados temas sobre los que me era menester dar instrucciones.

Ante todo llamé al ministro de Suministros (el señor Herbert Morrison) y le pedí informes acerca de los avances de varios asuntos conectados con nuestros cohetes y espoletas ultrasensibles destinados a la lucha contra la aviación. Se habían hecho al efecto algunos progresos. También llamé al ministro de Producción Aeronáutica (lord Beaverbrook) y le solicité que me diera noticias todas las semanas sobre el planeamiento y producción de miras automáticas para las bombas; de elementos de descubrimiento por radio de la dirección de los aviones que volasen a baja altura; y de otros dispositivos relacionados con la interceptación de los aparatos enemigos. Obré así en mi deseo de atraer la atención de los dos nuevos ministros y de sus extensos departamentos, a los temas referidos, que me interesaban sobremanera. Rogué al Almirantazgo que cediera temporalmente a la comandancia de cazas un mínimo de cincuenta pilotos adiestrados o a medio adiestrar. Cincuenta y cinco fueron, de hecho, los que participaron en la futura gran batalla aérea. Ordené que se esbozara un plan tendente al bombardeo de Milán y Turín si Italia entraba en guerra contra nosotros. Encargué al ministerio de la Guerra un proyecto de organización de una brigada holandesa, de acuerdo con los deseos del gobierno exiliado de Holanda. Aparte de esto, dije al ministro de Asuntos Exteriores que había de adoptar medidas para reconocer al gobierno exiliado de Bélgica como única autoridad constitucional belga, con prescindencia del rey prisionero; y también para alentar la movilización de Yugoslavia como contrapeso a la amenaza italiana. Di instrucciones tendentes a que los aeródromos de Bardufosse y Skaarnlands, construidos por nosotros en la zona de Narvik y que estábamos a punto de abandonar, fuesen trocados en inservibles durante el más largo tiempo posible por el procedimiento de enterrar en ellos bombas de explosión retardada. Recordé a mis colegas la eficacia con que, empleando métodos análogos en los ferrocarriles, los alemanes demoraron nuestro avance en 1918, cuando ellos emprendieron su retirada final. Por desgracia, no teníamos cantidad alguna de bombas de acción retardada. La inminente hostilidad italiana hacía que me preocupase no poco la suerte de los barcos que se hallaban en el puerto de Malta en diversas fases de reparación. Escribí al ministro de Suministros una larga epístola concerniente al aserraje de madera y a la producción en el país. Éste era uno de los medios más eficaces para reducir el tonelaje de nuestras importaciones. Además, no nos llegaría madera de Noruega en muy largo tiempo.

Me acuciaba también el afán de disponer de más tropas regulares para reorganizar y ampliar el ejército. No son milicias heroicas las que ganan las guerras.

*Primer Ministro al ministro de la Guerra.* 6-VI-40

1. Hace más de quince días que, según me dijeron, iban a venir de la India ocho batallones, que llegarían a este país cuarenta y dos días después de que se diesen las órdenes oportunas. Esas órdenes fueron dadas. Pero hasta el 6 de junio [es decir, hoy] los primeros ocho batallones no han salido de la India para emprender su viaje por El Cabo, y no llegarán hasta el 25 de julio.

2. Los australianos vienen en barcos grandes, pero al parecer han perdido una semana en la ciudad del Cabo y sólo viajan dieciocho nudos por hora, en vez de veinte, como se me aseguró que era posible. Se cuenta que estén aquí hacia el 15. ¿Es así? En todo caso, en cuanto lleguen los barcos grandes deben ser cargados de territoriales —cuanto más, mejor, y a ser posible doce batallones— que serán enviados a la India a toda velocidad. Tan pronto como arriben a la India, los barcos deben cargar otros ocho batallones regulares destinados a este país, y el viaje debe realizarse a la mayor celeridad posible. Desde aquí llevarán un nuevo contingente de territoriales a la India. Más tarde pueden discutirse otros traslados futuros... Cuanto pido ahora es que los buques vayan y vengan a toda velocidad.

3. Siento mucho la paralización virtual que ciertas objeciones locales han impuesto a los batallones de Palestina. Es muy natural que el general Wavell considere la situación desde su punto de vista propio. Mas aquí pensamos en organizar, hasta tanto como nos sea posible, un buen ejército que remedie nuestro lamentable fracaso cuando se trató de ayudar a Francia con un cuerpo expedicionario británico durante el primer año de guerra. ¿Se hace usted cargo de que en la guerra anterior pusimos en acción en el primer año cuarenta y siete divisiones, y divisiones de a doce batallones cada una, más uno de gastadores, y no de nueve batallones, como ahora? Somos, de hecho, víctimas de un ministerialismo caduco y débil.

4. Gracias al salvamento del cuerpo expedicionario británico, he accedido a que los ocho batallones de Palestina sean relevados por ocho de soldados indígenas de la India, siempre que éstos sean enviados sin demora; pero no me da usted plazo para ello. Tampoco he recibido aún informe alguno acerca de si es posible enviar esos batallones británicos y los indios que los relevan por Bassora y el Golfo Pérsico.

¿Tendrá la amabilidad de hacerme saber eso ante todo?

5. También estoy dispuesto a estudiar, como opción alternativa, o medida inmediata, el envío a la metrópoli del resto del cuerpo australiano. Sírvase enviarme una nota al respecto, señalándome especialmente las fechas en que puedan realizarse los adecuados movimientos.

6. No debe usted suponer que desconozco la situación del Oriente Medio. Muy al contrario, opino que debemos sacar tropas de la India en escala mucho mayor. Un incesante fluir de unidades indias debe pasar a Palestina y Egipto por la ruta de Bombay y por la del desierto, a través de Karachi. En la ocasión presente la India no está haciendo nada que merezca mención especial. En la guerra anterior todas las tropas regulares británicas acudieron desde la India en los primeros nueve meses (y en número muy superior al de ahora), además de lo cual un Cuerpo Indio estaba, ya para Navidad, peleando en Francia. Por comparación a lo que hicimos hace veinte años, se patentizan harto bien nuestra flojedad, lentitud y falta de comprensión y estímulo. Creo en verdad que usted, Lloyd y Amery deben procurar que nuestros asuntos de Oriente Medio salgan de la catalepsia en que se han desplomado.

• • •

En aquella ocasión toda Inglaterra trabajó y se esforzó hasta el límite extremo y se mostró tan unida como nunca. Hombres y mujeres se afanaban en las máquinas y empuñaban las herramientas de los establecimientos industriales, ahincándose hasta caer al suelo desvanecidos y haber de ser llevados a sus casas, a la par que otros acudían a suplirles en sus puestos. Las personas de ambos sexos sólo exteriorizaban un deseo: poder empuñar un arma. El Gabinete y el Gobierno se hallaban mutuamente unidos por vínculos que aún recordamos todos con nostalgia. El pueblo no parecía evidenciar temor alguno y los representantes que tenía en el Parlamento acreditaban ser dignos de esa actitud general. Desde luego, no habíamos sufrido lo que sufriera Francia bajo el asalto alemán. Nada impresiona tanto a los ingleses como una amenaza de invasión, hecho nunca ocurrido en los últimos mil años. Grandes masas de gentes se sentían resueltas a vencer o morir. No hacía falta elevar sus ánimos a fuerza de oratoria. Todos se alegraban de oírme expresar sus opiniones y dar buenas razones para justificar lo que el pueblo iba a hacer. La única divergencia consistía en que algunos querían realizar más de lo que era posible, presumiendo que el frenesí podía acelerar la acción.

Nuestra determinación de enviar otra vez a Francia las dos únicas divisiones bien armadas que teníamos, aumentaba más aun la necesidad de tomar el máximo de medidas tendentes a defender la isla contra un asalto directo. En la metrópoli el peligro más inminente, en apariencia, era el de que sobreviniesen aterrizajes de paracaidistas. No obstante, todavía hubiese sido peor el desembarco de fuerzas alemanas de tanques, relativamente pequeñas quizá, pero dotadas de gran movilidad. Esas unidades podían desorganizar nuestras defensas, como lo habían efectuado en Francia. Así yo, en estrecho contacto con el ministro de la Guerra, centraba más cada vez mis pensamientos y mis órdenes en todo lo que atañía a la defensa local. El hecho de que mandáramos tantos elementos a Francia, acrecía la precisión de sacar el mejor partido posible de los que nos quedasen.

*Primer Ministro al general Ismay.* 18-VI-40

Me agradaría recibir informes sobre:

1. Las baterías y vigilancia costera.
2. La obstrucción de los puertos y ensenadas fortificadas (es decir, la construcción de defensas terrestres).
3. Cuáles son las tropas disponibles para acudir inmediatamente en socorro de las avanzadas.
4. Las columnas móviles y grupos de brigadas.
5. La reserva general.

Es conveniente que alguien me explique cuál es el estado de esas diferentes fuerzas, sin omitir los cañones disponibles en cada zona. He dado órdenes para que el octavo regimiento de tanques sea dotado inmediatamente de tanques de infantería y tanques-crucero, hasta que la unidad cuente con cincuenta y dos nuevos tanques, todos bien blindados y bien artillados. ¿Qué se ha hecho con la producción de tanques de este mes y del pasado? Procure asegurarse de que no vaya a languidecer en los arsenales, sino que pase rápidamente a las tropas. El encargado de este asunto es el general Carr. Que él nos informe.

¿Qué opina el comandante en jefe acerca de las tropas de asalto? Nosotros siempre nos hemos opuesto a la idea de organizarlas, pero en la guerra anterior los alemanes las utilizaron con ventaja, y esta vez ésa ha sido la causa principal de su victoria. Debe haber al menos veinte mil soldados de asalto, o «leopardos» [el nombre que se les dio al fin fue el de «comandos»] y han de reclutarse entre las unidades existentes. Esos hombres estarán preparados a lanzarse con todo ímpetu contra cualquier fuerza que aterrice o desembarque en la isla. Los oficiales y soldados de tal cuerpo habrán de ser armados con material de último modelo, como pistolas ametralladoras, granadas, etc., y se les deben proporcionar las mayores posibilidades en materia de motocicletas y carros blindados.

• • •

Ya hablé del plan de Eden referente a la recluta de Voluntarios de Defensa Local. La idea, propuesta al Gabinete el día 13 de mayo, alcanzó inmediato éxito en todas las regiones del país.

*Primer Ministro al ministro de la Guerra.* 22-VI-40

Deseo tener informes sobre el Cuerpo de Voluntarios de Defensa Local, y saber los progresos hechos en punto a reclutarlos y armarlos. ¿Se piensa en ellos como fuerzas de observación, o se les destina a pelear seriamente? ¿Cuáles son sus relaciones con la policía, el mando militar y los comisarios regionales? ¿De quién reciben sus órdenes y a quiénes dan sus partes? Sería altamente conveniente que todo lo que concierne a eso se condensara en una o dos hojas de papel.

Yo me había apegado siempre al nombre de «Guerra Metropolitana.» En octubre de 1939 incluso había propuesto esa denominación.

*Primer Ministro al ministro de la Guerra.* 26-VI-40

No me gusta mucho el nombre de Voluntarios de Defensa Local dado a la nueva y considerable fuerza propuesta por usted. La palabra «local» es poco atractiva. El señor Herbert Morrison me ha sugerido hoy el nombre de «Guardia Cívica», pero yo encuentro mejor otro: el de «Guardia Metropolitana». El hecho de haber fabricado ya brazaletes, etc., no debe hacernos vacilar en el cambio si se juzga que el apelativo de «Guardia Metropolitana» es más eficaz.

*Primer Ministro al ministro de la Guerra.* 27-VI-40

Confío en que le haya satisfecho mi propuesta de cambiar el nombre «Voluntarios de Defensa Local», que parece relacionado con la gobernación local y la local autonomía, por el de «Guardia Metropolitana». En mis consultas de ayer hallé que a todos les agrada este apelativo.

En consecuencia, se cambió la denominación de la nueva fuerza, y la poderosa organización, que llegó a contar cerca de medio millón de hom-

bres y fue gradualmente adquiriendo buenas armas, continuó prosperando.

* * *

En aquellos días mi temor principal era uno: el de que desembarcasen en nuestras costas tanques alemanes. Dado que mi mente se fijaba con predilección en la idea de ver desembarcar tanques en nuestras orillas, parecíame natural que el enemigo no dejara de pensar en lo mismo. Y era el caso que apenas teníamos piezas ni municiones anti-tanque, ni siquiera artillería de campaña.

El trance en que nos encontrábamos cuando se trataba de la posibilidad de enfrentarnos con aquel peligro, puede colegirse por el episodio que voy a citar. Una vez visité las costas de la bahía de St. Margaret, no lejos de Dover. El brigadier que mandaba el sector me manifestó que sólo tenía tres cañones antitanque en su brigada, que defendía de cuatro a cinco millas de longitud de una ribera particularmente amenazada. Por ende, el militar añadió que cada pieza antitanque sólo disponía de seis cargas. ¿Cabía, me preguntó con aire un tanto retador, autorizar a sus hombres para que consumiesen una sola carga a fin de que supiesen, al menos, cómo funcionaba el arma? Repliqué que no podíamos permitirnos el lujo de gastar proyectiles en prácticas de fuego, y que éste sólo debía abrirse en el último momento y a poquísima distancia.

No estábamos, pues, en ocasión idónea para hacer las cosas y planear remedios por los cauces ordinarios. Resolví obtener ideas rápidas a propósito de cualquier buena idea defensiva, librándola de los enojosos trámites ministeriales. Para ello resolví poner bajo mi propia dirección, como ministro de Defensa que era, las instalaciones experimentales montadas por el comandante Jefferis en Whitchurch. Cuando, en 1939, estudiábamos el lanzamiento de minas fluviales, yo había entrado ya en contacto con aquel inteligente oficial, cuya mentalidad ingeniosa e inventiva nos fue, como luego se verá, de gran utilidad durante la guerra. Lindemann mantenía estrecho trato con él y conmigo. Yo empleaba la inteligencia de aquellos hombres, respaldándola con mi autoridad. El comandante Jefferis y otros relacionados con él trabajaban en la construcción de una bomba que, arrojada sobre un tanque, por ejemplo desde una ventana, se adhiriese a él y lo destruyera. El impacto de un explosivo muy concentrado con una lámina de acero, causa efectos particularmente devastadores. Nosotros planeábamos que grupos de abnegados militares y civiles se acercaran al tanque y lanzaran la bomba desde cerca, incluso aplicándola directamente y perdiendo la vida en el empeño. Indudablemente había muchos hombres capaces de tal hazaña. Parecíame también cosa realizable disparar la granada con fusil, utilizando un dispositivo especial y una carga reducida.

*Primer Ministro al general Ismay.* 6-VI-40

Es de la mayor importancia encontrar algún proyectil que pueda ser lanzado con fusil contra los tanques, como una granada de fusil o de fusil anti-

tanque, o como una bomba de mortero de trinchera. Parece que la bomba pegadiza que estamos planeando podría ser útil para el primero de los fusiles mencionados, pero acaso no ocurra así. En cualquier caso concentre usted su atención sobre algún proyectil arrojable con fusiles antitanque u ordinarios.

Insistí más aún en el asunto.

*Primer Ministro al general Ismay.* 16-VI-40

¿A quién le corresponde la responsabilidad de encargarse de la bomba que tenemos en proyecto? Se me dice que hay cierta lentitud en la prosecución de este asunto. Pida al general Carr que me informe hoy mismo de la situación y me envíe en un pliego de papel la historia de este tema desde que se planteó por primera vez.

La cuestión ha de hacerse progresar de día en día. Cada tres deseo recibir informes.

*Primer Ministro al general Ismay.* 24-VI-40

Hace días le pasé una nota sobre la cuestión de las bombas pegadizas. Todos los preparativos para la fabricación deben hacerse incluso antes de que se obtengan ulteriores ensayos fructuosos. Envíeme datos y fechas que me muestren la causa de las dilaciones sobrevenidas en un asunto de tanta urgencia.

*Primer Ministro al general Ismay.* 24-VI-40

Tengo entendido que los ensayos no han sido enteramente felices y que la bomba no ha logrado adherirse a los tanques cubiertos de polvo y barro. Habrá, pues, que inventar una sustancia más adherente. El comandante Jefferis debe perseverar en eso.

Si los funcionarios culpables de haber demorado la consecución de esta bomba empiezan con dificultades, fundándose en que no se ha tenido éxito ahora, consideraré la cuestión con gran disfavor.

Al fin la bomba «pegadiza» fue aceptada como una de nuestras mejoras armas de urgencia. En la metrópoli no llegamos a usarla, pero en Siria, donde prevalecían condiciones de igual primitividad, se acreditó de muy valiosa.

• • •

Era obvio que nos convenía esforzarnos al máximo en la constitución de fuerzas francesas que ayudaran al general De Gaulle en la tarea de mantener viviente la auténtica personificación de Francia.

*Primer Ministro al Primer Lord del Almirantazgo y a otros ministros de servicios armados.* 27-VI-40

1. El personal naval francés concentrado en el campamento de Aintree asciende a 13.600 hombres, más los 5.530 militares de Trentham Park y los 1.900 de Arrow Park. Esas fuerzas, con las que hay sueltas en Blackpool, deben repatriarse inmediatamente a territorio francés, es decir, a Marruecos, en los barcos franceses que tenemos en nuestro poder.

2. Esas tropas han de ser enviadas al África Francesa, porque todos los puertos metropolitanos franceses están en manos alemanas. El gobierno francés dispondrá los ulteriores movimientos de tales unidades.

3. No obstante, si algún francés desea permanecer aquí para luchar contra Alemania, debe manifestarlo inmediatamente. Ha de cuidarse de que ningún oficial ni soldado francés sea enviado a Francia contra su voluntad. Los barcos deberán estar listos mañana. Los soldados embarcarán al mando de sus propios oficiales, llevando consigo sus armas personales, pero tan pocas municiones como sea posible. Respecto a sus pagas ha de resolverse algún expediente para satisfacerlas. El material francés que haya en los barcos-transporte de Narvik, será recogido por nosotros, así como las municiones del «Lombardía» y otros buques, como compensación a los gastos en que vamos a incurrir.

4. Han de prestarse los mayores cuidados a los franceses heridos. Todo el que pueda ser trasladado sin peligro, será enviado, si es posible, directamente a Francia. Interróguese al gobierno francés para que nos informe de dónde desea que le entreguemos sus heridos y de si pueden utilizarse, de acuerdo con los alemanes, puertos metropolitanos franceses para el desembarco. Si no, óptese por Casablanca. Todos los heridos graves serán curados en Inglaterra.

5. Aparte de los voluntarios que, por estar comprendidos en los grupos mencionados, deseen permanecer en la Gran Bretaña, puede haber muchos individuos que hayan venido aquí proponiéndose continuar la lucha. También a éstos debe dárseles la opción de regresar a Francia, o de servir en las unidades francesas puestas a las órdenes del general De Gaulle, a quien hemos de informar de nuestras decisiones, proporcionándole razonables facilidades para que pueda reunir a sus elementos. He renunciado a la esperanza de que el general dirija los cuerpos ya organizados, porque la moral de éstos ha decaído muy de prisa.

Yo ansiaba que nuestro ejército recobrase su capacidad y sus cualidades combativas, pero ello al principio quedó obstaculizado por la circunstancia de que muchos soldados estaban retenidos por la necesidad de fortificar sus propias localidades o los sectores de la costa.

*Primer Ministro al ministro de la Guerra.* 25-IV-40

Es sorprendente que sólo 57.000 hombres [civiles] estén ocupados en esas obras [de defensa]. Temo que, además, se empleen demasiados soldados en las fortificaciones. En el momento presente debieran estar siendo instruidos y adiestrados durante no menos de ocho horas al día, incluyendo una parada todas las mañanas. Toda la mano de obra necesaria debe buscarse en los elementos civiles. He encontrado cosa extremadamente difícil ver ni siquiera un solo batallón formado durante mi visita a East Anglia. Las

tropas de combate de los grupos de brigadas no deben ser utilizadas para defender puntos vulnerables, ni para construir fortificaciones. Naturalmente, no cabe hacer de un solo golpe un cambio como éste, pero me agradará recibir propuestas de usted tendentes a efectuarlo tan pronto como sea posible.

• • •

*Primer Ministro al ministro de Información.* 26-IV-40

Se debe rogar a la Prensa y a la Radio que traten los asuntos relativos a las incursiones aéreas de una manera indiferente y como si fuese una cosa de interés público, sí, pero en tono menor. Los hechos deben registrarse sin darles una excesiva preeminencia ni aplicarles grandes titulares. La gente debe acostumbrarse a considerar los ataques aéreos como una cosa natural de la vida cotidiana. No se deben mencionar con precisión las localidades afectadas. Tampoco deben publicarse fotografías de las casas dañadas, salvo si hay en ellas algún interés peculiar, o bien para probar la manera de funcionar de los refugios Anderson. Ha de comprenderse con claridad que la gran mayoría de la gente no queda afectada ni en lo más mínimo por ninguna incursión aérea aislada, y apenas recibiría la menor mala impresión si los aspectos de esos ataques no les fueran puestos ante los ojos. Todos deben aprender a considerar las alarmas y ataques aéreos como una cosa tan natural como una tormenta. Le ruego que procure convencer de esto a las autoridades periodísticas para que colaboren en ello con nosotros. Si la cuestión ofrece dificultad, yo mismo hablaré a la Asociación de Propietarios de periódicos, aunque espero que no será necesario. La Prensa debe, además, ser felicitada por la labor que en este sentido ha realizado hasta la fecha.

*Primer Ministro al ministro de la Guerra.* 27-VI-40

Los datos adjuntos [referentes a los convoyes de tropas de la India] me hacen entrar en interés de saber cómo se propone usted usar esos ocho excelentes batallones de soldados regulares. Es obvio que deben constituir un refuerzo de las tropas de choque. Cabe suponer que pueden convertirse en la infantería de dos divisiones, con cinco buenos batallones territoriales añadidos a cada división, lo que hará un total de dieciocho. ¿No convendría también que proporcionasen cierto número de oficiales y suboficiales para reforzar los batallones territoriales que se les agregaran? De esta suerte podríamos disponer en seguida de seis brigadas de infantería. Temo que, por desgracia, la artillería no esté al mismo nivel, pero confío en que ello no será por mucho tiempo.

Iban en aumento los rumores referentes a supuestas proposiciones de paz, y como nos llegó, a través de Berna, un mensaje procedente del Vaticano, me pareció razonable enviar la siguiente nota al ministro de Asuntos Extranjeros:

28-VI-40

Deseo que se haga patente al Nuncio que no deseamos realizar averiguación alguna respecto a posibles condiciones de paz con Hitler, así como que

nuestros agentes han recibido estricta prohibición de escuchar sugestiones parecidas.

Aquí viene también una nota referente a otra cosa.

*Primer Ministro al profesor Lindemann.* 29-VI-40

Mientras activamos nuestros preparativos para obtener el dominio del aire, los alemanes organizan toda la industria de los países ocupados a efectos de reforzar la producción aeronáutica y otras aplicables a la lucha que sostienen contra nosotros. Se trata, pues, aquí de una carrera. Los alemanes no podrán poner inmediatamente al trabajo las fábricas ocupadas, y, entre tanto, nosotros atenderemos al intento de invasión merced al desarrollo de nuestras defensas y de la fuerza de nuestro ejército. Pero, ¿qué clase de producción —relativamente hablando— habremos de realizar el año que viene, a no ser que podamos bombardear las fábricas recientemente adquiridas por los alemanes? Alemania, a la par, al quedar libre de la necesidad de mantener un gigantesco ejército para entablar un constante contacto con el ejército francés, dispondrá de una capacidad suplementaria para incrementar sus medios aéreos —y otros— de atacarnos. ¿Y no hemos de esperar que ello suceda en escala muy grande? ¿Cuánto tardarán esos recursos en entrar en acción? Hasta ahora yo no he pensado sino en los tres meses inmediatos, por razones de urgencia, pero, ¿qué puede pasar en 1941? Paréceme que sólo los inmensos suministros americanos nos servirán para salir de este atasco.

* * *

Según corría el mes de junio, el temor a la probable invasión crecía en todos nosotros.

*Primer Ministro al general Ismay.* 30-VI-40

Las cartas del Almirantazgo referentes a las mareas y a los estuarios del Humber, el Támesis, y Beachy Head, deben ser estudiadas con miras a concretar qué días y qué condiciones climatológicas pueden ser adecuadas a un desembarco marítimo. Se desea conocer la opinión del Almirantazgo.

Una cosa que constituía una fuente de preocupación para los jefes del Estado Mayor era la posibilidad de un desembarco en Irlanda. A mí me parecía que nuestros recursos eran harto limitados para pensar en un serio movimiento de tropas.

*Primer Ministro al general Ismay.* 30-VI-40

Sería correr un riesgo inapropiado el trasladar una de nuestras dos únicas divisiones bien equipadas fuera de la Gran Bretaña, dada la coyuntura en que estamos. Además, es dudoso que la situación irlandesa requiera el

uso de formaciones divisionarias completas y con todos sus vehículos técnicos, como si se tratara de una guerra continental. El supuesto de que costaría diez días transportar una división desde ese país a Irlanda, aunque quepa de antemano hacer todos los preparativos posibles, no es suficientemente satisfactorio. Se deben preparar planes para trasladar dos o tres brigadas con equipo ligero muy rápidamente, y sin que el plazo rebase de tres días, a la Irlanda del Norte. Convendría duplicar los medios de transporte y mandarlos con antelación. Sería un error expedir a Irlanda una fuerza considerable de artillería. No es verosímil en modo alguno que se realice allí un desembarco naval. Las tropas aerotransportadas no pueden llevar mucha artillería. Además, y en fin, nada de lo que pueda suceder en Irlanda será inmediatamente decisivo.

• • •

Al tratar de transportar a la metrópoli las tropas de Palestina, tropecé con dificultades con ciertos antiguos amigos míos. Tales eran el ministro de la India, Amery, y el de Colonias, lord Lloyd, antisionista y pro-árabe convencido. Yo deseaba armar a los colonos judíos. Amery, desde el departamento de la India, tenía opiniones diferentes respecto al papel que la India debía desempeñar. Yo quería que las tropas hindúes acudiesen sin demora a Palestina y al Oriente Medio, mientras el virrey y el ministro de la India se inclinaban —y era natural— a crear, con arreglo a un plan a largo tiempo, un ejército indio de grandes dimensiones, con bases en las fábricas hindúes de municiones.

• • •

*Primer Ministro al ministro de la India* (Amery). 22-VI-40

1. Tenemos ya en la India grandes masas de tropas, de las que ningún uso se hace para los fines generales de la guerra. La ayuda de la India es incomparablemente menor a la prestada en 1914-1918. Paréceme muy verosímil que la guerra se extienda al Oriente Medio, y los climas del Irak, Palestina y Egipto son muy adecuados para las tropas indias. Recomiendo que se las organice en grupos de brigadas, cada uno dotado de una proporción artillera acorde con el nuevo modelo inglés. Espero poder disponer de seis u ocho de esos grupos para el próximo invierno. Deben incluirse, además, algunas brigadas de gurkhas.

2. El método de dejar libres a los batallones regulares británicos debe continuar. Mucho lamento que se haya producido una dilación de una quincena en el traslado de los batallones territoriales que enviamos como compensación. Asegure usted al virrey que esa operación sigue en marcha.

• • •

*Primer Ministro a lord Lloyd, Secretario de Colonias.* 28-VI-40

El fracaso de la política que usted propugna queda probado por el muy elevado número de tropas, urgentemente necesitadas en otras partes, que hemos de mantener en Palestina y que son:

Seis batallones de infantería.
Nueve regimientos de otras tropas del rey.
Ocho batallones de infantería australiana.

En conjunto, todo eso probablemente pasa de veinte mil hombres. Tal es el precio que hemos de pagar por la política antijudía en que venimos persistiendo hace varios años. Si la guerra tomase en Egipto caracteres graves, tendríamos que retirar todas esas tropas y la situación de los colonos judíos sería peligrosísima. Tanto, que tengo la certeza de que se nos diría que no podemos retirar dichas tropas, aunque incluyan algunas de nuestras mejores unidades y sean fundamentalmente necesarias en otros sitios. Si los judíos estuviesen debidamente armados, nuestras tropas serían utilizables en otros puntos, y no habría peligro de que los judíos atacasen a los árabes, ya que dependen enteramente de nosotros y de nuestro dominio de los mares. Parécenme que es casi un escándalo que en un momento en que peleamos para salvar la vida, esas considerables fuerzas hayan de permanecer inmovilizadas para apoyar una política que sólo una sección del partido conservador aprueba.

Yo esperaba que usted examinase con miras amplias la situación de Palestina y que tomase como objetivo principalísimo el poder dejar libre la guarnición británica. Desde luego, no sería yo quien me adscribiese a la respuesta que usted ha preparado a mis deseos. No admito que los sentimientos árabes de la India y del Próximo Oriente hayan de manifestarse según los prejuicios a que usted alude. Dado que ahora los turcos están en una tesitura tan amistosa, la situación es mucho más segura.

• • •

Por primera vez desde hacía ciento veinticinco años, teníamos un potente enemigo instalado al otro lado de las angostas aguas del Canal de la Mancha. Nuestro ejército regular, reorganizado, y el mucho mayor, pero menos instruido, ejército territorial, tenían que ser rehechos para montar con ellos un complicado sistema defensivo y para que, si el invasor llegaba, pudieran atacarlo y acogotarlo, ya que la lucha no ofrecía otro escape posible. En un bando y otro la opción era «matar o salvarse». La Guardia Metropolitana podía ya ser incluida en el plan general de defensa. El 25 de junio el general Ironside, comandante en jefe de las fuerzas del interior, expuso sus planes a los jefes de Estado Mayor. Tales proyectos fueron minuciosamente estudiados por los técnicos, y yo mismo los examiné con no escasa atención. En conjunto, quedaron aprobados. En aquel primer bosquejo de un vasto plan había tres elementos principales. El primero comprendía una capa defensiva exterior, atrincherada en las costas más probablemente expuestas a la invasión. Allí los soldados defensores debían luchar sin moverse de sus puestos, con el apoyo de las reservas móviles destinadas al contraataque inmediato. En segundo lugar, había una línea de obstáculos antitanque, guarnecida por la Guardia Metropolitana y que corría hacia el centro-este de Inglaterra, defendiendo Londres y los grandes centros industriales contra cualquier posible invasión de vehículos acorazados. En tercer lugar, y a retaguardia de aquella línea, estaban las principales reservas, destinadas a grandes acciones de contraofensiva.

A medida que pasaban las semanas y los meses, fueron añadiéndose

sin cesar adiciones y refinamientos a ese primer plan, pero su concepto general permaneció inmutado. Todas las tropas, al ser atacadas, debían mantenerse firmes, no en una posición lineal, sino que presentara frentes por doquier al enemigo. Entre tanto, otras fuerzas se adelantarían para destruir a los invasores, ya viniesen éstos por mar, ya por el aire. Quienes quedaran aislados de toda posibilidad de ayuda inmediata, no debían limitarse a permanecer en sus posiciones. Se habían preparado medidas para hostigar activamente las retaguardias del enemigo, estorbar sus comunicaciones y destruir su material. Lo mismo hicieron los rusos, con óptimo resultado, cuando la oleada alemana irrumpió en su país un año más tarde. Muchos fueron los ingleses que debieron quedar desconcertados por las innumerables actividades que se desenvolvían a su alrededor. Sin duda comprendían la necesidad de alambrar y minar las playas, de poner obstáculos antitanque en los caminos y casamatas de cemento en las encrucijadas, así como la de que entraran soldados en sus casas para colocar sacos terreros en sus desvanes y las aperturas, y en sus fértiles campos, o sus terrenos de golf, anchas zanjas antitanque. Todas esas molestias, y muchas más, se aceptaban por casi todos. Pero a veces la gente debía preguntarse si en todo aquello existía un plan definido, o si se trataba de que ciertos individuos de poca monta habían enloquecido al verse dotados de recién conferidos poderes y los aplicaban sin respeto alguno a las propiedades de los ciudadanos.

Empero, existía un plan central, minucioso, coordinado y que lo abarcaba todo. A medida que se desarrollaba iba evolucionando así: el mando supremo se hallaba instalado en el cuartel general de Londres. Toda la Gran Bretaña e Irlanda del Norte estaban divididas en siete comandancias. Éstas se subdividían en zonas de cuerpo y mandos divisionarios. Comandancias, cuerpos y divisiones estaban obligados a aportar parte de sus recursos a la reserva móvil, no permitiéndoseles destinar sino un mínimo de elementos a sus defensas locales. Gradualmente fueron organizándose a retaguardia de las costas zonas de defensa correspondientes a cada área divisionaria, tras las correspondientes zonas de cuerpo y de comandancia. El sistema en conjunto alcanzaba una profundidad de cien millas o más. Tras todo esto corría el gran obstáculo antitanque que se extendía a través de la Inglaterra del sur y por el norte cruzaba el Nottinghamshire. Finalmente, existía una última reserva bajo el mando directo del comandante de las fuerzas metropolitanas. Nuestra tendencia consistía en hacer que esa reserva fuera tan numerosa y tan móvil como cupiese.

Dentro de la estructura general había muchas variantes. Cada uno de nuestros puertos de las costas oriental y meridional había sido objeto de un especial estudio. Parecía inverosímil la contingencia de un ataque frontal a un puerto defendido, mas, de todos modos, todos se convirtieron en plazas fortificadas tan defendibles por mar como por tierra. Es cosa que me maravilla el que, mientras semejante sistema fortificativo era tan universalmente aceptado y rigurosamente aplicado por las autoridades militares metropolitanas, ninguna medida parecida fuese adoptada en Singapur por los altos jefes que sucesivamente fueron destinados allí. Pero de esto procede hablar más adelante.

En muchos lugares, que abarcaban millares de millas cuadradas de territorio británico, se instalaron obstáculos llamados a impedir el aterrizaje de tropas aerotransportadas. Todos nuestros aeródromos, así como las estaciones de radar y depósitos de combustible, de los que ya en el verano de 1940 había 375, exigían ser defendidos por guarniciones especiales y por unidades técnicas de aviación. Muchos miles de puntos vulnerables —como puentes, centrales eléctricas, almacenes, fábricas importantes, etcétera— habían de ser protegidos día y noche contra posibles sabotajes o súbitos ataques. Había planes trazados para la demolición inmediata de los elementos y recursos que pudieran ser útiles al enemigo si éste los capturaba. La destrucción de los servicios portuarios, la voladura de los nudos de caminos, la paralización del transporte a motor, de las estaciones telegráficas y telefónicas, del material rodante o las vías permanentes —y todo ello antes de que dejasen de depender de nuestro control— se había planeado hasta el último detalle. Pero, a pesar de todas esas discretas y necesarias precauciones, en las que los departamentos civiles prestaban una ilimitada ayuda a los militares, no se trataba allí de practicar política alguna de «tierra calcinada». Nuestra idea era que Inglaterra fuese defendida por sus moradores; no destruida.

Tanques alemanes en las calles de Sedán, en su avance hacia el Noroeste.

En Dunkerque, tropas británicas en espera de ser repatriadas.

## CAPÍTULO IX

## LA AGONÍA DE FRANCIA

*Un telegrama al Presidente. — Mi visita a Tours. — Creciente decaimiento de los franceses. — Baudouin. — El gran Mandel. — Conversación con Reynaud. — Negativa mía a dejar libre a Francia de sus compromisos del 28 de marzo de 1940. — Resuelta actitud de los señores Herriot y Jeanneney. — «L'Homme du Destin.» — El gobierno francés decide trasladarse a Burdeos. — El Presidente Roosevelt se dirige a Reynaud (13 de junio). — Mi telegrama al Presidente. — Otro a Reynaud. — «Unión indisoluble de Francia y la Gran Bretaña.» — Decepcionante telegrama del Presidente Roosevelt. — Otro telegrama mío al mismo (14-15 de junio). — Una trascendental indicación. — Gran batalla del día 9 de junio a lo largo del Aisne. — Derrota de los franceses. — Desesperada resistencia en la Línea Maginot. — Nuestra pobre contribución a la causa. — El nuevo mando del general Brooke. — Proyectos de una cabeza de playa en Bretaña. — Brooke da la situación militar como desesperada. — Concuerdo con él. — Nuestras tropas se retiran y reembarcan (16-18 de junio). — El gobierno del mariscal Pétain pide un armisticio. — Una segunda evacuación de Dunquerque. — Ciento treinta y seis mil ingleses y veinte mil polacos son transportados a la Gran Bretaña. — El desastre del «Lancastria». — Mi mensaje del 16 de junio a los primeros ministros de los Dominios. — Mis esperanzas en la batalla aérea de la Gran Bretaña.*

Acaso las futuras generaciones consideren cosa digna de nota el que el problema de si los ingleses debíamos, o no, seguir peleando solos, nunca ocupara lugar en las órdenes del día del Gabinete de Guerra británico. Ello se daba por hecho y natural entre aquellos estadistas procedentes de diversos partidos y todos andábamos asaz ocupados para querer perder tiempo en esas cuestiones irreales y académicas. También nos hallábamos unidos en la creencia de que cabía afrontar la nueva fase de la guerra con buenas posibilidades de confianza. Se resolvió explicar a los Dominios el conjunto de los hechos, tal como eran. Se me invitó a que enviara un mensaje en el mismo sentido al Presidente Roosevelt y se me dijo que procurara alentar al gobierno francés, dándole la seguridad de nuestro absoluto apoyo.

*Una ex personalidad naval al Presidente Roosevelt.* 12-VI-40

He pasado la noche de ayer y esta mañana en el cuartel general supremo francés, donde los generales Weygand y Georges me explicaron la situación, cosa que hicieron en los más graves términos. Sin duda el señor Bullitt le habrá enviado a usted plenos detalles. El punto práctico que debe estudiarse es saber lo que pasará cuando el frente francés se rompa, si se rompe, y si París es tomado.

El general Weygand ha notificado formalmente a su gobierno que Francia no puede continuar la que él llama «guerra coordinada». El anciano mariscal Pétain, que no hizo gran cosa en abril ni en julio de 1918, está, según sospecho, muy dispuesto a prestar su nombre y prestigio a un tratado de paz para Francia. Reynaud, por su parte, se inclina a seguir luchando y le asiste en ello un joven general, llamado De Gaulle, quien cree que aún cabe hacer muchas cosas. El almirante Darlan declara que enviará al Canadá la flota francesa. Sería desastroso que los dos grandes y modernos barcos de batalla franceses cayeran en malas manos. Paréceme que hay en Francia muchos elementos dispuestos a continuar la lucha, sea en territorio francés o en sus colonias, o en ambas partes. Éste, pues, es el momento de que usted refuerce a Reynaud tanto como pueda, tratando de inclinar la balanza en favor de una resistencia francesa tan recia y tan prolongada como sea posible. Me permito hacerle resaltar este punto, aunque me consta que usted conoce su importancia tan bien como yo.

* * *

El día 13 de junio, hice a Francia la que debía ser mi última visita durante cuatro años casi justos. El gobierno francés se había retirado a Tours y la tensión general crecía de continuo. Me acompañaban Edward Halifax y el general Ismay. Max Beaverbrook se ofreció voluntariamente para unirse a nosotros. Siempre Beaverbrook se muestra optimista en los momentos de peligro.

En esta ocasión el cielo estaba sin nubes. Partimos flanqueados por nuestra escuadrilla de Hurricanes, si bien describiendo hacia el sur un rodeo más amplio que el de las veces anteriores.

Al llegar a la altura de Tours, descubrimos que el aeródromo había sido intensamente bombardeado la noche antes, pero nuestro aparato, y los de escolta, aterrizaron sin novedad, a despecho de los cráteres. En el acto advertimos que las cosas marchaban de capa caída. Nadie acudió a recibirnos ni nadie parecía esperarnos. Solicitamos al jefe de la base que nos prestase un coche y en él nos dirigimos a la ciudad, en busca de la prefectura, donde, según nos afirmaban, había establecido sus oficinas al gobierno francés. Ninguna personalidad importante se hallaba presente, mas se nos aseveró que Reynaud venía ya en automóvil y que Mandel tampoco tardaría mucho en llegar.

Como ya eran casi las dos de la tarde, insistí en que nos diesen de comer. Tras alguna discusión, avanzamos por las calles, atiborradas de automóviles de refugiados, la mayoría de los cuales iban cargados de equipaje y llevaban colchones en el techo. Dimos con un café, que estaba cerrado, pero en el cual, tras algunas explicaciones, logramos que nos sirvie-

ran el almuerzo. Mientras lo consumíamos nos visitó Baudouin, que era funcionario del ministerio francés de Asuntos Exteriores y cuya influencia había crecido en aquellos días notablemente.

En el acto, y con sus características maneras suaves y corteses, Baudouin comenzó a tratar de probarnos la esterilidad de la resistencia francesa. Añadió que si los Estados Unidos declaraban la guerra a Alemania, Francia podría continuar combatiendo. ¿Qué opinión tenía yo sobre ese aspecto de las cosas?

Yo, empero, no quise discutir a fondo la cuestión, limitándome a decir que tenía la certeza de que Norteamérica entraría en guerra, a la par que nosotros seguiríamos peleando. Según supe después, Baudouin hizo correr la voz de que yo había declarado que Francia debía rendirse a no ser que los Estados Unidos se lanzasen a la guerra.

Nos dirigimos otra vez a la prefectura, donde hallamos a Mandel, ministro del Interior, que nos esperaba. Aquel antiguo y fiel secretario de Clemenceau, sostenedor infatigable de las opiniones de su maestro, parecía encontrarse en inmejorable estado de ánimo. Era la energía y el arrojo personificado. Su almuerzo, que consistía en un pollo de atrayente aspecto, seguía en la fuente, sin haber sido tocado. Mandel estaba radiante como un rayo de sol. En cada mano empuñaba un teléfono, y por ambos emitía constantes órdenes y decisiones. Sus ideas eran muy sencillas y se reducían a luchar en Francia tanto como se pudiese, con miras a proteger un movimiento de repliegue, tan vasto como fuese posible, a África.

Esa fue la última vez que vi a aquel valiente francés. La recién restaurada república francesa ha tomado la justa decisión de fusilar a los mercenarios que le asesinaron. La memoria de Mandel es tan grata para sus compatriotas como para los aliados.

Llegó en esto Reynaud. Al principio me pareció encontrarle deprimido. El general Weygand le había dicho que los ejércitos franceses se hallaban exhaustos. La línea había sido rota por muchos puntos; los refugiados corrían por todos los caminos a través del país y muchas de las tropas habían sido reducidas al desorden. El generalísimo opinaba que debía pedirse un armisticio mientras quedasen suficientes tropas francesas para mantener el orden hasta que se firmara la paz.

Tal era la opinión de los militares. Reynaud, no obstante, envió aquel día un postrer mensaje a Roosevelt, diciéndole que había llegado el momento supremo y que el destino de la causa aliada estaba en manos de los americanos. En caso contrario, había que pensar en el armisticio y la paz.

Reynaud nos manifestó que el Consejo de ministros le había ordenado el día anterior que preguntase cuál sería la actitud de la Gran Bretaña en caso de que sobreviniese lo peor. Por su parte, Reynaud no olvidaba el solemne compromiso francés de que ninguno de los aliados debía doblegarse a una paz separada. El general Weygand y otros insistían en que Francia lo había sacrificado ya todo en aras de la causa común. Nada le había quedado, y a la vez había conseguido debilitar grandemente al enemigo. En aquellas circunstancias sería extraordinario que la Gran Bretaña se negase a reconocer que Francia no podía físicamente continuar lu-

chando, ni tampoco sobreviviría si se quería que siguiera la resistencia. Porque seguirla era tener la certidumbre de que el país sería sometido a la corrupción y a la pésima transformación que cabía esperar que sufriese a manos de los implacables especialistas en el arte de hacer doblar la cerviz a los pueblos sojuzgados. Por lo tanto, Weygand preguntaba si la Gran Bretaña comprendía bien los duros hechos que Francia tenía que afrontar.

El acta inglesa de lo que se trató, reza como sigue:

> El señor Churchill dijo que comprendía bien lo que Francia había sufrido y estaba sufriendo. Por su parte le llegaría el turno a la Gran Bretaña, que estaba resuelta a afrontar lo que fuese. Lamentaba reconocer que la contribución militar inglesa a la guerra terrestre había, hasta el momento, sido diminuta, lo que se debía a los reveses padecidos como consecuencia de haber aplicado en el norte una estrategia combinada. Los ingleses no habían experimentado todavía el empuje alemán, pero reconocían su fuerza. Sin embargo, sólo un pensamiento existía en Inglaterra: ganar la guerra y destruir el hitlerismo. Todo se subordinaba a ese objetivo, por parte de los ingleses. Ni dificultades ni lamentaciones se interpondrían en su camino. Churchill estaba segurísimo de la capacidad inglesa de resistir y persistir devolviendo golpe por golpe hasta batir al enemigo. Por lo tanto, los ingleses esperaban que Francia siguiera resistiendo al sur de París y hasta el mar, y, en caso necesario, en Africa del Norte. Había que ganar tiempo a toda costa. El período de espera no sería ilimitado. Si los Estados Unidos daban su palabra, el intervalo sería muy breve. Obrar de modo contrario al sugerido significaría la destrucción segura de Francia. Hitler no se dejaría obstaculizar por promesa alguna. Por lo demás, cabía que Francia continuase en la lucha, empleando su excelente armada, su gran imperio y su ejército, capaz de sostener una contienda de guerrillas en gigantesca escala. Si esto pasaba así, si Inglaterra no era destruida y si el poderío aéreo alemán era abatido, toda la odiosa armazón del nazismo se vendría abajo. Si América prestaba ayuda inmediata —o acaso una declaración de guerra, inclusive—, la victoria no se hallaba tan distante. En todo caso, Inglaterra seguiría combatiendo. Ni quería ni debía alterar su resolución de pelear sin pensar en capitulaciones ni rendiciones. Sólo una cosa podían esperar los ingleses: la muerte o la victoria. Tal fue la respuesta de Churchill a la pregunta de los franceses.
>
> A esto Reynaud replicó que no dudaba de la determinación inglesa. Pero ansiaba conocer cuál sería la reacción del gobierno británico si se producía determinado evento. El gobierno francés —ya fuera el constituido u otro— podía decir: «Sabemos que vosotros podéis continuar peleando. También nosotros lo haríamos si viésemos esperanzas de victoria. Mas no divisamos suficientes probabilidades de una victoria cercana. No podemos contar con la ayuda norteamericana. *Al final del túnel no percibimos claridad alguna.* No podemos abandonar a nuestro pueblo a una indefinida dominación alemana. Tenemos que capitular. No nos queda otra salida...» Era tarde ya para organizar una zona defensiva en Bretaña. Un auténtico gobierno francés no podía contar con dejar de ser capturado, cualquiera que fuese el lugar de Francia donde se refugiara. El problema planteado a Inglaterra debía asumir la siguiente forma: ¿Reconocéis que Francia ha hecho todo lo posible y que ha ofrecido su juventud y su sangre? ¿Reconocéis que no puede hacer más y que, no cabiéndole aportar otros elementos a la causa común, tiene derecho a firmar una paz separada sin perjuicio de seguir observando

implícitamente el solemne compromiso de solidaridad a que accedió hace tres meses?

Churchill repuso que la Gran Bretaña no perdería, en caso alguno, su tiempo en reproches y recriminaciones. Lo cual no significaba que aprobase ninguna acción contraria al reciente acuerdo alcanzado. El primer paso a dar a continuación sería un ulterior mensaje de Reynaud expresando crudamente al Presidente Roosevelt la situación planteada. Valía más esperar la respuesta antes de resolver cosa alguna. Si la Gran Bretaña ganaba la guerra, Francia sería restituida a su dignidad y su grandeza anteriores.

Con todo, parecióme que el problema planteado, por lo serio, aconsejaba que mis colegas y yo nos retirásemos para hablar a solas antes de responder a lo que nos preguntaban. Así, lord Halifax, lord Beaverbrook y los demás de nuestro grupo, nos dirigimos a un jardín, tan húmedo como soleado, donde pasamos media hora platicando acerca de lo que ocurría. Al retornar, yo volví a definir nuestra posición. No concordaríamos con una paz separada, cualquiera que fuera la forma en que se produjese. Nuestro objetivo bélico seguía siendo la derrota total de Hitler, cosa que nos parecía hacedera. De tal suerte, no podíamos desligar a Francia de su obligación. Pasase lo que pasara, no haríamos reproches a Francia, pero esto era una cosa y otra, y muy diferente, consentir en desvincularla de su compromiso. Insistí en que los franceses enviasen una nueva apelación al Presidente Roosevelt, apelación que desde Londres apoyaríamos nosotros. Reynaud convino en dirigir aquella exhortación al Presidente y prometió que los franceses resistirían hasta conocer el resultado de esa gestión final.

Antes de marchar hice una petición particular a Reynaud. Había en Francia, prisioneros, más de cuatrocientos pilotos aviadores alemanes, cuyos aparatos, en su mayoría, habían sido derribados por la Real Aviación Británica. Teniendo en cuenta la situación presente, era natural que aquellos cautivos fuesen puestos bajo nuestra custodia. Reynaud se apresuró a prometerme que me complacería, pero antes de poco plazo ya no pudo cumplir su oferta. Todos aquellos pilotos alemanes quedaron libres y en disposición de participar en la batalla de Inglaterra. Nos fue forzoso volver a abatir sus aviones una vez más...

• • •

Cuando concluimos nuestra conversación, Reynaud nos llevó a un cuarto contiguo, donde se hallaban los señores Herriot y Jaenneney, presidente de la Cámara de los Diputados y del Senado, respectivamente. Ambos patriotas franceses hablaron, con palabras de apasionada emoción, de continuar peleando hasta la muerte. Cuando, a través de un pasillo lleno de gente, salimos al patio, vi al general De Gaulle, que permanecía, impasible e inexpresivo, en el umbral. Al saludarle dije en voz baja y en francés: «L'homme du destin.» Pero él no se inmutó. En el patio había más de cien sobresalientes personalidades francesas, todas sumergidas en amargo abatimiento. Me presentaron al hijo de Clemenceau y le apreté la mano. Ya los Hurricanes estaban en el aire. Nuestro viaje de retorno fue

rápido y horro de incidencias. Durante toda la travesía dormí como un bendito. Y obré bien, porque había de pasar buen rato antes de poder acostarme aquella noche.

• • •

Después de que nosotros partimos de Tours, Reynaud, a cosa de las cinco y media, volvió a reunir a su gobierno en Cangé. Los ministros franceses se sintieron molestos al advertir que ni yo ni mis compañeros concurríamos a su sesión. Con gusto hubiéramos asistido, por tarde que después tuviéramos que levantar el vuelo hacia Inglaterra; pero ocurrió que no fuimos invitados por nadie. Ni siquiera sabíamos que el gobierno francés contase reunirse.

En Cangé se adoptó la decisión de trasladar la sede del gobierno a Burdeos. Reynaud envió al Presidente Roosevelt una desesperada apelación en la que le pedía que entrase en acción, por lo menos, una parte de la flota norteamericana.

A las diez y cuarto de la noche expuse las últimas noticias al Gabinete. Mis dos compañeros de viaje ratificaron mis declaraciones. Mientras aún discutíamos llegó el embajador Kennedy con la respuesta del Presidente Roosevelt al último mensaje de Reynaud.

Dicha respuesta rezaba:

*Presidente Roosevelt al señor Reynaud.* 13-VI-40

Su misiva del día 10 de junio me ha conmovido profundamente. Como ya les he dicho a usted y al señor Churchill, este gobierno hace cuanto está en su poder para servir a los gobiernos aliados el material que tan apremiantemente necesitan. Incluso hemos redoblado nuestros esfuerzos para hacer más todavía en ese sentido. Y ello se debe a nuestra fe y deseo de ayudar a los ideales por los que pelean los aliados.

La magnífica resistencia de los ejércitos francés e inglés ha impresionado profundamente al pueblo americano.

Yo, personalmente, me siento muy afectado por lo que usted dice respecto a que Francia seguirá peleando por la democracia, aunque ello signifique una retirada lenta, quizás hasta el norte de África y el Atlántico. Es cosa importante recordar que las flotas francesa y británica siguen señoreando el Atlántico y otros océanos. También ha de recordarse que los materiales enviados por el mundo exterior son necesarios para el mantenimiento de todos los ejércitos.

Mucho me alienta también lo que el Primer Ministro Churchill dijo hace días acerca de que el Imperio Británico continuará la resistencia así como la circunstancia de que análoga determinación parece ir a ser aplicada al gran Imperio Francés diseminado por todo el mundo. El poderío naval ofrece amplias lecciones históricas en los asuntos mundiales, como bien sabe el almirante Darlan.

Todos pensamos que el Presidente había ido muy allá en su actitud. No sólo había autorizado a Reynaud a publicar su mensaje del día 10 de ju-

nio, sino que ahora enviaba esta formidable respuesta. Si, con aquella base, Francia resolvía soportar las hondas torturas de la guerra, los Estados Unidos quedaban obligados a respaldarla. Dos puntos, sobre todo, existían en el escrito que parecían presaglar la beligerancia; y eran la oferta de una entera ayuda material, lo que implicaba una asistencia activa, y además una exhortación a que Francia continuase la resistencia incluso si su gobierno era expelido del territorio nacional.

Inmediatamente envié una misiva de agradecimiento al Presidente y traté de presentar el mensaje de Roosevelt a Reynaud en los términos más encomiásticos y favorables. Acaso insistí demasiado en ciertos puntos de la cuestión, pero era necesario sacar el mayor partido de lo que teníamos o podíamos llegar a tener.

*Una ex personalidad naval al Presidente Roosevelt.* 13-VI-40

El embajador Kennedy ya le habrá hablado de la reunión de los ingleses con los franceses en Tours, reunión cuyas actas he enseñado al diplomático susodicho. No exageré el crítico carácter de esa conferencia. Los franceses están poco menos que agotados. Weygand aconseja firmar un armisticio mientras aún queden en Francia suficientes tropas para impedir que el país caiga en la anarquía. El hecho de que los ingleses hayamos, inevitablemente, estado al margen de esa terrible batalla, constituye un argumento contra nosotros, pero, aun así, hablando en nombre del gobierno británico, no vacilé en desautorizar todo intento de armisticio o paz separada. Aconsejé que no se debatiese tal problema hasta que Reynaud hiciese a usted y a los Estados Unidos una apelación más, apelación que me comprometí a sostener. Llegamos a un acuerdo sobre este punto, y de momento Reynaud y sus ministros se animaron bastante.

Reynaud tenía la afincada convicción de que no estaba en su mano convencer a sus compatriotas de que siguieran combatiendo sin esperanzas de victoria final. Semejante esperanza, a su juicio, sólo podía ser excitada por una intervención norteamericana llevada hasta el máximo extremo, cosa que está en manos de usted. Como él dijo, los franceses necesitan ver claridad al final del túnel.

Mientras volábamos hacia Inglaterra, llegó el magnífico mensaje de usted, que el embajador Kennedy me entregó cuando aterricé. El Gabinete inglés se ha sentido muy hondamente impresionado y desea que yo exprese a usted mi gratitud. Pero, señor Presidente, paréceme absolutamente esencial que ese mensaje sea publicado mañana, 14 de junio, a fin de que pueda desempeñar un papel decisivo en la transformación de la historia del mundo. Estoy seguro de que su texto decidirá a los franceses a no llegar a una paz con Hitler. Hitler necesita esa paz a fin de destruirnos y dar un largo paso de progreso hacia la dominación del mundo. Todos los vastos planes estratégicos, económicos, políticos y morales que el programa de usted expone, pueden abortar si los franceses quedan ahora al margen de la lucha.

Le insto, pues, a que se publique ese mensaje ya. Comprendemos plenamente que cuando Hitler advierta que no puede dictar una paz nazi en París, volverá toda su furia contra nosotros. Haremos cuanto esté en nuestra mano para resistirla, y, si salimos triunfantes, nuevas y anchas puertas se abrirán al futuro y todo se resolverá, incluso en el último momento.

A Reynaud le envié este despacho:

13-VI-40

Al regresar aquí, hemos recibido copia de la respuesta del Presidente Roosevelt a la apelación que le formuló usted el día 10 de junio. El Gabinete concuerda en entender que ese magnífico documento será decisivo y hará continuar la resistencia armada de Francia, en consonancia con la declaración hecha por usted el precitado 10 de junio, a saber, que se luchará en París, más allá de París, en una provincia, y, si es menester, en África o allende el Atlántico. La promesa de una redoblada ayuda material americana se conjuga con definidos consejos y exhortaciones dirigidos a Francia al efecto de que continúe la lucha incluso en las deplorables condiciones que usted menciona. Si, después de ese mensaje del Presidente Roosevelt, Francia sigue en guerra, opinamos que los Estados Unidos han quedado comprometidos, sin posibilidad de rectificación, a adoptar la única medida que les falta, es decir, a convertirse en beligerantes de derecho como ya lo son de hecho. Como usted preveía, la Constitución de los Estados Unidos imposibilita que el Presidente declare la guerra por acuerdo propio, pero creemos que ello se producirá inevitablemente si ustedes obran de acuerdo con la respuesta que ahora han recibido. Vamos a pedir al Presidente que autorice la publicación de su mensaje, mas, aunque él no acceda a ello durante uno o dos días, el documento está escrito y puede proporcionar los fundamentos de la acción que ustedes desarrollen. Pido a usted y a sus compañeros, cuya resolución tanto hemos admirado hoy, que no desperdicien esa soberana oportunidad de producir en todo el mundo una coalición oceánica y económica que forzosamente será fatal para la dominación nazi. Nosotros vemos ante nosotros un definido plan de campaña, y la luz de que usted hablaba brilla ya al fondo del túnel.

En fin, de acuerdo con los deseos del Gabinete, envié al gobierno francés un mensaje oficial de estímulo y aliento. En aquel documento hacíamos referencia por primera vez a una indisoluble unión entre nuestros dos países.

*Primer Ministro al señor Reynaud.* 13-VI-40

En esta hora, solemne para las naciones británica y francesa y para la causa de la libertad y la democracia, a la que ambas naciones se han consagrado, el gobierno de Su Majestad desea rendir al gobierno de la República Francesa el tributo que merecen la heroica fortaleza y constancia de los ejércitos franceses que batallan con enorme inferioridad de medios. Ese esfuerzo es digno de las más gloriosas tradiciones de Francia y ha causado profundos y duraderos daños a la potencialidad del enemigo. La Gran Bretaña continuará prestando el máximo de ayuda que en su mano esté. Aprovecho esta oportunidad para proclamar la indiscutible unión de nuestros dos pueblos y nuestros dos imperios. No podemos medir las diversas clases de tribulaciones que sobre nuestros pueblos pueden abatirse en un porvenir cercano. Sólo tenemos una certeza; y es que la prueba del fuego no hará sino fundir más a entrambos aliados en un todo invencible. Renovamos a la República Francesa nuestro compromiso y resolución de continuar la lucha a toda costa en Francia, en esta isla, en los océanos y en el aire, llevándola a

dondequiera que pueda conducirnos, usando todos nuestros recursos hasta el más extremo límite y compartiendo con Francia la carga de reparar los estragos de la guerra. Nunca abandonaremos el conflicto hasta que Francia vuelva a hallarse salva y erguida en toda su grandeza, hasta que los pueblos agraviados y esclavizados hayan obtenido su liberación y hasta que la civilización quede exenta de la pesadilla del nazismo. Tenemos más certeza que nunca de que ese día ha de alborear. Incluso su aurora puede ser más breve de lo que nos quepa aguardar.

Esos tres mensajes fueron redactados por mí antes de irme al lecho después de dada la medianoche del día 13, y se escribieron en la madrugada del 14.

Al siguiente día llegó un telegrama del Presidente Roosevelt, telegrama en el que decía que no podía autorizar la publicación de su mensaje a Reynaud. Según Kennedy, Roosevelt estaba dispuesto a aprobar que el mensaje se imprimiera, pero el Departamento de Estado, aunque simpatizando con la actitud del Presidente, veía en ella muy graves peligros. Roosevelt me daba las gracias por mi informe referente a la reunión aliada en Tours y me felicitaba por el valor de las tropas británicas y francesas. Renovaba la seguridad de que nos proporcionaría todo el material y suministros que en su mano estuviera, pero agregaba que encargaba al embajador Kennedy que me advirtiese que su mensaje del 15 en ningún modo tendía a comprometer, ni comprometía, al gobierno de los Estados Unidos a una participación militar en la guerra. Según la constitución norteamericana, ninguna autoridad estadounidense, salvo el Congreso, podía aceptar un compromiso de tal naturaleza. Roosevelt, según afirmaba, pensaba sobre todo, al redactar su mensaje, en la cuestión de la flota francesa. Añadía que, a instancias suyas, el Congreso había destinado cincuenta millones de dólares a la misión de proveer de ropas y alimentos a los refugiados civiles de Francia. En fin, el Presidente me afirmaba que apreciaba en todo su valor el significado y peso de lo que yo le decía en mi mensaje.

Aquel telegrama nos decepcionó mucho.

Todos los reunidos en torno a la mesa comprendíamos bien los riesgos que corría el Presidente Roosevelt. Podían acusarle de excederse en su autoridad constitucional y, por consecuencia, le cabía ser derrotado, con aquel motivo, en las venideras elecciones, de las que dependían nuestro destino y otras muchas cosas. Yo tenía la convicción de que Roosevelt hubiese dado hasta la vida —por no hablar ya de su cargo oficial— a trueque de servir la causa de la libertad del mundo, que en tal calamitoso brete se encontraba. Pero esos sacrificios, ¿de qué hubieran servido? Bien adivinaba yo los sufrimientos que experimentaba Roosevelt al otro lado del Atlántico. En la Casa Blanca la tormenta era de carácter diferente a las de Londres o Burdeos, pero la intensidad del disgusto personal de los afectados por el huracán era la misma.

En mi respuesta procuré ofrecer al Presidente algunos argumentos que le sirviesen para convencer a otros de los riesgos que afrontarían los Estados Unidos si Europa caía y la Gran Bretaña fracasaba. Allí no se trataba de una cuestión de sentimientos, sino de vida o muerte.

Le agradezco su telegrama, cuyos pasajes más operantes he transmitido a Reynaud, a quien he procurado dar una impresión más bien optimista. Tengo la certeza de que a Reynaud le decepcionará la no publicación del mensaje. Comprendo bien las dificultades que experimenta usted en las cuestiones en que intervienen el Congreso y la opinión americana, pero los acontecimientos se producen a un ritmo que rebasará el de la opinión pública de América cuando ésta, al fin, reaccione.

¿Ha pensado usted en las ofertas que puede Hitler hacer a Francia? Puede decir: «Entregadme la flota intacta y yo os dejaré Alsacia y Lorena.» O bien: «Si no me entregáis vuestros buques, destruiré vuestras ciudades.» Yo personalmente tengo la convicción de que América acabará llegando a todos los extremos, mas el momento de ahora es sumamente crítico para Francia. Si los Estados Unidos declarasen que en caso necesario entrarían en guerra, Francia se salvaría. A falta de eso, la resistencia francesa puede desplomarse en muy pocos días y quedar nosotros solos.

El presente gobierno, y sobre todo yo personalmente, no dejaríamos de enviar la escuadra al otro lado del Atlántico si nuestra resistencia aquí fuese dominada; pero puede llegar un instante en que los actuales ministros dejen de dirigir los asuntos públicos y en que la isla inglesa obtenga condiciones buenas de paz a cambio de convertirse en un Estado vasallo del imperio de Hitler. Sin duda se nombraría un gobierno germanófilo para hacer la paz, y la nación, abatida o hambrienta, podría, casi irresistiblemente, tener que someterse al yugo nazi. Como ya le he mencionado, la suerte de la flota británica cabría que fuera decisivamente influyente en el porvenir de los Estados Unidos, porque si la uniéramos a las flotas del Japón, Francia e Italia y a los grandes recursos industriales de Alemania, Hitler dispondría de un poderío marítimo arrollador. Desde luego, entra en lo posible que lo usara con moderación clemente. Pero igualmente podría suceder lo contrario. Esa revolución en el poderío marítimo cabría que ocurriera muy rápidamente y, desde luego, largo tiempo antes de que los Estados Unidos consiguieran prepararse para afrontar tal eventualidad. Si nosotros caemos, pueden ustedes hallarse ante unos Estados Unidos de Europa organizados bajo el mando nazi y mucho más numerosos, más fuertes y mejor armados que el Nuevo Mundo.

Bien sé que su mirada, señor Presidente, ya ha sondeado esas profundidades del futuro. Pero creo tener derecho a hacerle notar lo esencial que para los intereses de los Estados Unidos es el desarrollo de la actual batalla de Francia.

Envío a Kennedy, el embajador de ustedes, un informe sobre nuestra fuerza de destructores, informe que ha preparado nuestro Estado Mayor naval para instrucción de usted. Si hemos de reservar, como reservaremos, el grueso de nuestra escuadra de detructores para defender la costa oriental contra la invasión, ¿cómo podremos rechazar un ataque italo-alemán al tráfico y al suministro de alimentos de que dependemos? Como ya otra vez le he dicho, el envío de treinta y cinco destructores podría llenar la brecha hasta que empiecen a entrar en servicio a fines de año nuestras nuevas construcciones. Ese paso, práctico y posiblemente decisivo, puede ser adoptado sin tardanza. Le exhorto muy vivamente a que pondere usted mis palabras.

• • •

Entre tanto, la situación del frente francés iba de mal en peor. Las operaciones alemanas al noroeste de París —operaciones que nos costaron la

pérdida de nuestra división 51— habían llevado al enemigo, el día 9 de junio, a las zonas inferiores del Sena y el Oise. En las orillas meridionales de estos ríos, los dispersos restos del décimo y el séptimo ejércitos franceses intentaban organizar una precipitada defensa. Pero se encontraban separados y para llenar el boquete acudió la guarnición de la capital, es decir, el llamado ejército de París.

Más al este, a lo largo del Aisne, se escalonaban los ejércitos sexto, cuarto y segundo, que se encontraban en mucho mejor forma. Habían dispuesto de tres semanas para tomar posiciones y absorber los refuerzos que se les enviaban. Durante todo el período de lo de Dunquerque y del empuje enemigo hacia Rouen, los referidos ejércitos habían sido relativamente poco hostigados. De todos modos, sus fuerzas no bastaban para cubrir cien millas de frente, y en el intermedio el enemigo había ido acumulando gran número de divisiones con miras a asestar el golpe final.

Ese golpe descargó el 9 de junio. Los franceses, que ahora peleaban con gran resolución, ofrecieron una empeñada resistencia, mas a pesar de ello los alemanes establecieron cabezas de puente al sur del río, entre Soissons y Rethel. Durante los dos días sucesivos las cabezas de puente fueron extendiéndose, hasta alcanzar el Marne. Las divisiones acorazadas alemanas, que tan decisivo papel desempeñaran en el impulso hacia la costa, vinieron ahora a sumarse a la gran batalla. Ocho de esas divisiones, lanzadas en dos grandes columnas, convirtieron en desastre la derrota francesa. Los ejércitos franceses, diezmados y en confusión, fueron completamente incapaces de resistir a tan poderosa conjunción de superioridad de número, material y técnica. En cuatro días —16 de junio— el enemigo logró llegar a Orleáns y el Loira, mientras, al este, la otra columna pasaba Dijon y Besançon, acercándose a la frontera suiza.

Al oeste de París, los restos del décimo ejército, que equivalían a poco más de dos divisiones, venían siendo empujados, al sur del Sena, hacia Alençon. La capital de Francia cayó el día 14 de junio y las fuerzas que la defendían —el ejército de París y el séptimo— quedaron diseminadas. A la sazón una vasta brecha separaba a las exiguas tropas británicas y francesas que operaban al oeste del resto del que fuera antaño soberbio ejército francés.

¿Qué había sido, en el intervalo, de la Línea Maginot, destinada a servir de escudo a Francia? ¿Qué suerte habían corrido sus defensores? Hasta el 14 de junio ningún ataque directo se desencadenó contra la línea. Algunas de las unidades activas, dejando en sus puestos las fuerzas de guarnición, habían pasado a unirse, o al menos emprendido el intento de unirse, si podían, a los ejércitos del centro, ya en plena y veloz retirada.

Pero era demasiado tarde. El día 14 la Línea Maginot fue perforada ante Sarrebruck y, junto al Rin, por Colmar. Los franceses que se replegaban, estaban cogidos en la maraña de la batalla y no lograban sustraerse a la presión enemiga. Dos días después, la penetración alemana hacia Besançon había cortado la retirada de las tropas francesas. Más de cuatrocientos mil franceses quedaron rodeados, sin esperanza alguna de escape. Muchas guarniciones cercadas resistían desesperadamente. Incluso se negaron a rendirse después del armisticio, a pesar de que se les ha-

bían enviado oficiales franceses con la orden de deponer las armas. Los últimos fuertes se entregaron el 30 de junio, no sin que su jefe asegurara que sus defensas estaban intactas en todos los puntos.

Así, la vasta y desordenada batalla se aproximaba a su final en toda la extensión del frente francés. Sólo nos queda por narrar la pequeña parte que los británicos tomamos en aquellos sucesos.

• • •

El general Brooke se había distinguido mucho en la retirada hacia Dunquerque, y particularmente al librar combate en la brecha producida por la rendición de los belgas. En consecuencia, le habíamos elegido para el mando de las fuerzas inglesas que quedaban en Francia y de cuantos refuerzos pudieran llegar. Todo ello, en espera de que los elementos concentrados fueran tan numerosos que justificasen la presencia de su comandante en jefe, lord Gort.

Brooke llegó a Francia y el día 14 se entrevistó con los generales Weygand y Georges. Weygand aseguró que las fuerzas francesas eran incapaces ya de toda resistencia orgánica o acción concertada. El ejército francés había sido dividido en cuatro grupos. El ejército que actuaba más hacia occidente era el décimo. El general Weygand agregó que los gobiernos aliados habían convenido en crear una cabeza de playa en la península de Bretaña. Defendería esa zona una línea sostenida por tropas francesas y británicas que se extendería de norte a sur, pasando por Rennes. En fin, Weygand ordenó al general Brooke que situara sus tropas en una línea defensiva que pasase por dicha ciudad. Brooke hizo notar a su interlocutor que aquella línea medía ciento cincuenta kilómetros de longitud, y exigía, por lo tanto, un despliegue de quince divisiones al menos. A esto se le contestó que las instrucciones que se le habían dado constituían una orden ineludible.

Era, desde luego, verdad que el día 11 de junio, en Briare, Reynaud y yo habíamos decidido establecer una línea, al estilo de la de Torres Vedras, en la parte inferior de la península de Bretaña. Pero todo estaba en plena disolución y el plan, como todo lo demás, nunca entró en el terreno de los hechos prácticos. La idea en sí era buena, mas no había hechos que pudieran darle realidad. Una vez derrotados y dispersos los principales ejércitos franceses, aquella cabeza de playa, a pesar de su mucho valor, no hubiera resistido durante largo tiempo un ataque alemán concentrado. No obstante, unas semanas de resistencia en Bretaña habrían permitido mantener contacto con Inglaterra y facilitado vastas retiradas a África de tropas francesas procedentes de diversas partes del destrozado frente. Si había de continuar la batalla de Francia, sólo podía mantenerse en la península de Brest o en ciertas regiones montañosas, como los Vosgos. Si no se hacía así, sólo les quedaba a los franceses otro camino: la rendición. No hay, pues, que considerar con desdén la idea de establecer una cabeza de playa en Bretaña. Los ejércitos aliados mandados por Eisenhower —que en la época a que estoy refiriéndome no era más que un coronel desconocido— adquirieron más tarde esa cabeza de playa pagándola a elevado coste de pérdidas.

El general Brooke, después de platicar con sus jefes franceses, ponderó en su cuartel general las circunstancias de una situación que se agravaba de hora en hora, y llamó telefónicamente al ministro de la Guerra. Cuando pudo comunicar con Eden, le dijo que la situación era completamente desesperada. No convenía seguir enviando refuerzos británicos, y lo que quedaba de la fuerza expedicionaria —unos ciento cincuenta mil soldados— debía reembarcar cuanto antes. Como se creía que yo me obstinaba en negarme a la evacuación, el general Brooke, la noche del 14, utilizó para hablarme una línea telefónica que por suerte y no sin trabajo seguía expedita, e insistió en su criterio. Le entendí muy bien y a los diez minutos quedé convencido de que el general estaba en lo justo. En consecuencia, se dieron las oportunas órdenes. Brooke fue relevado del mando del frente francés. Principió el cargamento de grandes cantidades de material, provisiones y soldados. Los elementos avanzados de la división canadiense, que habían saltado a tierra ya, volviéronse a los buques de transporte y la 52 división —que, aparte de su 157 brigada, no había entrado en acción todavía— se replegó a Brest. No retiramos ninguna de las fuerzas británicas que operaban con el décimo ejército francés, pero todas las demás embarcaron en los puertos de Brest, Cherburgo, St. Malo y St. Nazaire.

El 15 de junio nuestras tropas agregadas al décimo ejército francés fueron autorizadas a separarse de éste, y al día siguiente, mientras dicho ejército iniciaba una nueva retirada hacia el sur, nuestros hombres tomaron el camino de Cherburgo. Aquella noche, y tras intensa pelea, la brigada 157 consiguió despegarse del enemigo y, retirándose en sus camiones, embarcó durante la noche del 17 al 18. El 17 de junio se anunció que el gobierno del mariscal Pétain había solicitado un armisticio y que había ordenado a todas las fuerzas francesas que suspendieran la lucha. Ni siquiera se comunicó esto a nuestras tropas. En consecuencia, ordenamos al general Brooke que se retirara con cuantos hombres pudiese embarcar y con cuanto material lograse salvar.

Repetimos, pues, en considerable escala, si bien con barcos mayores, la evacuación de Dunquerque. Unos veinte mil soldados polacos, que se negaron a capitular, se abrieron camino hasta la costa y fueron llevados a la Gran Bretaña en nuestros buques. Los alemanes perseguían a nuestras tropas por doquier. En la península de Cherburgo entraron en contacto con nuestras retaguardias, diez millas al mediodía del puerto, en la mañana del día 18. El último de nuestros barcos zarpó a las cuatro de la tarde. El enemigo estaba ya a tres millas de los muelles, pero sólo nos capturó muy pocos prisioneros.

En conjunto, evacuamos entonces de los puertos franceses la cifra de 136.000 soldados británicos, con 310 cañones, lo que, unido a los polacos, sumaba 156.000 hombres. Esto redunda muy en honor del personal designado por el general Brooke para organizar el reembarque. El jefe de dicho personal, general De Fonblanque —inglés, a pesar de su nombre—, murió poco después, como resultado de sus extremados esfuerzos.

Muy numerosas fueron las evacuaciones realizadas en Brest y demás puertos occidentales. Los alemanes atacaron intensamente con su avia-

ción los barcos de transporte. El 17, en St. Nazaire, ocurrió un terrible incidente. El transatlántico «Lancastria», buque de veinte mil toneladas, que llevaba cinco mil soldados a bordo, fue bombardeado e incendiado en el momento en que se preparaba a zarpar. Una sábana de petróleo inflamado cubrió el agua en torno al navío, en el que perecieron tres mil soldados. Los demás, a despecho del duro ataque aéreo, fueron salvados merced a la abnegación de los tripulantes de las embarcaciones menores.

Cuando me llegaron las noticias del desastre, yo, que me hallaba en mi despacho, prohibí que se publicara al respecto informe alguno. Mi argumento fue éste: «Bastantes catástrofes tendrán que mencionar hoy los periódicos, sin añadir esa.» Me proponía autorizar la publicación de lo ocurrido unos días más tarde, pero los sucesos se acumularon de tal modo, tan de prisa y con tal daño para nosotros, que olvidé anular la prohibición. Habían de transcurrir varios años antes de que el público conociese aquel episodio.

* * *

Para aminorar la impresión que debía causar la inminente rendición francesa, se juzgó necesario enviar un mensaje a los primeros ministros de los Dominios. Pretendíamos persuadirles de que nuestra decisión de continuar la lucha, incluso solos, no se fundaba en una mera obstinación o desesperación, sino en que, por razones prácticas y técnicas que ellos podían desconocer, nuestra situación era realmente fuerte. Por lo tanto, dicté, en la tarde del día 16 de junio —un día muy atareado— el siguiente documento:

*Primer Ministro de la Gran Bretaña a los Primeros Ministros del Canadá, Australia, Nueva Zelanda y África del Sur.* 16-VI-40

(Precediendo al escrito algunas frases dirigidas particularmente a cada uno).

No considero que la situación sea tal que rebase las posibilidades de nuestro esfuerzo. No hay certeza alguna de que los franceses no sigan peleando en África o en el mar; pero, en cualquier caso, Hitler tendrá que asaltarnos en nuestra isla, si no quiere perder la guerra. Nuestro principal peligro radica en que seamos víctimas de unos ataques aéreos muy concentrados y combinados con aterrizajes de paracaidistas y de tropas aerotransportadas, a la vez que se produce el intento de traer por mar una fuerza invasora. Este peligro nos ha amagado desde el principio de la guerra y nada hubiesen podido hacer los franceses para evitarlo, ya que estaba en la mano del enemigo desencadenar el ataque cuando quisiese. Es indudable que esa posibilidad se ha agravado en virtud de las conquistas que Hitler ha realizado en la costa europea, cerca de nuestras orillas. Pero en principio el peligro es el mismo. No veo razón alguna que nos impida conjurarlo. Nunca la armada se ha jactado de poder impedir una incursión de cinco o diez mil hombres; mas no veo cómo podrían transportarse a través del mar, y frente a una manifiesta superioridad naval, ochenta o cien mil soldados, por ejem-

plo. Más difícil aún sería aprovisionar a esa fuerza. Mientras exista nuestra aviación, constituirá un poderoso auxiliar de la flota cuando se trate de impedir desembarcos, y hará pagar caro el propósito de realizar aterrizajes por vía aérea.

Aunque hemos sufrido graves pérdidas en el curso de nuestra ayuda a los franceses y de la evacuación de Dunquerque, hemos conseguido reservar y administrar nuestra aviación de caza, pese a las apremiantes demandas de Francia, que, imprevisoramente, quería arrojar a nuestros aparatos a la gran batalla de tierra, en la cual no hubiesen influido decisivamente. Celebro poder decir que nuestra aviación de combate es ahora tan fuerte como no lo ha sido nunca y que la producción de aparatos progresa con tanta rapidez como jamás hemos conocido hasta la fecha. De hecho, la única limitación con que tropezamos por el instante es el número de pilotos. Nuestros aviones de caza han logrado causar pérdidas al enemigo en la proporción de dos o dos y medio por cada uno de nuestros aparatos derribados, a pesar de que en Francia nuestros aviadores peleaban en condiciones adversas. Durante la evacuación de Dunquerque, que era una especie de tierra de nadie, infligimos al enemigo pérdidas que guardaban una relación de tres o cuatro aparatos abatidos por cada uno de los nuestros; y era frecuente que las formaciones alemanas se retirasen ante la presencia de escuadrillas inglesas cuatro veces menores que las enemigas. Todas las autoridades aéreas concuerdan en que en la defensa de nuestro país contra un ataque aéreo ultramarino, será mucho mayor nuestra ventaja. En primer lugar, ello se debe a que nuestros diversos mecanismos nos permiten conocer perfectamente bien el momento en que llegan los aviones adversarios; y, además, nuestras bases aéreas están muy juntas, lo que nos permitirá concentrar grandes fuerzas contra los bombarderos enemigos y cazas que los escoltan. Todos los aviones enemigos que abatamos serán perdidos totalmente por el enemigo, mientras muchos de los aviones y pilotos ingleses que caigan podrán volver a combatir más tarde. De manera que no juzgo imposible en modo alguno el que batamos al enemigo en forma tal que le llevemos a considerar demasiado costoso el ataque diurno.

El mayor peligro reside en los ataques aéreos que se realicen durante la noche a nuestras fábricas de aviación, pero esos ataques serán mucho menos precisos que los diurnos, y disponemos de aeroplanos suficientes para minimizar los efectos de semejantes incursiones. Por supuesto, el enemigo tiene muchos más aviones que nosotros, pero no hasta un extremo que nos prive de una perspectiva razonablemente buena de debilitar la fuerza atacante después de unas semanas o meses de pugna aérea. Entre tanto, nuestros bombarderos machacarán de continuo los puntos vitales del enemigo, especialmente sus refinerías de petróleo, sus fábricas aeronáuticas y su congestionada industria de guerra, que está centralizada en el Ruhr. Esperamos que nuestro pueblo resista el bombardeo tan bien al menos como el enemigo, aunque tales ataques, por un bando y por otro, se realizarán en una escala sin precedentes. Según nuestros informes, los alemanes no han encajado bien los bombardeos sufridos hasta ahora.

Ha de recordarse que ahora el cuerpo expedicionario británico está ya en la metrópoli, y, en gran parte, rearmado o rearmándose, lo que hace en escala, aunque quizá insuficiente para una guerra continental, bastante para la defensa en el país. Por tanto, disponemos en esta isla de fuerzas militares más considerables que cuantas tuvimos en esta guerra o en la anterior. Contamos, pues, con la destrucción de cuantos hombres desembarque el enemigo, lo que hará escarmentar a los que les sigan. Sin duda hemos de contar con nuevas formas de ataque y con el intento de transportar tanques

a nuestras costas. Hasta tanto como podemos prever esas posibilidades, estamos preparándonos para afrontarlas. No se puede predecir ni garantizar el resultado de una pugna de este carácter, que consiste en una lucha a vida o muerte, pero al menos entraremos en ella con buen ánimo.

He dado a usted esta completa explicación para demostrarle que hay sólidas razones que respaldan nuestra resolución de no permitir que el destino de Francia, sea el que fuere, nos aparte de continuar la pelea hasta el fin. Personalmente creo que el espectáculo de la fiera lucha y la carnicería que se producirán en nuestra isla, arrastrará a los Estados Unidos a la guerra. Incluso si fuésemos batidos por el número muy superior de la aviación enemiga, nos cabrá siempre, como indiqué a la Cámara de los Comunes en mi último discurso, enviar nuestras flotas al otro lado de los océanos, donde protegerán al imperio y continuarán la guerra y el bloqueo —lo que confío que harán en conjunción con los Estados Unidos— hasta que el régimen de Hitler se quebrante bajo esta opresión. Le haremos saber en todo momento la forma en que pueden ustedes ayudarnos, en la seguridad de que harán cuanto esté en el humano poder, como nosotros, por nuestra parte, estamos enteramente resueltos a hacer.

Compuse este mensaje en mi despacho. A medida que lo dictaba iban escribiéndomelo a máquina. Estaba abierta la ancha puerta del jardín y, fuera, el sol era caliente y brillante. Newall, mariscal del Aire y jefe del Estado Mayor aeronáutico, se sentaba en la terraza. Cuando, terminado de redactar el borrador, se lo mostré para que viese si procedía introducir mejoras o correcciones, se conmovió ostensiblemente y dijo que concordaba en un todo con cuanto yo decía. Me consoló y animó el haber llevado mis opiniones al papel y, cuando leí el mensaje por última vez antes de expedirlo, sentí cierta sobria confianza. Y lo que ocurrió confirmó mis conjeturas. Todas se realizaron.

## CAPÍTULO X

## EL ARMISTICIO DE BURDEOS

*Traslado del gobierno francés a Burdeos. — Actitud del general Weygand. — Weygand y Reynaud. — Insidiosa propuesta de Chautemps. — Los franceses deciden pedir condiciones de capitulación. — Insistencia inglesa en la salvación de la escuadra francesa. — Mi telegrama a Reynaud (16 de junio). — Nuevo aspecto de la situación. — La Gran Bretaña ofrece una unión indisoluble con Francia. — El general De Gaulle y sus vivas esperanzas de que nuestra proposición reforzaría a Reynaud. — Reynaud, satisfecho. — Suspendo mi telegrama del 16 de junio. — Fracasa mi plan de ir a Burdeos en un crucero, con miembros de los partidos laborista y liberal. — La oferta británica, desfavorablemente recibida. — Cae el gobierno Reynaud. — Conversación con Monnet y el general De Gaulle en Downing Street. — El mariscal Pétain forma gobierno en Francia con el fin de gestionar un armisticio. — Mi mensaje al mariscal Pétain y el general Weygand (17 de junio). — Mi discurso por radio en la misma fecha. — El general Spears proyecta la fuga del general De Gaulle. — Nuevas pláticas sobre la posibilidad de resistir en África. — Intenciones de Mandel. — Una añagaza del almirante Darlan. — Viaje del «Massilia». — Mandel en Casablanca. — Una gestión de Duff Cooper. — El destino de los patriotas franceses. — Especulaciones retrospectivas. — Mi firme convicción respecto al desenlace de la guerra.*

Abandonando ahora el terreno de los desastres militares, vamos a pasar a las convulsiones que se producían en el gobierno francés y en los personajes que en Burdeos lo rodeaban.

No es fácil establecer la secuencia exacta de los acontecimientos. El Gabinete de Guerra británico permanecía en sesión casi continua y de vez en cuando, siempre que llegaba a alguna decisión, expedía los correspondientes mensajes. Como costaba dos o tres horas transmitirlos en cifra, y probablemente otra hora el entregarlos, los funcionarios del ministerio inglés de Asuntos Extranjeros usaban pródigamente el teléfono para indicar a nuestro embajador la esencia de lo convenido. A su vez, también él empleaba frecuentemente el teléfono para responder. Había, pues, interrupciones e intermitencias que nos colmaban de confusión. Los sucesos se producían, a entrambos lados del Canal, con tan acelerado ritmo, que resultaría equivocado relatar lo que pasó como si se tratase de una serie ordenada de argumentos y decisiones.

Reynaud, procedente de Tours, llegó a la nueva residencia del gobierno francés en la tarde del día 14 de junio. A eso de las nueve recibió al embajador británico. Sir Ronald Campbell le informó de que el gobierno de Su Majestad se proponía insistir en las cláusulas del acuerdo del 28 de marzo, que obligaba a las dos partes a no llegar a trato alguno con el enemigo. También ofreció el embajador proporcionar los buques suficientes en caso de que el gobierno francés resolviese trasladarse al África septentrional. Ambos hechos estaban de acuerdo con las instrucciones generales que habíamos dado a nuestro representante.

El día 15 por la mañana Reynaud volvió a recibir al embajador inglés y le dijo que había llegado a la conclusión definitiva de que convenía dividir el gobierno en dos mitades, estableciendo una de ellas como nuevo centro de autoridad más allá del mar. Tal política debía implicar obviamente el que la flota francesa pasase a puertos no amenazados por el enemigo.

Entrada la mañana llegó la respuesta del Presidente Roosevelt a la apelación que Reynaud le dirigiera el 13 de junio. Aunque yo, en mi telegrama al jefe del gobierno francés, había procurado presentar a la más favorable luz el despacho presidencial, bien sabía que Reynaud habría de sentirse desilusionado. Se ofrecía a Francia ayuda material, si la aprobaba el Congreso, pero quedaba fuera de lugar la posibilidad de que los Estados Unidos entrasen en guerra. Francia no tenía razón alguna para esperar en tal momento una declaración distinta, y el Presidente Roosevelt no podía comprometerse a ir a la guerra ni a arrancar del Congreso semejante decisión.

Desde que en Cangé, cerca de Tours, se reuniera el gobierno francés por la noche, no habían vuelto los ministros a celebrar sesión. Como a la sazón todos habían llegado a Burdeos, fueron convocados para la tarde.

* * *

Hacía ya varios días que el general Weygand tenía la creencia de que toda resistencia ulterior sería estéril. Por lo tanto, deseaba convencer al gobierno francés de la necesidad de solicitar un armisticio mientras el ejército de Francia conservase todavía fuerza y disciplina suficientes para mantener el orden en el interior al día siguiente de la derrota. Weygand había sentido siempre profunda aversión al régimen parlamentario de la Tercera República. Católico ardiente y convencido, veía en la ruina que se abatía sobre su país el castigo que la mano de Dios aplicaba al pueblo francés por haberse apartado de la fe cristiana. Usó, pues, la autoridad que le daba su suprema autoridad militar, y lo hizo rebasando en mucho los límites a que le ceñían sus responsabilidades profesionales, por grandes que fueren. Insistió una y otra vez ante el jefe de su gobierno en el hecho de que los ejércitos franceses no podían seguir peleando, y que urgía poner término a la horrible e inútil matanza, antes de que sobreviniese la anarquía.

Por su parte, Reynaud estaba convencido de que la suerte de la guerra en Francia se hallaba decidida; pero aún esperaba sostener la lucha desde África y el resto del Imperio francés, empleando la flota a tal efecto. Nin-

guno de los otros Estados señoreados por Hitler se habían retirado de la guerra. Físicamente, sus países estaban dominados, pero allende el mar los gobiernos respectivos mantenían enhiesta la bandera de la causa nacional. Reynaud deseaba seguir tal ejemplo, lo que podía hacer disponiendo de recursos mucho más sólidos. Tendía, además, a buscar una solución al estilo de la adoptada cuando se firmó la capitulación holandesa. Porque ésta, mientras dejaba al ejército —cuyos jefes se habían negado a seguir peleando— en libertad de deponer las armas doquiera que estuviesen en contacto con el enemigo, mantenía el soberano derecho del Estado a continuar la lucha por todos los medios en su poder.

El generalísimo y el jefe del gobierno dirimieron sus divergencias en el curso de una tempestuosa reunión del Gabinete. Reynaud ofreció a Weygand autorización escrita para dar la orden de suspender las hostilidades. El general Weygand rechazó airadamente la propuesta de una rendición militar. «Nunca —dijo— aceptaré esta afrenta para el ejército francés.» La rendición, que él juzgaba imperativa, había de ser acordada por el gobierno y el Estado, a cuyas órdenes debía el ejército conformarse.

El general Weygand, al proceder así, lo hacía de un modo sincero y no egoísta, pero erróneo. Parecía querer establecer el derecho de un militar a dominar al gobierno legal de la República, consiguiendo, de paso, que cesase toda resistencia, no sólo de Francia, sino de su Imperio, en contraposición a lo resuelto por su jefe político.

Aparte de todos esos formulismos y de las pláticas sobre el honor del ejército francés, había que tratar de un punto práctico. Un armisticio firmado en regla por el gobierno francés implicaría el fin de la guerra para Francia. Mediante una negociación, parte del país podía permanecer inocupada y libre un contingente del ejército. En cambio, si proseguía la guerra en ultramar, todo el que no huyese de Francia quedaría bajo la fiscalización de los alemanes y millones de franceses serían conducidos a Alemania como prisioneros de guerra y sin la protección dimanada de un acuerdo. Este alegato era considerable, pero correspondía al gobierno de la república, y no al general en jefe de los ejércitos, decidir sobre ello. La actitud de Weygand venía a ser ésta: puesto que el ejército que tenía a sus órdenes no podía, según su opinión, continuar peleando, la República Francesa debía dar a las tropas la orden de obedecer una resolución que él estaba harto dispuesto a cumplir. Semejante tesitura no tiene fundamento alguno legal, ni es práctica de los Estados civilizados, ni responde a ninguna exigencia del honor profesional de un soldado. En teoría al menos, el Primer Ministro de Francia disponía de buena réplica. Podía, en efecto, haber contestado: «Se enfrenta usted con la Constitución de la República. Queda usted destituido en este mismo momento. El Presidente me otorgará la oportuna sanción de mi acto.»

Por desgracia, Reynaud no se hallaba en una situación suficientemente segura. Tras el presuntuoso general Weygand estaba el ilustre mariscal Pétain, centro del grupo de ministros derrotistas a quienes Reynaud, con notoria imprevisión, había hecho entrar recientemente en el gobierno. Todos deseaban suspender la guerra. A espaldas de ellos se movía el siniestro Laval, quien se había instalado en el Ayuntamiento de Burdeos y a

quien rodeaba una camarilla de agitados diputados y senadores. La política de Laval tenía el mérito y la fuerza de su sencillez. No sólo, a su juicio, debía Francia hacer la paz con Alemania, sino cambiar de bando en la contienda. Había de aliarse a su vencedora y, mediante su lealtad y servicios contra el común enemigo del otro lado del Canal, podría salvar sus intereses y sus provincias y concluir la guerra en el bando ganador. Es evidente que Reynaud, exhausto por los problemas que le rodeaban, no debió de sentirse con fuerzas suficientes para someter a Laval a un proceso ante el que no hubieran retrocedido un Oliverio Cromwell, ni un Clemenceau, ni un Stalin, ni un Hitler.

En las discusiones de la tarde del 15 —asistió a la reunión el Presidente de la República— Reynaud, tras explicar la situación a sus colegas de gobierno, apeló al mariscal Pétain, pidiéndole que persuadiese al general Weygand de que se amoldara a las miras del Gabinete. No pudo escoger peor emisario. El mariscal salió de la habitación. Hubo una pausa. Al cabo de un rato Pétain volvió con el general Weygand y comenzó a defender las opiniones de éste. En tan seria coyuntura, Chautemps, uno de los ministros más importantes, deslizó una insidiosa propuesta que tenía el aspecto de una transacción y resultaba atractiva para algunos. Declaró, en nombre de los elementos izquierdistas del Gabinete, que Reynaud acertaba al afirmar la imposibilidad de un acuerdo con el enemigo; pero añadió que convendría, por prudencia, tomar una actitud que uniera a todos los franceses. Se pediría a los alemanes que dijeran en qué condiciones otorgarían un armisticio, reservándose el derecho de rechazarlas.

No era, por supuesto, viable entrar en aquel resbaladizo sendero y tratar de pararse después. El mero anuncio de que el gobierno francés había pedido a los alemanes que dijesen en qué condiciones accederían a un armisticio, bastaba para acabar con los pocos restos de moral combativa que le quedaba al ejército francés. ¿Cómo cabía pedir a los soldados que diesen la vida en una obstinada resistencia, después de producirse tan fatídica señal? No obstante, la ponzoñosa proposición de Chautemps, combinándose con lo alegado por Pétain y Weygand, ejerció un tremendo influjo sobre la mayoría. Se acordó preguntar al gobierno de Su Majestad cuál sería su opinión acerca de semejante medida, añadiendo, de paso, que en ninguna circunstancia se entregaría al enemigo la flota. Reynaud, levantándose, manifestó su intención de dimitir. El Presidente de la República se lo impidió, diciendo que deseaba que Reynaud continuase en su puesto. En caso contrario, también él dimitiría. Cuando se reanudó la discusión —muy confusa por cierto— no se estableció una distinción clara entre dos hechos: el negarse a entregar la flota francesa a los alemanes, y el impedirlo de manera práctica haciendo que los buques de guerra se hicieran a la mar, dirigiéndose a puertos ajenos a Francia. Se convino, eso sí, formular al gobierno inglés la petición de que accediese a la demanda de condiciones de armisticio a los alemanes. El mensaje correspondiente fue despachado sin dilación.

* * *

A la mañana siguiente Reynaud volvió a recibir al embajador británico, quien le dijo que los ingleses accedían a la petición francesa, pero con una condición. Y esa condición consistía en que la flota francesa fuese puesta en circunstancias que la sustrajeran al poder alemán, o, más concretamente, que fuese encaminada a puertos británicos.

Tales instrucciones, con el fin de ganar tiempo, habían sido telegrafiadas a Campbell desde Londres.

A las once, el agobiado consejo de ministros tornó a reunirse, en presencia del Presidente Lebrun. Jeanneney, Presidente del Senado, fue hecho comparecer para respaldar, en su nombre propio y en el de su colega Herriot, Presidente de la Cámara de Diputados, la proposición de trasladar a Africa del Norte la sede del gobierno. Tal proposición iba a ser formulada por el jefe del Gabinete.

Entonces se levantó el mariscal Pétain y leyó una carta —que, según se cre, le redactó una tercera persona— en la cual dimitía su cargo en el gobierno. En cuanto terminó la lectura, Pétain se dispuso a abandonar la estancia. El Presidente de la República le convenció de que se quedara, si bien Pétain impuso una condición, consistente en que en el curso del día se daría una respuesta a sus proposiciones. El mariscal se quejaba de las dilaciones que surgían en la solicitud del armisticio. Reynaud replicó a esto diciendo que era costumbre que, cuando un aliado pedía a otro que le relevase de una obligación, se aguardase la réplica del demandado. Y se levantó la sesión. Después de comer, el embajador inglés llevó a Reynaud la respuesta textual del gobierno británico, a la que ya se había referido en su conversación de la mañana.

• • •

En aquellos días el Gabinete de guerra británico vivía momentos de insólita emoción. La caída y el triste destino de Francia predominaban en nuestras mentes. Nuestro propio brete y lo que nos esperaba y debíamos afrontar solos parecía haber pasado a segundo término. Lo que más nos preocupaba era la agonía de nuestra aliada y el deseo de hacer, para ayudarla, todo lo que estuviese en manos humanas. También nos desazonaba no poco la vital necesidad de posesionarnos de la escuadra francesa. Y, dados estos sentimientos, no debe extrañar que se concibiese la idea de una «unión indisoluble» entre Inglaterra y Francia.

No fui yo el que la propuso. La primera vez que oí al respecto un plan definido fue en un almuerzo en el Club Carlton el día 15. Estaban presentes allí lord Halifax, el señor Corbin, sir Robert Vansittart y una o dos personas más. Era evidente que había existido previamente una extensa discusión. El día 14, Vansittart y Desmond Morton habían hablado con los señores Monnet y Pleven, miembros de la misión económica que Francia tenía en Londres. Había concurrido asimismo el general De Gaulle, quien había llegado en avión con el fin de acordar la manera de que procurásemos suficientes buques para transportar a África al gobierno francés y a las tropas francesas que se pudieran. Todos aquellos señores habían bosquejado el plan de una declaración de unión franco-británica con el fin de

lograr —aparte de los méritos generales de la idea— que Reynaud tuviese a su disposición un hecho nuevo, de carácter vívido y estimulante, que le permitiera convencer a la mayoría de su gobierno de la conveniencia del traslado a África para continuar la guerra.

Mi primera reacción ante la idea propuesta fue desfavorable. Pregunté varias cosas de tipo esencial y recibí respuestas que no me convencieron en modo alguno. Mas he aquí que al terminar, por la tarde, nuestra larga reunión de Gabinete, volvió a plantearse la misma cuestión. Me sorprendió un tanto que muchos expertos y flemáticos políticos de todos los partidos se arrojasen tan apasionadamente a un plan inmenso, cuyas implicaciones y consecuencias no se habían meditado bien ni mucho menos. Empero, lejos de resistir, me dejé arrastrar sin oposición por aquellos generosos impulsos que hacían tender nuestras resoluciones hacia empeños del más elevado nivel y hacia actos valerosos y abnegadísimos.

Cuando el Gabinete inglés de Guerra se reunió a la siguiente mañana, lo primero que tratamos se refirió a la respuesta que debía darse a Reynaud. Éste, la noche antes, había pedido que le relevásemos formalmente de la obligación francesa de no quebrantar el pacto firmado en marzo con nosotros. El Gabinete autorizó la réplica que voy a reproducir y que yo, a petición de mis compañeros, redacté en el cuarto contiguo a la sala de sesiones. A las doce y treinta y cinco minutos del día 16 de junio nuestro mensaje fue expedido desde Londres. El escrito respaldaba y repetía de manera formal las instrucciones enviadas a Campbell a primeras horas de la mañana.

El texto era éste:

*El ministro de Asuntos Extranjeros a sir R. Campbell.*

Sírvase entregar al señor Reynaud el mensaje siguiente, que ha sido aprobado por el Gabinete:

*Churchill al señor Reynaud.* 16 junio 1940, 12.35 de la mañana

Nuestro acuerdo que prohíbe negociaciones separadas, tanto para el armisticio como para la paz, fue hecho con la República Francesa y no con un particular gobierno o estadista francés. Por lo tanto, en él va implicado el honor de Francia. Sin embargo, **a condición —pero únicamente con esa condición— de que la flota francesa zarpe rumbo a los puertos británicos durante las negociaciones,** el gobierno de Su Majestad da su pleno asenso a que el gobierno francés averigüe en qué circunstancias se darían a Francia términos de capitulación. El Gobierno de Su Majestad está resuelto a continuar la guerra y, por tanto, se excluye en absoluto de la susodicha averiguación referente a un armisticio.

A primera hora de la tarde el Ministerio de Asuntos Extranjeros envió a sir Ronald Campbell un segundo mensaje concebido en forma similar (3.10 de la tarde del 16 de junio).

Ambos mensajes eran enérgicos y reflejaban el propósito esencial de lo acordado por el Gabinete de Guerra en su reunión de la mañana.

*El Ministerio de Asuntos Extranjeros a sir Ronald Campbell.*

Informe al señor Reynaud de lo siguiente:

Esperamos ser consultados tan pronto como se reciba cualquier condición relativa a un armisticio. Esto es necesario, no meramente en virtud del tratado que veda toda paz o armisticio separados, sino teniendo en cuenta también las vitales consecuencias que todo armisticio ha de tener para nosotros, sin olvidar, sobre todo, que aún hay tropas británicas luchando al lado del ejército francés. Haga usted comprender al gobierno francés que al estipular que la flota francesa sea trasladada a los puertos británicos, pensamos en los intereses franceses tanto como en los nuestros. Estamos convencidos de que ese hecho reforzará al gobierno francés en cualquier discusión de armisticio, ya que su posición será siempre más ventajosa si puede hacer valer el hecho de que la flota francesa está fuera del alcance de las fuerzas alemanas. En lo que respecta a la aviación francesa, damos por hecho que se realizarán todos los esfuerzos posibles para hacerla volar a África del Norte, a menos de que el gobierno francés prefiera enviarla a este país.

Contamos también con que el gobierno francés hará cuanto esté en su mano para que, mientras duren las discusiones del armisticio, las tropas polacas, belgas y checas que al presente operan en Francia, sean retiradas del frente y enviadas al África septentrional. Se han tomado disposiciones encaminadas a recibir en este país a los gobiernos polaco y belga.

* * *

A las tres de aquella misma tarde volvimos a reunirnos. Recordé al Gabinete de Guerra que el día anterior, al finalizar la sesión, se había discutido una propuesta tendente a conseguir una unión aun más estrecha entre Francia y la Gran Bretaña. Por la mañana yo había hablado al general De Gaulle y éste me había procurado imbuir la idea de que era necesaria alguna dramática resolución para dar a Reynaud la ayuda que le era menester si su gobierno había de continuar la guerra. El propio general me había sugerido que el proclamar la indisoluble unión de los pueblos británicos y francés podía servir al fin perseguido. Tanto el general De Gaulle como el señor Corbin habían quedado impresionados por la energía de la decisión adoptada durante la mañana por el Gabinete de Guerra, decisión plasmada en los telegramas ya enviados, y que he reproducido. Yo había oído decir que se había redactado una nueva declaración para ser examinada, y que el general De Gaulle había telefoneado al presidente Reynaud. Como resultado de todo esto, parecía aconsejable suspender por el momento cualquier decisión. Ya se había enviado un telegrama a sir Ronald Campbell, ordenándole que suspendiese la entrega del mensaje anteriormente expedido.

El ministro de Asuntos Extranjeros manifestó que, después de nuestra reunión de la mañana, había visto a Sir Robert Vansittart, a quien antes había pedido que redactase algún dramático mensaje que reforzase la situación de Reynaud. Vansittart había mantenido consultas con el general De Gaulle, los señores Monnet y Pleven y el comandante Morton. Reunidos, habían escrito una proclama. El general De Gaulle había exhortado y convencido a todos de que publicasen el documento lo antes posible, y

quería llevarse a Francia el texto del escrito aquella misma noche. El propio De Gaulle había propuesto que yo hablase con Reynaud al día siguiente.

El borrador circuló de mano en mano y todos lo leyeron con profunda atención. Las dificultades que entrañaba se hicieron inmediatamente ostensibles, pero, en fin de cuentas, el lanzar una declaración de unión entre Inglaterra y Francia parecía obtener general asenso. Yo hice constar que mi primera reacción instintiva había sido desfavorable a la idea, mas que, dada la crisis en que nos encontrábamos, debíamos evitar el que nos acusasen de falta de decisión e imaginación. Era obviamente necesario emitir un anuncio dramático que permitiese a los franceses continuar en la guerra. La proposición formulada no podía ser dada de lado ligeramente, y me agradaba encontrar en el Gabinete de Guerra una opinión tan considerable en favor del plan. A las tres y treinta y cinco minutos de la tarde se nos notificó que el Consejo de ministros de Francia iba a reunirse a las cinco para determinar si era hacedero prolongar la resistencia. En segundo lugar, Reynaud declaró telefónicamente al general De Gaulle que creía poder sostener su posición si para las cinco de la tarde se recibían informes favorables a la propuesta de proclamación de unidad. En vista de esto, el Gabinete de Guerra aprobó la redacción final de una proclama de unión anglo-francesa, y autorizó el envío del documento a Reynaud a través del general De Gaulle. Además, telefoneamos a Reynaud al respecto. Sucesivamente el Gabinete de Guerra nos invitó a Attlee, a sir Archibald Sinclair y a mí a que, como representantes de los tres partidos británicos, nos reuniéramos con Reynaud en el primer momento posible y discutiésemos el texto final y las cuestiones relacionadas con él.

He aquí el texto definitivo:

DECLARACIÓN DE UNIÓN

En este fatídico momento de la historia del mundo moderno, los gobiernos del Reino Unido y de la República Francesa formulan esta declaración de indisoluble unión e indoblegable resolución de defender la causa común de la justicia y la libertad contra la sumisión a un sistema que reduce al género humano a una vida de esclavos y autómatas.

Los dos gobiernos declaran que Francia y la Gran Bretaña dejarán de ser dos naciones en lo sucesivo, pasando a convertirse en una unión franco-británica.

La Constitución de la Unión proveerá la creación de organismos conjuntos de política defensiva, extranjera, financiera y económica.

Todo ciudadano de Francia gozará inmediatamente de la ciudadanía del Reino Unido, y todo súbdito británico pasará a ser ciudadano de Francia.

Ambos países compartirán la responsabilidad de reparar las devastaciones de la guerra, pase lo que pase en cualesquiera de sus territorios, y los recursos de ambos países serán aplicados por igual, y como si sólo fuesen los de uno, a ese propósito.

Durante la contienda habrá un solo Gabinete de Guerra y todas las fuerzas de la Gran Bretaña y de Francia, tanto de tierra como de mar y aire, serán puestas bajo la dirección de dicho organismo. Éste ejercerá sus funciones de gobierno desde el punto que más pueda convenir. Los dos Parla-

mentos se asociarán con todas las formalidades del caso. Las naciones del Imperio británico están formando nuevos ejércitos ya. Francia mantendrá en el campo, en el mar y en el aire, todas sus fuerzas disponibles. La Unión solicitará de los Estados Unidos que fortalezcan los recursos económicos de los aliados y presten su poderosa ayuda material a la causa común.

La Unión concentrará toda su energía contra el poder del enemigo, doquiera que se riña la batalla.

Y así venceremos.

De todo esto se informó al Parlamento a su debido tiempo. Pero el problema había ya perdido entonces toda su importancia.

Como se ha visto, no fui yo quien redactó el texto que he reproducido. Éste se compuso entre todos los sentados en torno a la mesa y yo contribuí a él como los demás. Luego me llevé el documento a la estancia contigua, donde esperaban el general De Gaulle, Vansittart, Desmond Morton y el señor Corbin. El general leyó el escrito con aspecto de claro entusiasmo y, en cuanto pudo obtenerse contacto con Burdeos, telefoneó a Reynaud diciéndole cuál era el texto aprobado. Esperaba De Gaulle que aquella solemne promesa de unión y fraternidad entre los dos países diera al agobiado jefe del gobierno francés los medios de trasladar su Gabinete a África, con todas las fuerzas posibles, a la par que se ordenaba a la flota francesa que abandonase los puertos en que estaba anclada, en busca de otros ajenos al inminente yugo alemán.

* * *

Ahora hemos de situarnos al otro lado del Canal. El embajador inglés entregó los dos mensajes con que nuestro gobierno respondía a la petición francesa de que descargásemos a Francia de sus obligaciones del tratado del 28 de marzo. Según el relato del embajador, Reynaud estaba muy deprimido y no acogió bien nuestros documentos. Observó en el acto que la retirada de la flota francesa del Mediterráneo a puertos británicos provocaría la inmediata ocupación de Túnez por Italia y crearía, a la vez, nuevas dificultades a la escuadra inglesa.

A este punto había llegado Reynaud, cuando recibió mi mensaje, transmitido por el general De Gaulle telefónicamente. «Esa noticia —dijo el embajador— obró en Reynaud como un tónico.» Reynaud declaró que, a trueque de un documento como aquél, pelearía hasta el fin. En tal momento entraron en la estancia los señores Mandel y Marin. Los dos parecieron también ostensiblemente tranquilizados.

Reynaud, en seguida, salió, «con ligero paso», para leer el documento al Presidente de la República. Creía Reynaud que, provisto de aquella inmensa garantía, podría convencer al gobierno de la necesidad de retirarse a África y continuar la guerra. El telegrama en que yo aconsejaba al embajador que suspendiese la presentación de nuestros dos enérgicos mensajes, y en todo caso que no obrase en modo alguno en el sentido que indicaban, llegó inmediatamente después de que el jefe del Gobierno francés hubo salido. Envióle Campbell un emisario para decirle que los dos despachos anteriores debían considerarse «cancelados». Hubiera sido me-

jor decir «suspendidos». El Gabinete de Guerra, en efecto, no había modificado su actitud en modo alguno. Sólo que creíamos conveniente dar a la «declaración de unión» toda clase de posibilidades y en las más favorables condiciones. Si el gobierno francés se dejaba empujar por aquella proclama, lo principal implicaría lo menor, y el sustraer a la flota francesa del poderío alemán se ejecutaría automáticamente. De no prosperar nuestra oferta recobrarían su plena vigencia nuestros derechos. Nosotros ignorábamos lo que ocurría en el seno del gobierno francés, e ignorábamos que aquella vez era la última en que íbamos a tratar con Reynaud.

El mismo día, a no sé qué hora, telefoneé al jefe del gobierno francés, proponiéndole entrevistarnos. Sería yo quien fuese a Francia. En vista de la incertidumbre de lo que ocurría o iba a ocurrir en Burdeos, mis colegas del Gabinete de Guerra deseaban que yo me dirigiese a Francia en un crucero y que se conviniese una entrevista en un punto dado, a lo largo de la costa de Bretaña. Yo prefería ir por aire. Pero, aun así, habría llegado demasiado tarde ya.

Voy a transcribir el documento que el Ministerio de Asuntos Extranjeros envió a nuestro embajador.

*A sir R. Campbell,*
Burdeos.

16 junio, 6.45 tarde

El Primer Ministro, acompañado por el Lord del Sello Privado, el ministro del Aire, tres jefes de Estado Mayor y algunas otras personas, llegará a Concarneau a las doce de la mañana, día 17. Va en un crucero y es su objeto avistarse con el señor Reynaud. El general De Gaulle ha sido informado de lo susodicho y opina que esta entrevista y ocasión serán convenientes. Proponemos que la reunión se celebre a bordo, para llamar menos la atención. El barco de Su Majestad «Berkeley» ha sido advertido de que debe ponerse a la disposición del señor Reynaud y quienes le acompañen, si lo desean.

El ministro de Asuntos Extranjeros telefoneó también, a las ocho de la tarde del 16 de junio:

Le explico a continuación las razones por las que le he pedido que suspenda la acción de mis dos últimos telegramas.

Después de consultar con el general De Gaulle, el Primer Ministro ha decidido verse mañana con el señor Reynaud, en Bretaña, a fin de hacer un ulterior esfuerzo para disuadir al gobierno francés de que pida un armisticio. Con este fin, y por consejo del general De Gaulle, va el Primer Ministro a proponer al señor Reynaud que entre los dos redacten una declaración anunciando la constitución inmediata de una estrecha unión anglo-francesa en todas las esferas, con el fin de proseguir la guerra. El texto de la declaración, tal como ha sido autorizada por el gobierno de Su Majestad, se contiene en el telegrama que expido a continuación de éste. Debe usted leer este texto al señor Reynaud, sin demora.

El general De Gaulle, por teléfono, ha manifestado ya al señor Reynaud cuál es el bosquejo de la declaración propuesta. El señor Reynaud ha contestado que una declaración semejante, firmada por los dos gobiernos, influirá tajantemente en la decisión del Gabinete francés. El general, que regresa esta noche, lleva una copia del documento.

Nuestro Gabinete de Guerra permaneció reunido hasta las seis de aquella tarde. Después yo me preparé a partir para realizar la misión que se me encomendaba. Llevaba conmigo a los jefes del partido liberal y el laborista, a tres jefes de los Estados Mayores y a varios importantes funcionarios y militares. Un tren especial esperaba en la estación de Waterloo. Pensábamos llegar a Southampton en dos horas. Una noche en el mar, a treinta millas por hora, a bordo del crucero, nos situaría en el lugar de cita a mediodía del 17.

Nos acomodamos en el tren. Mi mujer acudió a despedirme. Pero la partida se retardaba singularmente. Era evidente que había sobrevenido algún contratiempo. Al fin, mi secretario particular llegó de Downing Street. Venía jadeante, y traía el siguiente mensaje, expedido por Ronald Campbell desde Burdeos:

> Se ha declarado la crisis ministerial... Espero tener noticias a medianoche. Entre tanto, se hace imposible la reunión convenida para mañana.

Volví a Downing Street con el corazón abrumado.

• • •

La escena final que se produjo en el seno del gobierno Reynaud fue tal como la voy a describir.

Las esperanzas puestas por Reynaud sobre la declaración de la unión franco-inglesa se disiparon muy pronto. Rara vez habrá encontrado tan hostil acogida una proposición tan generosa. El jefe del gobierno leyó dos veces el documento a sus colegas reunidos. Manifestó que, por su parte, abogaba con todo brío en pro de la proposición y añadió que estaba preparando una entrevista conmigo al siguiente día, a fin de discutir los pormenores del asunto. Pero los excitados ministros —algunos, hombres famosos; otros, meras insignificancias— estaban divididos y se sentían anonadados por el terrible flagelo de la guerra. Según se nos dijo, algunos de los ministros habían oído ya la noticia merced a una intervención en el teléfono. Y esos eran precisamente los derrotistas... Pero la mayoría estaban absolutamente impreparados para estudiar temas de tanta trascendencia. El sentimiento predominante en el Consejo de ministros se inclinaba a rechazar el plan. Los más experimentaron sorpresa y desconfianza, y hasta nuestros mejores amigos quedaron desconcertados. El gobierno esperaba recibir del Gabinete de Guerra inglés la respuesta a su petición de que descargásemos a los franceses de sus obligaciones del pacto del 28 de marzo, autorizándoles, por tanto, a preguntar a los alemanes qué condiciones podían ofrecer en caso de un armisticio. Es posible, e incluso probable, que si nuestra contestación formal hubiese sido presentada a la mayoría de los ministros, éstos hubiesen accedido a la primordial condición de que la flota fuese enviada a la Gran Bretaña. Al menos podrían haber formulado otra propuesta aceptable, quedando así en libertad de entablar negociaciones con el enemigo y reservándose la última opción de retirarse a África si las condiciones alemanas eran demasiado duras. Pero

aquí se produjo un clásico ejemplo de que dar orden y contraorden equivale a provocar el desorden.

Paul Reynaud no consiguió vencer la desfavorable impresión producida por la propuesta de unión anglo-francesa. La fracción derrotista del ministerio, encabezada por el mariscal Pétain, se negó a examinar el texto de la proposición. Se nos dirigieron violentas acusaciones. Se dijo que se trataba de «un plan de última hora, de una sorpresa, de un proyecto para poner a Francia en estado de tutela, o para arrebatarle su imperio colonial». Se añadía que aquello relegaba a Francia a la situación de un Dominio británico. Algunos llegaron a quejarse de que no se ofrecía igualdad a los franceses, puesto que todo lo que se les daba era la calidad de ciudadanos del Imperio inglés, no de la Gran Bretaña, mientras los ingleses pasarían a ser ciudadanos de Francia. El texto de la declaración contradice semejante alegato.

Pero había, además, otros argumentos. El general Weygand había convencido al mariscal Pétain, sin gran dificultad, de que Inglaterra estaba perdida. Altas autoridades militares francesas habían sentenciado: «Dentro de tres semanas a Inglaterra le habrán retorcido el cuello como a un pollo.» Según el mariscal Pétain, unirse a Inglaterra era «fusionarse con un cadáver». Ybarnegaray, que tan recio se mostrara en la guerra anterior, exclamaba: «Más vale convertirse en una provincia nazi. Al menos ya sabemos lo que eso significa.» El senador Reibel, amigo personal del general Weygand, declaró que el proyecto presentado significaba la ruina total de Francia y en todo caso una definitiva subordinación a Inglaterra. En vano Reynaud replicó: «Prefiero colaborar con mis aliados a colaborar con mis enemigos.» Mandel inquirió: «¿No preferiríais ser un Dominio británico a un distrito alemán?» Todo fue inútil.

Se nos ha asegurado que, tras la presentación de nuestra propuesta por Reynaud, nunca el documento se sometió a voto en el gobierno. El documento se desplomó por sí solo. Esto constituyó un revés tan personal como fatal para el jefe del Gabinete, y señaló el fin de su influencia y autoridad en el Consejo de ministros. Todas las discusiones sucesivas versaron sobre el armisticio y sobre la necesidad de preguntar a los alemanes qué condiciones otorgarían. En esto Chautemps se mostró sereno e inflexible. Nuestros dos telegramas relativos a la flota no llegaron a ser presentados jamás al gobierno. El Gabinete Reynaud, ya en plena descomposición, ni siquiera discutió la conveniencia de enviar la escuadra a puertos británicos como preludio de las negociaciones con los alemanes. A cosa de las ocho, Reynaud, exhausto y agotado por los esfuerzos mentales y físicos a que venía estando sometido hacía tantos días, envió su dimisión al Presidente, aconsejándole a la vez que encargase al mariscal Pétain de formar gobierno. Entiendo que esa acción debe considerarse precipitada. Por otra parte, parece que Reynaud conservaba esperanzas de poder celebrar todavía su entrevista conmigo al día siguiente, ya que habló de ello al general Spears. «Mañana —repuso Spears— habrá en Francia otro gobierno y no podrá usted expresarse en nombre de nadie.»

Campbell, que nos telefoneó el 16 de junio, nos dijo:

El señor Reynaud, tan alentado esta tarde por el magnífico telegrama del Primer Ministro, nos declaró después que tenía que luchar contra fuerzas, insuperables para él, que trabajaban en el empeño de querer saber cuáles serán las condiciones del armisticio. Ha leído dos veces al Consejo de ministros el mensaje de ustedes, explicándoles su importancia y la trascendencia que puede tener para el porvenir. Todo ha sido estéril.

Hemos hablado con Reynaud media hora, exhortándole a que se desprenda de la influencia maligna que predomina entre sus compañeros. Después de ver unos instantes al señor Mandel, visitamos, por segunda vez en el día, al señor Jeanneney, presidente del Senado, cuyas opiniones, así como las del Presidente de la Cámara, son muy sanas. Esperábamos que influyera sobre el Presidente de la República y le convenciese de que encargara a Reynaud de formar nuevo gobierno.

Le pedimos que hiciera comprender con claridad al Presidente que la oferta contenida en el mensaje del Primer Ministro no se haría extensiva a un gobierno que entrase en negociaciones con el enemigo.

Una hora más trade, o cosa así, Reynaud nos informó de que había entregado su dimisión al Presidente. La combinación del mariscal Pétain con el general Weygand (que son dos hombres que viven en un mundo aparte e imaginan que van a sentarse en torno a una mesa forrada de verde, discutiendo el armisticio al estilo de los antiguos tiempos) ha sido incontrastable para los miembros más débiles del gobierno, al que entrambos han amilanado agitando ante él el espectro de la revolución.

• • •

En la tarde del 16 de junio el señor Monnet y el general De Gaulle me visitaron en mi despacho gubernamental. El general, ejerciendo sus facultades de subsecretario del Ministerio de la Guerra, había ordenado al buque francés «Pasteur», que venía de América con un cargamento de armas consignado a Burdeos, que cambiase de rumbo y se dirigiera a un puerto británico. Monnet se ocupaba activamente de que los contratos hechos por los franceses para comprar municiones en América se transfirieran a la Gran Bretaña si Francia firmaba una paz separada. Era evidente que Monnet esperaba ese acontecimiento y deseaba salvar cuanto pudiera de lo que él consideraba un naufragio del mundo. Toda su actitud en ese sentido resultó utilísima. A la vez insistía aún en que prescindiésemos de las escuadrillas de caza que nos quedaban, enviándolas a la batalla de Francia, batalla que ya estaba prácticamente terminada.

Le respondí que en eso no había posibilidad de complacerle. No obstante, y a pesar de las alturas a que nos hallábamos, él repetía los manidos argumentos de que aquélla era «la batalla decisiva», de que las cosas debían hacerse «ahora o nunca», de que «si Francia cae caerá todo», etc. Pero yo en este sentido no hice nada para favorecerle.

Entonces los dos franceses que me visitaban se levantaron y dirigiéronse a la puerta. Monnet precedía a De Gaulle. Ya en el umbral, el general, que apenas había dicho hasta aquel momento una sola palabra, se volvió, dio dos o tres pasos hacia mí y dijo en inglés: «Creo que tiene usted razón.» Parecióme que aquel hombre encubría, bajo un aspecto imperturbable e impasible, una aguda sensibilidad al dolor. En contacto con tal tipo

altísimo y flemático yo tenía siempre una misma impresión: «Éste es el condestable de Francia.» Por la noche regresó a Burdeos en un aeroplano inglés que yo había puesto a su disposición. Pero su ausencia no debía durar mucho.

• • •

El mariscal Pétain procedió a formar un gobierno cuyo principal objetivo consistía en firmar un armisticio con Alemania. En la noche del día 16 de junio, el grupo derrotista que él encabezaba estaba tan definidamente unido ya, que la tarea de constituir gobierno no requirió largo tiempo. Chautemps (el que dijera que «pedir condiciones no significaba aceptarlas») era vicepresidente del Consejo. El general Weygand, sostenedor a ultranza de que todo había terminado, se encargó del Ministerio de Defensa Nacional. El almirante Darlan fue nombrado ministro de Marina y Baudouin recibió la cartera de Asuntos Extranjeros.

La sola dificultad pareció encontrarse en Laval. La primera idea del mariscal Pétain había sido ofrecerle el Ministerio de Justicia. Laval rechazó la oferta desdeñosamente. Exigía el Ministerio de Asuntos Extranjeros, única posición desde la que consideraba posible desarrollar su plan de invertir la situación política y las alianzas de Francia, de acabar con Inglaterra y de unir a la República, como asociada de menor cuantía, a la nueva Europa nazi. El mariscal Pétain hubo de rendirse a la vehemencia de la formidable personalidad de Laval. Baudouin, que ya se había hecho cargo del Ministerio de Asuntos Extranjeros, pero que se sabía inapropiado para tal cargo, se apresuró a cederlo. Sin embargo, al mencionar su decisión a Charles Roux, subsecretario permanente del ministerio, Roux se indignó y obtuvo la adhesión del general Weygand. Weygand entró en el despacho y se dirigió al ilustre mariscal para hablarle de la cuestión. Entonces Laval prorrumpió en un arrebato de furia que dejó cohibidos a los dos militares. El funcionario permanente del ministeno, sin embargo, se negó rotundamente a ejercer su cargo bajo la dirección de Laval. Esto hizo que el mariscal Pétain volviera a someterse. Tras una violenta escena, Laval partió, respirando ira y deseos de venganza.

Aquel momento era muy crítico. Cuatro meses después —el día 28 de octubre— Laval llegó a ser ministro de Asuntos Extranjeros, pero para entonces existía un nuevo sentido de los valores militares. La resistencia inglesa a Alemania era ya un factor de peso. Resultaba obvio que no cabía despreciar del todo la importancia de la isla. En cualquier caso, a Inglaterra no le habían, en tres semanas, «retorcido el cuello como a un pollo». Ese era un hecho nuevo, y un hecho del que toda la nación francesa se congratulaba.

• • •

Nuestro telegrama del 16 ponía como condición indispensable para entablar negociaciones de armisticio el que la flota francesa zarpara hacia puertos ingleses. Dicho telegrama había sido presentado ya en debida for-

ma al mariscal Pétain. A propuesta mía el Gabinete británico de Guerra redactó y envió otro telegrama insistiendo en lo mismo. Pero hablábamos en el desierto.

El 17 envié, además, un mensaje personal al mariscal Pétain y al general Weygand. Nuestro embajador proporcionó copias de ese documento al Presidente de la República Francesa y al almirante Darlan.

Mi escrito decía:

> Quiero repetirle mi profunda convicción de que el ilustre mariscal Pétain y el famoso general Weygand, nuestros camaradas en dos grandes guerras contra los alemanes, no dañarán a su aliada entregando a manos enemigas la excelente flota francesa. Un acto tal cubriría sus nombres de oprobio durante mil años de historia. Y, sin embargo, el hecho puede producirse si se pierden las escasas y preciosas horas necesarias para que la flota francesa pueda zarpar sin peligro hacia puertos británicos o americanos, llevándose consigo la esperanza del porvenir y el honor de Francia.

Para que aquellas exhortaciones no careciesen de un refuerzo personal sobre el terreno, despachamos a Francia al Primer Lord del Mar, que se consideraba en muy íntimo contacto amistoso y profesional con el almirante Darlan. Le acompañaban A. V. Alexander, Primer Lord del Almirantazgo, y lord Lloyd, ministro de Colonias y conocido hacía mucho tiempo como gran amigo de Francia. Estas tres personas se esforzaron durante todo el día 19 en hablar a cuantos ministros les fue posible. Se les dieron muchas y solemnes seguridades de que jamás se permitiría a la flota francesa pasar a manos alemanas. Pero no por ello se movió de sus puertos ni un solo barco francés de guerra, a pesar de que los alemanes se acercaban a toda velocidad.

• • •

Por deseo del Gabinete, la tarde del día 17 de junio hablé por radio y dije:

«Las noticias recibidas de Francia son muy malas. Mucho me duele que el bravo pueblo francés haya caído en tan terrible infortunio. Nada alterará nuestros sentimientos hacia los franceses, ni nuestra fe en la resurrección del genio de Francia. Lo sucedido en Francia no modifica nuestros actos ni propósitos. Ahora somos los únicos campeones que defendemos, armados, la causa mundial. Haremos todo lo posible para ser dignos de tan alto honor. Defenderemos nuestra patria isleña y, al lado del Imperio Británico, lucharemos invenciblemente hasta que esa maldición que es Hitler sea borrada de la faz del género humano. Estamos seguros de que al final todo saldrá bien.»

• • •

En la mañana del 17 informé a mis compañeros del Gabinete de Guerra de una conversación que había tenido durante la noche con el general Spears, quien afirmaba que no creía poder prestar ningún servicio útil en

Francia, dada la nueva estructura política que había surgido en Burdeos. Spears había sido advertido de que, tal como las cosas se presentaban, podía convenir que el general De Gaulle abandonase el país. Me apresuré a aprobar que se formulase un plan a ese efecto. Así, aquella misma mañana —la del 17— De Gaulle se encaminó a su despacho de Burdeos, dio algunas citas para la tarde, para disimular, y luego se dirigió al aeródromo. Su amigo Spears le acompañaba. De Gaulle iba como con la intención de verle partir. Los dos se estrecharon las manos, se despidieron y, cuando ya el aeroplano se ponía en movimiento, De Gaulle cruzó la portezuela y saltó dentro. El avión se remontó, ruidoso, en el aire, mientras los funcionarios y policías franceses quedaban boquiabiertos. En aquel diminuto aeroplano De Gaulle llevaba consigo el honor de Francia.

Aquella misma noche dirigió su memorable discurso por radio al pueblo francés. Conviene citar aquí uno de sus pasajes:

> Francia no está sola. Un vasto imperio la respalda. Le cabe unirse al Imperio británico, que es dueño de los mares y continúa la lucha. Y también puede utilizar en toda su plenitud, como Inglaterra lo hace, los vastos recursos industriales de los Estados Unidos.

Otros franceses deseosos de pelear no fueron tan afortunados como el general De Gaulle. Cuando se formó el gobierno Pétain, seguía discutiéndose la idea de pasar a África y crear allí un centro de poder ajeno a la fiscalización alemana. El tema se debatió el día 18 de junio, en una sesión del gobierno del mariscal. Por la noche el Presidente Lebrun, el mariscal Pétain y los presidentes del Senado y la Cámara celebraron una reunión conjunta. Parece que se alcanzó un acuerdo general respecto al propósito de enviar, por lo menos, un grupo representativo del ministerio al África del Norte. Ni siquiera el mariscal se mostró hostil. Él pensaba quedarse en Francia, pero no veía razón alguna que impidiese a Chautemps, vicepresidente del Consejo de ministros, encaminarse a África para actuar en su nombre. Cuando empezaron a correr por Burdeos rumores de un probable éxodo ministerial, Weygand hizo constar su desaprobación. Semejante medida, alegó, echaría a rodar las negociaciones para un armisticio «honroso», negociaciones que, por iniciativa francesa, ya habían comenzado en Madrid el 17 de junio. Laval se sintió profundamente alarmado. Temía que la instauración de una autoridad eficiente fuera de Francia pudiese frustrar la política que estaba resuelto a poner en práctica. Y así comenzó a maniobrar entre los grupos de diputados y senadores que llenaban Burdeos.

Darlan, ministro de Marina, opinaba de otro modo. Meter en un buque a todos los adversarios de su política parecíale manera muy conveniente de resolver no pocas dificultades. Una vez a bordo, cuantos hubiesen embarcado se hallarían en su poder y al gobierno le sobraría tiempo y ocasión para determinar lo que convenía hacer.

Así, y con la aprobación del nuevo Gabinete, Darlan ofreció pasajes para África a cuantos personajes políticos de alguna influencia quisieran trasladarse allí. El viaje debía realizarse en el crucero auxiliar armado «Massilia», que zarpaba de las bocas del río Gironda el día 20.

Pero muchos de los que planeaban pasar al África del Norte —y entre ellos Jeanneney y Herriot— sospecharon que se les tendía una trampa y prefirieron realizar el viaje por tierra, a través de España. De este modo el grupo que al fin se resolvió a embarcar no comprendía, aparte de los refugiados comunes, más que veinticuatro diputados y un senador. Entre ellos figuraban Mandel, Campinchi y Daladier, que habían insistido enérgicamente en el traslado de las autoridades a Africa.

En la tarde del 21 levó anclas el «Massilia». El 23, la radio del buque anunció que el gobiemo Pétain había aceptado y firmado el armisticio con Alemania. Campinchi habló inmediatamente al capitán, tratando de persuadirle de que pusiese proa a Inglaterra; pero el oficial tenía sin duda instrucciones concretas y se negó en redondo a satisfacer la petición de sus anteriores jefes políticos. El infortunado grupo de patriotas pasó horas de viva ansiedad hasta que el «Massilia», el 24 de junio, ancló en Casablanca.

Mandel, en el acto, obró con su usual decisión. De acuerdo con Daladier había redactado una proclama según la cual se establecía un gobierno francés, bajo la presidencia del propio Mandel, en el norte de Africa. Saltó a tierra, visitó primero al cónsul inglés y después se instaló en el Hotel Excelsior. Tras esto intentó difundir su proclama a través de la agencia Havas. El general Nogués leyó el texto del documento y se sintió muy conturbado. Hizo retener el mensaje, y éste, en vez de ser difundido al mundo, fue telegrafiado al almirante Darlan y el mariscal Pétain. Los dos, a la sazón, habían resuelto ya no dejar funcionar otro gobierno rival y ajeno a la fiscalización alemana. Mandel, pues, fue detenido en su hotel y hubo de comparecer ante la justicia local. El magistrado que le tomó declaración —y que después fue depuesto por el ministerio de Vichy— manifestó que no había cargo alguno contra Mandel y le dejó en libertad. Pero el gobernador general, Nogués, ordenó que se le arrestase nuevamente. Llevároniе de nuevo al «Massilia» y este navío quedó estrictamente vigilado, sin que sus pasajeros pudiesen tener ni la menor comunicación con tierra.

Yo no conocía nada de lo que acabo de relatar, pero me preocupaba mucho la suerte de los franceses deseosos de proseguir peleando.

*Primer Ministro al general Ismay.* 24-VI-40

Me parece muy importante establecer, ya ahora y antes de que la trampa preparada se cierre, una organización que permita a los oficiales y soldados franceses (así como a los técnicos de importancia) que quieran continuar combatiendo, llegar a diversos puertos nuestros. Habría que establecer una especie de «ferrocarril clandestino», como en los antiguos tiempos de la esclavitud, y una organización al estilo de la de Pimpinela Escarlata. No tengo duda alguna de que por ese medio conseguiremos que una ininterrumpida corriente de hombres resueltos afluya a nosotros. Nótese que necesitaremos apelar a cuanto podamos reunir para defender las colonias francesas. Habrán de cooperar a ello el Almirantazgo y la aviación. La autoridad operante francesa deberá estar, por supuesto, en manos del general De Gaulle y su comité.

En la sesión que el Gabinete de Guerra celebró muy entrada la noche del día 25 de junio, supimos, entre otras cosas, que un barco a cuyo bordo iba considerable número de descollantes políticos franceses, había pasado a lo largo de Rabat. Decidimos tomar inmediato contacto con aquel grupo. Duff Cooper, ministro de Información, salió para Rabat, muy de mañana y en compañía de lord Gort, en un hidroavión Sunderland.

Hallaron la ciudad en pleno duelo. Las banderas estaban a media asta, doblaban las campanas de las iglesias y en la catedral se celebraba un oficio solemne. Todo aquello era la queja colectiva del pueblo por la derrota de Francia.

Duff Cooper quiso comunicar con Mandel, pero sus intentos resultaron infructuosos. El subgobernador, un tal Morice, dijo a Duff Cooper, tanto por teléfono como personalmente, que no tenía más remedio que obedecer las órdenes de sus superiores. «Si el general Nogués me manda pegarme un tiro, le obedeceré, y con satisfacción. Por desgracia, las órdenes que me ha dado son más crueles todavía.» Y así era. Los ex ministros y los diputados franceses llegados a África fueron tratados como presos fugitivos. Nuestros enviados no tenían más recurso que regresar por donde habían ido. Pocos días más tarde (el 1 de julio) di al Almirante instrucciones para que se apoderase del «Massilia» y rescatar a los que estaban a bordo. Pero no se llegó a formular plan alguno y la nave pasó tres semanas bajo las baterías de Casablanca. Tras esto todo el grupo de políticos fue devuelto a Francia, donde el gobiemo de Vichy los trató como le complugo y como creyó que podía ser más grato a los alemanes, sus señores. Entonces comenzó el prolongado y penoso confinamiento de Mandel, quien al fin, en 1944, fue asesinado por orden de los nazis. Así se extinguió la esperanza de establecer un fuerte gobierno representativo de Francia, ora en África, ora en Londres.

* * *

El intento de conjeturar lo que, en un caso dado, hubiese ocurrido de modificarse alguna de las circunstancias concurrentes en el hecho. es, desde luego, vano, pero a menudo tentador y algunas veces instructivo. La forma en que Francia cayó el día 16 de junio vino determinada por una docena de concausas, que pudieron haber variado y estuvieron a punto de variar por el mero espesor de un cabello. Si Paul Reynaud hubiera sobrevivido como jefe del gobierno el día 16, yo habría hablado personalmente con él el 17 al mediodía. Me hubiese acompañado la más autorizada delegación que nunca partiera de nuestras costas, delegación que iba provista de plenos poderes. Nos habríamos enfrentado con Pétain, Chautemps, Weygand y demás secuaces de ese grupo diciéndoles rotundamente: «No libertamos a Francia del compromiso que contrajo el 28 de marzo, salvo si la escuadra francesa zarpa para puertos ingleses. Por otra parte, os ofrecemos una indisoluble unión franco-británica. Pasad a África y prosigamos la lucha unidos.»

Es seguro que nos hubiesen ayudado el Presidente de la República, los presidentes de las dos Cámaras y el resuelto grupo que respaldaba a Rey-

naud, Mandel y De Gaulle. Paréceme probable que hubiéramos estimulado y convertido a los derrotistas, o bien convertídolos en minoría. Incluso pudo darse el caso de que los derrotistas salieran detenidos de la sala del Consejo.

Llevemos más adelante estas fantásticas especulaciones. El gobierno francés se hubiese retirado al África del Norte. El superestado o comisión operante que dirigiera la unión anglo-francesa —pues a una comisión se hubiese probablemente reducido tal superestado— habría plantado cara a Hitler. Las flotas inglesa y francesa, desde sus bases navales, hubieran conseguido pleno dominio del Mediterráneo, asegurando el libre tráfico de tropas y material de guerra por ese mar. Las fuerzas aéreas británicas que pudieran sustraerse a la defensa de nuestra isla, más los restos de la aviación francesa, hubiesen establecido sus bases en el África septentrional y, nutridas por la producción americana, habrían pasado a convertirse pronto en un factor ofensivo de primordial importancia. Malta, en vez de ser durante tan largo tiempo una preocupación y un peligro, hubiera desempeñado el esencial papel de ser nuestra más activa base marítima. Desde África habría cabido desencadenar, con mucha más facilidad que desde Inglaterra, intensos bombardeos contra Italia. Las comunicaciones de la península itálica con las tropas italianas de Libia y Tripolitania hubiesen quedado cortadas de modo eficaz. Sin usar más aviones de combate que los que de hecho empleamos en la defensa de Egipto, y sin enviar a los frentes mediterráneos más soldados de los que enviamos, o estábamos dispuestos a enviar, nos cabía muy bien, con lo que quedaba del ejército francés, haber trasladado la guerra desde el Mediterráneo oriental al central, y en el curso de 1941 todo el Norte de África podía haber sido desembarazado de la presencia de las fuerzas italianas.

Francia no habría dejado de ser uno de los principales aliados beligerantes y se hubiese ahorrado la terrible disidencia que dividió, y aún divide, a sus ciudadanos. Desde luego, la metrópoli habría vivido doblegada al yugo germano, pero eso ocurrió en realidad después del desembarco anglo-americano de noviembre de 1942. Ahora que cabe ver cuanto sucedió, no puede haber duda de que el armisticio no ahorró a Francia sufrimiento alguno.

Más oscuro es el conjeturar lo que Hitler podría haber hecho. ¿Hubiera pretendido abrirse camino a través de España, con o sin asenso español, y, tras asaltar y acaso ocupar Gibraltar, habría acometido Tánger y Marruecos? Esta zona, muy esencial para los Estados Unidos, estaba siempre presente en los pensamientos de Roosevelt. Pero ¿hubiese podido Hitler intentar el principal ataque a través de España, y a la vez lanzar su arremetida a la isla británica? Tenía que elegir entre ambas empresas. Si optaba por África, nosotros, con ayuda de las bases francesas y de nuestro dominio del mar, habríamos trasladado a Marruecos y Argelia tropas y aviación con más celeridad que Hitler y en mayor número. En el otoño e invierno de 1940 hubiéramos acogido con satisfacción una enconada campaña en el África septentrional francesa, si nos era amiga.

Examinando toda la escena a la luz de los acontecimientos posteriores, parece poco verosímil que hubiese cambiado la decisión de Hitler respecto

a los principales acontecimientos de la guerra (esto es, la batalla de la Gran Bretaña y el empuje alemán hacia el este) como consecuencia de la retirada del gobierno francés al África del Norte. A raíz de la caída de París, mientras Hitler se entregaba a los frenesíes de su regocijo, era natural que acariciara grandes proyectos. Una vez humillada Francia, necesitaba, si le era posible, vencer o destruir a la Gran Bretaña. Si no, había de optar por el ataque a Rusia. Una operación de gran envergadura, intentada a través de España y con miras a la conquista del África del noroeste, hubiese perjudicado las otras dos tremendas aventuras hitlerianas, o al menos impedido su ataque a los Balcanes. No tengo ni la menor duda de que hubiese sido mejor para todos los aliados que el gobierno francés se desplazara a África del Norte. Todo esto habría sido igualmente cierto si Hitler hubiera emprendido cualquiera de las operaciones mencionadas.

Un día, mientras yo estaba convaleciente en Marraqués en enero de 1944, el general Georges vino a almorzar conmigo. En el curso de una conversación general, yo expuse la posibilidad de que la negativa del gobierno francés a ir a África en junio de 1940 hubiera redundado en bien de todos. Cuando Pétain fue procesado en agosto de 1945, quiso alegar mis frases como una deposición en su favor. No tengo por qué protestar de ello, pero mi especulación retrospectiva en este caso no representa una opinión concreta que yo tuviese ni durante la guerra ni ahora.

Las tropas alemanas entran triunfalmente en París.

El capitán general Gerd von Rumdstedt.

14 de julio de 1940. — El general De Gaulle pasa revista a una guardia de honor representativa de sus tropas.

## CAPÍTULO XI

# EL ALMIRANTE DARLAN Y LA FLOTA FRANCESA

### ORÁN

*¿Debía Inglaterra rendirse? — Mi discurso del día 18 de junio. — Potente apoyo de los Dominios. — Persistente camaradería con el pueblo francés. — «Su hora mejor». — Palabras y hechos. — Despacho a lord Lothian el 22 de junio. — Telegrama a Mackenzie King (24 de junio). — Otro (27 de junio) al general Smuts. — Mensaje a lord Lothian (28 de junio). — Las oportunidades del almirante Darlan. — Su obsesión. — Su fatal decisión. — Última carta que me dirigió. — Las sólidas razones que el Gabinete de Guerra y los Estados Mayores tenían para confiar en el triunfo. — La armada francesa. — Artículo octavo del armisticio. — Una osada resolución. — Distribución de la flota francesa a fines de junio. — La «Operación Catapulta». — El «Día Cero» (3 de julio). — Distribución de las unidades de la flota francesa a fines de junio. — Portsmouth y Plymouth. — Desasosiego de los almirantes británicos en Gibraltar. — El Gabinete de Guerra se muestra inflexible. — Nuestra intimación a los franceses. — La tragedia de Orán. — Alejandría, Dokar y la Martinica. — Mi informe al Parlamento el 4 de julio. — Advertencia a todos los ministros y altos funcionarios británicos. — La Cámara de los Comunes aprueba nuestra conducta. — Impresión causada en el mundo por la eliminación de la flota francesa. — El gobierno de Su Majestad dispuesto a no retroceder ante nada. — El genio de Francia.*

Después del derrumbamiento de Francia, una pregunta obsesionaba los pensamientos de todos nuestros amigos y enemigos: «¿Debe Inglaterra rendirse también?» En la medida en que una declaración pública es evaluable cuando se formula al filo de los acontecimientos, yo había repetidamente aseverado la decisión del gobierno de Su Majestad, decisión que consistía en luchar hasta el fin, incluso solos. El 4 de junio, después de la evacuación de Dunquerque, yo había empleado esta frase: «Lucharemos, si es necesario, años enteros, y si es necesano, solos.» No introduje esta expresión sin meditarla previamente, y el embajador francés en Londres, al día siguiente de haberla yo pronunciado, quiso saber lo que pretendía dar a entender con aquello. A lo que se le contestó: «Exactamente lo dicho.» Recordé a la Cámara de los Comunes mi advertencia cuando me dirigí a los diputados el 18 de junio, al producirse el desplome de Burdeos.

Di, además, en esta ocasión, «algunas indicaciones de los sólidos fundamentos prácticos en que se basa nuestra inflexible resolución de continuar la guerra.» Me fue viable manifestar al Parlamento que los consejeros profesionales de los tres servicios armados confiaban en que había buenas y razonables esperanzas de obtener en el porvenir la victoria. Dije también que los primeros ministros de los cuatro Dominios me habían enviado mensajes en que respaldaban nuestra decisión y se declaraban dispuestos a correr la misma suerte que nosotros. Me expresé así: «Al hacer este terrible balance y contemplar nuestros peligros con ojos no nublados por las ilusiones, veo grandes motivos para el esfuerzo y la vigilancia, pero no para el pánico ni el temor.» Añadí: «Durante los primeros cuatro años de la guerra anterior los aliados no experimentaron más que desastres y decepciones... Repetidamente nos habíamos de hacer esta pregunta: «¿Cómo vamos a vencer?» Nadie podía responder a eso con mucha precisión, hasta que al fin, de modo súbito, de modo inesperado, nuestro terrible enemigo se derrumbó ante nosotros. Y tanto nos emocionó nuestra victoria, que locamente la tiramos por la ventana.

»Pase lo que pase en Francia, o al gobierno francés, o a otros gobiernos franceses, nosotros, los hombres de esta isla y del Imperio británico, no perderemos nunca nuestro sentido de camaradería con el pueblo francés... Si la victoria final recompensa nuestros esfuerzos, los franceses compartirán las ganancias y la libertad será devuelta a todos. No cederemos ni en una de nuestras justas demandas, ni aun en una sola coma de ellas... Checos, polacos, noruegos, holandeses y belgas han unido sus causas a la nuestra. A todos los restableceremos en sus derechos.»

Terminé:

«Lo que el general Weygand llama "Batalla de Francia" ha concluido. Creo que la batalla de la Gran Bretaña está a punto de empezar. De ella depende la supervivencia de la civilización. De ella depende también la vida de los ingleses y la prolongada continuidad de nuestras instituciones y nuestro Imperio. Pronto se volverán contra nosotros toda la furia y todo el poder del enemigo. Hitler sabe que tiene que abatir esta isla o perder la guerra. Si podemos resistirle, toda Europa quedará libre y la vida del mundo progresará, siempre hacia adelante, sobre amplias y soleadas mesetas. Pero si fracasamos, todo el mundo, incluso los Estados Unidos, incluso todo lo que hemos conocido y a lo que hemos dado valor, se hundirá en los abismos de una nueva Edad de Tinieblas, hecha más siniestra, y acaso más larga, por las luces de una ciencia pervertida. Por lo tanto, apliquémonos a nuestros deberes y a conseguir que, si el Imperio y la Comunidad Británica de Naciones duran mil años, puedan aún entonces los hombres seguir diciendo: "Aquélla fue su hora mejor".»

Todas esas palabras, citadas después tan a menudo, se justificaron al llegar la hora de la victoria. Pero en aquel momento no pasaban de ser meras palabras. Los extranjeros, como no comprenden cuál es el temperamento de la raza británica cuando la sangre se nos enciende a todos, pudieron creer mis expresiones un simple y audaz descaro, lanzado como preludio de unas negociaciones de paz.

Que Hitler necesitaba terminar la guerra en Occidente, era obvio. Se

hallaba en una situación que le permitía ofrecer las proposiciones más tentadoras. A quienes, como yo, habíamos estudiado sus manejos, no nos parecía imposible que el Führer se aviniera a dejar intactos el Imperio Británico, la Gran Bretaña y la flota inglesa, haciendo con nosotros una paz que le dejara libres las manos en el este. Recuérdese que Ribbentrop me había hablado de ello en 1937 y téngase en cuenta que aquel proyecto era el más caro a Hitler. Hasta entonces nosotros le habíamos causado pocos daños. A su triunfo sobre Francia habíamos agregado nuestra propia derrota. No hay, pues, que maravillarse de que mi actitud no convenciese a ciertos astutos calculadores de otros países, ignorantes en su mayoría de los problemas de una invasión ultramarina y de la calidad de nuestra aviación, y a la vez anonadados por la impresión de que Alemania disponía de un poder abrumador y terrorífico. No todos los gobiernos, ya fueran democráticos, ya despóticos, ni tampoco todas las naciones hubieran, viéndose en completa soledad, arrostrado los horrores de la invasión y desdeñado una buena oferta de paz, para la que podían encontrarse muchas excusas plausibles. La retórica no garantizaba nada. Podía ser designado un nuevo gobierno. «Los preconizadores de la guerra —se decía— han logrado imponerse y han fracasado.» Norteamérica permanecía al margen de la lucha. Nadie tenía compromiso alguno con la Unión Soviética. ¿Por qué no había la Gran Bretaña de unirse a los espectadores que en los Estados Unidos y en España, en el Japón y en Suecia contemplaban con negligente interés, e incluso con satisfacción, una pugna mutuamente destructiva entre los imperios comunista y nazi? Las generaciones futuras encontrarán dificultades para creer que los temas que he resumido aquí no llegaran nunca ni siquiera a figurar en las órdenes del día del Gabinete de Guerra, no siendo tampoco mencionados jamás en nuestros cónclaves privados. Las dudas sólo podían ser disipadas por los hechos; y los hechos no habían ocurrido aún.

Entre tanto, telegrafié a lord Lothian. Éste, por deseo de las autoridades navales de los Estados Unidos, había preguntado con mucho interés si las municiones para la flota británica y el material necesario para las reparaciones de las unidades no convenía que dejasen de ser enviados a Inglaterra por la vía del Atlántico.

Mi telegrama decía:

Por ahora no son menester tales precauciones. 22-VI-40.

Expedí también varios telegramas a mis amigos de los Dominios. El enviado a Mackenzie King rezaba:

24-VI-40

Si vuelve usted a leer mi telegrama del 5 de junio, verá que está fuera de la cuestión al pactar con los Estados Unidos acerca de su entrada en la gue-

rra y de que la flota inglesa sea despachada al otro lado del Atlántico si la Madre Patria fuera derrotada. Por lo contrario, mucho dudo de que sea discreto en estos instantes el extenderse sobre la última de esas contingencias. Confío mucho en que seremos capaces de defender nuestra isla y no encuentro razón alguna que aconseje hacer preparativos o considerar como cosa viable la transferencia de la armada británica. Por mi parte nunca entraré en negociaciones de paz con Hitler, pero hay una cosa que, como es obvio, no puedo garantizar. Me refiero a que, si fuéramos abandonados por los Estados Unidos, y subsiguientemente batidos, pudiera hallarse con facilidad una especie de Quisling dispuesto a aceptar la protección y el señorío de los alemanes. Mucho nos ayudaría el que usted procurase impresionar con este peligro al Presidente, como ya lo he hecho yo en el telegrama que le he dirigido.

Reciba mis buenos deseos y sepa que nos congratulamos de que la gran división canadiense pelee a nuestro lado por Inglaterra

También volví a cablegrafiar a Smuts, diciéndole:

27-VI-40

Es obvio que lo primero para nosotros consiste en rechazar cualquier ataque que se dirija a la Gran Bretaña y mostrarnos capaces de ejercitar la fuerza de nuestro potencial aéreo. Esto sólo se acreditará poniendo esa fuerza a prueba. *Si Hitler falla en el intento de batirnos aquí, probablemente retrocederá hacia oriente. Y hasta puede hacer esto sin llegar a intentar la invasión*, a fin de encontrar tarea para su ejército y eliminar la tensión a que habrá de someterle el invierno.

No es que yo espere que esa tensión resulte decisiva, pero no creo que pueda durar un sistema reducido a mantener sojuzgada a toda Europa bajo la Gestapo y la ocupación militar, *sin otro pretexto importante capaz de seducir a las masas.*

El desarrollo de nuestra fuerza aérea, particularmente en las regiones no afectadas por los bombardeos, causará a Hitler dificultades siempre crecientes, y posiblemente decisivas, en Alemania, cualesquiera que sean los éxitos que obtenga el Führer en Europa o *en Asia.*

El gran ejército que ahora estamos formando para la defensa metropolitana se organiza sobre principios de ataque, y la *oportunidad de realizar operaciones anfibias en gran escala puede llegar en 1940 y 1941.* Aquí actuamos sobre una base de cincuenta y cinco divisiones, pero a medida que aumente nuestra producción de municiones y vayan siendo movilizados los recursos del Imperio, será posible disponer de mayor número. Al fin y al cabo, nosotros estamos situados ahora en líneas interiores. Hitler tiene que defender vastas zonas famélicas y nosotros ejercemos el dominio de los mares. Amplia es, pues, la elección de objetivos en la Europa occidental.

Le envío estas notas personales porque me agrada mantener íntimo contacto con usted y conocer sus pensamientos, que siempre pesan mucho en los míos.

Al acometer la prueba suprema, lo hicimos con el mejor ánimo y confianza.

*Primer Ministro a lord Lothian.* 28-VI-40
Washington.

Sin duda habré de pronunciar algún discurso por radio, y pronto, pero no creo que ahora cuenten mucho las palabras. No hay que dar demasiada atención a las fluctuaciones de la opinión de los Estados Unidos Solamente la fuerza de los acontecimientos la regirá. Hasta abril, los Estados Unidos se hallaban tan seguros de la victoria aliada, que no consideraron necesaria ayuda alguna. Ahora están tan convencidos de nuestra derrota, que no juzgan posible ayudarnos. Yo albergo buenas esperanzas de que repeleremos la invasión y nos sostendremos activamente en el aire. De todos modos, vamos a ensayarlo. No cese de hacer comprender al Presidente Roosevelt y a los demás de que si este país fuese invadido y ocupado en gran parte, después de dura lucha, se formaría algún gobierno Quisling con el fin de hacer la paz a base de que nos convirtiésemos en un protectorado alemán. En tal caso, la flota británica sería la sólida contribución con que contaría ese gobierno, al discutirse la paz, para obtener buenas condiciones. En Inglaterra se suscitarían contra los Estados Unidos sentimientos de amargura y acritud semejantes a los que experimentan ahora los franceses contra nosotros. Hasta la fecha, los Estados Unidos, en realidad, no nos han prestado ayuda digna de nota [tenga en cuenta el lector que los fusiles y cañones de campaña no nos llegaron hasta fines de julio y que los destructores nos habían sido denegados]. Sabemos que el Presidente es nuestro mejor amigo, pero de poco valdrá tratar de obtener asistencias de las convenciones republicanas y demócratas. Lo que realmente importa es saber si Hitler será realmente dueño de Inglaterra dentro de tres meses, o no. Yo pienso que no. Pero ese es un asunto que no cabe discutir de antemano. Usted debe proceder con suavidad y flema. Aquí nadie se encuentra descorazonado.

• • •

En los últimos días del gobierno de Burdeos, el almirante Darlan llegó a adquirir gran importancia. Mis contactos con él habían sido pocos y protocolarios. Reconocía el valor de la tarea cumplida por él en su reorganización de la marina francesa de guerra, la cual, tras diez años de dirección profesional de Darlan, era más fuerte que lo fuera nunca desde los tiempos de la revolución francesa. Cuando, en diciembre de 1939, visitó Darlan a Inglaterra, le ofrecimos un banquete oficial en el Almirantazgo. Al responder al brindis, empezó recordándonos que su bisabuelo había muerto en la batalla de Trafalgar. Yo, pues, le juzgaba como uno de esos buenos franceses que odian sistemáticamente a Inglaterra. En las discusiones anglo-francesas de enero se demostró cuán celoso estaba el almirante de su posición profesional con respecto al ministro de Marina, al que consideraba un mero representante político. Esos celos llegaron a ser en él una positiva obsesión, que creo que influyó muy definidamente en sus actos.

Por lo demás, Darlan había concurrido a la mayoría de las conferencias que he descrito. Cuando se aproximaba el final de la resistencia francesa, me aseguró repetidamente que, ocurriese lo que ocurriera, nunca permitiría que la escuadra francesa pasase a manos alemanas. Y he aquí que ahora, en Burdeos, llegaba el momento crucial y fatídico en la carrera de

aquel ambicioso, personalista y talentoso almirante. Su autoridad en la flota era, en todos los sentidos prácticos, absoluta. Para ser obedecido le bastaba ordenar a los buques que partiesen hacia los puertos ingleses, americanos o franceses de las colonias, como algunos ya lo habían hecho. En la mañana del 17 de junio, después de la caída del gobierno Reynaud, Darlan declaró al general Georges que estaba decidido a dar la orden a que me refiero. Al día siguiente por la tarde, Georges volvió a hablar con él y le preguntó qué había hecho. El almirante replicó que había cambiado de opinión. Cuando Georges le preguntó los motivos, Darlan se limitó a contestar: «Ahora soy ministro de Marina.» Con ello no significaba que hubiese modificado su criterio al ser nombrado ministro de Marina, sino que, como tal, debía enfocar las cosas desde un punto de vista diferente.

¡Cuán vanos son los cálculos humanos cuando se fundan en el egoísmo! Rara vez se ha hallado en la vida un ejemplo más convincente y que mejor confirme esta verdad. Si el almirante Darlan hubiera querido controlar todos los intereses franceses situados fuera del alcance alemán, no tenía que hacer más que una cosa: zarpar en uno de sus propios buques y poner proa a cualquier puerto ajeno a Francia. No habría estado en el caso del general De Gaulle, que partió sin más recursos que un corazón indomeñable y unos cuantos hombres animosos. El almirante Darlan, al obrar así, hubiera sustraído a los alemanes la cuarta escuadra de guerra del mundo, escuadra tripulada por unos oficiales y unos marineros muy adictos personalmente a su almirante en jefe. Darlan hubiese pasado a ser el director de la resistencia francesa y habría dispuesto de un arma poderosísima. Los astilleros y arsenales ingleses y norteamericanos hubieran estado a su servicio, permitiéndole mantener y abastecer su flota. Una vez reconocida como legítima autoridad francesa, todo el oro que Francia tenía depositado, como reserva, en los Estados Unidos habría sido manejado por él, lo que le hubiese proporcionado amplios recursos. El imperio francés en masa se habría puesto a su lado. Y nada le hubiera impedido llegar a convertirse en el salvador de su patria. Tenía, pues, a su alcance la fama y el poder que tan ardientemente deseaba. En lugar de eso, todo lo que consiguió fue mantenerse ignominiosamente en un cargo indigno y acabar encontrando una muerte violenta, una tumba sin honra y un nombre que durante largo tiempo será execrado por aquella armada francesa y aquella nación a las que hasta entonces había servido tan bien.

• • •

Al llegar a este punto debo referirme a otro detalle. En una carta que el almirante Darlan me envió el 4 de diciembre de 1942, tres semanas antes de ser asesinado, insistía con la mayor vehemencia en que había cumplido su palabra. Como esa carta pudiera servirle de abono, procede presentarla al público. La imprimo aquí. Desde luego, no cabe poner en duda que ningún barco de guerra francés fue tripulado por dotaciones alemanas ni usado contra nosotros durante la guerra. Ello no se debió enteramente a las medidas tomadas por el ministro Darlan, pero no se puede negar que éste imbuyó en los ánimos de los oficiales y marineros de la armada fran-

cesa la idea de destruir a toda costa sus buques antes de que cayeran en manos de los alemanes, a quienes el almirante miraba tan mal como a los ingleses.

*Carta del Almirante Darlan al señor Churchill.*[1]

Argel, 4 de diciembre de 1942.

Querido Primer Ministro:

El 12 de junio de 1940, en Briare, estando en el puesto de mando el general Weygand, me llamó usted aparte y me dijo: «Espero, Darlan, que nunca entregará usted la flota.» Respondí: «Ni siquiera hay que hablar de ello, porque sería cosa contraria a nuestras tradiciones y nuestro honor de marinos.» El Primer Lord del Almirantazgo Alexander, y el Primer Lord de Mar, Pound, recibieron la misma réplica el 17 de junio de 1940, en Burdeos, e igual sucedió con lord Lloyd. Si no accedía a dar autorización para que la flota inglesa se dirigiese a puertos británicos, lo hice porque sabía que tal decisión implicaría la ocupación total de la Francia metropolitana, así como del África septentrional.

Reconozco que experimenté una gran amargura y un gran resentimiento contra Inglaterra como resultado de ciertos penosos acontecimientos que me afectaron hondamente como marino. Parecíame, además, que no creía usted en mi palabra. Un día, empero, lord Halifax, a través del señor Dupuy, me informó de que en la Gran Bretaña no se dudaba de mi palabra, sino que se creía que no me sería hacedero mantenerla. La destrucción voluntaria de nuestra escuadra, en Tolón, ha probado bien que yo estaba en lo justo, porque, aunque ya no ejercía mando allí, la armada ejecutó las órdenes que yo había dado y mantenido, contrariando con ellas las instrucciones del gobierno Laval.

Cumpliendo órdenes del mariscal, mi jefe, desde enero de 1941 hasta abril de 1942, me vi obligado a adoptar una política tendente a impedir que Francia y su imperio fueran ocupados y aplastados por las potencias del Eje. Por fuerza de los acontecimientos, tal política había de ser opuesta a la de ustedes. ¿Qué otra cosa podía yo hacer? En aquella época ustedes no estaban en condiciones de ayudarnos y cualquier inclinación hacia ustedes habría irrogado a mi país las más desastrosas consecuencias. De no haber asumido la obligación de defender nuestro imperio con nuestras propias fuerzas (siempre rechacé la ayuda alemana, incluso en Siria) el Eje habría pasado a África y el ejército francés hubiera quedado eliminado. Y sin duda el primer ejército británico no estaría ahora ante Túnez con tropas francesas a su lado, combatiendo a italianos y alemanes.

Cuando las fuerzas aliadas desembarcaron en África el 8 de noviembre, yo al principio ejecuté las órdenes que había recibido. Y tan pronto como ello se tornó imposible, ordené suspender las hostilidades, para evitar una innecesaria efusión de sangre y una lucha contraria a los sentimientos de los que la mantenían. Desautorizado por Vichy, y no deseando reanudar la pelea, me puse a disposición de las autoridades militares norteamericanas, si bien en forma que me permitiera seguir fiel a mis juramentos. El once de noviembre supe que los alemanes habían violado los convenios estipulados en el armisticio y me informé de la ocupación de Francia y de la solemne

1. Traducida del francés.

protesta del mariscal. Entonces consideré que podía recobrar mi libertad de acción y que, sin perjuicio de permanecer leal a la persona del mariscal, podía seguir otro camino más favorable al bienestar del Imperio Francés. Me refiero a la decisión de pelear contra el Eje. Apoyado por las altas autoridades del África Francesa, así como por la opinión pública, y actuando como eventual sustituto del jefe del Estado, creé el Alto Comisariado de África y ordené que las fuerzas francesas combatiesen al lado de las aliadas. Desde ese momento el África Occidental Francesa ha reconocido mi autoridad. Nunca hubiese podido conseguir semejante resultado en caso de no obrar bajo la égida del mariscal, ya que se me hubiera considerado como un mero disidente. Tengo la convicción de que todos los franceses que ahora luchan contra Alemania, cada uno a su manera, terminarán llegando a una reconciliación general, pero creo que momentáneamente deben seguir actuando por separado. Existe, sobre todo en el África Occidental Francesa, cierto resentimiento que, por ser demasiado activo, me impide, como usted sabe, conseguir más de lo obtenido. Ya que ejerzo mi papel sin atacar a nadie, exijo reciprocidad. Por ahora lo único que interesa es la derrota del Eje. Cuando el pueblo francés sea liberado, ya elegirá su régimen político y sus dirigentes.

Le agradezco, señor Primer Ministro, que se haya asociado con el Presidente Roosevelt en la declaración de que, como los Estados Unidos, la Gran Bretaña desea el restablecimiento integral de la soberanía francesa, tal como existía en 1939. Cuando mi país recobre su integridad y libertad, mi única ambición consistirá en poder retirarme albergando el sentimiento de haber servido bien a mi patria.

Acepte, señor Primer Ministro, la seguridad de mi mayor consideración.

FRANÇOIS DARLAN, almirante de la flota.

* * *

Los que, en Londres, nos hallábamos en la cúspide del poder, comprendimos bien la estructura física de la fuerza de nuestra isla y estábamos seguros del elevado espíritu que animaba a la nación. La confianza con que afrontábamos el inmediato futuro no se fundaba, según todos solían suponer en el extranjero, en un audaz fingimiento o en una apelación retórica, sino en un prudente conocimiento y cálculo de los hechos prácticos. Cuando yo me dirigía a la Cámara de los Comunes me apoyaba en ciertas realidades que otras personas y yo venimos estudiando minuciosamente desde hacía años. Pienso analizar después en detalle el problema de la invasión tal como mis consejeros técnicos y yo lo considerábamos en aquellos memorables días. Pero antes que nada había que efectuar una cosa tan obvia como osada y terrible.

La posible adición de la escuadra francesa a la alemana y la italiana —con la amenaza del Japón cerniéndose, además, en el horizonte— planteaba a la Gran Bretaña mortales peligros y afectaba gravemente a la seguridad de los Estados Unidos. El artículo octavo del armisticio prescribía que la flota militar francesa, con excepción de una parte que quedaba libre para garantizar los intereses coloniales de Francia, «sería reunida en puertos a especificar y en ellos desmovilizada y desarmada, bajo la fiscalización alemana o italiana».

Era claro, pues, que los barcos franceses pasarían a ser sometidos a esa «fiscalización» mientras todavía se hallasen completamente armados. Verdad era que, en el mismo artículo, el gobierno alemán declaraba solemnemente que no tenía intención alguna de utilizar los barcos franceses para sus fines propios durante la guerra. Pero ¿había quien, estando en sus sentidos cabales, pudiera confiar en la palabra de Hitler, dado el bochornoso historial de aquel hombre y los hechos tan recientemente acontecidos? Por ende, el referido artículo dejaba al margen de la referida promesa «las unidades necesarias para la vigilancia costera y el dragado de minas». La interpretación de cuáles habían de ser esas unidades «necesarias» quedaba al albedrío de los alemanes. En fin, el armisticio podía ser anulado en cualquier momento so pretexto de infracción por parte de los franceses. Así que no existía para nosotros, de hecho, seguridad alguna. A toda costa, arrastrando cualquier riesgo, y de una manera u otra, teníamos que procurar que la armada francesa no cayera en malas manos, que tal vez pudiesen emplearla para labrar nuestra ruina.

El Gabinete inglés de Guerra no titubeó. Los mismos ministros que, una semana antes, se habían ofrecido de todo corazón a ayudar a Francia, llegando a proponerle estatuir con ella una nacionalidad común, ahora resolvieron tomar todas las medidas preventivas que fuesen precisas. Ésta era la resolución más ominosa, antinatural y terrible en que yo haya intervenido jamás. Recordaba el episodio de la destrucción de la flota danesa en Copenhague, destrucción que ejecutó Nelson en 1801. Pero ahora la decisión adoptada aun resultaba peor, porque los franceses habían sido hasta el día anterior aliados queridísimos de Inglaterra y nuestra simpatía y conmiseración por los desastres de Francia era sincera. Por otra parte estaban en juego la vida de nuestro Estado y la salvación de nuestra causa. Era un caso de tragedia griega... De todos modos, la inutilización de la escuadra francesa constituía un acto necesario para la supervivencia de la Gran Bretaña, con todo lo que de ella dependía. Recordé las palabras de Danton en 1793: «Los reyes coaligados nos amenazan y nosotros lanzamos a sus pies, como arras de guerra, la cabeza de un rey.» Todo se desarrolló con arreglo a ese orden de ideas.

• • •

La flota francesa de guerra estaba distribuida del modo siguiente: dos acorazados; cuatro cruceros ligeros (o contratorpederos); algunos sumergibles (entre ellos el «Surcouf», que era muy grande); ocho destructores y unas doscientas unidades menores, pero muy valiosas (dragaminas y naves antisubmarinas) se hallaban, en su mayor parte, en los puertos de Portsmouth y Plymouth. Tales barcos estaban, pues, en nuestro poder. En Alejandría anclaban un acorazado francés, cuatro cruceros de la misma nacionalidad —tres de ellos, muy modernos, montaban cañones de ocho pulgadas— y varios buques menores. Ante esta fuerza marítima había una poderosa escuadra británica de batalla. En Orán, al otro extremo del Mediterráneo, y en el puerto militar contiguo de Mers-el-Kebir, se encontraban dos de los mejores barcos de la flota francesa: el «Dunquer-

que» y el «Estrasburgo», modernísimos cruceros de batalla, muy superiores al «Scharnhorst» y al «Gneisenau» y construidos precisamente con la finalidad de superarlos. Esos dos grandes navíos, si pasaban a manos alemanas y operaban sobre las rutas de nuestro comercio, podían irrogarnos complicaciones harto desagradables. Acompañaban a tales unidades dos acorazados franceses, varios cruceros ligeros y cierto número de destructores, submarinos y otras naves. En Argel anclaban siete cruceros, cuatro de ellos artillados con cañones de ocho pulgadas, y en la Martinica había un portaaviones y dos cruceros ligeros. A Casablanca acababa de llegar, desartillado, el «Jean Bart», procedente de St. Nazaire. Éste era uno de los buques-clave cuando se trataba de computar las fuerzas navales del mundo. Se hallaba, empero, sin concluir y no podía ser terminado en Casablanca. Había que impedir que saliese de allí. El «Richelieu», mucho más próximo a terminarse, había alcanzado Dakar. Podía navegar ya y sus cañones de 15 pulgadas estaban listos para el fuego. En varios puertos existían otros muchos barcos franceses de menos importancia. También en Tolón anclaban varias unidades de guerra, mas ésas no se encontraban a nuestro alcance.

La operación «Catapulta» tendía a conseguir simultáneamente la captura, destrucción o inutilización eficaz de todos los barcos militares franceses que pudiéramos.

*Primer Ministro al general Ismay.* 1-VII-40

1. El Almirantazgo conserva al «Nelson» y sus cuatro destructores en aguas metropolitanas, y la operación «Catapulta» debe desarrollarse ya, procurando que empiece al apuntar la aurora del 3.

2. Durante la noche del dos al tres se adoptarán en Portsmouth, en Plymouth, en Alejandría y, si fuera posible, en la Martinica, todas las medidas necesarias para desenvolver una operación análoga a la «Catapulta». Han de tomarse en consideración las reacciones que esas medidas pueden provocar en Dakar y Casablanca, así como no omitir cuantas precauciones sean precisas para impedir el escape de las unidades de valor.

Dado el apremio impuesto por las circunstancias, añadí:

El Almirantazgo deberá procurar que las escuadrillas que hayan de operar en zonas de aguas estrechas se eleven a una fuerza de cuarenta destructores, con el adicional y oportuno apoyo de cruceros. Debemos esforzarnos en sostener ese potencial durante los dos o tres días venideros, manteniéndolo en el curso de los quince sucesivos, tras lo cual cabrá reexaminar la situación. Entre tanto, hemos de aceptar como inevitables las pérdidas que se produzcan en los accesos occidentales de nuestra isla. Me complacería recibir un informe diario sobre el número de unidades que hay dedicadas al patrullaje, o disponibles en otras formas, entre Portsmouth y el Tyne.

• • •

A primeras horas de la mañana del 3 de julio todos los barcos franceses anclados en Portsmouth y Plymouth pasaron a nuestro poder. La ac-

ción, desencadenada de súbito, constituyó, como era menester que constituyese, una sorpresa. Se empleó una fuerza abrumadoramente superior. Su desarrollo probó lo fácilmente que podrían los alemanes, por un sistema análogo, adueñarse de los barcos franceses surtos en cualquier puerto de Francia que ellos controlaran. En Inglaterra la operación transcurrió amistosamente y, salvo en el «Surcouf», las dotaciones francesas accedieron de buen grado a saltar a la orilla. En el «Surcouf», resultaron heridos dos oficiales británicos, muerto un marinero de primera y herido otro. En la refriega resultó también muerto un marinero francés. Nosotros hicimos todos los esfuerzos posibles para tranquilizar y consolar a los franceses, y lo conseguimos. Muchos centenares de marineros se ofrecieron voluntariamente para unirse a los nuestros. El «Surcouf», después de haber prestado notables servicios, sucumbió el 19 de febrero de 1942 con toda su valerosa tripulación francesa.

• • •

El golpe más rotundo se asestó en el Mediterráneo occidental. A las dos y veinticinco minutos del 1 de julio el Almirantazgo envió las siguientes órdenes al vicealmirante Somerville (que se hallaba en Gibraltar con la «Fuerza H», consistente en el crucero de batalla «Hood», los acorazados «Valiant» y «Resolution», el portaaviones «Ark Royal», dos cruceros y once destructores):

> Prepárese para operación «Catapulta» 3 julio.

Entre los oficiales de Somerville figuraba el capitán Holland, valiente y distinguido marino, ex agregado naval en París, muy amigo de los franceses y dotado de mucha influencia. En las primeras horas de la tarde del día 1 de julio el vicealmirante nos telegrafió así:

> Después de hablar con Holland y otros oficiales, el vicealmirante de la Fuerza H ha quedado impresionado por la opinión que ellos sostienen y según la cual debemos evitar a toda costa el uso de la fuerza. Holland considera que el emprender una acción ofensiva nos enajenaría la buena voluntad de todos los franceses, estén donde estén.

A las seis y veinte de la tarde el Almirantazgo respondió:

> Es firme intención del gobierno de Su Majestad que, si los franceses no aceptan las condiciones que usted les imponga, sean destruidos.

Poco después de medianoche (concretamente a la una y ocho minutos de la madrugada del 2 de julio), el vicealmirante Somerville recibió el texto —muy cuidadosamente considerado por nosotros— de la comunicación que debía mandar al almirante francés.
Dicho texto rezaba:

> Es imposible para nosotros, camaradas de ustedes hasta ahora, permitir que los espléndidos barcos franceses caigan en poder de los enemigos, sean

alemanes o italianos. Estamos determinados a luchar hasta el fin y si vencemos, como contamos vencer, nunca olvidaremos que Francia fue nuestra aliada, que nuestros intereses son los mismos que los suyos y que nuestro enemigo común es Alemania. Si triunfamos, declaramos solemnemente que restableceremos la grandeza y territorios de Francia. A estos efectos hemos de impedir que los mejores buques de la escuadra francesa sean usados contra nosotros por el enemigo común.

Dadas tales circunstancias, el gobierno de Su Majestad me ha ordenado que pida a la flota francesa surta al presente en Mers-el-Kebir y Orán, que obre de acuerdo con una de las siguientes posibilidades.

*a*) Zarpar, unirse a nosotros y continuar peleando para lograr la victoria contra alemanes e italianos:

*b*) Reducir sus tripulaciones y con los marineros que queden, navegar bajo nuestra fiscalización hasta un puerto británico. Dichas tripulaciones reducidas serán repatriadas lo antes posible.

Si acepta usted uno de esos procedimientos, al terminar la guerra devolveremos a Francia sus buques o abonaremos la oportuna indemnización si hubiesen sufrido daños.

c) Si se considera usted obligado a garantizar que sus buques no sean usados contra los italianos ni alemanes a menos de que éstos quebranten el armisticio, procederá a hacerlos navegar con nosotros, llevando tripulaciones reducidas, hasta algún puerto francés de las Indias Occidentales —como, por ejemplo, la Martinica—, donde las unidades serán desmilitarizadas a nuestra satisfacción. También podrían confiarse a los Estados Unidos, donde permanecerían en seguridad hasta el fin de la guerra. En este caso se repatriarán sus tripulaciones.

Si usted se niega a aceptar estas razonables propuestas, yo, deplorándolo mucho, me veré en la necesidad de pedirle que hunda usted sus barcos en el término de seis horas.

En fin, y si lo últimamente mencionado no se cumpliera, el gobierno de Su Majestad me ha dado órdenes de que use la fuerza que sea necesaria para impedir que los buques de usted caigan en manos italianas o alemanas.

Durante el atardecer del día 2 rogué al Almirantazgo que expidiese al vicealmirante Somerville el siguiente mensaje (que se envió a las diez y cincuenta y cinco de la noche):

> Se le confía a usted una de las más ingratas y dificultosas tareas con que jamás se haya visto enfrentado un almirante británico, pero tenemos entera confianza en usted y confiamos en que la lleve a término sin dilación.

El almirante zarpó al alborear y llegó ante Orán a obra de las nueve y media de la mañana. Destacó al capitán Holland en un destructor, con la misión de visitar a Gensoul, el almirante francés. En vista de que éste se negaba a recibir a nuestro emisario, Holland le remitió el ya citado documento. El almirante Gensoul contestó, por escrito, que nunca permitiría que los barcos franceses cayesen en poder de italianos o alemanes, y que la fuerza sería repelida con la fuerza.

Las negociaciones continuaron durante todo el día. El capitán Holland, en su destructor, permanecía a lo largo de la bocana del puerto. Para nosotros era evidente el desasosiego que cundía entre el vicealmirante

inglés y sus principales oficiales. Lo notábamos en el tono de las señales que ellos cambiaban entre sí. Salvo órdenes directas y concretas, nada en el mundo les habría decidido a abrir el fuego contra quienes hasta hacía poco fueran sus camaradas. También en el Almirantazgo reinaba una emoción manifiesta. Pero nada debilitó la resolución del Gabinete de Guerra. Pasé toda la tarde en mi despacho, en continuo contacto con los más sobresalientes de mis compañeros, y en particular con el Primer Lord del Almirantazgo y el Primer Lord del Mar. A las seis y veintiséis minutos de la tarde expedimos la siguiente orden definitiva:

> Antes de que oscurezca, los buques franceses habrán de cumplir nuestras intimaciones, a no ser que prefieran hundirse ellos mismos o ser hundidos por nosotros.

La acción, empero, había comenzado ya. A las cinco y cincuenta y cuatro minutos el almirante Somerville abrió el fuego sobre la poderosa flota francesa, que se hallaba protegida por las baterías de la costa. A las seis de la tarde Somerville nos anunció que estaba librándose una lucha muy intensa. El bombardeo naval duró unos diez minutos, y fue seguido de fuertes ataques de nuestra aviación marítima, que despegaba del «Ark Royal». El acorazado «Bretaña» fue volado. El «Dunquerque» varó. El «Provenza» encalló. El «Estrasburgo» consiguió huir y, aunque atacado y averiado por nuestros torpedos aéreos, pudo alcanzar Tolón, lo que también consiguieron los cruceros de Argel.

En Alejandría, y tras prolijas negociaciones con el almirante Cunningham, el almirante francés, Godfrey, accedió a descargar su repuesto de petróleo, a retirar ciertas partes esenciales de sus mecanismos artilleros y a repatriar algunas de sus tripulaciones. En Dakar, el 8 de julio, el portaaviones «Hermes», bravamente secundado por una barca motora de la armada, atacó al acorazado francés «Richelieu». El buque fue alcanzado por un torpedo aéreo y sufrió graves averías. El portaaviones francés y dos cruceros ligeros que anclaban en las Indias Occidentales francesas, quedaron inmovilizados, tras largas discusiones, en virtud de un acuerdo con los Estados Unidos.

El día cuatro de julio informé extensamente a la Cámara de los Comunes de la medida que habíamos tomado. El crucero de batalla «Estrasburgo» había conseguido escapar y aún no teníamos noticias de la inmovilización práctica del «Richelieu», pero de todos modos nuestra decisión había eliminado a la flota francesa de guerra como posible elemento de los cálculos alemanes.

Aquella tarde hablé durante una hora lo menos, dando un minucioso relato de tan tristes acontecimientos, tal como yo los conocía. Nada necesito añadir a la descripción que entonces hice al Parlamento y al mundo. Pero para que las cosas guarden ante el público las debidas proporciones, creo idóneo acabar este pasaje reproduciendo un texto que leí ante la Cámara de los Comunes. Se trataba de la advertencia que, con aprobación del Gabinete de Guerra, había yo hecho circular, el día anterior, entre los círculos interiores del mecanismo gubernamental.

Tal advertencia rezaba:

> En vísperas de lo que puede ser un intento de invasión o una batalla en defensa de nuestra tierra natal, el Primer Ministro desea dirigirse a cuantas personas desempeñan puestos de responsabilidad en el gobierno, en los servicios militares o en los departamentos civiles; y lo hace para recordarles su deber de mantener un espíritu de atenta y confiada energía. Aunque han de tomarse cuantas precauciones permitan el tiempo disponible y nuestros medios, no hay motivos para suponer que los alemanes lleguen a poder desembarcar, por mar o aire, tropas superiores a las que sean capaces de capturar o destruir las considerables fuerzas que al presente tenemos bajo las armas. La Real Aviación está en excelente forma y dispone de mayor poderío que nunca hasta hoy. Jamás la armada alemana fue tan débil, ni el ejército metropolitano británico tan fuerte como ahora. El Primer Ministro espera que cuantos sirven a Su Majestad en los altos cargos, den ejemplo de firmeza y resolución. Han de reprimir y reprender la expresión de aquellas opiniones infundadas y mal digeridas que puedan escuchar en sus círculos, u oír expresar a sus subordinados. No vacilarán en denunciar —ni, si es preciso, en destituir— a las personas, ya sean funcionarios u oficiales, que ejerzan conscientemente una influencia perturbadora o depresiva y cuyas palabras tiendan a producir inquietud y alarma. Sólo así serán dignos aquellos a quienes me dirijo de los combatientes que en tierra, mar y aire se han enfrentado ya con el enemigo sin recibir la impresión de ser inferiores a él en cualidades militares.

Mientras leía el documento, la Cámara guardó un silencio profundo, pero cuando concluí ocurrió algo que yo, con toda mi experiencia, encontré nuevo. Todos se incorporaron de repente, lanzando vítores, durante un rato que me pareció muy prolongado. Hasta entonces el Partido Conservador me había tratado con cierta reserva y de los bancos laboristas partían siempre las aclamaciones cuando yo entraba en la Cámara o me levantaba a hablar en ocasiones serias. Pero a la sazón todos se unieron en una ovación solemne y estentórea.

El ver desaparecer a la flota francesa como factor operante —y el que ello se lograse casi de un solo golpe y por medio de una acción violenta— produjo honda impresión en todos los países. Porque nuestra Gran Bretaña, que muchos daban por humillada y fuera de combate, nuestra Gran Bretaña, a la que se suponía próxima a rendirse ante el tremendo poder alineado contra ella, volvía a la carga y, atacando rudamente a sus buenos aliados de ayer, se aseguraba, al menos por algún tiempo, un disputado dominio de los mares. Era obvio que el Gabinete de Guerra británico no temía nada, ni ante nada se paraña. Y así sucedía en realidad.

• • •

El día 1 de julio el gobierno Pétain se trasladó a Vichy y se instituyó en la única autoridad legal de la Francia no ocupada. Al recibir las noticias de lo acaecido en Orán, los organismos de Vichy resolvieron ejercer represalias contra Gibraltar e hicieron partir de las bases norteafricanas varios aviones que dejaron caer en el puerto gibraltareño unas pocas bom-

bas. El 5 de julio el gobierno francés rompió formalmente sus relaciones diplomáticas con la Gran Bretaña. El 11 de julio el Presidente Lebrun resignó su cargo en manos del mariscal Pétain, quien fue nombrado jefe del Estado por la enorme mayoría de 569 votos en favor y 80 en contra. Hubo 17 abstenciones y muchos ausentes.

El genio peculiar de Francia permitió a los franceses comprender el alcance y trascendencia del episodio de Orán, y de aquella nueva y amarga tribulación supo el pueblo francés sacar nuevas fuerzas y esperanzas. El general De Gaulle, a quien yo no había consultado nuestra decisión, se portó magníficamente y Francia, al ser libertada, ratificó su conducta.

Debo al señor Teitgen, miembro destacado del Movimiento de Resistencia, y más tarde ministro de Defensa francés, cierto relato que merece reproducirse. En un villorrio próximo a Tolón moraban dos familias campesinas, cada una de las cuales había perdido un hijo —los dos eran marineros— durante el ataque británico a la flota de Orán. Se acordó celebrar un funeral al que asistieron todos los vecinos. Las dos familias solicitaron que la bandera inglesa cubriese los ataúdes al lado de la tricolor, y tales deseos fueron respetuosamente cumplidos. Ello demuestra que a veces el espíritu de comprensión de la gente sencilla raya en lo sublime.

* * *

En los altos círculos gubernamentales de los Estados Unidos cundió una impresión de intenso alivio. Parecíales a los norteamericanos que el Océano Atlántico volvía a recobrar su calidad de escudo del Nuevo Mundo y que la gran república estadounidense disponía ahora de largo tiempo para tomar medidas conducentes a su seguridad. A partir de entonces cesaron las hipótesis sobre la rendición de Inglaterra. Lo único que aún seguía la gente preguntándose era si nos veríamos invadidos y vencidos. Y eso era lo que iba a ponerse a prueba.

CAPÍTULO XII

# LOS PREPARATIVOS DE CONTRAATAQUE (1940)

*Mis reacciones personales después de Dunquerque. — Documento enviado al general Ismay el día 4 de junio. — Mis tareas del 6 del mismo mes. — Una ojeada retrospectiva. — Mis antiguos planes de julio de 1917. — Una primera idea de los tanques anfibios de desembarco. — El germen de los muelles «Mulberry» de 1944. — Órdenes al general Ismay sobre nuestros contraataques. — Los «comandos». — Tanques anfibios y paracaidistas. — Mi minuta del 7 de julio de 1940 pidiendo la construcción de unidades marítimas de desembarco para el transporte de seiscientos o setecientos tanques. — Minuta del 5 de agosto de 1940 respecto al programa de formación de divisiones acorazadas. — Transporte simultáneo de dos divisiones allende el mar. — Creación de la Comandancia de Operaciones combinadas. — Designación de sir Roger Keyes. — La Comisión de Planes Conjuntos pasa a depender de las órdenes directas del ministro de Defensa. — Progresos de la construcción de embarcaciones de desembarco durante 1940 y 1941. — Mi telegrama al Presidente (25 de julio de 1941). — Persistente propósito mío de desembarcar grandes ejércitos en Europa.*

Mi primera reacción al producirse el «milagro» de Dunquerque había sido convertir aquella enseñanza en medio idóneo de organizar una contraofensiva. Aunque todo estaba tan incierto aún, la necesidad de recobrar la iniciativa se hacía patente.

El 4 de junio fue un día muy atareado para mí. Me era preciso preparar el largo y serio discurso que pronuncié entonces ante la Cámara de los Comunes y al que ya me he referido. Tan pronto como rematé esa tarea me apresuré a redactar un documento que daba la pauta del tono que, a mi juicio, debía gobernar nuestros ánimos e inspirar en aquel momento nuestras acciones.

*Primer Ministro al general Ismay.* 4-VI-40

Mucho nos preocupa —y es ciertamente discreto que nos preocupe— el peligro de que los alemanes desembarquen en Inglaterra a pesar de nuestro dominio de los mares y de la muy fuerte defensa aérea que nos proporcio-

nan nuestros aviones de combate. Toda caleta, toda playa, todo puerto, se ha convertido para nosotros en una fuente de inquietudes. Además, los paracaidistas enemigos pueden aterrizar en Liverpool, Irlanda, etc. Buena es nuestra actitud moral si ha de ser engendradora de energía. Pero, ya que tan fácil resulta para los alemanes invadirnos a despecho de nuestro dominio del mar, algunos pueden sentirse inclinados a formular esta pregunta: ¿Por qué ha de considerarse imposible para nosotros lo que es hacedero para ellos? El hábito mental de mantenerse por completo a la defensiva ha arruinado ya a los franceses, y no debemos dejar que nos arruine a nosotros. Es de grandísima importancia el retener un vasto número de fuerzas alemanas a lo largo de las costas de los países que han conquistado. Debemos inmediatamente ponernos a trabajar para organizar fuerzas encargadas de practicar incursiones en las costas de los países cuyas poblaciones nos miran con amistad. Tales fuerzas podrían consistir en unidades perfectamente equipadas y capaces de bastarse a sí mismas, y sus efectivos combinados podrían, por ejemplo, comprender contingentes no menores de mil hombres ni mayores de diez mil. Se conseguiría la sorpresa teniendo oculto hasta el último momento el destino de cada una de esas fuerzas de ataque. Lo que hemos visto en Dunquerque demuestra la rapidez con que cabe evacuar (y supongo que desembarcar) tropas en puntos previamente elegidos. Sería maravilloso que lográsemos hacer que los alemanes se devanasen los sesos preguntándose cuál sería el lugar de nuestra próxima arremetida, en vez de ocuparse en forzarnos a rodear nuestra isla con un muro y cubrirla con un techo, por decirlo así. Adolecemos de un mal: el de que nos hallamos mental y moralmente postrados ante la iniciativa y voluntad del enemigo. Hemos, pues, de hacer un esfuerzo para eliminar tal actitud.

Ismay trasladó mis opiniones a los jefes del Estado Mayor, obteniendo en principio su aprobación cordial, que se reflejó en muchas de las medidas que adoptamos. De todo eso fue brotando gradualmente una política determinada. Mis pensamientos, al principio, se centraban sobre todo en la guerra de tanques, pero no en una guerra meramente defensiva, sino ofensiva. Esto requería la construcción de gran número de embarcaciones destinadas al transporte de carros armados, asunto que desde entonces recibió mis atenciones más asiduas. Como todo esto se hallaba destinado a adquirir grandísima importancia en el futuro, debo retroceder en el tiempo para ocuparme de un tema que, tras haberme preocupado antes, volvía a resucitar a la sazón.

• • •

Siempre me había fascinado la guerra anfibia y nunca había dado de lado la idea de hacer desembarcar tanques en costas enemigas mediante su transporte en busques especialmente construidos al efecto. Diez días antes de unirme al gobierno de Lloyd George, con el cargo de ministro de Municiones (el 17 de julio de 1917), yo había preparado, sin ayuda alguna de técnicos, un plan para la conquista de las dos islas frisias de Borkum y Sylt. Se trataba de conseguir, allende el mar, una base naval para flotillas de destructores y cruceros y para tantas fuerzas aéreas como cabía organizar en aquellos tiempos. De este modo impondríamos al enemigo la lucha naval, aspecto en que poseíamos una superioridad evidente, restable-

ceríamos un estrecho bloqueo y así aliviaríamos la presión de los sumergibles, entonces en su apogeo, contra las rutas por las que llegaban nuestros abastecimientos y las tropas norteamericanas que afluían a Francia.

Mi plan impresionó a Lloyd George, quien lo hizo imprimir para que fuese conocido del Gabinete de Guerra y del Almirantazgo.

El párrafo número 22c de aquel proyecto, que no ha visto jamás la luz pública, decía:

> El desembarco de tropas en la isla (de Borkum o Sylt) bajo la protección de los cañones de la flota será apoyado mediante gases y humo emitidos por transportes a prueba de torpedo. Se utilizarán naves auxiliares de desembarco *a prueba de fusil*. Serán necesarias aproximadamente unas cien para desembarcar una división. Además, habrá que disponer, por ejemplo, de *cincuenta lanchones de transporte de tanques. Cada una de estas unidades transportará un tanque o varios*, y llevará en la proa un dispositivo corta-alambradas. Mediante un puente levadizo o una proa plegable, los tanques pasarán a tierra por sí mismos e impedirán que la infantería sea paralizada por las alambradas cuando ataque las defensas de fuertes y baterías. Éste es un procedimiento nuevo, que eliminará una de las mayores dificultades conocidas hasta el presente: la del rápido desembarco de la artillería de campaña destinada a arrasar las alambradas (enemigas).

Más adelante, en el párrafo 27:

> Siempre existe el peligro de que el enemigo olfatee nuestras intenciones y refuerce de antemano sus guarniciones con buenas tropas. Esto se refiere, sobre todo, a Borkum, que es un lugar vital para el enemigo. Por otra parte, **el desembarco ha de efectuarse mediante lanchones a prueba de balas de ametralladora** y lo bastante numerosos para que no les afecte el fuego de la artillería (es decir, el de los cañones pesados). **Se emplearán tanques en número incluso mayor que el sugerido, especialmente en lo que concierne a los tanques rápidos y a los más ligeros.** Estas unidades deben operar en zonas donde no se haya hecho preparativo alguno para recibirlos. Todas las cosas aquí citadas son de carácter nuevo y muy importantes y favorables para nosotros.

• • •

En el mismo documento yo presentaba también un plan que podía servir de alternativa al otro y que consistía en construir una isla artificial en las angostas aguas del Horn Reef, al norte.

> Parr. 30. Uno de los métodos propuestos y que debe ser sometido a la oportuna investigación es el que sigue: **Cierto número de barcos o gabarrones de fondo plano, no construidos de acero, sino de cemento,** deben ser preparados en el Humber, en Harwich, en el Wash, en el Medway y en el Támesis. Sus dimensiones deben ajustarse a las profundidades a que han de ser hundidos, de acuerdo con un plan general. Cuando no estén cargados de agua deberán flotar, siendo así remolcados hasta el punto donde haya de situarse la isla artificial. Al arribar a las boyas que señalen la situación de la isla, se abrirán las escotillas, a fin de que las barcazas desciendan

hasta el fondo. Después se irán llenando gradualmente de arena, mediante aparatos adecuados y con arreglo a las oportunidades que se presenten. Los armazones de esas lanchas deben tener tamaños variables desde 50' x 40' x 20' hasta 120' x 80' x 40'. **Por este procedimiento se creará un puerto a prueba de temporales y de torpedos, tal que un atolón en pleno mar, con atracaderos regulares para los destructores y submarinos y pistas de aterrizaje para los aviones.**

Si este proyecto resulta hacedero, es susceptible de que se elabore y mejore y pueda aplicarse a varios lugares. Acaso se consiga que las naves de cemento monten una torreta completa de artillería pesada. Recibiendo agua en sus departamentos exteriores podrán, como los fuertes de Solent, posarse en el fondo del mar en los puntos deseados. Deben construirse otras naves que tengan por finalidad contener almacenes, tanques petrolíferos y alojamientos para las fuerzas de guarnición. Sin una investigación técnica no es posible hacer aquí otra cosa que indicar las posibilidades, que por otra parte comprenden nada menos que la creación, transporte por piezas, ensamblamiento e instalación de una isla artificial que sirva de base de destructores.

31. Si mecánicamente hablando se juzga bueno semejante plan, se evitará el emplear tropas y arrostrar los riesgos del asalto a una isla fortificada. **Resultará, de hecho, una sorpresa, porque aunque la construcción de esos barcos de cemento probablemente no será desconocida en Alemania, la conclusión natural sería que el fabricar semejantes artilugios tendería a cerrar la desembocadura de los ríos, que, por otra parte, no hay que descartar tampoco.** Así, hasta que la isla o sistema de obstrucción acuática no comience a funcionar, el enemigo no descifrará cuál es nuestro designio.

Con todo, se necesitará un año para efectuar los preparativos.

Durante cerca de un cuarto de siglo aquel documento durmió el sueño de los justos en los archivos de la Comisión de Defensa Imperial. No lo imprimí en *La Crisis Mundial*,[1] en cuya obra iba a ocupar un capítulo, por razones de espacio, y también porque fue una idea no llevada a la práctica jamás. Y fortuna fue que sucediese así, porque las ideas que en aquellos escritos se expresaban eran en esta guerra más esenciales que nunca; y es indudable que los alemanes leían con mucha atención mis libros sobre la guerra. El que los Estados Mayores de cualquier país lean los trabajos de cualquier persona colocada en mi situación es cosa de mera rutina profesional. Los conceptos contenidos en aquel antiguo documento estaban profundamente impresos en mi mente y en la nueva situación que se planteó formaron los fundamentos de la acción que, tras un largo intervalo, halló su expresión memorabilísima en la vasta flota de embarcaciones de transporte de tanques construida en 1943, y en los puertos «Mulberry» de 1944.

* * *

En aquel mismo y nada infértil día 6 de junio de 1940, yo, entusiasmado por el pensamiento del rescate conseguido en Dunquerque y alentado por mis facultades para planear cosas a largo plazo, inicié una serie de

1. José Janés, Editor, 1945.

minutas en las que ordenaba la construcción urgente de embarcaciones destinadas al transporte de tanques.

*Primer Ministro al general Ismay.* 6-VI-40

Me refiero a mi minuta de ayer (4 de junio) acerca de nuestra acción ofensiva y quiero añadir algunas cosas a las ya dichas. Cuando lleguen los australianos procede discutir si convendrá o no organizarlos en destacamentos de doscientos cincuenta hombres, equipados con granadas, morteros de trinchera, pistolas ametralladoras, vehículos blindados, etc. Se vería si esos destacamentos serían capaces, no sólo de actuar contra un ataque a este país, sino también de desembarcar en las costas amigas subyugadas por el adversario. Tenemos que desarraigar de nuestras mentes la idea de que los puertos del Canal y todo el país comprendido más allá de ellas son territorio enemigo. ¿Qué medidas se han tomado para disponer de buenos agentes en Dinamarca. Holanda, Bélgica y a lo largo de la costa francesa? Han de prepararse empresas en esos sectores, usando tropas especialmente preparadas, que puedan llevar el terror a esas costas. Al principio se tratará de desenvolver un plan de ataques audaces y destructores, pero más tarde —y acaso tan pronto como nos encontremos organizados— nos cabe sorprender Calais o Boulogne, matar o capturar la guarnición huna, sostener la plaza hasta que el enemigo haga todos los preparativos para un asedio en regla y entonces marcharnos. Ha de terminar pronto la guerra de resistencia pasiva, a la que tanto nos hemos habituado. Espero que la Comisión Conjunta de Jefes de Estado Mayor me proponga medidas tendentes a organizar una vigorosa, emprendedora e incesante ofensiva contra toda la costa ocupada por los alemanes. **Los tanques y los vehículos armados de combate deben ser transportados en buques de fondo chato, desde los cuales puedan pasar a la costa,** realizando una profunda incursión tierra adentro, cortando algunas comunicaciones esenciales y retornando después, no sin dejar a sus espaldas una estela de cadáveres alemanes. Es probable que cuando las mejores tropas alemanas acudan al asalto de París, sólo queden en las costas fuerzas ordinarias. Hay que convertir las vidas de estos soldados en un intenso tormento. Han de tomarse las medidas siguientes:

1. **Formulación de propuestas para organizar compañías de asalto.**
2. **Propuestas para transportar y desembarcar tanques en la costa,** advirtiendo que se da por hecho que nosotros tendremos el dominio del mar y el enemigo no.
3. Montaje de un adecuado sistema de espionaje e información a lo largo de la costa.
4. Uso de un sistema de tropas paracaidistas en escala igual a cinco mil hombres.
5. Media docena de nuestros cañones de quince pulgadas deben ser inmediatamente provistos de tubos interiores que les permitan disparar a cincuenta o sesenta millas de distancia. Se montarán en vagones de ferrocarril o en plataformas de acero y cemento, y su misión será contrarrestar el fuego de los cañones alemanes que con toda seguridad, y en un plazo de menos de cuatro meses, estarán disparando contra nosotros desde el otro lado del Canal.

De acuerdo con estas ideas se emprendió una inmediata acción en muchos sentidos. Se formaron las «compañías de asalto» bajo el nombre de

«comandos». Diez de ellas se reclutaron entre las fuerzas del ejército regular y la Real Infantería de Marina. El núcleo de esta organización había empezado a tomar forma durante la campaña de Noruega. A su tiempo hablaremos también de los cañones pesados destinados a mantener duelos de artillería a través del Canal. Sólo una cosa he de lamentar, y fue que me amoldé a que la escala que yo había propuesto para las fuerzas paracaidistas británicas se redujese de cinco mil hombres a quinientos.

• • •

En los intervalos entre mis ocupaciones yo volvía a mi idea de la construcción de naves de desembarco, naves que me obsesionaban en dos sentidos: el del temor de que los enemigos las usasen contra nosotros y el del deseo de que nosotros las usáramos para atacar al enemigo en el porvenir. Ya antes de la guerra se había iniciado la fabricación de pequeñas embarcaciones de ese estilo, y hasta incluso algunas participaron en el ataque a Narvik. No obstante, habíamos perdido la mayoría de las que teníamos, lo que sucedió ora allí, ora en Dunquerque. No sólo necesitábamos barcazas pequeñas de desembarco que pudieran ser conducidas en los transportes de tropas, sino unidades capaces de hacerse a la mar por sí mismas y de transportar y desembarcar en la orilla tanques y cañones para el asalto.

*Primer Ministro al ministro de Suministros.* 7-VII-40

¿Qué se hace acerca de proyectar barcos para el transporte de tanques a través del Canal, con el designio de desencadenar un ataque inglés sobre los países dominados por el enemigo? Podría encargarse este estudio al señor Hopkins, ex jefe de construcciones de la armada, quien ahora debe de estar bastante libre, puesto que el «Cultivador núm. 6» ha sido descartado.[1] Dichos barcos deben ser capaces de transportar seiscientos o setecientos vehículos en un viaje y de desembarcarlos en la costa. También habrá que pensar en la posibilidad de que tenga que retirarlos o desembarcarlos en los muelles. Si es posible, han de combinarse unas y otras posibles actividades.

*Primer Ministro al general Ismay.* 5-VIII-40

El otro día pedí que me diesen una primera idea del desarrollo de las divisiones acorazadas que se requerirán en 1941, y que habrán de ser cinco para fines de marzo y una adicional cada mes hasta alcanzar un total de diez a fines de agosto de 1941. También deseo saber cuál será la composición de cada división en vehículos acorazados y auxiliares de todas clases.

Hágame conocer hasta qué punto progresan los planes del ministerio de la Guerra, y si el número de tanques encargados corresponde a un plan de las dimensiones del nuestro.

*Además, quisiera estar informado sobre el progreso de los medios de*

1. Se trataba de una máquina destinada a cavar trincheras y atacar líneas fortificadas.

*transporte ultramarino, los cuales deben responder a la necesidad de trasladar, en un momento dado, dos divisiones acorazadas.* ¿Quién se encarga de esto? ¿El Almirantazgo o el ministerio de Suministros?

Convendría que el señor Hopkins tuviera algún tiempo disponible para aplicarlo a estos menesteres.

*Primer Ministro al general Ismay.* 9-VIII-40

Sírvase enviarme un nuevo informe acerca de los planes y tipos de buques destinados a transportar por mar vehículos blindados a las playas.

En julio creé una Comandancia de Operaciones Combinadas. La componían los jefes del Estado Mayor y se dedicaba al estudio y aplicación de las tácticas de guerra anfibia. Sir Roger Keyes, almirante de la flota, se convirtió en jefe de dicha comandancia. El estrecho contacto personal de Keyes conmigo y con el ministerio de Defensa sirvió para vencer todas las dificultades departamentales dimanadas de aquella no común organización.

*Primer Ministro al general Ismay y a sir Edward Bridges.* 17-VII-40

He designado a sir Roger Keyes, almirante de la flota, como director de Operaciones Combinadas. Se encargará de los deberes y utilizará los recursos ahora asignados al general Bourne. Se informará al general Bourne de que, dado el mayor alcance que ahora se atribuye a esas operaciones, es esencial dar su mando a un militar de grado superior, sin que este cambio redunde en detrimento del general ni de los que con él actúan. Es obvio que Bourne tendrá, de todos modos, que cooperar muy eficazmente a la tarea. He formado una opinión muy elevada del trabajo de ese oficial en su calidad de ayudante general de la Real Infantería de Marina. En cualquier caso, dicha infantería habrá de desempeñar un papel importantísimo en esta organización.

Mientras no se alcancen ulteriores acuerdos, sir Roger Keyes mantendrá contacto con todos los departamentos de servicios militares, entendiéndose para ello con el general Ismay como representante del ministerio de Defensa.

• • •

Ya he explicado la naturalidad y facilidad con que se fundó y adquirió facultades el Ministerio de Defensa. A fines de agosto adopté la única medida formulista que en todo aquel tiempo me pareció necesaria. Hasta entonces la Comisión de Planeamiento Conjunto había actuado a las órdenes de los jefes de Estado Mayor, a los que consideraba oficialmente como sus superiores inmediatos. Me pareció, a la sazón, conveniente poner aquel importante organismo, hasta entonces no muy eficaz, bajo mi control inmediato. Por tanto, pedí al Gabinete de Guerra que aprobase ese cambio en nuestro mecanismo castrense. Mis colegas, por unanimidad, accedieron a mi propuesta. Yo emití las siguientes instrucciones:

*Primer Ministro al general Ismay y a sir Edward Bridges.* 24-VIII-40

A partir del lunes venidero la Comisión de Planeamiento Conjunto trabajará directamente a las órdenes del ministerio de Defensa y se convertirá en parte de dicho ministerio, sustituyendo a lo que antes era secretario del Comité de Defensa Imperial. Se le buscará acomodo en Richmond Terrace. Los que a ese organismo pertenezcan conservarán cargos y contactos con los tres servicios militares y elaborarán los pormenores de los planes que les comunique el ministerio de Defensa. Pueden también iniciar planes propios, comunicándolos al general Ismay. Estarán, desde luego, al servicio de los jefes de Estado Mayor para la gestión de cualquier asunto que se les encomiende.

2. Todos los planes formados por la Comisión de Planeamiento Conjunto o elaborados por ella de acuerdo con las instrucciones arriba mencionadas, se entregarán a los jefes de la Comisión de Estado Mayor para que formulen las pertinentes observaciones.

3. Si existiesen dudas o diferencias y también en los casos importantes, todos los planes serán revisados por la Comisión de Defensa del Gabinete de Guerra, que se compondrá del Primer Ministro, el Lord del Sello Privado y lord Beaverbrook, así como de los tres ministros de los servicios armados. Asistirán igualmente a las secciones los tres jefes de los Estados mayores y el general Ismay.

4. El Primer Ministro asume la responsabilidad de informar al Gabinete de Guerra de cuanto se tramite, pero la actual relación de los jefes de Estado Mayor con el Gabinete de Guerra permanecerá inalterada.

Los jefes de Estado Mayor aceptaron este cambio sin oponer objeciones serias. No obstante, sir John Dill escribió un documento al ministro de la Guerra, documento sobre cuyo contenido me sentí dispuesto en seguida a tranquilizarle.

*Primer Ministro al ministro de la Guerra.* 31-VIII-40

No se trata de que la Comisión de Planeamiento Conjunto «someta las opiniones militares» a mi criterio. La Comisión se limitará a elaborar planes de acuerdo con las instrucciones que yo dé. El juicio sobre si esos planes o cualquier variante de ellos deben ser aprobados, corresponderá, como hasta ahora, a los jefes de Estado Mayor. Es completamente claro que los jefes de Estado Mayor tienen una responsabilidad colectiva en punto a aconsejar al Gabinete de Guerra, así como al Primer Ministro y Ministro de Defensa. No se ha creído necesario establecer alteración alguna en su situación constitucional. Por ende, me propongo trabajar con dichos jefes y a través de ellos, como antes.

Me ha parecido necesario tener un acceso directo y ejercer el control de la Comisión de Planeamiento conjunto, ya que desde hace un año o más no recuerdo que se haya iniciado un solo plan formado por los mecanismos existentes. Tengo la certeza de que podré contar con usted y con los otros dos ministros de los servicios de armas a efectos de otorgarme su ayuda para dar una vigorosa y positiva dirección a la guerra, tendiendo a vencer el peso muerto de la inercia y las dilaciones que hasta ahora nos han conducido a vernos siempre anticipados en todas las ocasiones por el enemigo.

Será necesario aumentar de cuando en cuando el número de las personas que forman la Comisión de Planeamiento Conjunto.

En la práctica el nuevo sistema actuó de manera fácil y agradable para todos, sin que me quepa recordar que se suscitara nunca dificultad alguna.

A partir de aquella fecha se acometió con intensa energía el desarrollo de todos los tipos de naves de desembarco. Se formó en el Almirantazgo un departamento especial para tratar de esos asuntos. En octubre de 1940 se efectuaron las pruebas de las primeras naves de desembarco de tanques. Sólo se construyeron una treintena de aquellas embarcaciones, porque resultaron ser demasiado pequeñas. Se trazó un nuevo proyecto, y muchos de los nuevos buques planeados se construyeron en secciones sueltas para facilitar su transporte por mar al Oriente Medio, donde comenzaron a llegar en el estío de 1941. Acreditaron ser eficaces y, a medida que íbamos adquiriendo experiencia en el asunto, las nuevas «ediciones» de aquel tipo de buque iban logrando grandes mejoras. El Almirantazgo estaba muy preocupado por el hecho de que esa nueva forma de construcción especializada podía afectar mucho a los recursos de la industria productora de naves. Por fortuna se averiguó que la construcción de buques de transporte de tanques podía encargarse a casas industriales no dedicadas a la producción naval, con lo que ni la mano de obra ni las instalaciones de los grandes astilleros necesitaban experimentar perturbación alguna. Esto posibilitó el programa en gran escala a que tendíamos, pero a la vez puso un límite al tamaño de los barcos que nos eran menester.

Las embarcaciones transportadoras de tanques servían para operaciones incursivas a través del Canal, o para un trabajo más extenso en el Mediterráneo, pero no podían realizar largos viajes en alta mar. Se requería, pues, un nuevo tipo de buque, mayor y más marinero, que, además de transportar tanques y otros vehículos en viajes interoceánicos, pudiera también desembarcar los carros armados en las costas, como los buques normales de transporte de tanques. Di instrucciones para el planeamiento de un barco de ese estilo, que fue al principio llamado «Buque transatlántico de transporte de tanques», pasando a ser denominado después «Buque de desembarco de tanques». La construcción de estas unidades exigía inevitablemente la contribución de nuestros grandes astilleros, ya muy atareados. Así, del primer tipo de estos barcos —que en el Almirantazgo recibieron el sobrenombre de «Winette»— sólo se construyeron tres unidades. Se encargaron otros a los Estados Unidos y el Canadá, pero un nuevo bosquejo de construcción los sustituyó. Entre tanto, reconstruimos tres petroleros de poco calado para el mismo fin, y más tarde estas unidades prestaron utilísimos servicios.

A fines de 1940 ya teníamos una seria concepción de cuál había de ser la expresión física de la guerra anfibia. La producción de barcos especializados, y el consiguiente y muy diverso equipo que los completaba, adquiría cada vez más importancia, y la Comandancia de Operaciones Combinadas se ocupaba en crear e instruir formaciones que debían encargarse del nuevo material. Para este fin se establecieron centros especializados de instrucción tanto en la metrópoli como en el Oriente Medio. A medida que estas ideas y sus manifestaciones prácticas iban plasmándose materialmente, las sometíamos al examen de nuestros amigos, los norteameri-

canos. Los resultados fueron creciendo de continuo durante los años de pugna y a su tiempo constituyeron un mecanismo que había de desempeñar importantísimo papel en nuestros mayores planes y operaciones. Las tareas que durante los primeros años desenvolvimos en este terreno ejercieron tan profundos efectos sobre el porvenir de la guerra, que no tengo más remedio que anticipar ciertos acontecimientos al señalar aquí algunos de los progresos materiales que más tarde realizamos.

En el verano de 1941 los jefes de Estado Mayor indicaron que el programa de construcción de unidades navales de desembarco sólo se desarrollaba pensando en operaciones en pequeña escala, mientras nuestro regreso definitivo al Continente exigiría medios más vastos de los que podíamos acopiar. A la sazón el Almirantazgo había preparado un nuevo proyecto de buques de desembarco de tanques, proyecto que se llevó a los Estados Unidos, donde los últimos pormenores se elaboraron conjuntamente entre los estadounidenses y nosotros. En febrero de 1942 Norteamérica emprendió la construcción de aquellos buques en vasta escala. Así se llegó a obtener el buque de desembarco de tanques que tan prominente papel debía desempeñar en todas nuestras operaciones ulteriores, llegando a constituir quizá la mayor solución al grave problema de desembarcar en las costas vehículos pesados. Al final habíamos construido más de un millar de esas naves.

Entre tanto, progresaba a entrambos lados del Atlántico la producción de embarcaciones pequeñas de muchos tipos, destinadas al asalto al Continente. Todas ellas tenían que ser transportadas al frente en los barcos que debían partir cargados de tropas. En consecuencia, se inició un inmenso programa tendente a adaptar a las nuevas necesidades los transportes ingleses y norteamericanos. Esas nuevas necesidades no sólo consistían en conducir tropas, sino también las referidas naves de desembarco y otro material adecuado para las nuevas empresas. Estos buques pasaron a ser conocidos como «Naves de desembarco de infantería». Algunos fueron incorporados a la armada real y otros conservaron su carácter mercante. Sus oficiales y tripulaciones se distinguieron en todas nuestras operaciones ofensivas. Difícil era prescindir de aquellos buques en los convoyes que transportaban continuamente refuerzos al Oriente Medio y a otras partes; pero no había más remedio que hacer tal sacrificio. Entonces aparecieron también muchos otros barcos de tipo auxiliar que se emplearían en el asalto. En 1940 y 1941 nuestros esfuerzos en ese sentido venían limitados por las exigencias de la acción antisubmarina. Hasta fines de 1940 sólo pudimos dedicar siete mil hombres a la construcción de unidades de desembarco, y en el año siguiente no rebasamos en mucho tal número. Pero en 1944 no menos de setenta mil hombres, sólo en Inglaterra, se consagraban a aquella imponente tarea, aparte de un número mucho mayor que se aplicaba a lo mismo en los Estados Unidos.

• • •

Como nuestras tareas en esa esfera eran de la mayor consecuencia para el porvenir de la guerra, en 1941 envié al Presidente, a tal respecto, un telegrama que voy a reproducir aquí:

25-Vil-41

Hemos estado ponderando nuestros planes de guerra, no sólo para 1942, sino también para 1943. Después de atender a la seguridad de las bases fundamentales, es necesario planear, en muy vasta escala, cuáles serán las fuerzas necesarias para la victoria. Hablando en términos generales y muy amplios, ante todo hemos de intensificar el bloqueo y la propaganda. Luego tenemos que someter a Italia y Alemania a un incesante y siempre creciente bombardeo. Esas medidas pueden, por sí solas, producir una convulsión interna o un derrumbamiento. **También han de formarse planes para acudir en ayuda de las poblaciones vencidas, desembarcando ejércitos de liberación cuando la oportunidad haya madurado. Para este fin, no sólo será necesario poseer gran número de tanques, sino también de buques capaces de transportar esas fuerzas y desembarcarlas directamente en las costas.** No será difícil para ustedes introducir las necesarias adaptaciones en algunos de los muchos buques mercantes que están construyendo, adaptándolos también para servir como naves de desembarco de tanques.

Poco más tarde escribía yo:

*Primer Ministro al Primer Lord del Mar.* 8-IX-41

No era mi idea que el Presidente construyera «Winettes», sino que, aparte de las fabricadas ya, aprovechara el gran número de buques mercantes que se están construyendo en los Estados Unidos para 1942 y dotase a algunos de proas especiales y escotillas laterales capaces de desembarcar directamente tanques en las costas.

Sírvase ayudarme a explicar este punto al Presidente, mostrándole la clase de modificación que debe introducirse en los buques mercantes norteamericanos que están proyectados ahora.

Muchas versiones existen que multiplican y exageran mi supuesta aversión a un desembarco en gran escala como el que desencadenamos en Normandía en 1944. Por ello creo conveniente aclarar que desde el principio di un gran impulso y aporté mi autoridad a la creación del inmenso mecanismo y la numerosa flota necesarios para desembarcar unidades blindadas en las costas. Sin esa flota y ese mecanismo está reconocido universalmente que dicho desembarco no habría sido posible. Pienso, por lo tanto, desarrollar paso a paso ese tema en los presentes volúmenes, mediante documentos entonces escritos por mí y que prueban que por mi parte apliqué a tal asunto una resolución sincera y persistente en armonía con los hechos físicos que nos rodeaban, así como mantuve estrecho contacto con todo cuanto se hacía.

El embajador francés Nöel y el general Huntziger se dirigen hacia Compiegnè.

24 de junio de 1940. — Italia y Francia firman en Roma el tratado de armisticio.

## CAPÍTULO XIII

# ACORRALADOS

### JULIO DE 1940

*¿Podría la Gran Bretaña sobrevivir? — Ansiedad en los Estados Unidos. — Proposición de paz de Hitler, el 19 de julio. — Nuestra respuesta. — Se rechazan las aproximaciones diplomáticas alemanas. — Gestión del rey de Suecia. — Mi visita a las costas amenazadas. — El general Montgomery y la tercera división en Brighton. — Mis contactos con el general Brooke. — Brooke sucede a Ironside en el mando del ejército metropolitano. — Excitación producida por el acicate de la posible invasión. — Algunos documentos e instrucciones del mes de julio. — La defensa de Londres. — Cuáles eran las condiciones en las zonas costeras más amenazadas. — Estadísticas sobre el desarrollo y equipo del ejército. — Gráficos de Lindemann. — La segunda división canadiense destinada a Islandia es solicitada por nosotros para el frente europeo. — Necesidad de impedir las concentraciones de buques enemigos en el Canal. — Llegada de los fusiles americanos. — Precauciones especiales. — Los cañones franceses del setenta y cinco. — Aumento de las baterías alemanas en el Canal. — Nuestras contramedidas. — Mis visitas al almirante Ramsay, en Dover. — Insistencia en la mejora de nuestras baterías. — El monitor «Erebus». — La defensa del promontorio kentiano. — Concentración de artillería pesada inglesa (septiembre). — Desarrollo de nuestra fuerza.*

En los días del verano de 1940, después de la caída de Francia, estábamos completamente solos. Ninguno de los Dominios Británicos, ni la India, ni las Colonias, podían enviar una ayuda decisiva, ni siquiera aportar a tiempo aquellos elementos de que disponían. Los enormes y victoriosos ejércitos alemanes, completamente equipados y con grandes reservas de armamentos capturados y no pocos arsenales a sus espaldas, se reunían para asestarnos el golpe final. Italia, con fuerzas numerosas e imponentes, nos había declarado también la guerra y se ahincaba implacablemente en destruirnos en Egipto y el Mediterráneo. En el Extremo Oriente, el Japón permanecía inescrutable y exigía que cerrásemos la carretera de Birmania, por la que afluían pertrechos a China. La Rusia soviética estaba ligada a Alemania por su pacto mutuo y prestaba a Hitler importante apoyo en forma de materias primas. España había ocupado ya la zona internacional de Tánger y podía volverse contra nosotros en cualquier momento

y, o exigirnos Gibraltar, o pedir a los alemanes que les ayudasen a arrebatárnoslo. También podía montar baterías pesadas que nos cerrasen el paso del Estrecho. La Francia de Pétain, cuyo gobierno estuvo primero en Burdeos y después se trasladó a París, podía verse forzada a declararnos asimismo la guerra. Los restos de la flota francesa, surtos en Tolón, podían caer en manos de los alemanes, o al menos así lo parecía. Enemigos, ciertamente, no nos faltaban.

Después del episodio de Orán se hizo claro para todos que el gobierno y la nación británica estaban decididos a pelear hasta el fin. Pero, incluso aunque en la Gran Bretaña no hubiese debilidad moral alguna, ¿cómo esto podría sobreponerse a los abrumadores hechos físicos con los que nos veíamos confrontados? Se sabía que nuestros ejércitos metropolitanos estaban desprovistos de casi otra arma que no fuese fusiles. Apenas llegaban a quinientos nuestros cañones de campaña de diversos estilos y nuestros tanques pesados y medios no llegaban a doscientos en todo el país. Habían de transcurrir meses antes de que nuestras fábricas de municiones pudieran reponer lo que habíamos perdido en Dunquerque. ¿Cómo puede nadie maravillarse de que el mundo se sintiera convencido de que nuestra hora final había sonado?

En los Estados Unidos existía una profunda alarma, así como en todos los otros países que todavía conservaban su libertad. Los americanos se planteaban una grave pregunta: la de si sería discreto prescindir de sus propios y ya limitados recursos en aras de un generoso, pero estéril, sentimiento. ¿No les convenía concentrar todas sus energías y conservar todas sus armas para compensar su propia falta de preparación? Se necesitaba un juicio muy seguro para dictaminar sobre tan apremiantes y evidentes argumentos. Mucha gratitud debe, pues, la nación británica al noble Presidente Roosevelt y a sus altos funcionarios y consejeros, ya que nunca, ni siquiera en vísperas de la tercera elección presidencial, perdieron su confianza en nuestra resolución y nuestra fortuna.

Bien pudo ocurrir que lo que trastornase la inclinación de la balanza fuera el imperturbable y optimista temperamento de Inglaterra, temperamento que me cupo el honor de expresar. Nuestro pueblo, que en los años anteriores a la guerra había llegado a los máximos extremos de pacifismo e imprevisión; que se había entregado al juego de los partidismos políticos; y que, a pesar de estar tan flojamente armado, había intervenido con ánimo firme en los asuntos europeos, se encontraba ahora en presencia de una situación que le habían creado a la par sus virtuosos impulsos y sus negligentes preparativos. Pero no por eso desmayaron los ingleses; antes bien desafiaron a los conquistadores de Europa. Parecían dispuestos a ver su isla reducida a escombros antes que capitular. Ello hubiera equivalido a escribir en la historia una bella página, pero existían en ese sentido otros ejemplos análogos. Atenas había sido conquistada por Esparta. Los cartagineses resistieron desesperadamente a Roma. Tanto en los anales del pasado como —con mucha mayor frecuencia— en tragedias que nadie recuerda o todos olvidaron, se han visto Estados soberbios, descuidados y valerosos (y aun razas enteras) desaparecer hasta el punto de que ni su nombre ni aun ninguna mención de ellos permanece en el mundo.

Pocos ingleses y poquísimos extranjeros comprendían bien las peculiares ventajas técnicas derivadas de nuestra condición insular. También se ignoraba que, pese a las irresoluciones de los años que precedieron a la guerra, se habían mantenido los fundamentos esenciales de nuestro poder marítimo y ulteriormente de nuestra defensa aérea. Hacía cerca de mil años que no ardían en Inglaterra las hogueras de los vivacs de un ejército enemigo. En los altos círculos que dirigían la resistencia británica todos nos sentíamos serenos y satisfechos de jugarnos la vida a aquel albur. Gradualmente amigos y enemigos —y al fin el mundo entero— fueron haciéndose cargo de nuestra actitud. ¿Qué había tras actitud semejante? Esto sólo podía aclararlo la fuerza bruta.

• • •

Había, además, otro aspecto de la cuestión. Uno de nuestros máximos peligros durante el mes de julio se debió a haber malgastado nuestras últimas reservas en una estéril resistencia en Francia, a la vez que la fuerza de nuestra aviación iba poco a poco debilitándose en virtud de sus vuelos o su traslado al Continente. Si Hitler hubiera estado dotado de sobrenatural sabiduría, hubiese aflojado el ritmo de su ataque contra el frente francés. Quizá le hubiese convenido hacer, después de Dunquerque, una pausa de tres o cuatro semanas en la línea del Sena, desarrollando entre tanto sus preparativos para la invasión de Inglaterra. Así nos habría enfrentado con una terrible opción y nos hubiera torturado con el dilema de abandonar a Francia en su agonía u obligarnos a concentrar nuestros últimos recursos para defender nuestra futura existencia. Cuanto más exhortábamos a los franceses a combatir, mayor era nuestra obligación de ayudarlos y más difícil, por ende, realizar preparativos para la protección de Inglaterra y, sobre todo, el conservar las veinticinco escuadrillas de caza de cuyo mantenimiento todo dependía. En este punto yo no hubiera cedido jamás, pero mi negativa tenía que ofender amargamente a nuestra aliada, emponzoñando, en consecuencia, nuestras relaciones. Así, cuando nuestros comandantes supremos se aplicaron a nuestro nuevo y pavoroso problema, no dejaban de experimentar cierta sensación de alivio al pensar que era el problema único. Un ordenanza de un círculo de Londres dijo, no sin agudeza, a un socio de la entidad, a quien veía muy abatido: «De todos modos, señor, ya estamos en el final, que habrá de debatirse en territorio metropolitano.»

• • •

El alto mando alemán nunca desestimó, ni siquiera entonces, la fuerza de nuestra posición. Ciano dice que cuando visitó a Hitler en Berlín, el 7 de julio de 1940, mantuvo una larga conversación con el general Von Keitel. Keitel, como Hitler, habló al ministro italiano del ataque futuro a Inglaterra. Repitió una y otra vez que hasta el presente no se había acordado nada definido. El general consideraba posible el desembarco, pero lo tenía por «una operación extremadamente difícil, que había de acometer-

se con la mayor cautela, dado que los informes disponibles sobre la preparación militar de la isla y de las defensas costeras, eran escasos y de no mucha confianza».[1]

Lo que sí parecía fácil, y a la par esencial, era un ataque en gran escala contra los aeródromos, fábricas y principales nudos de comunicaciones de la Gran Bretaña. De todos modos, había que recordar que la flota británica poseía una eficiencia extraordinaria. Von Keitel calculaba que los ingleses disponían de unos mil quinientos aviones listos para la defensa y el contraataque. Reconocía que, recientemente, la acción ofensiva de la aviación británica había acrecido en gran manera. Las empresas de bombardeo se realizaban con precisión notable y, en ocasiones, los grupos de aeroplanos que aparecían en el cielo comprendían hasta ochenta aparatos a la vez. No obstante, existía en Inglaterra una ostensible carencia de pilotos, y los que a la sazón atacaban las ciudades alemanas no podían ser sustituidos por otros nuevos, ya que éstos se hallaban malísimamente adiestrados.

Keitel insistía también en la necesidad de irrumpir en Gibraltar para desarticular todo el sistema imperial inglés. Ni Von Keitel ni Hitler hicieron la menor referencia a la duración probable de la guerra. Himmler sí; y lo hizo para decir con toda naturalidad, e incidentalmente, que la contienda acabaría a principios de octubre.

Tal es la referencia de Ciano. Añade que ofreció a Hitler, en nombre del Duce, un ejército de diez divisiones y una fuerza aérea de treinta escuadrillas para participar en la invasión de Inglaterra. La oferta de las divisiones fue cortésmente rechazada. Algunas de las escuadrillas acudieron a la batalla, en la que tuvieron, como luego se relatará, muy poca fortuna.

* * *

El 19 de julio Hitler pronunció en el Reichstag un discurso triunfal. En él, después de predecir que yo no tardaría en tener que refugiarme en el Canadá, formuló lo que fue llamado una oferta de paz. Las frases más sustanciales de su alocución fueron éstas:

> En esta hora me siento obligado ante mi conciencia a apelar una vez más a la razón y el sentido común, tanto de la Gran Bretaña como de otras partes. Me considero en buena situación para dirigir esta exhortación, ya que no soy un enemigo vencido que implora clemencia, sino un vencedor que habla en nombre de la razón. No veo motivo alguno para que esta guerra continúe. Me duele pensar en los sacrificios que exigirá... Es posible que el señor Churchill quiera disipar esta aserción mía diciendo que es simplemente hija del temor y de mi duda en la victoria final. En tal caso, mi conciencia quedará tranquila respecto a lo que pueda pasar.

A esta actitud acompañaron, en los subsiguientes días, varias gestiones diplomáticas realizadas a través de Suecia, de los Estados Unidos y del Vaticano. Era muy natural que Hitler se sintiera satisfechísimo de poder,

1. Ciano, *Europa hacia la catástrofe*, José Janés, Editor.

tras someter Europa a su voluntad, concluir la guerra recabando la aceptación británica de sus acciones. De hecho, allí no se trataba de una oferta de paz, sino de la proposición de que Inglaterra renunciase a mantener todas las cosas y principios en cuyo nombre había entrado en la contienda.

Al saber que el encargado de negocios de Alemania en Washington había intentado entablar tratos con nuestro embajador en los Estados Unidos, envié a éste la siguiente comunicación:

20-VII-40

No sé si lord Halifax está en esta ciudad hoy, pero procede advertir a lord Lothian que bajo ningún pretexto responda al mensaje del encargado alemán de negocios.

No obstante, mi primer pensamiento al respecto consistió en provocar un solemne debate en ambas Cámaras del Parlamento. En consecuencia, escribí a la vez a los señores Chamberlain y Attlee.

Mi escrito decía:

20-VII-40

Acaso conviniese replicar al discurso de Hitler mediante resoluciones votadas por ambas Cámaras. Tales resoluciones han de ser propuestas por pares y diputados particulares. Por otra parte, esta ocasión aumentará el peso de las cosas que sobre nosotros gravitan. ¿Qué le parece?

Mis colegas entendieron que aquello era dar demasiada importancia al asunto, con tanto más motivo cuanto que todos estábamos de acuerdo sobre lo que procedía acordar. Se decidió, pues, que el ministro de Asuntos Extranjeros rechazase la oferta de Hitler, pronunciando para ello un discurso por radio. En la noche del 22 dicho ministro «dio de lado» la «exhortación de Hitler a que nos sometamos a su voluntad». Hizo contrastar lo que era la Europa de Hitler con lo que era aquella otra Europa por la que luchábamos nosotros y declaró que «no dejaríamos de pelear hasta que la libertad quedase asegurada». Pero, de hecho, ya la prensa y la radio británicas habían rechazado por su parte la oferta de Hitler tan pronto como se captó en sus receptores el discurso del Führer, y ello sin incitación alguna del gobierno de S. M.

Al relatar otra entrevista suya con Hitler el 20 de julio, Ciano observa:

La reacción de la prensa británica después del discurso de ayer, es tal que desvanece toda perspectiva de entendimiento. Por consecuencia, Hitler se prepara a asestar un golpe militar a Inglaterra. Insiste en que la posición estratégica de Alemania, así como su esfera de influencia y de control económico, son tales, que ya han debilitado grandemente las posibilidades de resistencia de la Gran Bretaña, la cual se desplomará en cuanto reciba las primeras arremetidas. El ataque aéreo comenzó hace algunos días ya y cre-

ce en intensidad de un modo continuo. La reacción de las defensas antiaéreas y los aparatos británicos de caza no estorba seriamente el ataque de la aviación alemana. La decisiva operación ofensiva, para la que se han realizado los más completos preparativos, está estudiándose ahora.[1]

Ciano hace constar también en su «Diario» que, «cuando se conoció a última hora de la tarde del 19 la frialdad con que la Gran Bretaña reaccionaba ante el discurso de Hitler, cundió entre los alemanes una desilusión mal disimulada». Hitler «hubiera visto con gusto un acuerdo con la Gran Bretaña. Sabe que la guerra con los ingleses será dura y sangrienta y sabe también que todos los pueblos son enemigos de la efusión de sangre». Por otra parte, Mussolini temía «que los ingleses encontraran en el habilísimo discurso de Hitler un pretexto para entablar negociaciones de paz». «Esto —acrecienta Ciano— sería triste para Mussolini, que desea la guerra más que nunca.»[2] Mas por eso no tenía el Duce que preocuparse. Iba a tener toda la guerra que quisiera.

No hay duda de que existía una continua actividad diplomática alemana entre bastidores. El 3 de agosto el rey de Suecia creyó oportuno dirigirse a nosotros al mismo respecto. Propuse al ministro de Asuntos Extranjeros que se formulase la siguiente réplica, como base de nuestra respuesta oficial:

El día 12 de octubre de 1939 el gobierno de Su Majestad definió con extensión su posición ante las ofertas de paz de Alemania, lo que se hizo mediante declaraciones, muy maduramente consideradas, al Parlamento. Desde entonces la Alemania nazi ha cometido varios nuevos y odiosos crímenes contra los pequeños Estados sitos en sus fronteras o cerca. Noruega ha sido batida y ocupada por un ejército invasor alemán. Dinamarca ha sido dominada y expoliada. Bélgica y Holanda, después de sus muchos esfuerzos para aplacar a Hitler (y a pesar de todas las seguridades dadas por el gobierno alemán respecto a que la neutralidad de ambos pueblos sería respetada), han sido conquistadas y subyugadas. En Holanda, particularmente, se han producido actos de traición preparada con antelación muy larga, así como hechos brutales, que han culminado en la matanza de Rotterdam, donde muchos millares de holandeses fueron muertos y gran parte de la ciudad destruida.

Estos horribles acontecimientos han entenebrecido las páginas de la historia europea, maculándola de modo indeleble. El gobierno de Su Majestad no ve en semejantes sucesos ni el menor motivo para retroceder en el camino que, en virtud de sus principios y resoluciones, inició en octubre de 1939. Por el contrario, es nuestra intención perseverar en la guerra contra Alemania con todos los recursos a nuestro alcance, hasta que el hitlerismo quede finalmente deshecho y el mundo liberado de la maldición que un malvado ha desencadenado sobre todos. Y esa resolución ha quedado fortalecida a tal punto, que antes prefeníamos perecer todos en la ruina común, que fallar o desalentar en nuestro deber. Creemos, empero, que, con la ayuda de Dios, no nos faltarán los medios de llevar a cabo nuestra tarea. Puede ésta ser larga, mas siempre será posible para Alemania pedir un armisticio, como

1. Ciano, *Europa hacia la catástrofe.*
2. Ciano, *Diario.*

hizo en 1918, o hacer públicas sus proposiciones de paz. Antes, sin embargo, de que estas peticiones o propuestas sean ni siquiera tomadas en consideración, será necesario que ciertas garantías efectivas, es decir, reales y no verbales, garanticen que Alemania restablecerá la vida independiente y libre de Checoslovaquia, Polonia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica y sobre todo Francia, así como la seguridad eficaz de la Gran Bretaña y el Imperio Británico, dentro de una paz general.

Añadí:

Las ideas asentadas en el memorándum del ministerio de Negocios Extranjeros paréceme que adolecen del defecto de pretender ser demasiado grandilocuentes y de entrar en refinamientos de política inapropiados a la trágica sencillez y grandeza de los tiempos y de lo que estamos jugándonos. En un momento como éste, en el que no podemos aducir ni el más mínimo éxito, la más ligera falla podría ser interpretada de un modo equívoco. Una réplica firme, del género de la que propongo, es la única manera de arrancar a Alemania ofertas menos fantásticas que las que conocemos.

El mismo día hice las siguientes declaraciones a la prensa:

3-VIII-40

El Primer Ministro desea que se sepa que la posibilidad de que Alemania intente la invasión no se ha desvanecido, ni mucho menos. El hecho de que los alemanes hayan puesto en circulación rumores referentes a que no intentarán invadirnos, deben ser escuchados con doble desconfianza que cualesquiera otras de sus aserciones. El que nos sintamos cada vez más fuertes y mejor preparados, no debe producir ni la menor relajación de nuestra vigilancia y nuestro estado de alerta en el orden moral.

• • •

A fines de junio los jefes del Estado Mayor, a través del general Ismay, nos sugirieron al Gabinete y a mí la idea de que yo visitase los sectores amenazados de las costas meridional y oriental. En consecuencia, dediqué un par de días a esa agradable tarea, durmiendo en mi tren cuando fue preciso. En el convoy yo disponía de toda clase de facilidades para evacuar mi trabajo diario y me hallaba, además, en contacto continuo con Whitehall. Inspeccioné el Tyne, el Humber y muchos otros lugares donde verosímilmente podía producirse un desembarco. La división canadiense (que pronto había de ser reforzada por otra procedente de Islandia, convirtiéndose así en un cuerpo de ejército) realizó en mi presencia algunos ejercicios en la región de Kent. Examiné las defensas terrestres de Harwich y Dover. Una de mis primeras visitas fue la que hice a la tercera división, mandada por el general Montgomery, a quien yo no conocía. Mi mujer me acompañaba. La tercera división estaba estacionada cerca de Brighton. Habíasele dado la máxima prioridad en punto a rearme, y ya se encontraba a punto de embarcar para Francia cuando cesó la resistencia de

los franceses. El puesto del mando del general Montgomery radicaba en Lancing College. En las proximidades de este lugar el general me hizo asistir a un ejercicio cuya característica principal fue un movimiento de flanqueo de los portacañones Bren, de los que entonces sólo reunía Montgomery en su división siete u ocho. Después de esto fuimos juntos, en coche, a lo largo de la costa, y pasamos por Shoreham y Hove, hasta llegar a la tan conocida playa de Brighton, de la que yo guardaba muchas memorias de mis tiempos de colegial. Comimos en el Royal Albion Hotel, que se levanta frente al extremo del malecón. El hotel se hallaba enteramente vacío, ya que se habían realizado considerables evacuaciones, pero aún había mucha gente tomando el aire en la playa o en la explanada. Me reí viendo a un pelotón de los granaderos de la Guardia ocupados en establecer en uno de los kioscos del malecón un nido de ametralladoras defendido por sacos terreros. Era el tal kiosco uno de aquellos en los que yo, en mi niñez, había admirado a menudo las exhibiciones de pulgas amaestradas.

Hacía un tiempo espléndido. Hablé muy a mi sabor con el general y pasé un rato muy agradable. Ello no obstó a que redactara lo que sigue:

*(Para realizar en este mismo día.)*
*Primer Ministro al ministro de la Guerra.* 3-VII-40

Me he conturbado mucho el hallar a la tercera división diseminada a lo largo de un frente de 30 millas de costa, en vez de estar, según yo imaginaba, concentrada como reserva y preparada para trasladarse y oponerse a cualquier amenaza seria de invasión. Pero mucho más sorprendente es el hecho de que la infantería de esta división (que está, por otra parte, dotada de gran movilidad) no dispone de los autobuses necesarios para ser trasladada a los puntos de acción.[1] Una cantidad de autobuses siempre esperando y dispuestos en todo momento es esencial para todas las unidades móviles y para ninguna tanto como para la tercera división, tan dispersa a lo largo de la costa.

En Portsmouth he oído la misma queja, a saber, que las tropas no disponen de transportes preparados y a mano. En este país hay grandes masas de elementos de transporte, tanto en autobuses como en camiones, y el número de conductores venidos con el cuerpo expedicionario británico es muy elevado. Considerando eso, creo posible remediar tales deficiencias sin demora. Espero, en fin, que el general comandante en jefe de la tercera división sea autorizado a requisar, lo que hará con gusto, el considerable número de autobuses que aún están dedicados a servicios de recreo en la ribera de Brighton.

• • •

A mediados de julio, el ministro de la Guerra aconsejó que el general Ironside fuera sustituido por Brooke en el mando de las fuerzas metropo-

1. El sistema era antiguo en mí, que lo había empleado para el transporte de la brigada de infantería de Marina de la Real División Naval, cuando desembarcamos en la costa francesa en septiembre de 1914. Recogimos cincuenta autobuses en las calles de Londres y el Almirantazgo los transportó en una sola noche.

litanas. El 19 de julio, en el curso de mis continuas inspecciones de los sectores costeros, visité la zona de la comandancia meridional. Se realizó ante mí un supuesto táctico en el que participaron nada menos que... idoce tanques! Pasé toda la tarde recorriendo el frente con el general Brooke, que lo mandaba.

Muy serio era el historial de aquel general. No sólo había librado la decisiva batalla de flanco cerca de Ypres durante la retirada de Dunquerque, sino que había acreditado singular firmeza y habilidad, en circunstancias de dificultad y confusión inimaginables, cuando recibió el mando de las nuevas fuerzas que enviamos a Francia durante las tres primeras semanas de junio. Por otra parte, me unían a Alan Brooke ciertos vínculos personales a través de sus dos valerosos hermanos, mis amigos y compañeros en la vida militar de mi juventud.[1]

Tales recuerdos y tales relaciones no influyen nunca en mí cuando se trata del grave problema de designar gente para los mandos, pero en este caso sirvieron como fundamento personal en que se basó la inquebrantable asociación que durante toda la guerra mantuve con Alan Brooke. Previas las consultas oportunas con otras personalidades, aprobé la propuesta del ministro de la Guerra y puse al general Brooke al frente de las tropas metropolitanas, en sustitución del general Ironside. Éste aceptó el relevo con la marcial dignidad que en todas las ocasiones caracterizaba sus actos.

Mientras amenazaba la invasión, Brooke, a lo largo de un año y medio, organizó y mandó los ejércitos metropolitanos. Luego pasó a ser jefe del Estado Mayor Imperial y así continuamos juntos otros tres años y medio, hasta la consecución de la victoria. No tardaré en narrar los beneficios que se derivaron de sus consejos cuando se trató de efectuar los decisivos cambios que introducimos en los mandos de Egipto y en el Oriente Medio en agosto de 1942. Tuve, en cambio, que inferirle un grave disgusto en cuanto al mando de la operación «Overlord» de invasión de Europa en 1944. Su prolongada presidencia de la Comisión de jefes de Estado Mayor durante la mayor parte de la guerra, y sus tareas de jefe del Estado

1. Su hermano Víctor era subalterno en el 9.º de lanceros cuando yo ingresé en el 4.º de húsares, y entablé con él una fervorosa amistad en 1895 y 1896. Sufrió un accidente de equitación —el caballo se le encabritó y le tiró de la silla— que le costó la fractura de la pelvis, lo que le dejó maltrecho para todo el resto de su vida. No obstante, siguió apto para servir e incluso para montar y pereció gloriosamente, víctima de su agotamiento, cuando actuaba de oficial de enlace con el Cuerpo Francés de Caballería, en la retirada de Mons (1914).

El otro hermano de Alan Brooke —Ronnie— era mayor que Víctor y me llevaba siete años. Entre 1895 y 1898 se creía que iba a hacer una gran carrera en el ejército británico. No sólo se distinguió en todas las campañas en que tomó parte, sino que también descollaba entre los aspirantes de su promoción, en la academia. En la guerra bóer fue ayudante de la Caballería Ligera Surafricana. Yo, durante algunos meses, en el curso de la operación de socorro de Ladysmith, fui segundo ayudante del mismo regimiento, que sumaba seis escuadrones. Ronnie y yo estuvimos juntos en los combates de Spion Kop, Vaal Kranlz y el Tugela. Aprendí con él mucha táctica. Juntos entramos a caballo en Ladysmith la noche en que liberamos aquella playa. Más tarde —en 1903—, siendo yo un joven diputado, pude ayudar bastante a Ronnie en su campaña de Somalia, en la que acrecentó su ya elevada reputación. Fue prematuramente víctima del artritismo, lo que le impidió desempeñar en la Primera Guerra Mundial otro cargo que el de jefe de una brigada de reserva en la metrópoli. Nuestra amistad continuó hasta que él murió, a temprana edad aún, en 1925.

Mayor Imperial, le permitieron prestar servicios valiosísimos, no sólo al Imperio Británico, sino también a toda la causa aliada. En estos volúmenes se hallarán registradas algunas ocasionales diferencias entre él y yo, pero se verá también que por lo general existió entre nosotros un grado muy notable de acuerdo, por no hablar de la amistad privada que nos unió.

Entre tanto, examinábamos, con mayor pormenor y tenacidad cada vez, la posibilidad de la invasión. Algunas de mis minutas lo demostrarán.

*(Para realizar este mismo día.)*
*Primer Ministro al ministro del Aire y Jefe del Estado Mayor Aeronáutico.*
3-VII-40

Por todas partes oigo decir que es necesario insistir sobre todo en el bombardeo de los buques y barcazas existentes en todos los puertos que se hallan bajo dominio alemán.

*Primer Ministro al general Ismay.* 2-VII-40

Vea la carta (referente a la defensa de Londres) del diputado señor Wedgwood, porque es muy interesante y característica. ¿Cuál es la situación respecto a Londres? Entiendo por mi parte, y con toda claridad, que debemos defender la ciudad palmo a palmo, lo que *devoraría* un gran ejército de invasión.

*Primer Ministro al señor Wedgwood.* 5-VII-40

Muy agradecido a sus cartas. Espero disponer muy pronto de un gran número de fusiles y continuar el armamento de la Guardia Metropolitana (Voluntarios de Defensa Local). Puede usted tener la seguridad de que lucharemos en todas las calles de Londres y de sus arrabales. Esto *devoraría* un ejército invasor, admitiendo que llegara tan adentro. Pero esperamos ahogar a la mayoría de los atacantes en el salado mar.

Una cosa hallo muy curiosa; y es que el jefe militar alemán encargado de formular el plan de invasión usó la misma palabra «devorar» y resolvió eludirla.

*Primer Ministro al general Ismay.* 4-VII-40

¿Qué se hace para ayudar y alentar a las personas que viven en los puertos marítimos más amenazados? ¿Se prepara algo que les permita instalarse adecuadamente, refugiándose en el momento oportuno, durante el curso de una invasión? A partir de ahora deben adoptarse a ese respecto medidas adecuadas. Cierto número de oficiales, o bien de representantes de las autoridades locales, deben visitar a las familias una por una, explicándoles que, si no se deciden a evacuar sus hogares, de acuerdo con el consejo general que hemos formulado, habrán de refugiarse en los sótanos de las casas, tomando a la vez disposiciones que refuercen y aseguren las partes superiores de cada edificio. En esto han de ser auxiliados tanto con orientaciones como

con los apropiados materiales. Inspecciónense las máscaras antigás que las gentes civiles posean. Todo esto debe ser puesto activamente en marcha a partir de hoy. Tal sistema activará la evacuación voluntaria y a la vez procurará razonable seguridad a los que se queden.

*Primer Ministro al general Ismay.* 5-VII-40

Deben expedirse instrucciones, redactadas con toda claridad, para conocimiento de los habitantes de las zonas costeras más amenazadas.

1. Se debe estimular en tanto como sea posible la evacuación voluntaria, presionando a la gente mediante la mención de una posible orden de evacuación forzosa, así como utilizando propagandas locales (no nacionales) formuladas por los comisarios regionales o corporaciones locales. Quienes deseen quedarse o no encuentren lugar a dónde ir, serán advertidos de que, si la invasión se produce en su ciudad o pueblo, no podrán salir de la localidad hasta que la batalla concluya. Así, pues, se les exhortará y ayudará a que acondicionen sus sótanos hasta convertirlos en lugares seguros de refugio. También se les proveerá de los refugios Anderson que haya disponibles, ya que se me afirma que existen nuevas formas de esas construcciones que no requieren el uso de acero. Sólo se permitirá ahí la permanencia de las personas dignas de confianza. Las dudosas deben ser evacuadas.

Sírvase formularme, para que yo las apruebe, propuestas precisas, fundadas en las anteriores directrices.

*Primer Ministro al profesor Lindemann.*
*(Se envió copia al general Ismay.)* 7-VII-40

Necesito que mi sección «S» me presente un cuadro o gráfico relativo a todas las treinta divisiones existentes, mostrándome los progresos realizados en el camino de llegar a conseguir equiparlas completamente. Cada división será representada por un cuadrado dividido en segmentos: oficiales, soldados, fusiles, cañones Bren, portacañones Bren, fusiles antitanque, cañones antitanque, artillería de campaña, piezas medias (si las hay), transporte suficiente para garantizar la movilidad necesaria a cada una de las tres brigadas de cada división, etc. Siempre que una proporción de esos cuadraditos secundarios se complete, el correspondiente cuadro se pintará de encarnado. Me gustaría examinar esos gráficos todas las semanas. Puede prepararse un gráfico similar para la Guardia Metropolitana. En este último caso sólo es necesario señalar los fusiles y los uniformes.

*Primer Ministro al ministro de la Guerra.* 7-VII-40

Vi que ayer compartía usted mi estupefacción al declararnos el general McNaughton que toda la segunda división canadiense había sido destinada a Islandia. Sería, en verdad, un error crasísimo el permitir que tan buenas tropas sean empleadas en un lugar tan distante. Parece que los tres primeros batallones han partido ya con ese rumbo. A nadie se le ha dicho nada acerca de eso. Nos es preciso que las dos divisiones canadienses actúen formando un cuerpo tan pronto como sea posible.

Conozco bien los argumentos relativos a la instrucción de esas tropas, et-

cétera, pero son argumentos que no me convencen. Necesitamos volver a examinar a fondo esta cuestión. De cierto será posible enviar a Islandia tropas territoriales de segunda línea. Allí se fortificarán en los puntos esenciales de la isla y podrán disponer, por ejemplo, de un batallón del tipo «Gubbins», de muy elevada clase, para caer en el acto sobre cualquier fuerza de desembarco. Le agradeceré mucho que estudie esto.

*Primer Ministro al Primer Lord del Almirantazgo y Primer Lord del Mar.* 7-VII-40

1. No comprendo que toleremos que a lo largo de las costas francesas haya movimiento de buques sin que sean atacados por nosotros. No basta limitarse a usar el aire para ello. Deben enviarse destructores, protegidos por escolta aérea. ¿Vamos a resignarnos a que los alemanes construyan una gran escuadra en el Canal, bajo nuestras propias narices, y hagan que sus naves atraviesen impunemente el estrecho de Dover? Ello sería el principio de una nueva y peligrosísima amenaza que debemos apresurarnos a contrarrestar.

2. Celebraré que se me informe, no sólo sobre los puntos susodichos, sino también sobre el estado de nuestros campos de minas en esa zona y sobre la manera de mejorarlos. ¿Es cierto que las minas, tras un decurso de diez meses, han experimentado detrimento? En tal caso, debemos sembrar nuevas hileras de estos artilugios. ¿Por qué no se hace un esfuerzo para colocar, durante la noche, un nuevo campo de minas ante las aguas francesas, acechando además la llegada de cualquier buque destinado a abrir un paso en dicho campo? En verdad declaro que no debemos dejar de asentar rotundamente nuestro dominio del mar por el mero hecho de que los alemanes señoreen la costa francesa.

Si los cañones alemanes abren el fuego sobre nosotros, debemos enviar un barco de batalla que los bombardee, protegiéndolo con cobertura aérea.

• • •

Durante aquel mes de julio llegaron armas norteamericanas en considerables cantidades. Los envíos cruzaron el Atlántico sin novedad. Esa cuestión me parecía esencialísima, y por ello expedí reiteradas instrucciones a efectos de que se tuviera el mayor cuidado en las operaciones de transporte y recepción de los armamentos.

*Primer Ministro al ministro de la Guerra.* 7-VII-40

He pedido al Almirantazgo que adopte medidas muy especiales para la protección de los convoyes cargados de fusiles. Por lo tanto, la escuadra enviará hasta muy lejos cuatro destructores para esperar a los convoyes referidos, todos los cuales deben llegar en el transcurso del día 9. El Almirantazgo le dirá la hora fija de arribada. Me satisface saber que está usted realizando toda clase de preparativos para la descarga, recepción y distribución de esos fusiles. Esta misma noche deben entregarse a las tropas cien mil fusiles por lo menos, y, si no esta noche, esta madrugada. Se usarán trenes especiales para distribuir las armas y las municiones, de acuerdo con un plan

elaborado de antemano minuciosa y exactamente. Esta operación se dirigirá desde el puerto de desembarco, poniéndola a cargo de un alto jefe particularmente especializado en ella. Parece lógico que insista usted en que la distribución se haga, antes que en sitio alguno, en los distritos costeros, de manera que toda la Guardia Metropolitana de las zonas de peligro sea la primera a la que se sirva el material. ¿Tendrá usted la gentileza de hacerme saber con antelación lo que decide?

*Primer Ministro al general Ismay.* 8-VII-40

¿Se han tomado medidas conducentes a cargar las últimas remesas de las municiones, fusiles y cañones norteamericanos en barcos más rápidos que los que han transportado el material esta vez? ¿Cuáles son los buques en que los últimos envíos han sido cargados y qué velocidades alcanzan? Tenga la bondad de informarse de ello en el Almirantazgo.

*Primer Ministro al Primer Lord.* 27-VII-40

Las grandes expediciones de fusiles y piezas de artillería que, en unión de sus correspondientes municiones, se aproximan ahora a nuestro país, son de una categoría muy diferente a cuanto hayamos transportado hasta la fecha, exceptuando la división canadiense. No olvide que doscientos mil fusiles significan el armamento de doscientos mil hombres, ya que éstos están esperando por aquéllos. Los convoyes que llegarán el día 31 de julio son únicos en su clase, y por eso deben realizarse especiales esfuerzos para garantizar la seguridad de su llegada. La pérdida de esos fusiles y cañones de campaña sería un desastre de primer orden.

Cuando los barcos que venían de América, cargados de valiosas armas, se aproximaron a nuestras riberas, trenes especiales esperaban en todos los puertos, listos para recibir las expediciones. La Guardia Metropolitana de todos los condados, ciudades y pueblos veló toda la noche, aguardando las remesas. Hombres y mujeres trabajaron noche y día en la tarea de poner las armas en condiciones de uso. A finales de julio éramos ya una nación armada, al menos en cuanto concernía a la tarea de rechazar atemizajes de tropas paracaidistas o aerotransportadas. Nos habíamos convertido en un auténtico avispero. Si habíamos de caer luchando (lo que yo no creía), muchos de nuestros hombres y algunas mujeres tendrían, al menos, un arma en la mano. La llegada del primer envío del medio millón de fusiles del 0,300, destinados a la Guardia Metropolitana, nos permitió transferir trescientos mil fusiles de tipo británico y calibre 0,303 a las formaciones, en rápida expansión, del ejército regular. Pero respecto a la cartuchería ha de advertirse que cada uno de los fusiles de la Guardia Metropolitana sólo disponía de cincuenta cartuchos, de los que únicamente nos atrevimos a entregar diez a cada hombre, ya que no existía fábrica alguna en funcionamiento para la producción de esa clase de cartuchos.

Los cañones del setenta y cinco, dotado cada uno de un millar de proyectiles, tuvieron la virtud de hacer fruncir el ceño a algunos técnicos muy exigentes. No había, en efecto, avantrenes para aquellos cañones, ni

procedimientos inmediatos de procurarnos más proyectiles. La diversidad de calibres lo complicaba todo. Pero no hice caso de nada de aquello. Durante todo 1940 y 1941 los novecientos cañones del setenta y cinco que habíamos recibido reforzaron enormemente la potencia militar de nuestra defensa metropolitana. Se buscaron expedientes para el mejor uso de las piezas y adiestramos a muchos hombres en la tarea de manejarlas desde camiones en movimiento. Cuando se lucha por la existencia, cualquier cañón vale más que no tener ninguno, y la pieza francesa del 75, aunque superada por la inglesa del 25 y el cañón-mortero alemán de campaña, era aún un arma espléndida.

• • •

Seguíamos con atención el incremento de las baterías costeras que los alemanes montaban continuamente al otro lado del Canal durante los meses de agosto y septiembre. La principal concentración de aquella artillería radicaba en torno a Calais y al cabo Gris-Nez, con el aparente propósito de cerrar el paso del Estrecho a nuestros barcos de guerra, así como de dominar la ruta más breve por el Canal. Hoy sabemos que a mediados de septiembre el enemigo tenía ya emplazadas y prestas para el ataque las siguientes baterías en aquella sola región:

*a)* Batería Sigfrido, al sur de Gris-Nez, con cuatro cañones de 38 centímetros.
*b)* Batería Federico Augusto, al norte de Boulogne, con tres cañones del 30,5.
*c)* Batería Grosser Kurfuerst, en el Gris-Nez, con cuatro cañones del 28.
*d)* Batería Príncipe Enrique, entre Calais y Blanc-Nez, con dos cañones del 28.
*e)* Batería Oldemburgo, al este de Calais con dos cañones del 24.
*f)* Baterías M.1, M.2, M.3 y M.4, en el sector de Gris-Nez-Calais, con un total de 14 cañones del 17.

Además, a fines de agosto había montadas ya, con propósitos defensivos, no menos de treinta y cinco baterías pesadas y medias del ejército alemán, así como siete capturadas al enemigo, en la costa francesa.

Se recordará que a fines de junio yo había dado órdenes para proteger el promontorio de Dover con cañones capaces de lanzar sus disparos al otro lado del Canal. Estas instrucciones habían dado fruto, aunque no en la misma escala que lo conseguido por los alemanes.

En aquellos agobiantes meses de verano visité Dover varias veces. En la ciudadela del castillo se habían abierto grandes galerías y cámaras subterráneas en la piedra caliza del promontorio. Desde una balconada cabía ver, en días despejados, las costas de Francia, a la sazón en manos del enemigo. El almirante Ramsay, comandante del sector, era amigo mío. Su padre había sido coronel del 4.º de húsares, en el que serví siendo joven. Ramsay y yo, de niños, nos habíamos visto a menudo en la explanada del cuartel de Aldershot. Tres años antes de la guerra dimitió su cargo de jefe del Estado Mayor de la Flota Metropolitana —lo que ocurrió a causa de

una disensión con su jefe— y en esa ocasión acudió a pedirme consejo. Ahora yo solía mantener con él prolongadas conversaciones y ambos, acompañados del comandante de la fortaleza de Dover, visitamos varias veces nuestras defensas, que progresaban con gran celeridad.

Tanto allí como en Londres yo me aplicaba a estudiar minuciosamente los informes de nuestro Servicio Secreto, en los que se precisaban casi a diario los aumentos experimentados por las baterías costeras alemanas. Examinando la serie de minutas que en el curso del mes de agosto dicté acerca del artillado de Dover, se advertirá el vivo deseo que yo experimentaba de hacer volar los emplazamientos de algunas baterías pesadas del enemigo antes de que los cañones pudieran replicar. A mi juicio había que tomar esa medida en agosto, ya que tres, por lo menos, de nuestros cañones pesados podían disparar hasta el otro lado del Canal. Pero después los alemanes fueron demasiado fuertes para que incumiéramos en el riesgo de provocar un duelo de artillería.

*Primer Ministro al general Ismay.* 3-VIII-40

1. El cañón de catorce pulgadas que he mandado montar en Dover debe estar listo con tiempo suficientemente amplio para entenderse con la nueva batería alemana. Ya sé que no se podrá disparar mientras todos los cañones no estén emplazados. No obstante, pueden formularse ya planes de tiro. Celebraría conocer las medidas que se han adoptado para que un número dado de aviones de reconocimiento, protegidos por una considerable fuerza de cazas, estén dispuestos con tan fausta ocasión. Asimismo me interesa saber cuándo estarán dispuestos los dos cañones de 13,5 montados sobre vagones plataformas. ¿Alcanzarán con sus disparos el objetivo previsto? También se deben emplazar en todos puntos cañones adecuadamente disimulados, y situados de modo que se puedan lanzar en sitios cercanos fogonazos, humaredas y polvo, que engañen el enemigo sobre la posición exacta de nuestras piezas. Hágame saber los ajustes que al efecto se han proyectado. Presumo que ya se habrán terminado las extensiones de la vía férrea necesarias para los movimientos de los cañones de 13,5. Sírvase informarme.

2. El movimiento de los barcos alemanes de guerra al sur de Kiel crea una situación un tanto diferente a la que estudió el comandante en jefe de la Flota Metropolitana cuando le pedimos su apreciación hace algún tiempo a propósito de la posibilidad de una invasión a través del Estrecho, con apoyo de barcos de gran tonelaje. Pregúntese al Almirantazgo si dicho comandante en jefe ha prestado atención al modificado dispositivo del enemigo. En todo caso, que nos manifieste si tiene algo nuevo que decir.

*Primer Ministro al Primer Lord.* 8-VIII-40

Estoy impresionado por la celeridad y eficacia con que se ha preparado en Dover el emplazamiento del cañón de catorce pulgadas, así como las circunstancias —iguales— que han concurrido en el montaje de la pieza. Diga a cuantos han intervenido en ese trabajo que les agradezco mucho el auténtico esfuerzo realizado.

Las baterías enemigas abrieron fuego el 22 de agosto, atacando un convoy, sin resultados. Más tarde cañonearon la plaza de Dover. Nuestros cañones de catorce pulgadas, listos ya, respondieron al ataque. A partir de entonces hubo duelos de artillería a intervalos irregulares. Dover fue cañoneado seis veces en septiembre. El bombardeo más intenso correspondió al día 9 de ese mes, fecha en que se lanzaron ciento cincuenta proyectiles. El daño inferido a los convoyes fue muy pequeño.

*Primer Ministro al Primer Lord del Almirantazgo y Primer Lord del Mar.*
25-VIII-40

Le agradeceré mucho que me presente proposiciones para que el «Erebus»[1] bombardee las baterías alemanas del Gris-Nez. Celebraría mucho saber que esa empresa es tan practicable como deseable. No hay motivos para que el barco espere la llegada de los cañones montados en plataformas ferroviarias, aunque, desde luego, si están preparados, deben cooperar a la acción que iniciará el monitor, con sus piezas de catorce pulgadas, al amanecer. Necesitamos destrozar las baterías enemigas. Confío en que no tengamos que esperar hasta la próxima luna la llegada del «Erebus» y me conviene conocer qué condiciones lunares considera usted más favorables.

*Primer Ministro al general Ismay y Comisión de Jefes de Estado Mayor.*
27-VIII-40

No me parece nada irrazonable el hecho de que el enemigo procure sobreponerse gradualmente a las defensas del promontorio de Dover y obtener el dominio del Canal por su punto más estrecho. Éste sería un natural preliminar de la invasión. Daría también ocasión para entablar una continuada lucha con nuestras fuerzas aéreas, en la esperanza de agotarlas mediante la acción de un número superior. Todo ello tendería a expulsar a nuestros barcos de guerra de todas sus bases del Canal. Debemos esperar la concentración de muy numerosas baterías en la costa francesa. ¿Qué hacemos para procurar defender el promontorio de Dover mediante el empleo de artillería pesada? Hace diez semanas pedí que se montasen allí cañones de gran calibre. Uno ha sido montado ya. Se espera la llegada de dos piezas montadas en vagones-plataformas. Se me ha dicho que esas piezas resultarían muy poco precisas en sus tiros a causa del exceso de carga. Debemos disponer de muchos más cañones pesados interiormente acondicionados para disparar proyectiles de menor calibre y con una mira más precisa. Podrán disparar a cincuenta millas, con lo que, al disparar a veinticinco o treinta, su precisión resultará mucho mayor. No comprendo que aún no haya recibido usted propuestas a este respecto. Tenemos que insistir en el mantenimiento de nuestras posiciones artilleras de Dover, y esas posiciones han de ser superiores a las del enemigo, cualquiera que sea la forma de ataque a que se vean expuestas. Hemos de esforzarnos en obtener el dominio

1. El «Erebus» era un monitor procedente de la primera guerra, y montaba dos cañones de quince pulgadas. Después de ser reacondicionado se dirigió a Scapa Flow para efectuar prácticas de tiro (mes de agosto). Ciertos defectos de construcción, así como el mal tiempo, aplazaron esas prácticas y la nave no llegó a Dover sino a finales de septiembre. Por lo tanto, hasta la noche del 29 al 30 de septiembre no pudo realizar un bombardeo de Calais.

del Estrecho con nuestras baterías, en destruir las del enemigo y en multiplicar y fortificar las propias.

En otros documentos solicito que se organice un ataque por sorpresa a cargo del «Erebus». Ese ataque serviría para destruir las baterías enemigas del cabo Gris-Nez. El «Erebus» posee un puente blindado a prueba de bombas aéreas. ¿Se ha hecho algo respecto a esto? ¿Cuándo entra el «Erebus» en acción? El ministerio de Aire debe contribuir a la empresa. La operación ha de tener un cariz ofensivo. Se necesitarán aviones de reconocimiento diurno. Acaso la primera escuadrilla de Hurricanes, provista del Merlin-20, sea la más idónea para el caso. Si el «Erebus» sufre ataques aéreos ha de ser vigorosamente defendido, buscando el combate con la aviación enemiga.

Sírvase informarme de sus planes.

*Primer Ministro al general Ismay. (Para la Comisión de Jefes de Estado Mayor.)* 30-VIII-40

Continúo mi documento anterior sobre la defensa del promontorio de Kent. Hemos de esperar que rápidamente sean llevadas a la costa francesa baterías muy poderosas y en gran número. Es natural que los alemanes se propongan dominar el Estrecho mediante su artillería. Por el momento les aventajamos con nuestro cañón de catorce pulgadas y nuestros dos cañones del 13,5 montados en plataformas móviles. Además, al almirante de Dover se le deben mandar, como refuerzo, lo antes posible, gran número de los más modernos cañones de seis y de ocho pulgadas. Tengo entendido que el Almirantazgo tiene el propósito de proporcionarle los cañones de los barcos «Newcastle» o «Glasgow», que están en curso de larga reparación. Sería cosa nueva y evolutiva montar una o dos de las torretas de esos barcos [en Dover]. Infórmeme de esto y de las fechas en que se hará. Existe un cañón experimental del ejército, de calibre 9,2, con su instalación de montaje, y seguramente disponemos de varias piezas del doce, montadas en vagones-plataformas. Si nuestras naves no pueden usar el Estrecho, lo mismo ha de acontecerle el enemigo. Aunque los cañones no pudieran disparar contra la costa francesa, no por eso dejarían de resultar valiosos.

Parte de nuestra artillería pesada —los morteros de dieciocho pulgadas y las piezas de 9,2— debe ser situada en posiciones desde las que vede al enemigo el acceso a los puertos y puntos posibles de desembarco. Como mencionó el Jefe del Estado Mayor Imperial, esa misma artillería ha de apoyar el contraataque que lancemos contra cualquier intento de establecer una cabeza de playa. Gran proporción de la masa de artillería que yo reservé desde la última guerra no ha hecho nada y lleva un año entero sometida a reacondicionamiento.

Preséntеme un buen programa, tendente a que la artillería referida se emplee en el sostenimiento de nuestros contraataques y la defensa de puertos, tanto al norte como al sur del Támesis. Más al norte he visto montadas algunas baterías muy buenas.

Me agradaría ser informado de las auténticas líneas de defensa que existen entre Dover y Londres y entre Narwich y Londres. Ahora que hemos concluido las defensas de la costa, ninguna razón impide que esas líneas se desarrollen más, ya que ello en ningún modo se opone a nuestro principio de desencadenar contraataques fogosos.

Pero lo más importante consiste en disponer de uno o dos cañones modernos de seis pulgadas, capaces de bombardear todo buque alemán hasta una distancia de treinta y cinco mil yardas.

Me esfuerzo también en obtener que los Estados Unidos nos faciliten, al menos, un par de sus cañones costeros de dieciséis pulgadas. Estas piezas alcanzan a cuarenta y cinco mil yardas y pueden lanzar una tonelada y cuarto de explosivos sin sufrir supercarga. Por lo tanto, su precisión debe de ser muy grande. El general Strong, del ejército estadounidense, me ha mencionado esto, citándolo como una posibllidad muy halagüeña. Opina, aunque sin comprometer en su opinión a su gobierno, que el ejército de los Estados Unidos estará dispuesto a retirar de sus baterías gemelas un par de esos cañones, con sus cureñas.

Sírvase darme toda clase de pormenores sobre los referidos cañones. Ha de realizarse la construcción de los cimientos de hormigón en tres meses, y creo que se tardará un tiempo análogo en traer aquí dichas piezas. Hay muy pocos buques que puedan transportarlas sobre sus cubiertas.

*Primer Ministro al general Ismay y al Primer Lord del Mar.* 31-VIII-40

Es de particular urgencia el poder atacar las baterías situadas en la costa francesa. Las fotografías de ayer muestran que los cañones están siendo ahora montados en sus posiciones. Será conveniente disparar sobre ellos antes de que puedan replicar a nuestro fuego. Ya hay bastantes piezas emplazadas. Confío, pues, en que el «Erebus» no se retardará, porque cada día que transcurre hace nuestra situación más precaria. Me parece necesario dañar y dilatar lo posible las tareas de las baterías enemigas en vista de que tan atrasados estamos en el montaje de las propias.

A principios de septiembre la fuerza artillera que habíamos emplazado frente al mar era ésta:

DEFENSA COSTERA DE ANTES DE LA GUERRA

| | | |
|---|---|---|
| Piezas de 9,2 pulgadas | 2 | |
| Piezas de 6 pulgadas | 6 | |

AUMENTOS RECIENTES

| | | |
|---|---|---|
| Piezas de 14 pulgadas (navales) | 1 | |
| Piezas de 9,2 pulgadas | 2 | (montadas en vagones-plataformas) |
| Piezas de 6 pulgadas (navales) | 2 | |
| Piezas de 4 pulgadas (navales) | 2 | |

Muy a poco tiempo se presentaron refuerzos ulteriores. Consistieron en dos cañones de 13,5 pulgadas, procedentes del antiguo acorazado «Iron Duke». Se montaron ambas piezas en dos vagones-plataformas. Además, se utilizó una batería de cuatro cañones de 5,5 pulgadas, procedente del navío «Hood». Muchos de esos cañones suplementarios fueron manejados por artilleros de la armada real y de las tropas de marina.

Aunque inferiores en actividad al enemigo, disponíamos de una poderosa concentración de fuego.

Además, instalamos uno de los morteros del 18 que yo había reservado desde la última guerra, más doce morteros de 12 pulgadas. El objeto de

estas piezas era rechazar los intentos enemigos de desembarco. Todos aquellos cañones poseían mucha movilidad y podían concentrar un fuego terrible en cualquier sector de desembarco.

• • •

A medida que los meses de agosto y julio transcurrían sin producirnos ningún nuevo desastre, cada vez era mayor nuestro convencimiento de que podíamos afrontar una lucha dura y larga. De día a día progresábamos en nuestra mejora de fuerzas. Todos los habitantes de Inglaterra trabajaban hasta el último adarme de su esfuerzo y cuando se dormían después de sus intensas tareas, se sentían recompensados de ellas al pensar que teníamos tiempo para prepararnos y que aun podíamos vencer. Ello cada vez se hacía más patente. Todas las playas estaban erizadas de defensas de diversos estilos. Todo el país se hallaba organizado en centros defensivos. Las fábricas producían abundancia de armas. A fines de agosto teníamos más de doscientos cincuenta tanques nuevos. Los frutos de la confianza norteamericana empezaban a cosecharse. El ejército profesional británico, muy bien instruido, y sus camaradas del ejército territorial, hacían la instrucción y se adiestraban de mañana a noche, y anhelaban medirse con el enemigo. La Guardia Metropolitana pasaba del millón de reclutas que, cuando les faltaban fusiles, empuñaban ávidamente escopetas de caza, carabinas de salón, pistolas y hasta, en ausencia de armas de fuego, picas y garrotes. En Inglaterra no existía quinta columna alguna, aparte de lo cual localizamos e interrogarnos minuciosamente a unos cuantos espías. Los pocos comunistas existentes no respiraban siquiera. Todos los demás daban cuanto tenían que dar.

Cuando Ribbentrop visitó Roma en septiembre, dijo a Ciano: «La defensa territorial inglesa no existe. Una sola división alemana bastaría para producir un completo derrumbamiento.» Esto sólo prueba una cosa: la ignorancia de Ribbentrop. A menudo me he preguntado a mí mismo lo que hubiera ocurrido si doscientos mil soldados alemanes de asalto hubieran puesto pie en nuestras costas. La matanza sufrida por ambos bandos habría sido grande y terrible. Nadie hubiera dado clemencia ni cuartel. Los contendientes hubiesen apelado al terror, llegando a todos los extremos. Yo me proponía usar esta consigna: «El que caiga que se lleve a otro por delante.» Calculaba que, en último extremo, los horrores de semejante espectáculo hubieran inclinado en nuestro favor la balanza de los Estados Unidos. Por fortuna, ninguna de esas intensas emociones llegó a producirse. Muy lejos, en las grises aguas del Mar del Norte y el Canal, patrullaban las fieles y vigilantes patrullas que escrutaban la noche. En el aire volaban los pilotos de caza, o bien esperaban en tierra serenamente, prestos a saltar, en un instante, a sus excelentes aparatos. En aquel tiempo lo mismo daba vivir que morir.

## CAPÍTULO XIV

## EL PROBLEMA DE LA INVASIÓN

*Estudios anteriores sobre la invasión. — La nueva aviación. — Mi declaración al Parlamento el 18 de junio. — Los primeros rumores de desembarco (27 de junio de 1940). — Mi nota del 28 de junio. — Mi minuta acerca de la invasión (10 de julio). — Importancia de las reservas móviles. — Las dos mil millas de costa británica. — Memorándum del Primer Lord del Mar. — Distribución del posible ataque. — Resuelvo duplicar los cálculos del Primer Lord, respecto a los elementos necesarios para nuestra seguridad. — Mi minuta del 5 de agosto de 1940. — Cómo sugerí que distribuyésemos nuestro ejército. — Coincidencia de las opiniones de los jefes de Estado Mayor con las mías. — Nuestro esencial interés en la costa oriental. — Los alemanes optan por la meridional. — Nuestro cambio de frente. — Modificación de nuestro dispositivo y preparativos realizados desde agosto a septiembre. — Persistencia de los peligros que pueden sobrevenir desde el mar del Norte. — Extrema tensión en julio y agosto.*

Después del episodio de Dunquerque, y sobre todo a partir del momento en que, tres semanas después, el gobierno francés capituló, en la mente de todos los ingleses se formulaba la misma pregunta: si Hitler invadiría, o, en todo caso, si podría hacerlo y conquistar nuestra isla.

Yo no era un novicio en ese problema. Cuando fui Primer Lord del Almirantazgo participé durante tres años, antes de la Primera Guerra Mundial, en las discusiones que el Estado Mayor Imperial celebraba sobre tal tema. Hablando en nombre del Almirantazgo, sostuve siempre que dos, por lo menos, de las seis divisiones que componían nuestro cuerpo expedicionario, debían ser mantenidas en la metrópoli hasta que el ejército territorial y otras fuerzas de tiempo de guerra adquiriesen eficacia. Como decía el almirante «Tug» Wilson, «la armada no puede jugar al fútbol internacional si carece de guardameta». Pero cuando, al estallar la guerra, nos hallamos con la escuadra plenamente movilizada, la flota principal en el mar y a salvo de añagazas, y todas las sorpresas, traiciones y accidentes superados, pareciónos en el Almirantazgo que podíamos hacer algo más de lo que habíamos prometido. En la sesión extraordinaria que celebraron los ministros y las altas autoridades militares en fecha 5 de agosto de 1914, bajo la presidencia de Asquith, yo, en presencia del Primer Lord del

Mar (príncipe Luis de Battenberg), declaré formalmente que la armada garantizaba la protección de la isla contra cualquier invasión o incursión seria; y ello incluso en el caso de que todas las fuerzas regulares fuesen despachadas para participar en la inminente gran batalla que debía reñirse en suelo francés. Por lo que nos atañía, el ejército podía marcharse. En el curso de las primeras seis semanas, las seis divisiones del cuerpo expedicionario zarparon de Inglaterra.

El poderío marítimo, cuando se maneja debidamente, es una cosa maravillosa. Es casi imposible que un ejército de tierra cruce el mar frente a flotas o flotillas de guerra superiores en número. El vapor ha acrecentado enormemente la capacidad marinera de defensa de la Gran Bretaña. En los días de Napoleón, el mismo viento que hubiera impelido las barcas bonapartistas de fondo chato desde Boulogne y a través del Canal, habría alejado nuestras escuadras bloqueadoras. Pero todas las innovaciones sobrevenidas desde entonces han multiplicado la capacidad de una armada superior para destruir a los invasores en el camino de su ataque. Las muchas complicaciones que los mecanismos modernos han añadido a los ejércitos, hacen sus viajes más embarazosos y peligrosos y convierten en probablemente insuperables los problemas de su permanencia en tierra, una vez que establecen una zona de desembarco. En la crisis anteriormente experimentada por nuestra isla, poseíamos un poderío marítimo amplio y superior al del enemigo. Éste no podía ganar, en lucha con nosotros, una gran batalla naval. No tenía medios de enfrentarse con nuestras fuerzas de cruceros. Nuestras flotillas de barcos ligeros eran diez veces más numerosas que las suyas. Había, ciertamente, que alegar contra eso las incalculables circunstancias dimanadas del tiempo, y, en especial, la bruma. Pero, incluso si estas circunstancias eran adversas y se verificaba un desembarco en uno o más puntos, el problema de mantener una línea de comunicaciones seguía en pie, así como el de abastecer las posiciones que eventualmente se ocuparan. Tal era la situación en la primera gran guerra.

Pero ahora existía la utilización del aire. Esta suprema novedad, ¿qué efectos ejercería sobre el problema de la invasión? Era evidente que si el enemigo lograba dominar las zonas de mar angosto, o bien ambos lados del estrecho de Dover, mediante su superioridad aérea, las pérdidas de nuestras flotillas de barcos ligeros serían muy graves y quizá fatales. Nadie, salvo en ocasiones supremas, osaría llevar acorazados grandes o cruceros de mucho tonelaje a unas aguas dominadas por los bombarderos germanos. De hecho, no nos atrevíamos a estacionar acorazados al sur del Forth o al este de Plymouth. En cambio, y partiendo de Harwich, del Nore, de Dover, de Portsmouth y de Portland, manteníamos un infatigable y vigilante patrullamiento a cargo de barcos ligeros de guerra, cuyo número crecía de continuo. En septiembre pasaban ya de ochocientos. Esto sólo podía ser destruido —y aun eso muy gradualmente— por un poderío aéreo de gran envergadura.

Mas, ¿quién poseía el poderío aéreo? En la batalla de Francia habíamos peleado con los alemanes en la proporción de uno contra dos o tres, infligiendo pérdidas al enemigo en igual proporción. En Dunquerque,

donde teníamos que sostener en el aire patrullas continuas para proteger la retirada del ejército, peleamos en la proporción de uno contra cuatro o cinco y obtuvimos igual éxito y ventaja. Dowding, mariscal del Aire, calculaba que sobre nuestros distritos y en las zonas costeras amenazadas, podríamos pelear y lograr victorias en la proporción de siete u ocho contra uno. Que nosotros supiéramos —y estábamos bien informados—, las fuerzas aéreas alemanas de entonces superaban a las nuestras en la proporción de tres a uno, aproximadamente. Había, pues, que pelear contra el bravo y eficiente enemigo alemán en condiciones de inferioridad notoria, pero, aun así, yo había llegado a la conclusión de que en nuestro propio cielo, sobre nuestro país y en nuestras aguas, podíamos derrotar a la aviación alemana. Y, si ello sucedía así, nuestro poderío naval continuaría gobernando mares y océanos y destruyendo a cuantos enemigos quisieran aproximarse para atacarnos.

Había, desde luego, un tercer factor en potencia. Porque cabía que los alemanes, con su renombrada minuciosidad y previsión, hubiesen preparado en secreto una vasta armada de buques especiales que no necesitaran utilizar puertos ni muelles y pudieran, por lo contrario, desembarcar directamente en tierra tanques, cañones y vehículos a motor, encargándose, por ende, de abastecer después a las tropas invasoras.

Como antes señalé, tales ideas se habían desarrollado ya en 1917 y estaban a la sazón en pleno desarrollo como resultado de mis instrucciones. Pero, por otra parte, no teníamos razón alguna para creer que existiese nada de aquello en Alemania, aunque siempre es mejor no excluir lo peor, para evitar lo que puede costar no tenerlo en cuenta. Cuatro años de intensos esfuerzos y experimentos, y una inmensa ayuda material de los Estados Unidos, fueron menester para proveernos de los equipos que nos fueron necesarios para el desembarco en Normandía. Pero en el momento a que me refiero, a los alemanes les hubiese bastado con elementos mucho menores. En cualquier caso, lo cierto era que sólo disponían de unas cuantas barcazas Siebel.

En resumen, la invasión de Inglaterra en el verano y otoño de 1940 exigía de los alemanes una considerable superioridad local en el mar, así como una no menos apreciable superioridad aérea. Y, por supuesto, inmensas flotas especiales de unidades de desembarco. Pero la superioridad naval estaba en nuestro poder. Teníamos también el dominio del aire y creíamos, como ahora sabemos que así era, que los alemanes no poseían ni habían proyectado ninguna unidad especial de desembarco. Aquéllos eran los fundamentos de mis ideas a propósito de la invasión en 1940. Y basándome en ellos fui emitiendo de un día a otro las órdenes e instrucciones que se contienen en estos capítulos.

• • •

El 18 de junio expuse el problema al Parlamento, lo que realicé a grandes rasgos:

> Nunca la armada ha pretendido ser capaz de impedir desembarcar de cinco a diez mil hombres que repentinamente salten a tierra en varios pun-

tos de la costa, aprovechando una noche oscura o una mañana brumosa. La eficacia del poder marítimo, especialmente en las condiciones modernas, depende de que la fuerza invasora sea de grandes dimensiones o no. Para realizar labor útil, dada nuestra presente fuerza militar, la hueste invasora ha de ser, en efecto, numerosa. En tal caso, la escuadra tendrá algo serio con que enfrentarse y a lo que, en un caso determinado, dañar. Tenemos ahora que recordar que incluso nada más que cinco divisiones, aunque estén ligeramente equipadas, requieren el empleo de doscientos a doscientos cincuenta buques. El moderno reconocimiento aéreo y las consiguientes fotografías harán difícil la concentración de semejante flota y su navegación por el mar, salvo si hay poderosas fuerzas navales que la custodien. Así, existirán grandes posibilidades —por no hablar sino con prudencia— de que esa flota sea interceptada antes de alcanzar nuestras costas, y todos sus ocupantes ahogados en el mar o, en el caso peor, hechos pedazos con su material en el momento de pretender saltar a tierra.

• • •

Ya a finales de junio hubo algunos informes que indicaban que los planes enemigos podían incluir el paso del Canal. Inmediatamente practiqué averiguaciones.

*Primer Ministro al general Ismay.* 27-VI-40

Parece difícil creer que una cantidad considerable de transportes pueda ser llevada a los puertos del Canal sin que nosotros lo advirtamos. Tampoco parece verosímil que un sistema de minas pueda impedir a nuestros dragaminas la tarea de abrir camino para atacar a los transportes enemigos durante la travesía. No obstante, convendría que los jefes de Estado Mayor prestaran atención a esos rumores.

Por improbable que entonces se nos figurase una invasión a través del Canal, era menester examinar la posibilidad. Resultaba imperativo que el ejército conociese la tarea exacta que se le asignaba. Sobre todo, no debía languidecer, en una sedentaria dispersión, a lo largo de las costas amenazadas, ni tampoco agotar los recursos nacionales defendiendo inapropiadamente las riberas. Escribí, pues:

*Primer Ministro al general Ismay. (Nota del Primer Ministro a la Comisión de Jefes de Estado Mayor.)* 28-VI-40

1. Véanse los documentos dirigidos a los subjefes del Estado Mayor y otros al jefe del Estado Mayor.

2. Es prudente que dotemos de una buena defensa las zonas costeras donde pueda haber verosímilmente un desembarco, así como conviene poner en estado de seguridad todos los puertos y ensenadas de la costa oriental. La costa del sur corre un peligro menos inmediato. No es posible intentar una invasión seria si no se dispone de un puerto con sus muelles, etc. Si la armada fracasase, nadie puede decir en qué parte de la costa oriental podría descargar el golpe. Acaso fuese en varios sitios. Una vez emprendido eso, todas las tropas empleadas en otras zonas de la defensa costera serían

tan inútiles como lo fueron las que defendían la Línea Maginot. Aunque la lucha en las playas es favorable a los defensores, no se puede adquirir esa ventaja a costa de defenderlas todas. Ha de realizarse un proceso selectivo. No obstante, y si tenemos tiempo para ello, los sectores defendidos deben ser ampliados y ensanchados.

3. Debe realizarse todo género de esfuerzos para defender las costas con tropas inactivas, con una buena distribución de oficiales veteranos de la guerra anterior. Con todo, la seguridad del país depende de tener un gran número de grupos de brigadas especiales (ahora sólo hay nueve, pero pronto serán quince). Esos grupos de brigadas, denominados «Leopardos», habrán de poder ser enviados rápidamente, es decir, en un término de cuatro horas, a los puntos de desembarco enemigo. Las dificultades de desembarcar en una costa son muy serias, incluso cuando el invasor logra llegar a ella, pero aún son mayores las dificultades que se encuentran al tratar de abastecer una cabeza de playa expuesta a intenso ataques por aire, mar y tierra. Por lo tanto, todo depende del inmediato asalto a las fuerzas que puedan desembarcar burlando nuestra vigilancia marítima. El conseguirlo no debe ser inalcanzable para nosotros, siempre que las tropas de línea no se consuman en los servicios de defensa costeña. Por lo contrario, conviene que se las mantenga en una elevada condición de movilidad, permaneciendo, por así decirlo, agazapadas y prestas a saltar.

4. En la deplorable eventualidad de que el enemigo pudiera ocupar algún puerto, necesitaremos usar formaciones mayores y provistas de artillería. Para atajar ese improbable infortunio, conviene tener en la reserva general cuatro o cinco buenas divisiones. Lo que cabe anticipar es que se producirán tres desembarcos simultáneos, cada uno con no más de diez mil hombres, lo que sumará un total de treinta mil. En cuanto al ataque aéreo, no pienso que pueda producirse más que un aterrizaje de hasta quince mil hombres en dos o tres lugares a la par. El enemigo no tendrá fuerzas suficientes para repetir tales intentos a menudo. Es muy dudoso que quepa hacer aterrizar grandes masas de tropas aerotransportadas durante la noche y si lo hacen de día serán fácil presa [de nuestra aviación].

5. Algo diferente es lo que concierne a los tanques. Por ello procede minimizar, mediante la artillería y los obstáculos locales, los posibles puntos de desembarco de los tanques. El Almirantazgo debe emitir informe acerca del tamaño, potencia y velocidad de las posibles embarcaciones porta-tanques. También debe decirnos si serán embarcaciones motoras o remolcadas, añadiendo, en este caso, qué clase de naves las remolcarán. Como difícilmente podrán andar más de siete millas por hora, en tiempo de verano serían localizadas muy poco después de haber zarpado, y aun en caso de existir bruma o neblina podrían nuestras estaciones detectoras advertirnos de su arribada cuando aún les faltasen al enemigo varias horas para llegar a tierra. Los destructores deben, en ese caso, partir de los puertos y atacar a fondo las naves hostiles. Ha de desarrollarse de continuo la preparación de obstáculos antitanque a cargo de las fuerzas inactivas, a la par que se forman también escuadras especiales antitanque. Nuestra reserva de tanques debe atacar a los carros que le queden al enemigo desembarcado. Esa reserva debe situarse, y sin duda está situada, en lugares que permitan su rápido transporte por ferrocarril a la zona de ataque.

6. Los paracaidistas, quintacolumnistas y motociclistas enemigos que puedan aparecer, disfrazados, en lugares donde no se les espere, deben ser dejados a la Guardia Metropolitana, reforzada por escuadras especiales. Ha de pensarse mucho en la posibilidad de que el enemigo apele al ardid de usar uniformes británicos.

7. En general, coincido en todo con el plan del comandante en jefe, pero, eso aparte, todas las tropas de línea deben, en lo posible, retirarse de las costas y pasar a engrosar brigadas de «Leopardos» y otras fuerzas móviles de sostén. Insisto mucho en que se nutra bien de efectivos la reserva central. La batalla no se ganará ni perderá en las costas, sino que debe correr a cargo de las brigadas móviles y la reserva central. Mientras la aviación no quede agotada por una prolongada lucha aérea y por la destrucción de nuestra producción aeronáutica, la escuadra ejercerá una influencia decisiva cuando se trate de rechazar una invasión.

8. Las observaciones antedichas sólo se aplican a los próximos meses de verano. Hemos de estar mucho mejor equipados y ser mucho más fuertes antes del otoño.

En julio fue intensísima la inquietud y mucho lo que se hablaba sobre la Invasión, tanto en el seno del gobierno inglés, como en todas partes. A pesar de los incesantes reconocimientos y de todas las ventajas que nos proporcionaba la fotografía aérea, no habíamos obtenido datos demostrativos de que hubiese grandes concentraciones de embarcaciones de transporte en el Báltico, ni en los puertos del Rin o el Escalda. Teníamos la certeza de que no se había producido ningún movimiento importante de buques o barcazas motoras en el Canal. Con todo, la suprema tarea que nos esperaba consistía en prepararnos a resistir la invasión, y a ello se dedicaban intensos pensamientos, tanto en el círculo de los elementos dedicados a dirigir la guerra como en la comandancia de las tropas metropolitanas.

## LA INVASIÓN

### NOTA DEL PRIMER MINISTRO

*Primer Ministro al Comandante en Jefe de las Fuerzas Metropolitanas, al Jefe del Estado Mayor Imperial y al general Ismay.* 10-VII-40

Encuentro muy difícil imaginar qué género de invasión puede realizarse a lo largo de toda la costa por tropas transportadas en barcos pequeños, e incluso en lanchas o botes. No veo que haya ninguna prueba seria de que esté reuniéndose una gran cantidad de embarcaciones de esa clase. Además, y no siendo en aguas muy angostas, sería azarosísimo y hasta suicida la operación de abandonar un ejército grande a los accidentes del mar, sobre todo en presencia de nuestras muy numerosas fuerzas navales de patrulla. El Almirantazgo tiene más de mil barcos armados destinados a servicios de patrulla. Doscientas o trescientas de esas unidades están en el mar continuamente y todas se hallan tripuladas por marinos muy competentes. Una travesía por sorpresa resultaría imposible. En las zonas más anchas del Mar del Norte los invasores constituirían para nosotros una fácil presa, ya que parte de su viaje habría de realizarse en pleno día. Tras esas naves de patrulla están las flotillas de destructores. Cuarenta de ellos se hallan siempre entre el Humber y Portsmouth y la mayoría esperan en las partes más estrechas de nuestros mares. Los más de esos buques realizan un continuo servicio de noche y el resto patrullan durante el día. Por lo tanto, probablemente encontrarían al enemigo durante las horas de la noche y, además, les cabría

alcanzar en dos o tres horas cualquier punto en que se produjese un desembarco.

Los destructores, pues, caerían inmediatamente sobre las embarcaciones, interrumpirían el desembarco y harían fuego sobre las tropas que hubiesen saltado a tierra. Éstas, por ligeramente equipadas que estuviesen, habrían de necesitar que sus naves les llevasen a tierra cierta cantidad de municiones y otro material. Por supuesto, las flotillas de barcos ligeros precisarían, a partir del amanecer, fuerte apoyo de los aviones de caza en el curso de su intervención. El proporcionar protección aérea de cazas para nuestros destructores es esencial si se quiere que desenvuelvan una potente intervención en las costas.

2. Debe usted ver la respuesta que el comandante en jefe de la Flota Metropolitana ha dado a la pregunta que se le ha formulado por deseo del Gabinete y que es ésta: ¿qué pasaría si el enemigo protegiera la zona de tránsito de sus tropas de invasión con sus barcos de gran tonelaje? La respuesta se ciñe a decir que, hasta cuanto ahora sabemos, los alemanes no tienen barco alguno de gran tonelaje, ni siquiera en reparación a largo plazo, salvo los que se hallan en Trondheim[1] y a los cuales vigilan nuestras fuerzas, que son muy superiores. Cuando el «Nelson» y el «Barham» queden reacondicionados dentro de pocos días (el 13 y el 16), será posible constituir dos fuerzas de barcos pesados ingleses, cualquiera de las cuales será aisladamente muy poderosa. Así, el peligro de una irrupción por el norte quedará contenido, a la par que puede contrarrestarse cualquier intento de marcha hacia el sur emprendido por las unidades enemigas de Trondheim. Además, los cruceros del Támesis y el Humber son bastante fuertes por sí solos, con las flotillas de destructores, para atacar con eficacia a los cruceros ligeros con los que quisiera el enemigo sustentar una invasión.

Paréceme, pues, que será muy difícil para el enemigo situar cuerpos de tropas numerosas y bien equipadas en la costa oriental de Inglaterra, ora en unidades formadas, ora en destacamentos sueltos diseminados en las costas a medida que vayan llegando a tierra. Mayores dificultades encontrarían las expediciones que tratasen de dirigirse al norte en buques de más tonelaje. A todo esto se puede agregar que hasta el presente no hay indicio alguno de que estén efectuándose concentraciones de barcos o de navecillas menores en número suficiente para causarnos inquietud, salvo, quizá, en los puertos de Báltico. Los frecuentes reconocimientos aéreos y la constante vigilancia de nuestros submarinos nos permitirían recibir aviso a tiempo. Nuestros campos de minas constituyen otra obtrucción suplementaria.

3. Es aún más inverosímil que se organice un ataque contra la costa del sur. Nos consta que en los puertos franceses no hay una gran cantidad de barcos, ni tampoco de embarcaciones pequeñas. La barrera de minas de Dover está siendo renovada y extendida cada vez más hacia la costa francesa. Esta medida encierra grandísimas consecuencias y hemos pedido al Almirantazgo que trabaje en ella constante y rápidamente. *No cree el Almirantazgo que ningún barco importante, sea de guerra o de transporte, pueda pasar por el estrecho de Dover.* Por lo tanto, me resulta difícil creer que en la costa sur pueda amagarnos ahora ningún peligro serio. Cabría, desde luego, emprender, desde Brest, alguna pequeña incursión hacia Irlanda. Pero eso también sería peligroso para los expedicionarios mientras se encontrasen en el mar.

1. En realidad el «Scharnhorst» y el «Gneisenau», que anclaban en Trondheim, habían sido torpedeados y se hallaban fuera de combate.

4. El principal peligro radica en los puertos holandeses y alemanes, y gravita fundamentalmente sobre la costa comprendida entre Dover y el Wash. A medida que las noches vayan alargándose, la zona peligrosa se extenderá más hacia el norte, pero, a la vez, el tiempo irá también haciéndose más adverso y la invasión en barcos de poco tonelaje será más difícil. Además, con tiempo nuboso, el enemigo carecerá de cobertura aérea en el momento concreto del choque.

5. Por lo tanto, y confiando en el anterior razonamiento, que debe ser cotejado con la opinión del Almirantazgo, *creo que estará usted en condiciones de llevar desde la costa a la líneas de apoyo o reserva una proporción siempre creciente de sus divisiones orgánicas, a efectos de que pueda continuar su adiestramiento en las formas más intensas de guerra ofensiva y contraataque.* A la vez, la costa, a medida que vaya estando más fortificada, está confiada en escala cada vez mayor a tropas no pertenecientes a las divisiones orgánicas, e incluso a la Guardia Metropolitana.

Tengo la certeza de que en principio se hallará usted acorde con esta opinión, de manera que lo único que queda por discutir es la velocidad con que esa transformación se opere. También en esto confío en que concordemos en que la máxima rapidez debe regirlo todo.

6. No trato en esta nota de los ataques a cargo de tropas aerotransportadas, pero eso no altera mis conclusiones.

• • •

Se advertirá que mis consejeros y yo opinábamos que durante los meses de julio y agosto era más verosímil que fuese atacada la costa oriental que no la del sur. Pero de hecho no existía probabilidad alguna de tal asalto en aquellos meses. Como luego describiremos, el plan alemán consistía en desencadenar la invasión a través del Canal empleando buques de tamaño medio (es decir, de unas cuatro o cinco mil toneladas), con el auxilio de embarcaciones menores. Sabemos también ahora que los alemanes no tenían intención alguna de trasladar un ejército desde el Báltico o el Mar del Norte en transportes grandes. Tampoco pensaban en un plan de invasión que partiera de los puertos de la Bahía de Vizcaya. Esto no significa que, al elegir la costa meridional como objetivo, los alemanes obraran acertadamente, ni que nosotros estuviésemos en un error al razonar de modo contrario. La invasión por la costa oriental habría sido mucho más formidable para nosotros, en caso de tener el enemigo recursos suficientes para intentarla. Desde luego, no cabía posibilidad alguna de invadir la costa del sur en tanto que los barcos necesarios no hubiesen cruzado, proa al mediodía, el estrecho de Dover, congregándose en los puertos franceses del Canal. De todo esto, al menos en julio, no hubo el menor signo.

No obstante, necesitábamos prepararnos contra todas las variantes de la invasión y a la vez habíamos de evitar la dispersión de nuestras fuerzas móviles y acumular reservas. Tan dificultoso problema sólo podía solventarse de acuerdo con las noticias y los sucesos que iban sobreviniendo de semana en semana. La costa inglesa, llena de innumerables entrantes, mide un perímetro de más de dos mil millas, incluyendo Irlanda. La única forma de defender tan vasta extensión —susceptible de ser atacada si-

multáneamente o sucesivamente— consiste en formar líneas de observación y resistencia que tiendan a entretener y retardar al enemigo mientras se apela a grandes reservas de fuerzas móviles y muy entrenadas, siempre prestas a llegar en el más breve tiempo posible a cualquier punto asaltado en el que deben desencadenar vigorosos contraataques.

Cuando en las últimas fases de la guerra Hitler se halló enfrentado con un problema similar, cometió, como veremos, los mayores desaciertos imaginables. Creó una red de comunicaciones que eran como una tela de araña, *pero se olvidó de la araña.* En 1940 estaban aún muy recientes en nuestra memoria los fatales errores de los dispositivos franceses, que tan caros nos costaron. Por eso no olvidamos la necesidad de organizar una masa maniobrera. Yo me ocupé sin cesar ~~sin cesar~~ de inculcar a todos esta tendencia, que se siguió hasta tanto como podían permitírnoslo nuestros recursos, siempre crecientes por otra parte.

Las directrices de mi documento del 10 de julio coincidían, en general, con las opiniones del Almirantazgo. Dos días más tarde el almirante Pound me envió un escrito, muy cuidadoso y completo, que él y el Estado Mayor Naval habían redactado. Como era natural y propio, se asentaban allí —no podía ser de otro modo— los peligros que nos amenazaban.

En su resumen, el almirante Pound decía también: **«Parece probable que puedan llegar a estas costas, sin ser interceptados, hasta cien mil hombres en total...** No obstante, creemos totalmente imposible que esas fuerzas puedan mantener su línea de abastecimientos, a menos que la aviación alemana haya logrado superar tanto a nuestras fuerzas aéreas como a nuestra escuadra. Si el enemigo emprende esa operación lo hará con el fin de realizar una rápida marcha sobre Londres, viviendo entre tanto sobre el país, para forzar al gobierno a capitular.»

El Primer Lord del Mar dividía la cifra máxima de cien mil soldados enemigos entre los diversos puertos de partida y los probables puntos en que intentarían desembarcar. La tabla que formuló era ésta:

| | |
|---|---|
| Costa meridional (partiendo de los puertos de la Bahía de Vizcaya) | 20.000 hombres |
| Costa meridional (partiendo de los puertos del Canal) | 5.000 hombres |
| Costa oriental (partiendo de los puertos belgas y holandeses) | 12.000 hombres |
| Costa oriental (partiendo de los puertos alemanes) | 50.000 hombres |
| Islas Shetland, Islandia y costas de Escocia (partiendo de los puertos noruegos) | 10.000 hombres |
| TOTAL | 97.000 hombres |

Aquellos cálculos me contentaron. El enemigo no podría invadirnos trayendo armas pesadas y sus líneas de comunicación quedarían cortadas en seguida. Por tanto, la fuerza invasora que pudiera desembarcar parecíanos, incluso en aquel mes de julio, fácil de rechazar con nuestro ejército, en crecimiento continuo. Remití los dos documentos que he citado a los Estados Mayores y a la Comandancia de las Fuerzas Metropolitanas.

MINUTA DEL PRIMER MINISTRO 15-VII-40

Los jefes de Estado Mayor y el mando de las fuerzas metropolitanas deben estudiar esos documentos. El memorándum del Primer Lord del Mar debe tomarse como una base de trabajo. Creo personalmente que el Almirantazgo hará más de lo que ofrece y que las pérdidas que sufran los invasores durante la travesía marítima reducirán más todavía la magnitud del ataque. No obstante, los preparativos de las fuerzas terrestres deben tender a contener un ataque doble en escala al previsto. **O sea, que las fuerzas de tierra habrán de contar con tener que resistir a una acometida de doscientos mil hombres, distribuidos en la proporción que sugiere el Primer Lord del Mar.** Nuestro ejército metropolitano posee ya fuerzas suficientes para rechazar semejante invasión y su poder crece rápidamente.

Celebraría mucho que nuestros planes para hacer frente a la invasión en nuestras costas fuesen revisados partiendo de esa base. Se informará, por supuesto, al Gabinete de tales modificaciones. No se debe olvidar que, si bien el ataque más intenso se producirá verosímilmente en el norte, **hemos de tomar las mayores precauciones en el sur, dada la suprema importancia de Londres y la angostura del mar en esta región.**

Las orientaciones que yo proponía recibieron aceptación general y a ellas nos atuvimos durante las semanas que siguieron. Se dieron órdenes —a las que presté mi completo asenso— acerca de la actividad que el grueso de nuestra flota debía desarrollar en las zonas de mar angosto. El día 20 de julio, tras una considerable discusión con el almirante Forbes, comandante en jefe de la escuadra principal, el Almirantazgo transmitió las siguientes decisiones:

1. Sus Señorías no cuentan con que nuestros navíos de gran tonelaje hayan de dirigirse hacia el sur para atajar el paso de una expedición tendente a realizar un desembarco en nuestra costa, salvo en caso de que los informes recibidos indiquen la presencia de barcos enemigos de batalla.
2. Si los barcos enemigos de batalla apoyan una expedición, aceptando los riesgos inherentes a una aproximación a nuestra costa en la región meridional del Mar del Norte, es esencial que nuestros acorazados acepten a su vez los riesgos de bogar hacia el sur y atacar a las unidades enemigas.

Con el objeto de alcanzar conclusiones más definidas a propósito de las diversas probabilidades y escalas de ataque que podían producirse en nuestra extensa línea de costas, así como para impedir una indebida dispersión de nuestras tropas, envié, a primeros de agosto, una nueva nota a los jefes del E.M.

## DEFENSA CONTRA LA INVASIÓN

MINUTA REDACTADA POR EL PRIMER MINISTRO Y EL MINISTRO DE DEFENSA 5-VIII-40

Teniendo en cuenta la inmensa contribución que impone a nuestra energía bélica el intento de defender todas las costas de la Gran Bretaña, y recordando

los peligros que entraña el entregarse indebidamente al sistema de la defensa pasiva, celebraría mucho que se consideraran las siguientes orientaciones:

1. Nuestro primer elemento de defensa contra la invasión han de ser, como siempre, los puertos enemigos. Los reconocimientos aéreos, la vigilancia submarina y otros medios de obtención de informes, serían seguidos por resueltos ataques con todas nuestras fuerzas disponibles, siempre que sean adecuadas para el hostigamiento de cualquier concentración de buques enemigos que conozcamos.

2. Nuestro segundo elemento de defensa consiste en el incesante patrullamiento del mar, con miras a interceptar cualquier expedición invasora y a destruirla en pleno tránsito.

3. Nuestro tercer elemento defensivo se reducirá, principalmente, a contraatacar al enemigo cuando realice algún desembarco, particularmente mientras esté atareado en el acto de desembarcar. Este ataque, que debe iniciarse desde el mar, será reforzado por la acción aérea, y ambos ataques —el de aviación y el marítimo— serán continuos, para impedir que el enemigo abastezca sus cabezas de playa.

4. Las defensas terrestres y el ejército metropolitano tienen primordialmente la finalidad de hacer que el enemigo se concentre y opere en número suficiente para ofrecer un objetivo idóneo a las fuerzas de aire y mar antes mencionadas. Así se le obligará a realizar movimientos y preparativos hostiles claramente percibibles por el reconocimiento aéreo y otros.

5. No obstante, si el enemigo logra desembarcar en varios puntos simultáneamente, se le deben causar las mayores pérdidas posibles mediante la resistencia local en las costas, combinada con los susodichos ataques por mar y aire. Esto forzará al enemigo a gastar sus municiones y le confiará a una zona muy limitada. La defensa de cualquier sector costero ha de medirse, no en términos de las fuerzas disponibles en la costa, sino en términos del número de horas que hayan de transcurrir antes de que las fuerzas móviles sean llevadas al punto de desembarco para iniciar en él violentos contraataques. Estas embestidas deberán lanzarse con la mayor velocidad y furia, eligiendo el momento de mayor debilidad del enemigo. Este momento no es, como a veces se opina, aquel en que los adversarios abandonan sus barcas, sino cuando se hallan desplegados en la ribera, con sus comunicaciones cortadas y sus municiones y provisiones en vías de disminuir. Ha de tenderse a hacer posible la concentración de diez mil hombres bien equipados en menos de seis horas, y de veinte mil en un plazo de doce; y ello en cualquier punto donde se haya producido un desembarco serio. Un grave problema que se le plantea al mando metropolitano es el de saber retener las reservas hasta que se conozca bien la plena intensidad del ataque.

6. Ha de confesarse que la tarea de la aviación y la escuadra en punto a impedir la invasión, es cosa que se torna más difícil en las zonas de mar estrecho, esto es, entre Dover y Wash. A la par, este sector del frente costero es también el más próximo al supremo objetivo del enemigo: Londres. El sector comprendido entre Dover y Land's End está mucho menos amenazado, ya que la aviación y la escuadra se encargarán de impedir que ninguna concentración de buques —y menos de buques de guerra— pasen a los puertos franceses del Canal. El Almirantazgo calcula que la escala del ataque que puede desencadenarse en este amplio frente no pasará, numéricamente, de cinco mil hombres[1]. Si computamos el doble, para mayor seguri-

1. Yo omitía mencionar los veinte mil que podían venir desde los distantes puertos de la Bahía de Vizcaya, pero, como se verá, mi proyecto de distribución de fuerzas atendía a la prevención de este peligro posible, aunque, como nos consta ahora, inexistente.

dad, cabría tomar adecuadas medidas que permitieran desencadenar contraataques rápidos con fuerzas superiores, obteniéndose a la vez grandes economías de fuerzas en este sector meridional, en el cual las tropas costeras deben disponer de efectivos mínimos, mientras las reservas móviles los tendrán máximos. Debe haber, resumiendo, reservas móviles capaces de trasladarse a los sectores del sur con la mayor rapidez. *Es evidente, con todo, que esta situación puede cambiar de una semana a otra, y en lá misma forma debe juzgarse.*

7. Al pasar a la costa occidental de la Gran Bretaña nos hallamos ante un nuevo conjunto de condiciones. El enemigo tiene que confiar sus fuerzas al mar abierto y, si se descubre su aproximación, habrá tiempo sobrado para atacarle con cruceros y flotillas de destructores. Las disposiciones del Almirantazgo deben ceñirse a esta necesidad. El enemigo, ahora, carece de barcos de guerra que escolten sus convoyes. ¿Osaríamos nosotros, por ejemplo, enviar doce mil hombres en barcos mercantes, y sin escolta, con la misión de desembarcar en la costa noruega, o en el Skager-Rak y el Cattegat, suponiendo que hubiésemos de enfrentamos con una potencialidad aérea y marítima muy superior? Ello sería una locura.

8. No obstante, y para triplicar nuestra seguridad, el Almirantazgo debe llevar a la práctica su proyecto de establecer un campo de minas muy fuerte desde Cornualles a Irlanda, cubriendo con él el Canal de Bristol y el Mar de Irlanda, que quedarán defendidos así contra ataques procedentes del sur. Este campo de minas es tanto más necesario cuanto que, al desviar nuestro tráfico por la ruta del norte, hemos trasladado allí gran parte de nuestros barcos de patrulla que antes operaban en los accesos del [sur] oeste de nuestra isla, zona que ahora está más desierta y con menos vigilancia que antes.

9. La instalación de ese campo de minas simplificará todas las cuestiones concernientes a la defensa local de los sectores situados al norte de Cornualles. Debemos considerar el sector comprendido entre Comualles y Mull de Cantyre como el menos susceptible de una invasión desde el mar. Así, las obras de defensa de esta zona deben reducirse al montaje de unos cuantos cañones y tubos lanzatorpedos terrestres en los principales puertos, con miras a proporcionar una moderada protección a sus fortificaciones.[1] No es admisible el dilapidar nuestros limitados recursos en ese sector.

10. Desde el norte del Mull de Cantyre hasta Scapa Flow, las Islas Shetland y las Feroe, tenemos una zona que entra por entero en la jurisdicción de la flota. El viaje de una expedición que partiese de la costa noruega sería muy azaroso, en incluso si llegara a cualquier punto cercano a Cromarty Firth, ello no provocaría consecuencias inmediatas, al menos de tipo decisivo. El enemigo, ahora agazapado y concentrado, tendría entonces que desplegarse y diseminarse. Habría de avanzar por un país difícil y de población muy esparcida. Cabría, pues, contenerle mientras no recibiese suficientes tropas de apoyo y sus comunicaciones marítimas quedarían cortadas en el acto. Su situación se tornaría muy dificultosa, porque las distancias hasta cualquier objetivo importante serían mucho más largas y requerirían el uso de mucho material rodante en los servicios de transporte. Resultaría imposible fortificar todos los puntos posibles de desembarco en ese sector, y el intentar hacerlo significaría dilapidar energías. En esa zona, pues, puede concederse a la organización del contraataque un período considerablemente más amplio que el sureste, en la región de Londres.

1. Mi nota se refiere a los accesos a las zonas de retaguardia en los puertos a que aludo.

11. Entre Cromarty Firth y el Wash tenemos el sector segundo en importancia, ya que viene inmediatamente después, en ese sentido, que el que va desde Wash a Dover. No obstante, aquí todos los puertos y caletas están defendidos, tanto por el lado del mar como por el de tierra, y nos sería posible contraatacar con fuerzas superiores en un término de veinticuatro horas. El Tyne ha de ser considerado como el segundo objetivo importante, después de Londres, ya que aquí (y en menos extensión en el Tees) una fuerza invasora, o simplemente incursora, puede causar gravísimos daños en corto tiempo. Por otra parte, las condiciones marítimas y aéreas nos son, en este sector, más favorables que en el sur.

12. Los Estados Mayores combinados procurarán asignar a todos esos sectores sus respectivas proporciones de vulnerabilidad y defensa, tanto en cuanto a número de hombres empleados en la defensa local de playas y puertos como en cuanto al número de días y horas en cuyo término puedan desencadenarse contraataques intensos. Como indicación de las relativas escalas de ataque y defensa, señalo, para que sean examinadas, las siguientes posibles proporciones:

| | |
|---|---|
| **De Cromarty Firth a Wash inclusive** [1] | **3** |
| **De Wash al promontorio de Dover** | **5** |
| **Del promontorio de Dover a Land's End y hasta el comienzo del campo de minas** | **11/2** |
| **Desde el comienzo del campo de minas hasta el Mull de Cantyre** | **1/4** |
| **Desde Mull de Cantyre a Cromarty Firth** | **1/2** |

Los jefes de Estado Mayor, después de haber revisado todos nuestros informes, contestaron al documento citado, haciéndolo mediante una nota del coronel Hollis, que actuaba en funciones de secretario de dichos jefes.

La nota decía:

DEFENSA CONTRA LA INVASIÓN

13-VIII-40

Al Primer Ministro:

Los jefes de Estado Mayor, en consulta con el comandante en jefe de las fuerzas metropolitanas, han estudiado la minuta de usted [fecha 5 de agosto] y se encuentran de completo acuerdo con los principios enunciados en los párrafos 1 a 5.

2. El comandante en jefe nos asegura que la primordial importancia de contraatacar inmediatamente el enemigo, en caso de que temporalmente lograse poner pie en nuestras costas, es cosa que comprenden bien los hombres de todos los grados en nuestro ejército. Añade el comandante en jefe que su sistema consiste en llevar más divisiones a los centros de reserva, tan pronto como se hallen adecuadamente adiestradas y equipadas para las operaciones ofensivas.

3. Los jefes de Estado Mayor concuerdan también con usted en las escalas relativas de vulnerabilidad de los respectivos sectores costeros, caso de

1. Me refiero, desde luego, a proporción numérica de las unidades empleadas, no a cantidad de formaciones divisionarias.

que sufran un posible ataque por mar. Es, en verdad, curiosa la estrecha coincidencia que existe entre la presente distribución de las divisiones de defensa metropolitana y las cifras que ofrece usted en su párrafo 12. Vamos a demostrarlo.

4. Sus escalas teóricas de defensa son:

| | |
|---|---|
| De Cromarty Firth a Wash | 3 |
| De Wash a Dover | 5 |
| De Dover a Comualles del norte | 1 1/2 |
| Del norte de Comualles al Mull de Cantyre | 1 1/4 |
| Del Mull de Cantyre a Cromarty Firth | 1/2 |
| Total | 11 1/4 |

5. Una fuerza de diez divisiones, si se distribuyera en las proporciones susodichas, arrojaría lo siguiente: tres divisiones en el sector Firth-Wash, cinco divisiones en el sector Wash-Dover, y así sucesivamente. De hecho, hay en la Isla veintisiete divisiones activas, y si multiplicamos las cifras de usted por 2,6 y las comparamos con la distribución real de esas 26 unidades, obtendremos la siguiente tabla:

| SECTORES | Distribución de acuerdo con el grado de vulnerabilidad citado por el Primer Ministro | Distribucion efectiva de las divisiones |
|---|---|---|
| Cromarty-Wash | 7 1/2 | 8 1/2 |
| Wash-Dover | 12 1/2 | 7-10 |
| Dover-Comualles septentrional | 4 1/4 | 5-8 |
| Cornualles septentrional-Mull de Cantyre | 1/2 | 2 |
| Mull de Cantyre-Cromarty | 1 1/4 | 1/2 |

6. La similitud entre los dos grupos de cifras resulta aún mayor de lo que parece a primera vista, en virtud del hecho de que las divisiones de reserva situadas inmediatamente al norte y noroeste de Londres pueden utilizarse y ser desplazadas en el sector Wash-Dover o el sector Dover-Portsmouth. De tal manera, sucede que el número de divisiones disponibles en esas zonas es variable. En los dos sectores combinados disponemos que quince divisiones, mientras las proporciones sugeridas por usted ascienden a dieciséis y tres cuartos.

7. Los jefes de Estado Mayor hacen notar el hecho de que las cifras dadas por usted se fundan en la eventualidad de haber de contener ataques sobrevenidos por mar, mientras la distribución real de las divisiones se ha hecho pensando también en el riesgo de una ataque por aire. Así, al presente, disponemos, en apariencia, de un exceso de seguridad en la costa del sur; pero la razón de ello radica en que las defensas con que contamos allí pueden quedar bajo el asalto de los aviones enemigos, siendo atacadas a la par a través del Canal a distancia relativamente corta.

• • •

Mientras estos documentos estaban siendo examinados y ponderados, la situación ya había comenzado a cambiar de manera decisiva. Nuestro

excelente Servicio Secreto nos informó de que la operación «León Marino» había sido, al cabo, ordenada por Hitler y se hallaba en un período de activos preparativos. Parecía seguro que el Führer iba a probar fortuna. Además, el frente a punto de ser atacado difería del de la costa oriental, *o era adicional* al del asalto a ésta, a pesar de que los jefes del Estado Mayor y yo, de común acuerdo, dábamos a esas zonas importancia fundamental.

Había comenzado, después de nuestros cálculos, una rápida transformación. Gran número de barcazas a motor y lanchas gasolineras comenzaron a cruzar, a favor de la noche, el estrecho de Dover, deslizándose a lo largo de la costa francesa y congregándose gradualmente en todos los puertos del Canal, desde Calais a Brest. Las fotografías que obteníamos a diario mostraban con toda precisión tales movimientos. No había sido posible volver a sembrar campos de minas cerca de la costa francesa. Empezamos inmediatamente a atacar los buques en tránsito, utilizando para ello nuestras embarcaciones de poco tonelaje. La comandancia de bombarderos concentró sus esfuerzos sobre los nuevos puertos de invasión que ahora se nos presentaban como objetivos posibles.

Por otra parte, nos afluían muchos otros informes relativos a una gran concentración de ejércitos alemanes, destinados a la invasión. La acumulación se producía a lo largo de toda la costa hostil. Había gran actividad en los ferrocarriles y se organizaban poderosas concentraciones en el Pas de Calais y en Normandía. Más tarde se tuvo noticia de que habían sido vistas, cerca de Boulogne, dos divisiones de tropas de montaña, que llevaban consigo recuas de mulas, sin duda destinadas a escalar los acantilados de Folkestone. Por otra parte, la costa francesa del Canal se erizaba de numerosas baterías, muy potentes y de largo alcance.

Para afrontar la nueva amenaza hicimos lo que en términos vulgares pudiera definirse diciendo que pasamos a una pierna el peso que hasta entonces dejáramos gravitar sobre la otra. Nos esforzamos en mejorar nuestros medios de trasladar hacia el frente meridional nuestras siempre crecientes reservas móviles. Hacia finales de la primera semana del mes de agosto, el general Brooke, que ya era entonces comandante en jefe de las fuerzas metropolitanas británicas, anunció que el peligro de invasión amenazaba tanto, a la sazón, en la costa del sur como en la del este. Entre tanto, nuestras fuerzas aumentaban continuamente en número, en eficacia, en movilidad y en equipo.

• • •

Entre agosto y septiembre introdujimos en nuestro dispositivo los siguientes cambios:

| AGOSTO | | SEPTIEMBRE |
|---|---|---|
| **Wash-Támesis** | **7 divisiones** | **Wash-Támesis, 4 divisiones más una brigada blindada.** |
| **Costa meridional** | **5 divisiones** | **Costa meridional, 9 divisiones más dos brigadas blindadas.** |
| **Reserva para ambos sectores** | **3 divisiones** | |

| | | |
|---|---|---|
| **Total disponible en la Costa del Sur** | **8 divisiones** | **Reserva para ambos sectores 3 divisiones, más dos divisiones blindadas, más el equivalente de una división en el distrito de Londres.** |

Así, en la última quincena de septiembre podíamos hacer entrar en acción, en el frente de la costa meridional (incluyendo el sector de Dover), dieciséis divisiones de muy elevada calidad. Tres de esas divisiones, o su equivalente en brigadas, se componían de fuerzas acorazadas. A todo esto había que agregar las fuerzas de defensa costera local; y la reserva podía entrar en fuego con celeridad extraordinaria. Podíamos, pues, asestar un golpe o una serie de golpes, y en general Brooke tenía harto sentido común para saber cuándo convenía descargarlos. Nadie más capacitado que él para la dirección de una empresa así.

• • •

Había otra cosa que considerar. Y era que no nos cabía tener certeza alguna de que las caletas y desembocaduras de los ríos comprendidos entre Calais, Terschelling y Heligoland, con todo el enjambre de islas de las costas belga y holandesa (el «Laberinto de Arenas» de la guerra anterior), no ocultasen fuerzas hostiles en gran número, amén de los correspondientes barcos, pequeños o de mediano tamaño.

Parecía amenazarnos un ataque que desde Harwich se dirigiera hacia Portland, Portsmouth e incluso Plymouth, centrándose en el promontorio de Kent. Y nada, salvo ausencia de datos, nos desmentía el que pudiera estar organizándose una tercera oleada de invasión que partiera del Báltico y cruzara el Skager-Rak en barcos de gran tonelaje. Esto último era esencial para el éxito de los alemanes, ya que, si no, no tenía modo de hacer llegar armamentos pesados a sus ejércitos de tierra, ni establecer grandes depósitos de pertrechos en barcos-almacén que se hicieran varar en las costas de nuestras regiones orientales y que sirvieran de núcleo a grandes almacenes de municiones y víveres.

Empezó para nosotros un período de extrema tensión y vigilancia. Habíamos tenido, por supuesto, el tiempo suficiente para establecer poderosas fuerzas al norte del Wash y en el sector que llegaba hasta Cromarty, y se habían adoptado medidas para utilizar parte de tales elementos en el sur, si el asalto se desencadenaba en este frente. El copioso e intrincado sistema ferroviario de nuestra isla y nuestro continuo dominio del cielo británico, nos habrían permitido, con toda certeza, reforzar el frente del mediodía con otras cuatro o cinco divisiones, si ello era necesario cuando, tras cuatro, cinco o seis días de pelea, el enemigo hubiera dejado al descubierto la verdadera escala de sus efectivos.

Realizóse un cuidadosísimo estudio relativo a los cambios de luna y a las mareas. Imaginábamos que el enemigo trataría de cruzar el mar durante la noche para desembarcar al amanecer, y ahora sabemos que el alto mando alemán tenía, en efecto, esos propósitos. Cabía contar también que recibirían con albricias una vaga claridad lunar que les permitie-

ra mantener el orden de sus formaciones marítimas y preparar en buenas condiciones el desembarco.

Calculándolo todo con la máxima precisión, el Almirantazgo llegó a la conclusión de que las condiciones más favorables para el ataque alemán se producirían antes del quince de septiembre. Y también en esto concordamos con nuestros enemigos, como se ha averiguado después.

Nosotros apenas albergábamos duda alguna respecto a que podíamos desbaratar cuantas tropas adversarias desembarcasen en el promontorio de Dover, e incluso en Portland. Como en los altos puestos de mando todos pensábamos de manera concorde y armónica, no podía dejar de agradarnos una perspectiva que cada vez se nos presentaba más definida. Aquella podía ser la oportunidad de descargar al enemigo un rotundo golpe que tuviera repercusiones en todo el mundo. Sin poderlo evitar, nos sentíamos interiormente excitados ante el ambiente creado por la seguridad de que las intenciones de Hitler iban a llevarse a la práctica, y por lo tanto, a caer sobre nosotros el ataque esperado. Tanto era así, que no faltaban quienes, basándose en razones puramente técnicas y en su deseo de lograr el efecto que la total derrota y destrucción de la expedición alemana había de ejercer sobre la guerra en general, deseaban vivamente que el enemigo intentase el asalto.

En julio y agosto habíamos conseguido el dominio del aire sobre la Gran Bretaña, y nuestra potencialidad se acusaba, más que en región alguna, en los condados del suroeste. El cuerpo de ejército canadiense se apostaba en ventajosísimas posiciones entre Londres y Dover. Sus bayonetas estaban bien aguzadas y sus corazones muy animosos. Los canadienses se hubieran sentido orgullosos de ser los que lanzaran el golpe decisivo en pro de la Gran Bretaña y de la libertad. Semejantes pasiones ardían en todos los pechos. Vastos e intrincados sistemas de fortificaciones, localidades defendidas, obstáculos antitanque, casamatas, blocaos y otras obras del mismo jaez cubrían toda la zona amenazada. Reductos y baterías erizaban la orilla del mar y, a costa de un aumento en las pérdidas navales —aumento motivado por la reducción de las escoltas en los convoyes atlánticos—, y merced a un incremento en las nuevas unidades recién construidas que iban entrando en servicio, nuestras escuadrillas de naves ligeras crecían en número y en calidad. Habíamos llevado a Plymouth el acorazado «Revenge», el antiguo acorazado «Centurión» —hasta entonces destinados a objetivo de tiro— y un crucero. La flota metropolitana se encontraba en el apogeo de su fuerza y le cabía operar sin excesivo riesgo hasta el Humber e incluso hasta el Wash. Así que estábamos enteramente preparados en todos los sentidos.

Por ende, no se hallaban lejos las galernas equinocciales usuales en octubre. Evidentemente, septiembre era el mes indicado para que Hitler atacara, si se atrevía, y las fases lunares y las mareas le serían más favorables que nunca a mediados de mes.

• • •

Después de que el peligro hubo pasado, no faltó quien hablara en el Parlamento del «pánico [inmotivado] a la invasión». En verdad, quienes

más sabían sobre el asunto eran los que menos pánico sentían. Aparte de que ejercíamos el dominio del aire y del mar, teníamos un ejército tan grande (aunque no tan bien equipado) y tan enérgico y fogoso como el que Alemania reunió en Normandía, cuatro años más tarde, para oponerse a nuestro retorno al Continente. En este último caso nosotros desembarcamos en el primer mes un millón de hombres, con enorme equipo y con toda clase de condiciones favorables. A pesar de ello la batalla fue muy dura y larga y se necesitaron cerca de tres meses para ensanchar la zona ocupada al principio y empezar a operar a campo abierto. Pero éstas eran cosas que sólo en el porvenir podían contrastarse y valorarse.

• • •

Hora es ya de pasar a otro campo y hablar de los preparativos y planes del enemigo, tal como los conocemos ahora.

## CAPÍTULO XV

## LA OPERACIÓN «LEÓN MARINO»

*Plan del Almirantazgo alemán. — Cómo favorecieron sus proyectos la conquista de Francia y de los Países Bajos. — Reunión con el Führer el 21 de julio. — Hitler, a pesar de comprender las dificultades de la empresa, da la orden de ejecutarla. — Controversia entre los Estados Mayores del ejército y de la armada de Alemania. — Discrepancias entre Halder y Raeder. — Se aprueba un plan intermedio. — Nuevas preocupaciones del Almirantazgo germano. — Los jefes superiores del ejército y la marina descargan la responsabilidad de la operación en Goering y la aviación. — Aceptación de Goering. — Hitler aplaza el «Día D». — Contraactividades británicas. — La orden «Cromwell» del día 7 de septiembre. — Ignorancia de los alemanes en materia de guerra anfibia. — Desunión entre los distintos servicios alemanes de guerra. — Los alemanes resuelven confiarlo todo a la batalla en el aire.*

Según sabemos hoy, merced a la captura de los archivos alemanes, el Almirantazgo alemán, poco después de estallar la guerra el día 3 de septiembre de 1939, encargó a su Estado Mayor que principiase el estudio de un plan de invasión de la Gran Bretaña. Discrepando en eso de nosotros, entendían los nazis que el único paraje de acceso a nuestra isla correspondía a la estrecha faja de agua del Canal de la Mancha. Nunca pensaron en la posibilidad de buscar otra ruta de ataque. De haberlo sabido nosotros, nos hubiéramos sentido no poco tranquilizados.

En efecto, una invasión realizada a través del Canal tenía que ir a parar en nuestra costa más defendida, que había sido en otros tiempos nuestro frente de defensa contra Francia. Allí todos los puertos estaban fortificados, allí radicaban las principales bases navales de nuestras flotillas de barcos ligeros, así como —desde hacía menos tiempo— la mayoría de nuestros aeródromos y estaciones de control aéreo para la defensa de Londres. No había parte de la isla donde los elementos de nuestros servicios armados pudieran entrar en acción tan de prisa y con tantos recursos como en la costa meridional.

El almirante Raeder tenía el vivo deseo de que la tarea de invadir Inglaterra correspondiese principalmente a la flota alemana. Pero, a la vez, imponía para ello muchas condiciones. La primera consistía en poder disponer de todas las costas, puertos y desembocaduras de ríos de las costas francesa, holandesa y belga.

Repentinamente, todas aquellas condiciones se cumplieron, por asombroso que pareclera. Así (probablemente con ciertas inquietudes, pero también con no corta satisfacción), el almirante, al día siguiente, como quien dice, de la evacuación de Dunquerque y la rendición de Francia, pudo presentar su plan de invasión al Führer.

El 21 de mayo —y después el 20 de junio— Raeder habló a Hitler del asunto, no tanto para proponerle la invasión como para cerciorarse de que si la operación se ordenaba no se pecaría por defecto de pormenores en el planteamiento.

Hitler se mostró escéptico, diciendo que «apreciaba plenamente las excepcionales dificultades de semejante empresa». Por otro lado, albergaba la esperanza de que Inglaterra solicitase la paz. De esta suerte, hasta la última semana de junio el mando supremo alemán no volvió a ocuparse de la idea, ni tampoco se dio hasta el día 2 de julio la primera orden tendente a que se proyectara la invasión de la Gran Bretaña como un hecho positivo.

La orden de Hitler rezaba: «El Führer ha opinado que cabe realizar un desembarco en Inglaterra, siempre que se cumplan ciertas condiciones, la primera de las cuales es conseguir la superioridad aérea.»

El 16 de julio Hitler lanzó esta consigna: «Puesto que Inglaterra, a pesar de su situación, militarmente desesperada, no da indicio alguno de entrar en negociaciones, he decidido preparar una operación de desembarco contra la Gran Bretaña, para ejecutarla en caso necesario... Los preparativos para el desarrollo de toda la operación deberán quedar completos a mediados de agosto.» Ya se estaban realizando activos trabajos en todos los sentidos.

* * *

El plan formulado por la armada alemana —y del cual, como se comprenderá, ya tuve referencias en junio— era de un carácter esencialmente mecánico. Las baterías de artillería pesada abrirían el fuego desde el cabo Gris-Nez contra Dover, y a lo largo de la costa francesa se establecería una fuerte barrera protectora de tiro artillero. Con este apoyo los jefes navales alemanes se proponían abrir un paso estrecho por el punto del Canal que más conveniente se juzgara, protegiendo sus dos lados con campos de minas. También prestarían su protección flotillas de sumergibles. El ejército embarcaría y se lanzaría por aquel paso en sucesivas oleadas.

A esto se circunscribía el plan de la marina de guerra alemana, dejando a los jefes del ejército de tierra resolver el subsiguiente problema.

El plan era ya flojo desde el principio. Así se reconocerá si consideramos que, dada nuestra abrumadora superioridad naval, nos era hacedero deshacer los campos de minas mediante el empleo de unidades ligeras protegidas por una fuerza aérea superior a la enemiga. Asimismo podíamos destrozar los quince o veinte submarinos alemanes que participasen en la operación. No obstante, a raíz de la caída de Francia pareciales obvio a todos que el único medio de evitar una guerra muy prolongada consistía en hacer morder el polvo a Inglaterra, con cuanto ello podía signifi-

car. Como ya dijimos, la armada alemana había quedado seriamente maltrecha como consecuencia de la lucha en Noruega, y en tan deplorables condiciones no podía ofrecer a su ejército una ayuda eficaz. Como quiera que fuese, sus jefes tenían un plan previo. No cabe decir que su buena suerte les cogiera desprevenidos.

El mando supremo del ejército alemán había, desde el comienzo, mirado con considerable temor la invasión de Inglaterra. Los alemanes carecían de proyectos y preparativos para empresa tal, y no tenían tropas adiestradas en semejante clase de guerra. Pero las semanas de prodigiosas y delirantes victorias se sucedían unas a otras, y esto hizo aumentar su audacia. La responsabilidad de la travesía marítima correspondía a otro ministerio y, una vez realizado el desembarco con gran lujo de fuerzas, los generales creían viable la tarea ulterior. Tanto era así que, en agosto, el almirante Raeder se creyó obligado a mencionar a las autoridades militares los peligros del cruce del Canal, ocasión en que cabía perder todas las tropas que tomasen parte en la aventura. En cuanto la responsabilidad de llevar las tropas a la Gran Bretaña recayó en la armada alemana, el alto mando naval empezó a mostrarse pesimista.

El día 21 de julio los primeros jefes de los tres servicios armados visitaron al Führer. Éste les informó de que se había llegado a la fase decisiva de la guerra, cosa que Inglaterra se negaba todavía a reconocer, en espera de un repentino cambio de fortuna. Habló Hitler, también, del apoyo que prestaban a Inglaterra los Estados Unidos y de un posible cambio de las relaciones políticas de Alemania con la Rusia Soviética. La realización de la operación «León Marino», dijo, había de ser estudiada como el medio más eficaz de lograr una rápida conclusión de la guerra. Después de prolijas pláticas con el almirante Raeder, Hitler comenzó a reconocer que la travesía del Canal, con sus mareas y corrientes, más los usuales y azarosos misterios del mar, entrañaba muchos peligros. Describió, pues, la operación «León Marino» como «una empresa excepcionalmente atrevida». «Aunque el camino sea corto —agregó—, no se trata de franquear un río, sino un mar dominado por el enemigo. No nos hallamos tampoco ante una sola maniobra de desembarco, como en Noruega, ya que no cabe esperar obtener una sorpresa operativa. En efecto, se enfrenta a nosotros un enemigo preparado defensivamente y *extremamente denodado;* y ese enemigo señorea el mar que tenemos que usar. La operación del ejército de tierra exigirá cuarenta divisiones. La parte más difícil consiste en establecer almacenes y enviar refuerzos de material. No podemos contar con disponer en Inglaterra de provisión alguna.»

Las condiciones previas que había que asegurar eran un completo dominio del aire, el uso operativo de poderosa artillería situada en las orillas del Estrecho, y la protección de los barcos mediante campos de minas. «La época del año —declaró Hitler también— es un factor muy importante, ya que el tiempo en el Mar del Norte y el Canal es muy malo en la segunda quincena de septiembre, y las nieblas comienzan a mediados de octubre. La parte principal de la operación habrá de quedar completa el 15 de septiembre, ya que después de esa fecha no cabe confiar mucho en la cooperación entre la Luftwaffe y las armas pesadas. Y como la colabo-

ración aérea es decisiva, esto ha de ser el factor principal cuando tratemos de determinar la fecha.»

A continuación surgió una acalorada y no poco áspera controversia. Los respectivos Estados Mayores divergían respecto a la anchura del frente y el número de puntos que debían ser atacados. El ejército propugnaba una serie de desembarcos a lo largo de toda la costa meridional inglesa, desde Dover a Lyme Regis, al oeste de Portland. Por ende, los militares querían que se realizase un desembarco secundario en Ramsgate, al norte de Dover. El Estado Mayor Naval alegaba que la zona más idónea para cruzar a salvo el Canal de la Mancha era la comprendida entre North Foreland y el extremo occidental de la isla de Wight. El Estado Mayor del Ejército contestaba con un plan para desembarcar cien mil hombres, seguidos casi inmediatamente por otros ciento sesenta mil, en varios puntos comprendidos entre el este de Dover y la bahía de Lyme. El coronel general Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército, opinó que era menester desembarcar por lo menos cuatro divisiones en la comarca de Brighton. También exigía desembarcos en la zona Deal-Ramsgate. Había que poner en acción, por lo menos, trece divisiones, simultáneamente a ser posible, o hasta tanto como lo fuera, en diversos puntos del frente. En fin, la Luftwaffe pedía que se aprontasen los barcos suficientes para transportar cincuenta y dos baterías antiaéreas con la primera oleada de asalto.

El jefe del Estado Mayor Naval replicó que no se podía ejecutar un movimiento tan vasto y tan rápido. Le era físicamente imposible comprometerse a escoltar una flota de desembarco a través de toda la anchura de la zona que se le quería imponer. Él no podía ir más allá de dejar al ejército que, dentro de los límites que proponía la armada, escogiera el punto mejor para el desembarco. La flota no poseía fuerza suficiente, ni siquiera contando con gozar de supremacía en el aire, para dar protección a un solo equipo de asalto cada vez. Se pensaba que el cruce por la zona más angosta del Canal de la Mancha sería lo menos dificultoso de todo. Transportar los ciento sesenta mil soldados de la segunda oleada de ataque, con todo su material, y hacerlo en una sola operación, requería barcos que sumasen dos millones de toneladas. Incluso si cabía reunir tan fantástica cifra de buques, resultaría que no podrían acomodarse dentro de la zona de embarque. Sólo era hacedera una cosa: transportar las primeras oleadas de asalto, a fin de que constituyeran reducidas cabezas de playa. Se necesitarían dos días, como mínimo, para el transporte de las segundas oleadas de las divisiones iniciales; y eso sin contar los efectivos de las otras seis divisiones que se juzgaban indispensables.

Indicó, además, el almirante que el establecer un amplio frente de desembarco implicaría una diferencia, variable de tres horas a cinco y media, entre los respectivos momentos de pleamar en los diversos lugares elegidos. Así, pues, había que contar con que en algunos puntos se tropezaría con desfavorables condiciones de marea. Si esto no se aceptaba, procedía renunciar a la simultaneidad en los desembarcos. Era muy difícil replicar a tal objeción.

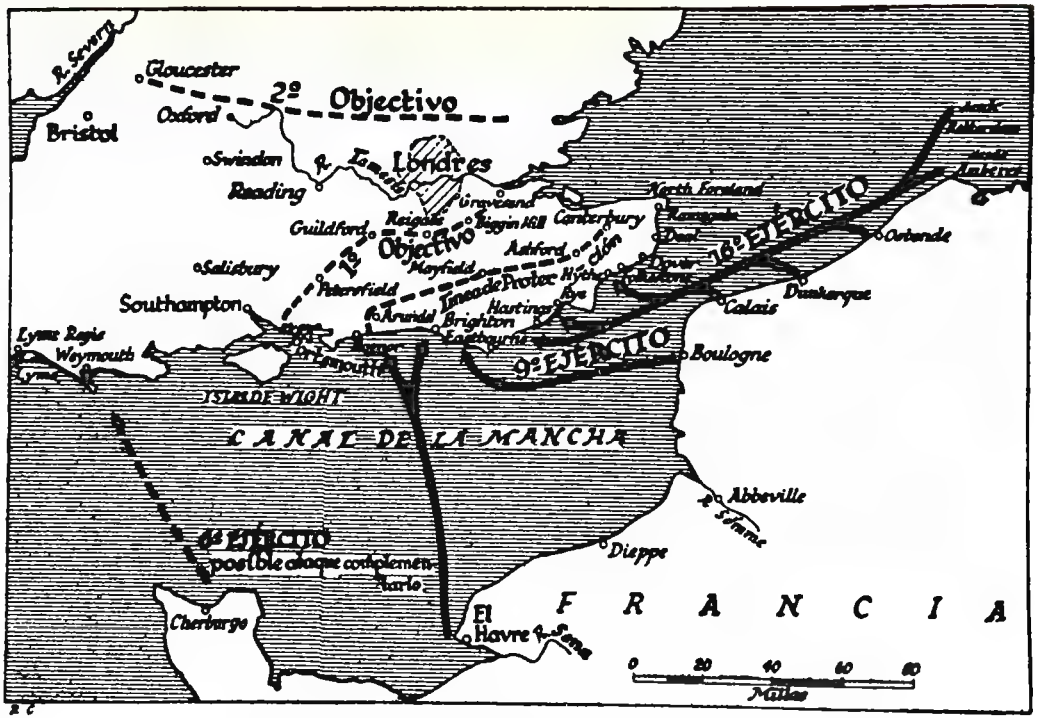
Se consumió mucho y muy precioso tiempo en aquellos cambios de notas. Hasta el día 7 de agosto no se celebró la primera entrevista personal entre el general Halder y el jefe del Estado Mayor Naval. En dicha reunión Halder se expresó así:

«Rechazo por completo las proposiciones de la marina. Desde el punto de vista militar, equivalen a un suicidio completo. Sería tanto como meter las tropas de desembarco en una máquina de picar carne.» A esto el jefe del Estado Mayor naval replicó insistiendo en que, a su vez, rechazaba el desembarco en un frente extenso, porque no podía conducir más que al sacrificio de las tropas durante la travesía.

Al final, Hitler propuso una fórmula de transacción que no satisfizo a la marina ni al ejército. El día 27 de agosto el alto mando supremo decidió: «Las operaciones del ejército se realizarán de acuerdo con el espacio disponible para la concentración de buques y con las condiciones de seguridad indispensables durante la travesía y el desembarco.» Se abandonaba el intento de crear cabezas de puente en la zona Deal-Ramsgate, mas, en cambio, se ampliaba el frente desde Folkestone a Bognor. En cualquier caso, habían llegado los últimos días de agosto antes de que se tomase una decisión concreta. Por otra parte, todo dependía del curso que siguiese la batalla aérea, que llevaba a la sazón seis semanas en pleno desarrollo.

El plan definitivo se formuló a base del frente fijado. El mando militar se confió a Rundstedt. La escasez de embarcaciones obligó a reducir las fuerzas de invasión a trece divisiones, con doce de reserva. El decimosexto ejército partiría de los puertos comprendidos entre Rotterdam y Boulogne y desembarcaría en las proximidades de Hythe, Rye, Hastings y Eastbourne. El noveno ejército, arrancando de los puertos situados entre Boulogne y El Havre, atacaría en la zona de Brighton a Worthing. Dover sería ocupado mediante un asalto por tierra, después de lo cual ambos ejércitos avanzarían hacia la línea Canterbury-Ashford-Mayfield-Arundel. En conjunto desembarcarían once divisiones en las primeras oleadas. Se esperaba —lo que no era poco optimismo— que una semana después del desembarco cabría avanzar más y llegar hasta Gravesend, Reigate, Petersfield y Portsmouth. El sexto ejército permanecería en reserva, dispuesto a ayudar y reforzar con sus divisiones a los atacantes, y a extender el frente, si las circunstancias lo permitían, hasta Weymouth. Una vez establecidas las cabezas de playa sería fácil aumentar los efectivos de los tres ejércitos, ya que, como decía el general Halder, «ninguna fuerza militar se enfrenta a los alemanes en el Continente». En efecto, no faltaban tropas arrojadas y bien armadas, pero se carecía de buques de transporte y de escolta.

Al principio las más pesadas tareas recayeron sobre el Estado Mayor de la armada. Todo el tonelaje alemán, en materia de barcas capaces de salir a alta mar, no pasaba de un millón doscientas mil toneladas. El embarco de la hueste invasora exigía el empleo de más de la mitad de ese tonelaje, lo que debía provocar grandes perturbaciones económicas. A principios de septiembre el Estado Mayor naval anunció que había requisado los siguientes elementos:




Esbozo del PLAN ALEMÁN de INVASIÓN

168 transportes (unas setecientas mil toneladas)
1.910 barcazas.
419 pesqueros y lanchas.
1.600 motoras.

Aquella flota había de ser dotada de tripulantes y trasladada a los puertos de concentración, cruzando el Canal. Entre tanto, y a partir de primeros de julio, nosotros habíamos realizado sucesivos ataques a los barcos anclados en Wilhelmshaven, Kiel, Cuxhaven, Bremen y Emden. También habíamos bombardeado las barcazas y demás buques menores que había en los puertos franceses y los canales belgas.

El primero de septiembre comenzaron a dirigirse a sus destinos las embarcaciones destinadas a la invasión. La Real Aviación Británica descubrió estos movimientos, los vigiló, dio parte de ellos y desencadenó violentos ataques en toda la zona que corre desde El Havre a Amberes. El Estado Mayor de la armada alemana ha dejado constancia de estos hechos en la forma siguiente: «La continua y activa defensa costera del enemigo, su concentración de bombarderos sobre los puertos destinados a participar en la operación "León Marino", y sus actividades de reconocimiento de costas, indican que el enemigo espera un inmediato desembarco.»

Añadía el informe:

...«Los bombarderos ingleses y las fuerzas siembra-minas de la aviación británica... conservan aún su plena fuerza operativa. Ha de confirmarse el hecho de que la actividad de las fuerzas británicas ha obtenido éxito, sin duda alguna, aunque no haya causado ningún estorbo decisivo a los movimientos alemanes de transporte.»

Con todo, y pese a dilaciones y daños, la armada alemana logró ejecutar la primera parte de su misión. Se había previsto un diez por ciento de pérdidas y accidentes, cálculo que se cumplió con creces. Pero los elementos que sobrevivieron a nuestra acción no quedaron por debajo del mínimo previsto para las maniobras de la primera etapa.

Al llegar a este punto, la armada y el ejército alemán descargaron su responsabilidad en la aviación. Como se sabe, el plan acordado consistía en establecer en el mar una especie de corredor, protegido por muros laterales en forma de campos de minas y por un «techo» en el que las fuerzas aéreas alemanas contrarrestaran la aplastante superioridad de las flotillas británicas de barcos ligeros. Todo esto dependía de la derrota previa de la aviación británica, a fin de que Alemania pudiese obtener completo dominio del aire sobre todo el Canal y en la región suroeste de Inglaterra. No bastaba que ese dominio fuese parcial y se ejerciera tan sólo en los sectores de desembarco. En otros términos, la armada y la marina «cargaron el mochuelo» al mariscal Goering.

Éste estaba muy dispuesto a aceptar semejante responsabilidad. Creía que la aviación alemana, merced a su gran superioridad numérica, podría, tras unas cuantas semanas de empeñada lucha, acabar con la defensa aérea británica, destruir nuestros aeródromos de Kent y Sussex y dominar en absoluto el Canal de la Mancha. Aparte de esto tenía la certeza de que el bombardeo de Inglaterra, y particularmente de Londres, reduciría a los

decadentes y pacifistas británicos a una condición tal que les obligase a suplicar la paz, sobre todo si la amenaza de la invasión se cernía en el horizonte.

En cambio, el Almirantazgo alemán no veía la situación de igual manera, sino que albergaba profundas inquietudes. A juicio de los almirantes la operación «León Marino» no debía ejecutarse a no ser en último extremo. En julio recomendaron que se aplazara el intento hasta la primavera del 1941, *salvo si un irrefrenado ataque aéreo y una ilimitada guerra submarina* «obligaban al enemigo a negociar con el Führer en las condiciones que éste impusiera». Pero el mariscal Keitel y el general Jodl celebraban mucho que el mariscal jefe del Aire se mostrase tan confiado.

Gloriosos eran aquellos días para la Alemania nazi. Hitler se había entregado a mil paroxismos de júbilo antes de imponer a los franceses la humillación del armisticio de Compiègne. El ejército alemán desfiló triunfalmente bajo el arco de Triunfo y por los Campos Elíseos. ¿Acaso había alguna cosa que no pudieran los germanos hacer? ¿Por qué no jugar un albur? Pensando así, cada uno de los tres servicios militares alemanes no pensó más que en los aspectos satisfactorios de la cuestión, descargando en los otros departamentos la parte desagradable de la aventura.

A medida que pasaban los días iban sobreviniendo dudas y demoras. Hitler, en su orden del 16 de julio, había mandado que los preparativos estuvieran ultimados para mediados de agosto. Los tres servicios veían claramente la imposibilidad de cumplir aquellas instrucciones. A fines de julio Hitler hubo de amoldarse a que el 15 de septiembre fuera la primera fecha designable como «Día D». A la par se reservó el adoptar la decisión definitiva, en espera de que se conociesen los resultados de la batalla aérea.

El día 30 de agosto, el Estado Mayor Naval anunció que las actividades de los ingleses impedían terminar los preparativos de la flota para el 15 de septiembre. Pidió, y le fue concedido, que el «Día D» se trasladara al 21 del mismo mes, debiéndose, además, dar la orden final con diez fechas de antelación. Por lo tanto, la señal de ataque debía ser emitida el 11 de septiembre.

El día 10 de septiembre el Estado Mayor de la flota manifestó que habían surgido nuevas dificultades, dimanadas del tiempo —que es un factor siempre muy enojoso— y de los contrabombardeos ingleses. Desde luego, añadían los almirantes, los preparativos marítimos estarían terminados el 21 de septiembre, pero no se había conseguido una condición previa: el dominio indiscutido del cielo en la región del Canal de la Mancha. En consecuencia, Hitler, el 11, aplazó la orden de ataque durante otros tres días, relegando así el «Día D» al 24. El 14 tuvo que aceptar otra nueva demora.

* * *

El día 14 el almirante Raeder expresó las siguientes opiniones:

a) La presente situación aérea no permite ejecutar la operación, porque el riesgo sería demasiado grande.

*b)* Si fracasa la operación «León Marino», los ingleses ganarían mucho prestigio y el poderoso efecto de nuestros ataques quedaría anulado.

*c)* Los ataques aéreos a Inglaterra, y en especial a Londres, deben continuar sin interrupción. Si el tiempo no lo impide, debe tenderse a intensificar esos ataques, aparte de la operación «León Marino». Semejantes ataques habrán de tener un desenlace decisivo.

*d)* No obstante, la operación «León Marino» no debe anularse todavía, porque conviene mantener a los británicos en la presente incertidumbre. Si el mundo supiera que la operación ha sido cancelada, los ingleses se tranquilizarían.

El 17 se aplazó indefinidamente el intento de desembarco. Había para ello buenas razones. Raeder continúa:

I. El enemigo conoce en gran extensión los preparativos que se hacen en el Canal con miras a un desembarco, y adopta cada vez más contramedidas. Síntoma de ello son, por ejemplo, el uso operativo de sus aviones para ataques y reconocimientos sobre los puertos alemanes de operaciones; la frecuente aparición de destructores en la costa meridional de Inglaterra, estrecho de Dover y costa franco-belga; el estacionamiento de sus buques de patrulla a lo largo de la costa septentrional de Francia; el último discurso de Churchill, etc.

II. Las principales unidades de la flota metropolitana inglesa se hallan preparadas para repeler el desembarco, aunque la mayoría de los buques se encuentren aún en sus bases occidentales.

III. Los reconocimientos aéreos han permitido localizar en los puertos del sur y el sureste la presencia de un gran número de destructores (más de treinta).

IV. Todos los informes disponibles indican que las fuerzas navales del enemigo sólo se ocupan de este frente de operaciones.

• • •

En el curso del mes de agosto fueron descubiertos en diversos lugares de la costa los cadáveres de unos cuarenta soldados alemanes. Ello ocurrió en las comarcas comprendidas entre la isla de Wight y Cornualles. Los alemanes habían ejecutado prácticas de embarque a lo largo de la costa francesa. Algunas de sus naves se hicieron a la mar para eludir el bombardeo británico y fueron hundidas por nuestros proyectiles o por el mal tiempo.

Tal fue el origen del difundidísimo rumor de que los alemanes habían iniciado un intento de invasión y sufrido muy graves pérdidas. Se decía que muchos habían perecido ahogados y que otros habían sido pasto de las llamas en ciertas extensiones de mar cubiertas de petróleo inflamado. No tomamos medida alguna para contradecir aquellas habladurías, que se extendían, muy exageradas, por los países ocupados y alentaban mucho a los pueblos oprimidos. En Bruselas, por ejemplo, una tienda puso a la venta trajes de baño masculinos con esta etiqueta: «Especiales para nadar en el Canal.»

El 7 de septiembre nuestros informes aseguraban que estaba en plena

actividad el movimiento de embarcaciones enemigas que se dirigían a los puertos comprendidos entre Ostende y El Havre. Como esos puertos de concentración se encontraban sometidos a pesados bombardeos británicos, no era presumible que las naves fuesen llevadas a ellos sino con muy poca antelación el intento de desembarco. La fuerza de la aviación alemana estacionada entre Amsterdam y Brest había aumentado con la llegada de 160 bombarderos procedentes de Noruega. En los aeródromos más avanzados del Pas de Calais se descubrieron bombarderos en picado, de corto radio de acción. Pocos días antes habíamos capturado a cuatro alemanes que desembarcaron en nuestra costa sureste, a la que habían arribado en un bote de remos. Los cuatro confesaron su calidad de espías y dijeron que su misión consistía en procurar avisar, durante los quince días siguientes, de cuantos movimientos advirtiesen en las fuerzas británicas de reserva acantonadas en la zona Ipswich-Londres-Reading-Oxford. Las condiciones de luna y mareas eran, del 8 al 10 de septiembre, favorables a una invasión por la costa sureste.

En vista de esto, los jefes de Estado Mayor llegaron a la conclusión de que era inminente el desembarco enemigo, por lo que las fuerzas de defensa debían prepararse o operar a la primera señal.

Pero en aquel entonces no existía en el cuartel general de las fuerzas metropolitanas organización alguna que permitiera que las tropas entrasen en acción, «a la primera señal», en el plazo de ocho horas convenido, mediante una serie de movimientos escalonados. En consecuencia, el mando del ejército metropolitano transmitió la palabra cifrada «Cromwell» —que significaba «invasión inminente»— a las comandancias del este y del sur. Eran las ocho de la noche del 7 de septiembre. El primer efecto de la orden consistía en que las divisiones costeras de vanguardia ocuparan sus posiciones operativas. La misma orden se dio a todas las formaciones militares de la región de Londres, así como a los cuerpos cuarto y séptimo de la reserva general. Por vía de información, se anunció lo acordado a todos los demás mandos del Reino Unido. En consecuencia, los comandantes de la Guardia Metropolitana de diversas comarcas del país, convocaron a sus tropas a toque de campana. Esto hizo que se difundiese el rumor de un aterrizaje de paracaidistas enemigos y también se afirmó que las unidades alemanas de desembarco se aproximaban a la costa. Ni los jefes de Estado Mayor ni yo sabíamos que se hubiera empleado la palabra «Cromwell». Así, a la siguiente mañana dimos instrucciones tendentes a que en otras ocasiones futuras se estableciese una serie de etapas en las que fuera aumentada la vigilancia militar sin declarar inminente la invasión. Incluso en caso de que se lanzase la consigna «Cromwell», no se convocaría a la Guardia Metropolitana, excepto para misiones especiales. No se tocarían las campanas de las iglesias salvo si algún elemento de la Guardia Metropolitana hubiera visto descender un mínimo de veinticinco paracaidistas enemigos, sin que ninguna otra razón, ni siquiera el escuchar el repique de otras campanas, condujese a echar a vuelo las de la propia localidad.

Como cabe imaginar, aquel incidente produjo mucho revuelo y muchas habladurías, aunque no se hizo mención alguna de él ni en la prensa

ni en el Parlamento. De todos modos, fue cosa que sirvió de factor tonificante —y también de ensayo— a todos los afectados por ella.

• • •

Hemos señalado cómo los preparativos alemanes de invasión fueron madurando y creciendo de continuo. Vimos también la forma en que la primitiva confianza en el triunfo fue dejando lugar a dudas y finalmente a una completa desesperanza en el resultado del intento. De hecho, la confianza quedó destruida ya en 1940. El proyecto volvió a revivir en 1941, pero no tornó a impresionar las mentes de los jefes alemanes con la fuerza que tuvo durante los aquilinos días que siguieron a la caída de Francia. En el curso de los fatídicos meses de julio y agosto, el jefe de la flota, almirante Raeder, se esforzó, como describíamos, en convencer a sus compañeros del ejército y la aviación de las graves dificultades inherentes a la preparación de la guerra anfibia en vasta escala. El almirante comprendía bien su debilidad y la falta de tiempo para hacer adecuadamente los necesarios preparativos. Quería, pues, imponer límites a los grandes planes formulados por Halder, quien aspiraba a desembarcar enormes fuerzas en un ancho frente. En cambio, Goering, con inmensa ambición, estaba resuelto a utilizar su aviación para obtener una victoria espectacular y no le placía el papel humilde que significaba ceñirse a la tarea de trabajar dentro de un plan combinado en el que los aviones no tuviesen otra tarea que la de procurar la reducción sistemática de las fuerzas aéreas y marítimas que nosotros opusiéramos al enemigo en la zona de invasión.

Por los documentos que ahora conocemos, resulta evidente que el alto mando alemán distaba mucho de ser un equipo armónico que trabajase al unísono con un propósito común y una debida comprensión de las limitaciones y capacidades de cada uno de los que lo formaban. Todos deseaban distinguirse y brillar como las principales estrellas del firmamento bélico. Desde el principio sobrevinieron rozamientos. Halder tendía a descargar en Raeder las responsabilidades de la acción, pero por su parte no hacía gran cosa para amoldarse a las posibilidades prácticas. Era necesaria, pues, la intervención del Führer, mas parece que éste no contribuyó mucho a limar las diferencias existentes entre los distintos servicios de armas. En Alemania el prestigio del ejército era primordial y los militares miraban a sus compañeros de la escuadra con cierta desdeñosa condescendencia. Es imposible rechazar la conclusión de que el ejército germano no quería ponerse en manos de los marinos para desarrollar una operación de gran envergadura. Después de la guerra el general Jodl, interrogado sobre cuáles eran los proyectos del Estado Mayor alemán, respondió con impaciencia: «Fundamentalmente nuestros planes eran los mismos de Julio César.» Hablaba en él el auténtico soldado alemán. Al referirse al problema naval, Jodl, en efecto, no concebía bien los problemas implicados en la maniobra de desembarcar y desplegar grandes fuerzas militares en una costa defendida debidamente y corriendo el riesgo de afrontar todos los peligros del mar.

En la Gran Bretaña podremos cometer muchos errores e imprevisio-

nes, pero las cuestiones marítimas nos son perfectamente conocidas. El mar lleva siglos latiendo en nuestra sangre y las tradiciones náuticas no sólo impresionan a nuestros marinos, sino a toda la raza inglesa. Ésta fue, con otras muchas, la principal razón que nos hacía contemplar con mirada firme la amenaza de invasión. Adoptamos, además, un sistema muy útil: el de hacer operar coordenadamente a los tres jefes de los respectivos Estados Mayores, bajo la dirección del ministro de Defensa. Ello produjo un tipo uniforme de actividad, y tanto en esto como en nuestra comprensión mutua y nuestra voluntad de colaborar, alcanzamos niveles nunca igualados en el pasado. Con el curso del tiempo nos llegó la oportunidad de emprender grandes invasiones a través del mar, y cuando eso ocurrió poseíamos la base de una sólida preparación para la aventura y una comprensión completa de las necesidades técnicas de tan arriesgadas y vastas operaciones. Si los alemanes hubieran tenido en 1940 fuerzas bien adiestradas y provistas de todos los elementos necesarios para la guerra anfibia, no por ello su empresa habría dejado de fracasar al chocar con nuestra potencialidad marítima y aérea. Pero ni el enemigo disponía de los medios precisos, ni había realizado el adiestramiento oportuno.

• • •

Hemos visto cómo nuestras inquietudes y perplejidades condujeron a una progresiva confianza en lo que al problema de la invasión concernía. Esa confianza, en realidad, existió desde el principio. Por otra parte, el mando alemán y el Führer miraban la aventura con más prevención cuanto más la meditaban. No es posible conocer los cálculos y sentimientos del prójimo; pero a medida que iban transcurriendo las semanas comprendidas entre mediados de julio y mediados de septiembre, más se iban acusando las coincidencias de opinión entre el mando de la flota alemana y el de la inglesa, entre el del ejército alemán y el del británico, y entre Hitler y el autor de este libro. De haber coincidido igualmente en otras cosas, la guerra habría sido superflua. Por lo pronto, era común opinión de los dos bandos, que todo dependía de la batalla aérea. La duda radicaba en saber cómo concluiría esa lucha. Por su parte, los alemanes se preguntaban cuáles serían los efectos del bombardeo aéreo —que se exageraban entonces mucho— sobre el pueblo británico. También pensaban en la posibilidad de que el gobierno de S. M. capitulase viéndose acosado. Respecto a esto el mariscal Goering albergaba grandes esperanzas, mientras nosotros no sentíamos temor alguno.

# ÍNDICE

Nota de los editores ..... 11
Prefacio ..... 15
Moraleja de esta obra ..... 19
Tema de este volumen ..... 21

LIBRO PRIMERO

## LA CAÍDA DE FRANCIA

I. — La coalición nacional ..... 25
II. — La batalla de Francia: Gamelin ..... 45
III. — La batalla de Francia. La segunda semana: Weygand ..... 63
IV. — La marcha hacia el mar ..... 81
V. — La evacuación de Dunquerque ..... 101
VI. — El reparto del botín ..... 119
VII. — Otra vez a Francia ..... 135
VIII. — La defensa metropolitana ..... 153
IX. — La agonía de Francia ..... 167
X. — El armisticio de Burdeos ..... 183
XI. — El almirante Darlan y la flota francesa ..... 203
XII. — Los preparativos de contraataque ..... 219
XIII. — Acorralados ..... 231
XIV. — El problema de la invasión ..... 251
XV. — La operación «León Marino» ..... 269